



Otros trabajos de
Sigmund Freud

**El Presidente Thomas Woodrow Wilson.
Un estudio psicológico**

«Über Coca» (Sobre la cocaína)

«Coca», Diciembre de 1884

Sinopsis de las neurosis de transferencia

P S I K O L I B R O

El Presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico

Introducción

Cuando un autor publica su opinión sobre un personaje histórico, rara vez descuida asegurar a sus lectores desde el comienzo que se ha esforzado por mantenerse libre de toda tendencia y prejuicio, que ha trabajado sine ira et studio, como lo expresa la bella frase clásica. Yo, sin embargo, debo iniciar mi contribución a este estudio psicológico sobre Thomas Woodrow Wilson con la confesión de que la figura del presidente norteamericano, tal como surgió en el horizonte de los europeos, me resultó antipática desde el principio, y esta aversión aumentó al pasar los años a medida que supe más sobre él y cuanto más severamente sufrimos las consecuencias de su intrusión en nuestro destino.

Al conocerlo mejor no fue difícil encontrar razones que justificaran esta antipatía. Se nos informó que Wilson, como presidente electo, se desembarazó de uno de los políticos que le hacían notar sus servicios en la campaña electoral, con estas palabras: "Dios ordenó que yo fuese el próximo presidente de los Estados Unidos. Ni usted ni ningún otro mortal o mortales podrían haberlo impedido". El político era William F. Mc Combs, director del Comité Demócrata Nacional. No sé cómo evitar la conclusión de que un hombre capaz de tomarse las ilusiones de la religión tan al pie de la letra y tan seguro de tener una especial intimidad personal con el Todopoderoso, no es apto para mantener relaciones con los comunes hijos del hombre.

Como todos saben, también el campo enemigo durante la guerra albergaba a un amado elegido por la Providencia: el Káiser. Fue muy lamentable que luego apareciera un segundo elegido por el otro lado. Nadie ganó con eso: el respeto por Dios no aumentó.

Otra peculiaridad evidente del presidente, que él mismo hizo notar a menudo, es en gran parte la causa de que no sepamos cómo comenzar a captar su personalidad y la sintamos tan extraña a nosotros. A través de una larga y penosa evolución hemos aprendido a establecer las fronteras que separan

nuestro mundo psíquico interior del mundo de la realidad externa. Podemos comprender este último sólo en cuanto lo observamos, lo estudiamos y recolectamos descubrimientos sobre él. En esta penosa tarea no ha sido fácil para nosotros renunciar a las explicaciones que cumplían nuestros deseos y confirmaban nuestras ilusiones. Pero esta victoria sobre nosotros mismos nos ha recompensado: nos ha llevado a un dominio de la naturaleza jamás soñado.

Recientemente hemos comenzado a aplicar el mismo procedimiento al contenido de nuestro mundo psíquico interior. En consecuencia se han planteado exigencias aun mayores a nuestra autocritica y a nuestro respeto por los hechos. Esperamos lograr también en este campo un éxito análogo. Cuanto más amplio y profundo se vuelve nuestro conocimiento de la vida interior, tanto más se acrecienta nuestro poder de retener bajo control y de guiar nuestros deseos primarios. Wilson, por el contrario, declaraba reiteradamente que los meros hechos no tenían ningún significado para él, que estimaba exclusivamente los motivos y las opiniones humanas.

Como resultado de esta actitud, era natural para su manera de pensar ignorar los hechos del mundo exterior real, aun hasta el punto de negar que existieran si estaban en conflicto con sus esperanzas y deseos. Por lo tanto no tenía ningún motivo para reducir su ignorancia enterándose de los hechos. Nada importaba salvo las nobles intenciones. El resultado fue que, cuando cruzó el océano para traer a la Europa desgarrada por la guerra una paz justa y duradera, se colocó en la deplorable situación del benefactor que desea devolver la visión a un paciente, pero no conoce la estructura del ojo y no ha tenido el cuidado de aprender los métodos necesarios para operar.

Esta misma mentalidad es probablemente la responsable de la falta de sinceridad, el no ser digno de confianza y la tendencia a negar la verdad, que se manifiestan en los contactos de Wilson con otros hombres y resultan siempre tan chocantes en un idealista. La compulsión a decir la verdad debe estar ciertamente solidificada por la ética pero se basa en el respeto por los hechos.

Debo expresar también mi creencia de que había una conexión íntima entre la alienación del mundo real que tenía Wilson y sus convicciones religiosas. Muchos fragmentos de su actividad pública producen casi la impresión de ser la aplicación a la política de los métodos de la Christian Science. Dios es bueno, la enfermedad es malvada. La enfermedad contradice la naturaleza de Dios.

Por lo tanto, dado que Dios existe, la enfermedad no existe. No hay tal enfermedad. ¿Quién va a esperar que un curandero de esta escuela se interese por la sintomatología y la diagnosis?

Volvamos ahora al punto de partida de estas observaciones, a la afirmación de mi antipatía por Wilson, para agregar una palabra de justificación. Todos sabemos que no somos totalmente responsables de los resultados de nuestras acciones. Actuamos con cierta intención, luego nuestra acción produce resultados que no queríamos causar y que no podíamos prever. Así a menudo cosechamos más condenación y mala reputación y ocasionalmente más alabanza y honores de lo que merecemos. Pero cuando un hombre logra, como Wilson, casi exactamente lo contrario de lo que deseaba llevar a cabo, cuando ha demostrado que es la verdadera antítesis del poder que "desea siempre el mal y crea siempre el bien", cuando la pretensión de librar al mundo del mal termina en una nueva prueba de lo peligroso que es un fanático para el bienestar común, entonces no debe asombrar que surja en el observador una desconfianza que hace imposible la simpatía.

Puedo asegurar que, cuando la influencia de Bullitt me condujo a un estudio más minucioso de la vida del Presidente, este sentimiento no permaneció intacto.

Se desarrolló cierta simpatía, pero de un tipo especial, mezclada con lástima, tal como se siente por el héroe de Cervantes, el ingenuo caballero de La Mancha. Y por fin, al comparar las fuerzas de ese hombre con la grandiosidad de la tarea que se había impuesto, esa lástima fue tan arrolladora que predominó por sobre cualquier otro sentimiento. Así, al terminar, puedo pedir al lector que no rechace el trabajo que sigue, como si fuera producto de los prejuicios. Aunque no surgió sin la participación de sentimientos intensos, esos sentimientos fueron enteramente dominados. Y puedo asegurar lo mismo en cuanto a William C. Bullitt, con quien colaboro en este libro.

Bullitt, que conoció personalmente al Presidente, trabajó para él durante la época de su preeminencia y estuvo entonces dedicado a él con todo el entusiasmo de la juventud, ha preparado las Notas Biográficas sobre la Niñez y Juventud de Wilson. En cuanto a la parte analítica, ambos somos responsables por igual; ha sido escrito por los dos en trabajo conjunto.

Parece conveniente dar algunas explicaciones más. El lector podría objetar que, aunque le presentamos nuestro trabajo como un "estudio psicológico", hemos empleado el método psicoanalítico para examinar a nuestro sujeto y utilizado hipótesis y términos psicoanalíticos sin restricción. No es una deformación hecha por deferencia a los prejuicios del público; por el contrario, nuestro título expresa nuestra convicción de que el psicoanálisis no es más que psicología, una de sus partes, y una parte que no necesita pedir disculpas por emplear métodos analíticos en un estudio psicológico que concierne a los hechos psíquicos profundos.

Es por cierto inadmisibles publicar los resultados de tales estudios exponiéndolos a la curiosidad pública mientras vive el individuo en cuestión. Es igualmente improbable que el sujeto consienta que se publiquen durante su vida. Los análisis terapéuticos se llevan a cabo entre el médico y el paciente bajo la promesa del secreto profesional, con total exclusión de terceras personas. Pero cuando un individuo cuya vida y obra tienen cierta significación para el presente y futuro ha muerto, se vuelve por consenso común un sujeto adecuado para la biografía y las limitaciones previas ya no existen. Podría surgir entonces el problema de un período post-mortem de inmunidad al estudio biográfico, pero rara vez se ha planteado tal problema. No sería fácil llegar a un acuerdo sobre la duración de ese período ni asegurar que se observara.

Thomas Woodrow Wilson murió en el año 1924.

Debemos atacar por fin la errónea concepción de que hemos escrito este libro con el secreto propósito de probar que Wilson era una personalidad patológica, un hombre anormal, con el objeto de socavar con rodeos toda estima por sus logros. ¡ No! No es esa nuestra intención. Y aun si lo fuera, este libro no podría causar tal efecto, pues hace tiempo que nuestra ciencia ha renunciado a creer en una estructura rígida de la normalidad y en una línea tajante de demarcación entre lo normal y lo anormal de la vida psíquica. Una técnica de diagnóstico cada vez más delicada nos ha permitido descubrir toda clase de neurosis donde menos esperábamos encontrarlas; así casi se justifica la afirmación de que las inhibiciones y síntomas neuróticos han llegado hasta cierto punto a ser comunes a todos los seres humanos civilizados. Creemos incluso comprender las exigencias que han producido este fenómeno.

Más aun, nos hemos visto forzados a sacar en conclusión que, para juzgar los acontecimientos psíquicos, la categoría normal-patológica es tan inadecuada

como la antigua categoría bueno-malo, que lo incluía todo. Sólo en la menor parte de los casos se puede encontrar el origen de las perturbaciones psíquicas en inflamaciones, o en la introducción de sustancias tóxicas en el organismo; y aun en estos casos el efecto no es directo. En la mayoría son factores cuantitativos los que producen la manifestación de resultados patológicos: factores tales como estímulos excepcionalmente fuertes aplicados a determinada parte del aparato psíquico, una provisión mayor o menor de esas secreciones internas que son indispensables para el funcionamiento del sistema nervioso, perturbaciones relativas al tiempo, desarrollo precoz o retardado de la vida psíquica.

Encontramos nuevamente este tipo de causalidad cuantitativa cuando estudiamos, con la ayuda del psicoanálisis, lo que consideramos ahora la materia prima de los fenómenos psíquicos. La fuerza relativa de cualquiera de las muchas pulsiones instintivas que proveen la energía psíquica, la especial profundidad de una de esas identificaciones sobre las cuales se construye habitualmente la personalidad, una formación reactiva excepcionalmente fuerte para reprimir un impulso; tales factores cuantitativos deciden la forma final de una personalidad, le imprimen una determinada individualidad y dirigen su actividad en un cierto sentido.

En su descripción de Bruto ya muerto, el Marco Antonio de Shakespeare dice: "Los elementos se mezclaron en él de tal modo, que la naturaleza podría ponerse de pie y decir a todo el mundo: "Este fue un hombre"".

Como nota a estas palabras del poeta, sentimos la tentación de declarar que los elementos de la constitución psíquica son siempre los mismos. Lo que cambia es la proporción cuantitativa de los elementos y, debemos agregar, su ubicación en diferentes campos de la vida psíquica y su adhesión a diferentes objetos. Según ciertos criterios evaluamos la personalidad del individuo como normal o como patológica o con rasgos patológicos. Pero estos criterios no son en modo alguno uniformes, dignos de confianza o constantes. Son difíciles de captar científicamente porque en el fondo son sólo ayudas prácticas, a menudo de origen convencional.

"Normal" sólo significa generalmente "promedio" o "cerca del promedio". Nuestro juicio sobre si hay que considerar patológico o no un rasgo de personalidad o una acción, queda a menudo determinado por la medida de si es o no dañino para el individuo o para la comunidad de que forma parte. A

pesar de la vaguedad de estos conceptos y de la incertidumbre de los principios fundamentales sobre los cuales se basa el juicio, no podemos prescindir en la vida práctica de la distinción entre normal y patológico; pero no debiéramos asombrarnos de que esta distinción no haga juego con otras importantes antítesis.

Locos, visionarios, víctimas de alucinaciones, neuróticos y lunáticos, han desempeñado grandes papeles en todas las épocas de la historia de la humanidad, y no sólo cuando la casualidad del nacimiento les legó la soberanía. Habitualmente han naufragado haciendo estragos, pero no siempre. Personas así han ejercido una influencia de gran alcance sobre su propio tiempo y los posteriores, han dado ímpetu a importantes movimientos culturales y han hecho grandes descubrimientos. Han sido capaces de alcanzar tales logros, por un lado, con la ayuda de la porción intacta de sus personalidades, es decir, a pesar de sus anormalidades; pero, por otro lado, son a menudo precisamente los rasgos patológicos de su personalidad, la unilateralidad de su desarrollo, el refuerzo anormal de ciertos deseos, la entrega a una sola meta sin sentido crítico y sin restricciones, lo que les da el poder para arrastrar a otros tras de sí y sobreponerse a la resistencia del mundo.

Tan frecuentemente está la gran realización en compañía de la anormalidad psíquica que uno siente la tentación de creer que son inseparables. Sin embargo, contradice esta suposición el hecho de que en todos los campos de la actividad humana se pueden encontrar grandes hombres que cumplen los requisitos de la normalidad. Con estos comentarios esperamos haber aquietado la sospecha de que este libro sea otra cosa que un estudio psicológico de Thomas Woodrow Wilson. Pero no podemos negar que, en éste como en todos los casos, el conocimiento más íntimo de un hombre puede llevar a una estimación más exacta de sus realizaciones.

Uno

Sobre Thomas Woodrow Wilson se han escrito numerosos libros y muchos de sus amigos han tratado de explicárselo a sí mismos y a los otros. Esas explicaciones tienen algo en común: terminan con una nota de incertidumbre.

Wilson sigue siendo, aun para sus biógrafos e íntimos, un personaje contradictorio, un enigma. El 10 de junio de 1919, en el último mes de la Conferencia de Paz, el coronel Edward M. House anotó en su diario: "Creo que nunca conocí a un hombre cuyo aspecto general cambiara tanto de una hora a otra. No es sólo la cara del presidente lo que se altera. Es una de las personalidades más difíciles y complejas que he conocido. Es tan contradictorio que es difícil formular un juicio sobre él". Con mayor o menor énfasis, todos los íntimos y biógrafos llegan por fin a esta conclusión.

Wilson era, por cierto, complejo: no será fácil descubrir la clave de la unidad bajo las aparentes contradicciones de su personalidad. Además, no debemos iniciar la tarea con falsas esperanzas. Jamás podremos lograr un análisis completo de su personalidad. Sobre muchas partes de su vida y su carácter no sabemos nada. Los hechos que conocemos parecen menos importantes que los que ignoramos. Todos los datos que quisiéramos conocer sólo se podrían descubrir si él estuviera vivo y se sometiera al psicoanálisis. Ha muerto; nadie los conocerá jamás. Por lo tanto no podemos tener la esperanza de comprender los acontecimientos decisivos de su vida psíquica ni en todos los detalles ni en todas sus relaciones. En consecuencia, no podemos llamar a esta obra un psicoanálisis de Wilson. Es un estudio psicológico basado sobre el material de que disponemos en la actualidad, nada más.

Por otro lado, no queremos subestimar las pruebas que poseemos. Sabemos mucho sobre numerosos aspectos de la vida y personalidad de Wilson. Debemos abandonar la esperanza de un análisis completo, pero conocemos bastante sobre él como para justificar la intención de señalar el camino principal de su desarrollo psíquico. A los hechos que conocemos de él como individuo añadiremos los que el psicoanálisis ha descubierto como valederos para todos

los seres humanos. Wilson era, al fin y al cabo, un ser humano, sujeto a las mismas leyes de desarrollo psíquico que los demás hombres. La universalidad de esas leyes ha sido probada por el psicoanálisis de innumerables individuos.

Decir esto no equivale a que el psicoanálisis ya ha revelado los misterios últimos de la vida humana. Ha abierto la puerta que conduce a la vida interior del hombre y permitido reconocer la existencia de unos pocos objetos que están cerca de ella, aunque los que yacen más profundamente están todavía velados por la oscuridad.

Ha dejado pasar un poco de luz a través de las tinieblas, de modo que ahora podemos distinguir los contornos de ciertos objetos, describir algunos mecanismos usados por la realidad última que no podemos expresar. Nuestra ciencia es todavía muy joven y la investigación futura probará sin duda que las líneas con que ahora tratamos de esbozar estos objetos no estaban totalmente bien dibujadas. Pero la perspectiva de que los detalles de las concepciones presentes resulten modificados más adelante, no debe impedirnos utilizarlas. La obra de Newton no se volvió inútil porque después apareciera Einstein, y si no hubiera sido por él, probablemente no habría habido un Einstein. Por eso emplearemos, como cosa corriente, determinados teoremas desarrollados por el psicoanálisis a partir de los hechos que ha descubierto y en los cuales ahora pide se crea. Nos parece necesario exponer, lo más brevemente posible, unas pocas de estas concepciones y suposiciones antes de encarar el problema psicológico planteado por la personalidad de Wilson.

Empezamos con el axioma de que en la vida psíquica del hombre, desde el nacimiento, actúa una fuerza que llamaremos libido y definimos como la energía de Eros.

La libido debe acumularse en alguna parte. Pensamos que "carga" ciertas áreas y partes de nuestro aparato psíquico, como una corriente eléctrica a una batería o un acumulador; como una carga de electricidad, está sujeta a alteraciones cuantitativas; si permanece sin descarga, muestra una tensión proporcional a la cantidad de energía acumulada y busca una salida; además, es continuamente alimentada y renovada por generadores físicos.

La libido se almacena primero en el amor por uno mismo: narcisismo. Esta fase es claramente visible en un bebé. Sus intereses se limitan a las acciones y productos de su propio cuerpo. Encuentra en sí mismo todas sus fuentes de

placer. Es cierto que aun un niño no deseado tiene un objeto amoroso: el pecho de su madre. Sin embargo, lo único que puede hacer es introyectar este objeto dentro de sí y tratarlo como a una parte de sí mismo.

En contraste con el narcisismo ubicarnos el amor objetal. De vez en cuando, un adulto conserva una condición semejante al narcisismo del recién nacido; nos parece entonces un egoísta monstruoso, incapaz de amar a nadie y a nada fuera de sí mismo; pero normalmente en el transcurso de la vida, una parte de la libido se dirige hacia objetos externos; otra parte continúa adherida a uno mismo. El narcisismo es la primera morada de la libido y sigue siendo su hogar más duradero. En diferentes individuos la proporción entre amor narcisista y amor objetal varía muchísimo; la carga principal de libido se puede almacenar en uno mismo o en objetos, pero no existe nadie que carezca por completo del amor a sí mismo.

Nuestro segundo teorema afirma: todos los seres humanos son bisexuales. Todo individuo, sea hombre o mujer, se compone de elementos masculinos y femeninos. El psicoanálisis ha establecido este hecho con tanta firmeza como la química la presencia de oxígeno, hidrógeno, carbón y otros elementos en todos los cuerpos orgánicos.

Cuando ya se ha vivido la fase primaria del narcisismo puro y los objetos amorosos han comenzado a jugar su papel, la libido empieza a cargar tres acumuladores: narcisismo, masculinidad, femineidad. Como expresiones de femineidad consideramos todos aquellos deseos caracterizados por la pasividad, sobre todo la necesidad de ser amado, y además la inclinación a someterse a otros, que llegan al extremo en el masoquismo, el deseo de ser herido por los otros. Por el contrario, llamamos masculinos a todos los deseos que se caracterizan por la actividad, como el de amar y el de obtener poder sobre otros hombres, controlar el mundo exterior y alterarlo de acuerdo con los propios deseos. Es decir que asociamos masculinidad con actividad y femineidad con pasividad.

Los objetos amorosos primarios que encuentra el niño son su madre y su padre o sus sustitutos. Sus primerísimas relaciones con ellos son de naturaleza pasiva: el niño es cuidado y acariciado, guiado por sus órdenes y castigado por los mismos. La libido del niño se des carga primero en estas relaciones pasivas. Luego se puede observar una reacción por su parte. Quiere dar a sus padres lo que ha recibido, volverse activo hacia ellos, acariciarlos, darles órdenes y

vengarse de ellos. Desde entonces, además del narcisismo, existen cuatro salidas abiertas a su libido, a través de la pasividad hacia el padre y la madre y la actividad hacia ellos. De esta situación surge el complejo de Edipo.

Para poder explicarlo debemos introducir el tercer axioma del psicoanálisis, un supuesto de la teoría de los instintos, que afirma que en la vida psíquica del hombre actúan dos instintos principales: Eros, es decir el amor en el sentido más amplio, a cuya energía hemos llamado libido, y otro instinto al que hemos denominado, según su meta final, el Instinto de Muerte. Este último se muestra ante nosotros como un impulso de atacar y destruir. Se opone a Eros, quien se esfuerza siempre por producir unidades más y más amplias, que la libido mantiene reunidas. Ambos instintos están presentes simultáneamente desde el principio en la vida psíquica, y rara vez o nunca aparecen en forma pura sino que están, regularmente, amalgamados en proporciones que varían.

Así, lo que se nos aparece como masculinidad y femineidad nunca consta solamente de libido, sino que lleva siempre consigo cierto elemento adicional, el deseo de atacar y destruir. Suponemos que éste es mucho mayor en el caso de la masculinidad que en el caso de la femineidad; pero no falta en esta última.

Subrayemos una vez más el hecho de que toda carga de libido trae consigo un poco de agresión, y volvamos al complejo de Edipo. Pero discutiremos sólo el complejo de Edipo en el niño varón.

Hemos notado que la libido del niño carga cinco acumuladores: el narcisismo, la pasividad hacia la madre, la pasividad hacia el padre, la actividad hacia la madre y la actividad hacia el padre, y comienza a descargarse por medio de estos deseos. Un conflicto entre estas diferentes corrientes de libido produce el complejo de Edipo en el niño pequeño. Al principio no experimenta conflictos: halla satisfacción en la descarga de todos sus deseos y no le perturba su incompatibilidad. Pero gradualmente se hace difícil para el pequeño conciliar su actividad hacia sus padres con su pasividad hacia ellos, ya sea porque la intensidad de sus deseos ha aumentado o porque surge una necesidad de unificar o sintetizar todas estas corrientes divergentes de la libido.

Es especialmente difícil para el niño conciliar su actividad hacia la madre con su pasividad hacia el padre. Cuando quiere expresar plenamente su actividad hacia la madre, encuentra al padre en su camino. Desea entonces expulsarlo, como obstáculo a la posesión de la madre; pero por otro lado la carga de libido

almacenada en la pasividad hacia su padre, hace que desee someterse a éste, aun hasta el punto de querer convertirse en una mujer, su propia madre, cuya posición respecto al padre desea ocupar. De esta fuente surge luego la identificación con la madre, que se vuelve un elemento permanente del inconsciente del niño. El deseo de desplazar al padre llega a ser irreconciliable con el deseo pasivo hacia él. Los deseos del niño están en conflicto. Entonces se obstaculiza la descarga de libido en todos sus acumuladores excepto el narcisismo y el niño se encuentra frente al conflicto que llamamos complejo de Edipo.

La solución de este complejo es el problema más difícil que afronta un ser humano en su desarrollo psíquico. En el caso del varón, el miedo desvía de la madre hacia el padre la mayor parte de la libido y su problema más importante es lo incompatible de su deseo de matar al padre con su igualmente ardiente deseo de someterse totalmente a él.

Un medio de escape del dilema mayor del complejo de Edipo, es empleado por todos los varones: la identificación con el padre. Viéndose igualmente incapaz de matar a su padre o de someterse totalmente a él, el niño encuentra una salida que se aproxima a la eliminación del rival y sin embargo elude el asesinato. Se identifica con él. Así satisface a la vez tanto los deseos tiernos como los hostiles. No sólo expresa su amor y admiración por su padre sino que también lo elimina al incorporarlo en sí mismo, como si fuera por un acto de canibalismo. Desde entonces él mismo es el gran padre admirado.

Este paso temprano de identificación hace comprensible la ambición posterior de sobrepasarlo y llegar a ser más grande que él, situación que percibimos frecuentemente en la juventud. El niño no se identifica con el padre tal como es en la vida real y tal como lo reconocerá más adelante, sino con uno cuyos poderes y virtudes han tenido una extraordinaria expansión y cuyas debilidades y faltas han sido negadas. Así es tal como aparece ante el niño. Más adelante, comparado con ese personaje ideal, el padre real debe necesariamente parecer pequeño, y cuando un joven desea convertirse en un hombre más grande que su padre, simplemente se aleja de él tal como es en la vida y se vuelve hacia la figura paterna de su infancia.

Como resultado de su incorporación en el niño, este padre todopoderoso, omnisciente, todo-virtuoso, de la niñez, se transforma en un poder psíquico interno al que llamamos en psicoanálisis el Ideal del Yo o Superyó. El Superyó

se manifiesta durante el resto de la vida mediante órdenes y prohibiciones. Su papel negativo de prohibir es conocido por todos bajo el nombre de conciencia. Su papel positivo de ordenar es tal vez menos fácil de percibir pero seguramente más importante. Se expresa mediante todas las aspiraciones conscientes e inconscientes del individuo. Así a partir del deseo insatisfecho del niño de matar a su padre, surge la identificación con él, el Ideal del Yo y el Superyó.

Por cierto que el establecimiento del Superyó no resuelve todas las dificultades del complejo de Edipo, pero crea un acumulador para cierta parte de la corriente de libido que originariamente era de actividad agresiva contra el padre. En cambio, se vuelve una fuente de nuevas dificultades que desde entonces tiene que encarar el Yo. Pues durante el resto de la vida el Superyó amonesta, censura, reprime y se esfuerza por aislar y apartar de su meta todos los deseos de la libido que no satisfacen sus ideales. En muchos seres humanos esta lucha en el Yo entre la libido y el Superyó no es fuerte, ya sea porque la libido es endeble y se deja guiar fácilmente por el Superyó o porque éste es tan débil que sólo puede quedarse mirando mientras la libido sigue su propio camino; o porque no se han exaltado los ideales del Superyó por encima de las limitaciones de la naturaleza humana, de modo que no exige de la libido más de lo que ella está dispuesta a conceder. Esta última variedad de Superyó es agradable para la persona que la hospeda, pero tiene la desventaja de que permite el desarrollo de un ser humano muy vulgar. Un Superyó que no exige mucho de la libido, obtiene poco; el hombre que espera poca cosa de sí mismo, obtiene un mínimo.

En el extremo opuesto está el Superyó cuyos ideales son tan grandiosos que exigen al Yo lo imposible. Un Superyó de esta especie produce algunos grandes hombres y muchos psicóticos y neuróticos. Es fácil comprender de qué manera se desarrolla tal Superyó. Hemos notado que todo niño tiene una idea exagerada de la grandeza y el poder de su padre. En muchos casos esta exageración es tan excesiva que el padre con quien se identifica el pequeño, cuya imagen llega a ser su Superyó, equivale al Mismo Padre Todopoderoso: Dios. Tal Superyó continuamente exige al Yo lo imposible. No importa qué realice el Yo verdaderamente en la vida: el Superyó nunca está satisfecho con la realización. Amonesta incesantemente: ¡Debes hacer que lo imposible sea posible! ¡Puedes llevar a cabo lo imposible! ¡Eres el Hijo Bienamado del Padre! ¡Eres el Padre mismo! ¡Eres Dios!

Un Superyó de este tipo no es una rareza. El psicoanálisis puede atestiguar que la identificación del padre con Dios es un suceso normal, aunque no común, en la vida psíquica. Cuando el hijo se identifica con su padre y a éste con Dios, y erige a ese padre como su Superyó, siente que tiene a Dios dentro de él, que él mismo se volverá Dios. Todo lo que haga será correcto, puesto que Dios Mismo lo hace. La cantidad de libido que carga esta identificación llega a ser tan grande en algunos seres humanos, que pierden la capacidad de reconocer la existencia de hechos que le son contrarios en el mundo real. Terminan en el manicomio. Pero el hombre cuyo Superyó se basa sobre esta suposición, si conserva un pleno respeto por los hechos y la realidad y posee capacidades, puede realizar grandes cosas. Su Superyó exige mucho y lo obtiene.

Adaptarse al mundo real es naturalmente una de las tareas principales de todo ser humano. No es fácil para un niño. Ninguno de los deseos de su libido puede obtener plena satisfacción en el mundo real. Todo ser humano tiene que alcanzar esa conciliación. La persona que falla enteramente en la realización de esta tarea, cae en la psicosis, la insania. La que sólo es capaz de alcanzar un arreglo parcial y por lo tanto inestable del conflicto, se vuelve neurótica. Sólo el hombre que alcanza una adaptación total llega a ser un ser humano normal, sano. Es cierto que debemos agregar que la solución del conflicto nunca es tan completa que no pueda desmoronarse bajo la presión de suficientes factores externos negativos. Decimos justificadamente que todos los hombres son más o menos neuróticos. Sin embargo en algunos el arreglo está basado sobre cimientos tan firmes que pueden soportar grandes desgracias sin caer en la neurosis, mientras que a otros el mero sufrimiento de una ligera adversidad los induce a manifestar síntomas neuróticos.

Todo Yo humano es el resultado del esfuerzo por resolver estos conflictos: entre los deseos divergentes de la libido, y los conflictos de la libido con las exigencias del Superyó y con los hechos del mundo real. El tipo de adaptación que se establece finalmente queda determinado por la fuerza relativa de la masculinidad y femineidad innatas del individuo y por las experiencias a las cuales ha sido sometido en la primera infancia. El producto final de todos estos intentos de ajuste es la personalidad.

Unificar los deseos de la libido entre ellos y con las órdenes del Superyó y las exigencias del mundo exterior es, como dijimos, una tarea nada fácil para el Yo: todos los instintos deben ser satisfechos de alguna manera; el Superyó insiste en sus órdenes y no puede uno evadirse de la adaptación a la realidad. Para

realizar esta tarea el Yo emplea, cuando es imposible la satisfacción directa de la libido, tres mecanismos: represión, identificación y sublimación.

La represión es el método de negar la existencia del deseo instintivo que exige satisfacción, tratándolo como si no existiera, relegándolo al inconsciente y olvidándolo.

La identificación trata de satisfacer el deseo instintivo transformando al Yo mismo en el objeto deseado, de modo que uno mismo representa tanto al sujeto que desea como al objeto deseado.

La sublimación es el método que consiste en dar al deseo instintivo una satisfacción parcial sustituyendo su objeto inaccesible por uno relacionado, no desaprobado por el Superyó o el mundo exterior; así el deseo instintivo se transfiere desde su meta y objeto más satisfactorio pero inadmisibles, a uno que es tal vez menos satisfactorio pero más fácilmente accesible.

La represión es el menos eficaz de estos métodos para alcanzar la deseada solución del conflicto, porque a la larga es imposible desatender los deseos instintivos. Al fin la presión llega a ser demasiado grande, la represión se viene abajo y la libido sale bruscamente. Además, la intensidad de la libido reprimida aumenta muchísimo con la represión, dado que no sólo queda aislada de toda descarga sino también apartada del influjo moderador de la razón, que toma en cuenta la realidad. La represión puede llegar a hacer que la libido finalmente no se descargue por medio de su objeto original sino que se vea obligada a abrir violentamente una nueva salida y arrojarla sobre un objeto diferente.

Por ejemplo, un niño que reprime completamente su hostilidad hacia su padre, no se libera con eso de su deseo instintivo de matarlo. Al contrario, tras el dique de la represión, su actividad agresiva contra el padre aumenta hasta que su presión se vuelve demasiado fuerte para el aislante. La represión se viene abajo, la hostilidad hacia el padre explota y se lanza ya contra el padre mismo, ya contra algún sustituto, alguien que de alguna manera se le parece y por lo tanto puede ser usado como su representante.

La hostilidad hacia el padre es inevitable para cualquier niño que tenga la más mínima pretensión de masculinidad. Y si un hombre ha reprimido completamente este impulso instintivo en la niñez, invariablemente caerá en su vida posterior en relaciones hostiles con padres sustitutos. Desplegará esta

hostilidad la merezcan o no. Ellos la atraen sobre sí por el mero accidente de que, de alguna manera, le recuerdan a su padre. En tales casos su hostilidad surge casi enteramente de él mismo y no tiene una fuente externa desencadenante importante. Si sucede que además tiene una causa real de hostilidad, entonces la reacción emocional se vuelve excesiva y su agresión se expande fuera de toda proporción con la causa externa. Generalmente este tipo de hombre encuentra difícil mantener relaciones amistosas con otros hombres de su misma posición, poder y capacidades, y le será imposible cooperar con personas que lo superen; está obligado a odiarlos.

No podemos dejar el tema de la represión sin llamar la atención sobre la técnica que emplea el Yo para asegurar el éxito de los actos individuales de represión. Con este fin, el Yo construye formaciones reactivas, generalmente mediante el refuerzo de impulsos que son los opuestos de aquellos que hay que reprimir. Así por ejemplo, a partir de la represión de la pasividad hacia el padre puede surgir un hiperdesarrollo de la masculinidad, que puede exteriorizarse en un rechazo arrogante de todo padre sustituto. La vida psíquica del hombre es extremadamente complicada. Las reacciones contra impulsos instintivos reprimidos juegan un papel tan grande en la construcción de la personalidad como las dos identificaciones primarias con el padre y la madre.

El método de identificación, que el Yo emplea para satisfacer los deseos de la libido, es un mecanismo muy útil y usado. Ya hemos explicado como la identificación con el padre y el Superyó se desarrollan a partir de la actividad agresiva hacia el primero; todos los seres humanos emplean diariamente otras innumerables identificaciones. Un niño al que le han quitado su gatito puede compensar la pérdida de este objeto amoroso, identificándose con el gatito: arrastrándose, maullando, comiendo del suelo. Un niño que está acostumbrado a que su padre lo lleve sobre sus hombros "jugando al caballito", si éste está ausente del hogar por mucho tiempo, puede colocar un muñeco sobre sus propios hombros y llevarlo como su padre a él, jugando así a que él es su padre. Un hombre que ha perdido a una mujer amada puede tratar, hasta que encuentra un nuevo amor, de reemplazar él mismo al objeto amoroso perdido. Descubriremos un ejemplo instructivo de tal mecanismo en la vida de Wilson. El hombre cuya pasividad hacia el padre no puede encontrar ninguna descarga directa, a menudo se ayuda con una doble identificación. Se identificará con su padre y encontrará un hombre más joven a quien identificará consigo mismo; entonces le dará el género de amor que la pasividad insatisfecha hacia su padre le hace desear obtener de éste. En muchos casos un hombre cuya

pasividad hacia el padre no ha encontrado una salida directa, la descarga por medio de la identificación con Jesucristo. El psicoanálisis ha descubierto que esta identificación está presente en todas las personas enteramente normales.

Hay todavía otra vía para un arreglo final del problema del padre en el complejo de Edipo, que conduce a una doble identificación. Cuando el niño se vuelve hombre y él mismo ha engendrado un hijo, identifica a éste consigo mismo cuando niño y se identifica él con su propio padre. Así su pasividad hacia él encuentra su descarga a través de la relación con su hijo. Le da el amor que en su niñez ansiaba recibir de su propio padre. Esta solución del dilema principal del complejo de Edipo, es la única normal, ofrecida por la naturaleza, pero requiere que uno tenga un hijo. Así la pasividad hacia el padre se agrega a todos los otros motivos por los que se desea tener un hijo.

Ya hemos mencionado que una identificación con la madre surge de la pasividad hacia el padre. Ahora debemos llamar la atención hacia un refuerzo de esta identificación que sucede cuando, en la época de la disolución del complejo de Edipo, el niño deja de lado a su madre como objeto amoroso. Transfiere una parte de sus deseos referentes a ella, tanto pasivos como activos, a otras mujeres que la representan; pero estos deseos nunca son plenamente satisfechos por los sustitutos y la identificación con la madre sirve para almacenar esta libido insatisfecha, usando el mecanismo que ya describimos, el niño compensa la pérdida de la madre identificándose con ella. Luego durante el resto de su vida, dará a otros hombres que lo representan a él cuando niño, una parte pequeña o grande del amor que él cuando niño deseaba recibir de su propia madre.

La sublimación, el tercer método empleado por el Yo para resolver sus conflictos involucra, como hemos notado, el reemplazo de los objetos originales de la libido por otros que no estén desaprobados por el Superyó o por la sociedad. Este reemplazo se logra por la transferencia de la libido de un objeto a otro. Por ejemplo, el niño desvía una parte de su libido, de la madre hacia las hermanas, si tiene, y después a sus primas o amigas de sus hermanas, y luego a mujeres que están fuera del grupo familiar, de quienes se enamora, hasta que por este camino finalmente encuentra esposa. Cuanto más se parezca su esposa a su madre, más rica será la corriente de libido que fluya hacia su matrimonio; pero muchos impulsos hostiles instintivos, que tienden a destruir el matrimonio, se aferran también a estas relaciones maternas.

Los seres humanos emplean innumerables sublimaciones para descargar la libido y a ellas debemos los más altos logros de la civilización. Deseos insatisfechos de la libido, sublimados, se transforman en arte y literatura. La sociedad humana misma se mantiene unida por libido sublimada, ya que la pasividad del niño hacia el padre se transforma en amor al prójimo y deseo de servir a la humanidad. Si a veces parece que la bisexualidad de los seres humanos es una gran desgracia y la fuente de problemas sin fin, hay que recordar que sin ella la sociedad humana no podría existir en absoluto. Si el hombre hubiera sido exclusivamente actividad agresiva y la mujer pasividad, la raza humana hubiera dejado de existir mucho antes de los albores de la historia, ya que los hombres se hubieran asesinado mutuamente hasta el último.

Antes de cerrar esta breve exposición de algunos de los principios fundamentales del psicoanálisis, parece conveniente describir unos pocos descubrimientos más.

Toda obstaculización de la descarga de libido, produce una cantidad de energía psíquica y un aumento de presión en el acumulador respectivo, que puede extenderse a otros acumuladores. La libido tiende siempre a almacenarse y a descargarse y no puede ser embalsada permanentemente ni elevada por encima de ciertos niveles. Si no puede lograr el almacenamiento y descarga mediante un acumulador determinado, lo hace mediante otros.

La intensidad o, para seguir nuestra comparación, la cantidad de libido varía muchísimo en diferentes individuos. Algunos poseen una libido tremendamente poderosa, otros, una muy débil. La libido de algunos se puede comparar con la energía eléctrica producida por las enormes dinamos de una estación central de energía, mientras que la de otros se asemejaría a la débil corriente que genera el magneto de un automóvil.

La libido abandonará siempre una salida si se le abre otra más cercana a los impulsos originales instintivos, a condición de que la resistencia del Superyó y del mundo exterior, no sea mayor en el caso de la nueva salida. Por ejemplo, siempre estará dispuesta a abandonar una sublimación si puede encontrar otra más parecida a su objeto original.

Tal vez sea una ley o al menos es un fenómeno muy frecuente, que un ser humano dirige una considerable dosis de odio hacia la persona que ama con

especial intensidad y una considerable dosis de amor hacia la persona que odia con particular intensidad. Uno u otro de estos impulsos instintivos antitéticos queda reprimido, totalmente o en parte, en el inconsciente. Llamamos a esto el hecho o principio de ambivalencia.

El nacimiento de un hermano menor produce regularmente determinada reacción en un niño: se siente traicionado por su padre y su madre. Puede transferir totalmente o en parte el reproche de traición y el odio a los padres hacia el hermanito. El niño que se desarrolla normalmente se libera de este odio y del sentimiento de traición mediante una identificación típica: se transforma en padre del niño y a éste en él mismo. Pero en un desarrollo menos normal el reproche de traición permanece adherido al hermano menor y el mayor continúa sospechando durante toda su vida que los amigos que representarán más tarde a aquél, lo traicionarán también.

El sentimiento de traición recién descrito surge de la frustración de deseos tanto activos como pasivos de la libido; pero algo mucho más grave puede surgir de la represión de la pasividad hacia el padre. Puede llevar a los hombres a la forma persecutoria de paranoia: la manía de persecución. Generalmente el que sufre de manía persecutoria cree ser perseguido y traicionado por la persona a quien ama más intensamente. A menudo la manía de traición y persecución no se basa en ningún hecho sino que emana solamente de la necesidad de escapar de la persona amada, porque el amado excita pero no satisface la pasividad del enfermo. Si el que sufre puede creer que la persona que ama tan ardientemente lo traiciona y persigue, entonces es capaz de poner odio en lugar de amor, y de huir de la persona amada. Es fácil encontrar la fuente de todos los casos de desconfianza injustificada y de manía de persecución, en una pasividad reprimida hacia el padre.

Las frustraciones y desgracias de cualquier clase tienden a llevar de vuelta la libido hacia motadas previas: por ejemplo, desde las sublimaciones hacia los objetos originales de deseo. A esto lo llamamos regresión.

En el transcurso de la vida humana puede suceder que el desarrollo psíquico se detenga de golpe y termine en vez de continuar su evolución. En tal caso alguna experiencia arrolladora ha forzado a la libido a introducirse en acumuladores a los que se aferra hasta la muerte o a desintegración mental. Llamamos a esto fijación.

PSI K O L I B E R O

Dos

Hemos expuesto unos pocos descubrimientos del psicoanálisis que trataremos como axiomas al hacer nuestro estudio psicológico de Thomas Woodrow Wilson. Hasta aquí formulamos hechos valederos para todos los hombres nacidos en este mundo; consideremos ahora al ser humano que nació en la rectoría de Staunton, Virginia, el 28 de diciembre de 1856 y pasó la niñez en la rectoría de Augusta, Georgia.

El lector esperará sin duda que comencemos nuestra discusión de la personalidad de Wilson con una estimación precisa del poder de su libido. Nos gustaría hacer esa estimación, si conociéramos suficientes hechos sobre Wilson. Desgraciadamente no conocemos los suficientes para justificar que hagamos estimación alguna. La libido se manifiesta sólo cuando se descarga, por lo tanto, para apreciar su fuerza hay que conocer todas sus descargas. Además hay que saber que cantidad de libido permanece confinada en la vida interior, pues en cada hombre puede ser más o menos grande. Por ejemplo, la libido de un ermitaño hindú puede ser fuerte y sin embargo encontrar su única salida en la contemplación. No tenemos pruebas sobre las cuales basar una estimación de la cantidad de libido de Wilson que permanecía confinada así y no sabemos nada sobre muchas de sus descargas hacia el mundo exterior.

Por eso, tratar de evaluar su magnitud estudiando su descarga a través de los medios que nos son familiares, sería tan irrazonable como tratar de estimar la cantidad de electricidad generada por la estación central de energía examinando la corriente que emplean algunas casas y fábricas de una ciudad. No podemos estimar adecuadamente la magnitud de su libido y no queremos aventurarnos a hacer conjeturas sobre su fuerza total.

El lector considerará sin duda que somos excesivamente cautos y formará sus propias conclusiones respecto del poder de la libido de Wilson. Tal vez observará el hecho de que casi seguramente permaneció virgen hasta su primer casamiento a los veintiocho años y medio y concluirá que la libido de Wilson era en extremo débil; antes de lanzarse a esa conclusión el lector debe recordar varios hechos: primero, que la libido puede expresarse mediante miles de salidas aparte de la expresión sexual directa; segundo, que Wilson era físicamente débil y presumiblemente no necesitaba satisfacer una gran presión somática; tercero, que el "ideal de pureza" formaba parte de su Superyó y en cierta medida puede haber ayudado a desviar la descarga de su libido de la expresión sexual directa.

Por otro lado el lector, al observar los frecuentes comentarios de Wilson sobre su propia "intensidad", puede sentir la tentación de concluir que su libido era en extremo poderosa. Pero en realidad esta sensación de intensidad tiene poco que ver con la fuerza total de la libido. Acompaña meramente a ciertos deseos libidinosos y puede estar causada por escapar esos deseos al control del Yo, o por estar sobrecargados como resultado de un conflicto no resuelto. Por lo tanto un neurótico o psicótico cuya libido total es débil, puede exhibir mayor intensidad que cualquier hombre normal. Un hombre normal con una libido poderosa ni siente ni exhibe intensidad si no tiene en su Yo conflictos sin resolver. Cuando Wilson escribía "Soy demasiado intenso", indicaba no que poseía una libido poderosa, sino más bien que tenía dentro de él un conflicto sin resolver entre deseos opuestos; no que sus deseos fueran fuertes, sino que su Yo no había logrado una solución satisfactoria del complejo de Edipo.

Si el lector, al contemplar el gran amor de Wilson por su padre, su notable afición a las palabras y su odio hacia muchos hombres, tuviera la tentación de sacar por estas pruebas la conclusión de que la libido de Wilson era especialmente poderosa, debe recordar que numerosos hombres dan la misma impresión porque concentran su corriente en unos pocos canales. El psicoanálisis de tales hombres muestra a menudo una libido débil y que a causa de esa concentración, una gran parte de la vida psíquica ha quedado sin libido suficiente para mantenerla de manera adecuada. No sabemos nada sobre la riqueza de la vida interior de Wilson; pero sabemos que la parte de su libido que fluyó al mundo exterior estaba concentrada en unos pocos canales. Su gama de intereses era extremadamente estrecha y dentro de ese campo restringido concentró aún más la corriente de su libido. Uno de los rasgos más notables de la personalidad de Wilson era lo que él llamaba su "mentalidad de

un solo carril". Le resultaba imposible dirigir su interés a más de un objeto intelectual por vez. Es decir, que sólo un objeto bastaba para emplear toda la corriente de su libido que tenía salida en los intereses intelectuales. Es muy probable que esto sucediera porque su libido era tan débil, que para poder poner un interés adecuado en algún objeto intelectual, tenía que concentrar toda la corriente de su libido sobre él. Por eso, nuevamente, es más prudente no llegar a ninguna conclusión. Y no nos avergoncemos de admitir nuestra ignorancia. Aprender a decir "no sé" es el comienzo de la integridad intelectual.

Por más insatisfactoria que resulte al lector esta incertidumbre, tenemos que insistir sobre el hecho de que la cuestión de la fuerza de la libido de Wilson no es, a los fines de este estudio, de importancia primordial. Ante todo nos interesa tratar de comprender la particular conciliación de los deseos opuestos de su libido que logró su Yo: es decir, su personalidad. Podemos trazar el camino de su libido sin conocer su fuerza exacta. Por lo tanto supongamos tan solo que no era ni extraordinariamente poderosa ni extremadamente débil y pasemos a la cuestión vital de por cuáles salidas se descargaba.

La libido del pequeño "Tommy" Wilson, como la de todos los otros seres humanos, empezó por almacenarse en el narcisismo y descargarse en el amor a sí mismo. Siendo único hijo varón, enfermizo, cuidado, mimado y amado por sus padres y hermanas, hubiera sido notable que pudiera evitar una gran concentración de su interés sobre sí mismo. En realidad, siempre se amó muchísimo. No encontramos ninguna prueba de que alguna vez le haya faltado la admiración por sí mismo o la atención a su propio engrandecimiento.

Además, como veremos más adelante, para ser feliz necesitaba tener un yo sustituto a quien amar. A través de este amor conseguía una salida adicional para la abundante carga de libido fijada a su narcisismo. Indudablemente una gran parte de ésta continuó encontrando salida en el narcisismo a lo largo de toda su vida -aún la parte que se descargaba a través de objetos amorosos.

Hay dos formas de elección objetal: directa y narcisista. En la primera, la libido fluye directamente hacia alguna persona externa: la madre o el padre del niño o el hermano o hermana u otra. El objeto se valora por él mismo, por su propia personalidad, aunque se parezca muy poco a la del niño. A esta clase de elección objetal, la llamamos amor del tipo "inclinación" porque el niño primero "inclina" o "apoya" sus instintos sexuales sobre los de autoconservación y elige inicialmente como objeto amoroso a las mismas personas que satisfacen sus

necesidades físicas. Por otro lado, en el tipo narcisista de elección objetal, la libido del niño fluye hacia una persona externa que de algún modo se le parece. Ama la parte de sí mismo que ve en el objeto; no ama al objeto por las cualidades en que difiere de él sino sólo por las cualidades en que se le parece. Así, a través de un objeto se ama a sí mismo y su narcisismo encuentra por este rodeo una salida adicional.

Veremos más adelante que Wilson empleó frecuentemente el segundo tipo de elección objetal. Sin embargo, no era de esos desdichados cuya libido sólo tiene salida a través del narcisismo. Su narcisismo, conservado desde la niñez, contenía tal vez una carga de libido mayor que lo usual, pero no anormalmente grande. Una considerable parte de su libido tenía salida, como en todos los hombres normales, por las relaciones objetales activas y pasivas.

Es innecesario volver a formular los datos referentes a la niñez de Wilson que han sido descriptos en las Notas Biográficas. Recordemos solamente que un hecho sobresale con tal prominencia que empequeñece a todos los demás: el padre de Tommy Wilson fue su gran objeto amoroso; el gran personaje de su niñez. En comparación, su madre era por cierto una figura pequeña. Es claro que mayor cantidad de libido tuvo salida por la relación con el padre que con la madre. Por lo tanto, previmos que la tarea de su Yo para conciliar sus deseos conflictivos respecto del padre, sería más difícil que con respecto a su madre. Resultó cierto. Su Yo concibió fácilmente sus deseos contrarios hacia la madre. Sus relaciones con las mujeres llegaron a ser normales y comunes. Pero su Yo nunca fue capaz de lograr una conciliación de sus deseos conflictivos respecto del padre.

Tal vez el lector se sienta inclinado a comentar que estos últimos no estaban en conflicto, que en ningún pensamiento, palabra o acto, expresó Wilson una hostilidad hacia su padre; que mientras una proporción extraordinariamente grande de libido de Wilson cargaba su pasividad hacia él, no había ninguna que cargara la actividad agresiva. La respuesta a esto es simple: Wilson era un ser humano, sujeto a las mismas leyes de desarrollo que todos los otros seres humanos. Por cierto no era uno de esos hombres infortunados que nacen sin masculinidad. Y el análisis de miles de hombres ha probado que la libido carga tantos deseos agresivos como pasivos respecto de sus objetos amorosos. No hay absolutamente ninguna duda de que la proporción de libido de Wilson que cargaba la pasividad hacia su padre era enorme, por lo tanto, estamos forzados a concluir que una considerable parte de la misma se debe haber almacenado

P S I K O L I B R O

en la actividad agresiva hacia el progenitor. Si no podemos encontrar en su vida ninguna manifestación directa de esa hostilidad, debemos buscar pruebas de una expresión indirecta. Sabemos que debe haber existido y eventualmente debe haber encontrado alguna clase de expresión. De hecho, casi todos los rasgos desusados del carácter de Wilson se desarrollaron a partir de las represiones, identificaciones y sublimaciones que empleó su Yo en el intento de conciliar su actividad agresiva con su extremada pasividad hacia el padre. La relación de Wilson con él y sus sustitutos ocuparán necesariamente la mayor parte de nuestro estudio de su personalidad.

El Yo de Tommy no encontró grandes dificultades para conciliar sus deseos conflictivos respecto de la madre; no eran violentos. Tuvo además la suerte de tener hermanas y primas a quienes su Yo pudo transferir fácilmente los deseos que originariamente se dirigían a la madre.

Los niños que tienen hermanas poseen una enorme ventaja sobre los que no las tienen. Forman un puente sobre el cual se puede transferir fácilmente la libido de la madre a las mujeres que están fuera de la familia. El Yo de un varoncito que no tiene hermana, se ve obligado a hacer que su libido cruce de un solo gran salto el abismo entre su madre y el mundo. Como ya hemos señalado, el que tiene hermana, normalmente le transfiere una parte de la libido que había estado ligada a la madre y de ella a las amigas de ésta. Así, por transferencias fáciles, su libido alcanza a las mujeres fuera de la familia. El Yo de un niño que no la tiene se ve obligado a transferir su libido sin este paso previo, lo que resulta una tarea mucho más difícil, y para muchos hombres, presenta una dificultad insuperable. En este caso, puede quedar fijada sobre la madre para toda la vida. Son incapaces de desprenderse de ella. Si de una u otra manera pierden a la madre, no es raro que el desdichado hijo la reemplace, identificándose con ella y dé a otros hombres que lo representan, el amor que deseaba recibir de su propia madre.

Tommy Wilson fue especialmente afortunado. El camino hacia las mujeres fuera de la familia se le hizo excepcionalmente amplio y suave por la existencia no sólo de hermanas que lo amaban profunda mente y lo cuidaban y jugaban con él, sino también de primas pequeñas que le brindaban afecto. Una gran parte de la libido permaneció ligada a su madre durante la infancia y adolescencia, pero otra pasó a las hermanas y primas. Es cierto que su pasividad hacia la madre parece haberse mantenido por un tiempo excepcionalmente largo, tal vez más largo que el de su actividad. A este

respecto vale la pena echar otra mirada a la carta que Wilson escribió a su esposa en 1888: "Recuerdo cómo me aferré a ella (un "nene de mamá" del que se reían) hasta que fui un tipo grandote; pero el amor por la mejor femineidad llegó a mí y penetró en mi corazón a través de esas cintas de delantal. Si no hubiera vivido con tal madre, no hubiera podido conquistar ni parecería merecer -en parte quizás, por virtudes transmitidas- tal esposa". Además de mostrar de qué manera prolongada la libido de Wilson fluyó directamente por la salida de la pasividad hacia su madre, esta carta indica hasta qué punto su pasividad hacia ella encontró expresión a través de la primera esposa.

El hecho de que después de la muerte de ésta, con quien había vivido íntimamente durante veintinueve años, se casara nuevamente tan pronto, no debe hacer dudar de su amor por Ellen Axson. La experiencia enseña que los hombres que han sido felices en el matrimonio son propensos a volver a casarse. La rapidez con que Wilson lo hizo indica qué indispensable le era una madre sustituta, no importa cuál fuera su personalidad.

Su actividad y algo de su pasividad hacia la madre, parece haber pasado, en una etapa temprana, a las hermanas mayores, en especial a Annie, dos años mayor que él y que lo quería tan profundamente como él a ella. Le gustaba jugar con estas hermanas y sus amiguitas y sobre todo con una primita menor y que llevaba el nombre de su madre: Jessie Woodrow Bones.

Quien no haya hecho un estudio especial del tema difícilmente pueda apreciar en qué medida la semejanza de nombres produce identificaciones en el inconsciente. Nos parece casi seguro que el pequeño Tommy Wilson identificó a Jessie Woodrow Bones con su madre, Jessie Woodrow, y transfirió a ella, de su hermana Annie, una considerable parte de la libido que al principio se había dirigido hacia la madre. El lector recordará que gustaba jugar a los indios con esta niña, y un día estando ella trepada sobre un árbol fingiendo ser una ardilla, él, como cazador indio, le lanzó una flecha. Jessie cayó al suelo inconsciente pero ileso y Tommy la llevó a la casa gritando lleno de remordimiento: "Soy un asesino. No fue un accidente. La maté".

No hay que poner demasiado énfasis sobre tales incidentes, pero es imposible evitar la impresión que deja este episodio. En la época en que Tommy Wilson tenía once años, su Yo había transferido exitosamente una parte de su actividad hacia la madre a Jessie Woodrow Bones, y estaba bien encaminado en sus relaciones normales con las mujeres. De otra manera, no hubiera

P S I K O L I B E R O

sentido un remordimiento tan exagerado. Su libido no se desligó completamente de la madre hasta después de su casamiento con Ellen Axson diecisiete años más tarde: pero desde los once años ese desligamiento ya había avanzado tanto que existía poco peligro de que pudiera retroceder a la dependencia completa de su madre. Así, antes de la adolescencia, su Yo estaba tan cerca de tener resuelto el dilema menor del complejo de Edipo, que se daban todas las razones para prever que sus relaciones con las mujeres serían normales durante su vida. Lo fueron. Gracias a las hermanas y a la prima Jessie Woodrow Bones.

Antes de considerar su adolescencia y sus relaciones posteriores con las mujeres, volvámonos hacia su relación con el padre en la niñez. Presenta un cuadro muy diferente.

Los hechos registrados en las Notas Biográficas respecto a la relación de Wilson con su padre en la niñez, presentan un cuadro notable de adoración. Numerosos niños adoran a sus padres, pero no muchos tan intensa y completamente como Tommy Wilson. El primer recuerdo era haber corrido a buscar a su padre para pedirle una explicación, y durante toda su vida siguió recurriendo a él para que lo guiara. El niño enfermizo no fue a la escuela. No aprendió a leer. Toda su educación temprana vino de los labios del padre y él bebió las palabras que de allí salían con extraordinaria avidez. El padre hablaba mucho, pero nunca demasiado para la sed del hijo. Ya que esas palabras fueran pronunciadas en la casa, al instruirlo, en las plegarias, en las comidas, en la lectura y la conversación de la tarde, o en paseos, o desde el púlpito, Tommy las devoraba con alegría y contemplaba el rostro de su padre con total adoración. "Mi incomparable padre" era su propia descripción del reverendo Joseph Ruggles Wilson.

Ray Stannard Baker tenía razón cuando declaró: "Su padre fue la figura más grande de su juventud tal vez la más grande de su vida entera... Las cartas que intercambiaron no merecen otro nombre que el de cartas amorosas". Y el profesor Daniels tenía razón al afirmar que el amor de Wilson por el padre, fue su "pasión dominante".

Cuando tratamos de encontrar una expresión directa de hostilidad de Tommy Wilson hacia el padre, descubrimos que en los sesenta y ocho años completos de su vida no se puede encontrar un solo pensamiento hostil en esa dirección. Continuó pidiendo y siguiendo los consejos de su padre mientras éste vivió y

hasta el fin de sus días siguió hablando de él con amor y admiración. Sólo al elegir la profesión se negó a someterse a la voluntad de su padre. Este deseaba que fuera ministro. El insistió en ser estadista. Más adelante discutiremos esta decisión y, por el momento, le pedimos al lector que postergue su juicio sobre ella. sugiriéndole que aún esta resolución puede haber sido no una expresión de hostilidad, sino de admiración por el "incomparable padre" de su niñez. Entonces ¿qué se hizo de la agresión de Tommy Wilson hacia su padre?

Como se ha señalado, el Yo emplea tres métodos para conciliar los deseos conflictivos: represión, identificación y sublimación; el tipo de conciliación que efectúa finalmente el Yo depende de la fuerza de la masculinidad y femineidad innatas originales y de las circunstancias fortuitas de la infancia. Durante ésta Tommy Wilson estuvo sujeto a un padre dominador; un padre fuerte, buen mozo, que le daba conferencias incesantemente, lo besaba, lo abrazaba, le predicaba y lo dominaba como representante de Dios en la tierra. Si la masculinidad del niño hubiera sido más poderosa que su femineidad, le hubiera resultado intolerable el peso de ese padre, lo hubiera detestado, como tantos hijos de ministros detestan a los suyos. Pero en realidad, la femineidad de Tommy Wilson era mucho más fuerte que su masculinidad, por lo menos en esa época. La parte de su libido que cargaba pasividad hacia el padre sobrepasaba la que cargaba actividad agresiva; y es obvio que su Yo empleaba el método de represión para manejar el conflicto entre su poderosa pasividad y su relativamente endeble actividad agresiva. Una parte se almacenó sin duda en el Superyó, pero nada de ella se descargó jamás a través de la hostilidad directa hacia el padre.

Hemos señalado que la represión es el menos eficaz de todos los métodos de conciliación empleados por el Yo, porque el deseo reprimido sigue buscando descarga y es inmune a la crítica de la razón, ya que está incomunicado con la conciencia; y señalamos que como consecuencia del aislamiento del deseo y su apartamiento del influjo moderador de la razón, acumula una gran cantidad de libido. Encontramos que la parte reprimida de hostilidad de Tommy Wilson hacia su padre lo fue tan completamente que ni siquiera una vez se descargó; pero siguió buscando salida y muchas veces durante su vida estalló contra padres sustitutos, llevándolo a un odio violento e irrazonable hacia hombres que para él eran representantes paternos, como el decano Andrew F. West, de Princeton. En todas las épocas, a causa de esta hostilidad reprimida, le resultó

difícil mantener relaciones amistosas con hombres de intelecto o posición superior y prefirió rodearse de mujeres o de inferiores.

La parte de su actividad agresiva hacia el padre que tuvo salida a través de la identificación, erigió en él un Superyó tremendamente poderoso y exaltado. Hemos notado que de manera normal un niño sustituye su deseo de matar al padre por otro de sobreponerse a él, la identificación paterna, y esto produce el Superyó. Tommy Wilson se identificó con su padre en un grado extraordinario. Pensaba sus pensamientos, hablaba como él, lo adoptada por completo como modelo, preocupándose por las palabras como su padre se había preocupado por ellas, despreciando los hechos como él los despreciaba, llevando su imitación hasta el punto de pronunciar discursos desde el púlpito a una congregación imaginaria, vistiéndose de tal modo que cuando joven lo confundían a menudo con un ministro y casándose como su padre con una mujer nacida y criada en una rectoría presbiteriana.

No creció más allá de esta identificación paterna. Sus cualidades y defectos siguieron siendo las cualidades y defectos de su padre. No podía imaginar un hombre más perfecto. El reverendo Ruggles Wilson había encontrado la suprema expresión en los sermones desde el púlpito. Tommy Wilson encontró la suprema expresión en los sermones desde un púlpito que era la Casa Blanca. Su padre no tenía la costumbre de elaborar métodos prácticos para que los principios que exponía desde el púlpito se tradujeran en realidades. Wilson no elaboró métodos prácticos para que sus Catorce Puntos se tradujeran en realidades. Su padre cantaba, Tommy también. Su padre leía por las tardes a la familia, Tommy también. Lo que él había hecho, valía la pena hacerlo. Lo que no había hecho, no valía la pena. Su padre fumaba incesantemente. Tommy nunca fumó. "Mi padre fumó bastante durante su vida para cumplir por los dos", explicaba. Así que aún en este caso, en que por una vez se abstuvo de imitarlo, no dejó de expresar con toda claridad la sensación de que ambos eran uno solo: completamente identificados. Revivió la vida de su progenitor en una escala grandiosa.

La imagen en su inconsciente del "incomparable padre", desarrollada a partir de sus primeras exageraciones de las cualidades del mismo, que llegó a ser su Superyo, tuvo una influencia inmensa sobre el curso de su vida. Su carrera tiene por cierto un interés excepcional como ilustración del poder de un Superyó exaltado para impulsar hasta el logro de una gran posición y poder a un hombre de físico deficiente.

Hemos descripto cómo una gran cantidad de niños, mucho menos estimulados que Tommy Wilson, exageran tanto en el inconsciente los poderes y virtudes de su padre que lo identifican con el Mismo Padre Todo-Virtuoso y Todopoderoso, Dios, y por su identificación instalan a este Padre Todopoderoso como Superyó. Esto sucedió sin ninguna duda en el caso del pequeño Tommy Wilson. En realidad, lo contrario hubiera sido notable. El niño que contemplaba al padre en el púlpito, que lo consideraba el hombre más hermoso de la tierra, y que escuchaba la palabra de Dios saliendo de su boca, difícilmente hubiera podido evitar identificar a su padre con el Todopoderoso. El Dios a quien Thomas Woodrow Wilson veneró hasta el fin de sus días, era el reverendo Joseph Ruggles Wilson, el "incomparable padre" de su infancia. Hasta que cumplió diez años fue el único bienamado hijo varón de ese Dios. La identificación de sí mismo con el Salvador de la Humanidad, que se volvió un rasgo tan importante y obvio de su personalidad en años posteriores, parece haber comenzado como una conclusión inevitable que se encontraba en el inconsciente durante sus primeros años: si su padre era Dios, él mismo era el Único Bienamado Hijo de Dios: Jesucristo.

Veremos que los efectos de estas identificaciones aparecen a lo largo de su vida, y no queremos anticipar desarrollos posteriores, pero sería deseable registrar aquí dos resultados invariables de la posesión de un Superyó hecho a la imagen del Todopoderoso. Como ya hemos señalado, jamás se puede satisfacer a semejante Superyó. No importa qué pueda realizar su desgraciado poseedor, siempre sentirá que no ha hecho bastante. No le causará ninguna alegría el trabajo completado sino que siempre estará insatisfecho consigo mismo y arrastrado por una sensación de que no ha cumplido con lo que espera de sí mismo. Nunca puede cumplir con lo que espera de sí mismo porque su Superyó exige lo imposible. A lo largo de la vida de Wilson ésta fue una de sus características. Cuando había realizado algo, tenía sólo una alegría momentánea por su realización. Casi enseguida lo atormentaba la sensación de que debía lograr más. Invariablemente éste es el signo exterior y visible de un Superyó demasiado exaltado y poderoso.

Un segundo resultado del establecimiento de Dios como Superyó es que el niño siente a Dios dentro de sí. En su inconsciente, él mismo es Dios. Cualquier cosa que haga es correcta porque Dios la hace. En ocasiones podría admitir que se ha equivocado, nunca que ha actuado mal. Su Superyó no lo permitiría. Antes que reconocer su error, prefiere olvidar o distorsionar los hechos, alejarse

totalmente del mundo de la realidad y construir hechos imaginarios que se adecuen a las exigencias de su Superyó.

No es sorprendente que tal Superyó impulse a algunos hombres a la grandeza y a otros a la neurosis. Sus exigencias son insaciables, pero si no se las satisface incesantemente, el Superyó tortura a su infortunado poseedor. Por lo tanto, éste primero trata de satisfacerlo con verdaderas realizaciones y a menudo concreta grandes cosas, pero si eso es insuficiente para su Superyó, lo tortura nuevamente. Si no puede cumplir en la realidad más de lo que ha cumplido, para huir de los tormentos de su Superyó, inventa realizaciones imaginarias. Distorsiona el mundo de los hechos. Puede volverse psicótico. Si está más fuertemente asido a la realidad, se limita a sufrir las torturas del Superyó, y se hace neurótico. Así el hombre que instala a Dios como su Superyó, sube por un estrecho paso la montaña de la grandeza, balanceándose entre el abismo de la neurosis por un lado y el de la psicosis por el otro. Es afortunado si no cae en uno u otro abismo hasta el fin de su vida. Veremos cómo el Superyó del pequeño Tommy Wilson lo impulsó a subir por este paso estrecho, cómo resbaló muchas veces hacia la neurosis y cómo hacia el fin de su carrera casi se hundió en la psicosis.

Tres

Antes de estudiar a Wilson como joven y como hombre, debemos completar nuestro examen de sus deseos infantiles, y todavía no hemos considerado su pasividad hacia el padre. Confiamos en que, durante nuestra discusión de este elemento en el carácter de Wilson, el lector recordará que su propia personalidad y la personalidad de todos los otros hombres, están tan firmemente arraigados en la bisexualidad como lo estaba la personalidad de Wilson. Casi todos los hombres han aprendido a contemplar los elementos físicos del cuerpo humano sin sentir vergüenza. Llamar la atención sobre la presencia de oxígeno e hidrógeno en el cuerpo del hombre ya no causa

emoción. Pero no todos los hombres han aprendido a contemplar con calma los elementos psíquicos de la naturaleza humana. Mencionar el carácter bisexual del hombre resulta todavía escandaloso a los espíritus poco cultivados. Sin embargo, la bisexualidad es un hecho de la naturaleza humana que, en sí mismo, no debiera despertar más emoción que el hecho de que cincuenta y nueve por ciento del cuerpo consiste en agua. Si los seres humanos no fueran bisexuales, no serían humanos.

Haber nacido bisexual es tan normal como haber nacido con dos ojos. Un varón o una mujer sin el elemento de bisexualidad sería tan inhumano como un cíclope. Así como un artista puede emplear las mismas pinturas para producir un cuadro hermoso o uno feo, también el Yo puede combinar la masculinidad y femineidad originales de un hombre para componer una personalidad hermosa o una fea. Juzgar el producto final, sea cuadro o personalidad, es legítimo. Condenar los elementos es absurdo. Se puede emplear la masculinidad para producir el heroísmo de Leónidas o la acción de un asesino. Se puede elogiar o censurar los resultados obtenidos por el Yo con la masculinidad y femineidad originales, pero no hay nada elogiable o censurable en la mera existencia de estos elementos. Existen. Es todo. Cuando Margaret Fuller, "alta sacerdotisa del trascendentalismo de New England", declaró: "Acepto el universo", Carlyle comentó: "¡Por Dios, más vale!" Como el universo, la bisexualidad de la humanidad tiene que ser aceptada.

Las salidas empleadas por el Yo de Wilson para su pasividad hacia el padre eran todas aprobadas por su Superyó. Su descarga principal era a través de la sumisión directa a la voluntad de su padre. Hacía lo que el padre quería que hiciera y se abstenía de lo que éste desaprobaba. Aceptaba sin cuestionar las ideas de su padre y con adoración su liderazgo. Le sometía todos los problemas de su vida. Con las palabras de Ray Stannard Baker, "Hasta después de los cuarenta años, Woodrow Wilson nunca tomó una decisión importante de ninguna clase sin pedir primero el consejo de su padre." Incluso dependió económicamente hasta los veintinueve años. Su padre esperaba de él un presbiteriano virtuoso. Llegó a serlo. Su padre deseaba que fuera un especialista en palabras y un orador. Y lo fue.

Durante la vida de Wilson gran parte de su libido encontró salida por el lado de la oratoria. Su excesivo interés en la oratoria sería sorprendente si no fuera obvio que encontró en esa actuación una salida no sólo para la pasividad hacia el padre sino también, a través de la identificación, una salida para la actividad

hacia él. Cuando hablaba estaba haciendo lo que el padre quería que hiciera, pero también por identificación se convertía en su padre. Después de todo, el reverendo Joseph Ruggles Wilson era esencialmente un orador. Así la oratoria dio expresión a los deseos más fuertes de Wilson.

Una parte de la pasividad de Wilson hacia el padre tuvo salida por su sumisión directa; pero la sumisión que, en el inconsciente, deseaba hacer era mucho más profunda y específica que la que manifestaba en vida. Por lo tanto buscó más maneras de someterse. Encontró una salida, plenamente aprobada por el Superyó, en la sumisión al Dios que representaba su padre. Toda la vida se deleitó en actos diarios de obediencia a ese Dios: plegarias matinales, plegarias vespertinas, las gracias antes de cada comida y la lectura de la Biblia cada día. Además, era tan grande su necesidad de someterse a su Dios que nunca pudo permitirse albergar una duda religiosa. Haber dudado hubiera sido suprimir una salida que necesitaba para su pasividad. "Dios es la fuente de fuerzas para todo hombre y sólo por medio de la oración puede uno mantenerse cerca del Padre de su espíritu", decía. Dos veces por lo menos, comentó: "Creo en la Divina Providencia. Si no creyera, me volvería loco." Teniendo en cuenta que él mismo hizo este comentario, no hay razón para considerar indecente estar de acuerdo con él. Una parte tan considerable de pasividad hacia el padre tuvo salida por sus cotidianas sumisiones al Dios que representaba, que le podría haber resultado imposible descubrir otra salida adecuada y aceptable. Si no hubiera sido capaz de obedecer cotidianamente a Dios, es muy posible que se hubiera refugiado en la paranoia desarrollando una manía de persecución; podría haber llegado a ser no el ocupante de la Casa Blanca sino el internado de un manicomio.

Otra salida para la pasividad de Wilson hacia el padre era a través de la identificación con la madre. No sabemos bastante sobre Wilson para hacer una estimación de la importancia relativa de su identificación materna. Sólo sabemos que la tenía. A pesar del deseo consciente de ser como su padre, Wilson se parecía a su madre no sólo físicamente sino también en el carácter. Tenía su cuerpo delgado y débil y también su severidad, timidez y aislamiento. A menudo sentía como ella y lo sabía. Es impresionante su comentario a Dudley Field Malone: "Cuando me siento mal, huraño y sombrío y me parece que todo anda mal, entonces sé que el carácter de mi madre está predominando en mí. Pero cuando la vida parece alegre, linda y espléndida, entonces sé que tiene ascendencia la parte de mi padre." A menudo se sentía "mal, huraño y sombrío".

Si Wilson viviera y se sometiera al psicoanálisis, encontraríamos sin duda que la identificación materna jugó un papel importante en su vida. En nuestra situación, debemos contentarnos con notar que encontraremos pruebas de esta identificación cuando observemos etapas tardías de su vida. Las pruebas disponibles nos permiten decir que él, como otros hombres, tenía una identificación materna y a través de ella tuvo salida una parte de su pasividad hacia el padre.

Otro lazo vital sobre el cual casi no tenemos pruebas, es la relación con su hermano Joseph. Cuando nació Joseph Ruggles Wilson Jr., Thomas Woodrow Wilson tenía diez años. Así que, aunque su desarrollo fue retardado, parece seguro que había pasado por las etapas más importantes de la evolución psíquica antes de que naciera su hermanito. Casi todos los niños, hacia el fin de su sexto año, han logrado algún tipo de conciliación entre los conflictos del complejo de Edipo y han ingresado en un período de latencia sexual que dura habitualmente hasta la adolescencia. En consecuencia, la mayoría de los niños que tienen diez años cuando nace un hermano menor, encuentran comparativamente fácil aceptar al intruso. Normalmente el hermano mayor se vuelve, en su inconsciente, el padre del hermano menor, y también se identifica con éste, de modo que en esa relación actúa como padre de sí mismo: para el hermano mayor, el menor lo representa a él mismo cuando era pequeño. A través de la pasividad de su hermanito (él mismo cuando pequeño) hacia él (representando a su padre) obtiene una salida para la propia pasividad hacia su padre.

Invariablemente está presente también un elemento de hostilidad. El hermano menor es un rival en el amor de los padres y su advenimiento, como ya señalamos, origina una sensación de "traición". Habitualmente ni la hostilidad hacia el hermano menor ni la sensación de traición son marcadas en el caso de un niño normal que haya pasado el período de latencia antes del nacimiento del hermano menor. Si el mayor ha alcanzado la edad de diez años antes del nacimiento del otro, comúnmente le resulta fácil adoptar una actitud paternal hacia el bebé de la manera que hemos descrito y, o bien preserva esta actitud durante toda la vida, o bien sigue la línea de esta relación en sus amistades con hombres más pequeños y más jóvenes que representan a su hermano.

No tenemos ninguna prueba de las emociones de Tommy Wilson en la época del nacimiento de su hermano Joe, y conocemos poco sobre sus relaciones

P S I K O L I B R O

posteriores. Sabemos que en una época Thomas Woodrow Wilson enseñó a su hermanito como el padre le había enseñado a él; que le ayudó de varias maneras, que escribió "amo apasionadamente a mi hermano"; que siendo presidente, se negó a designarlo administrador de correos y a permitir que lo hicieran secretario del Senado. Nuestra información es tan escasa que estaríamos contentos de pasar por encima de esta relación sin tratar de discutirla, pero debemos mencionar la probabilidad de que Joe Wilson jugara un papel más importante de lo que cualquiera de los dos haya notado, en la vida emocional de Thomas Woodrow Wilson.

Más tarde, Thomas Woodrow Wilson siempre necesitó tener por lo menos una relación afectuosa con un hombre más joven y físicamente más pequeño, con preferencia rubio. En estas amistades Wilson jugaba claramente el papel de su propio padre y su amigo lo representaba a él cuando niño. Es probable que el esquema de estas relaciones haya quedado establecido por las emociones que despertó en el Tommy Wilson de diez años, el nacimiento del bebé Joe. Hemos notado que normalmente el hermano mayor se identifica con el menor y hace de padre de sí mismo; además notamos que una sensación de hostilidad, desconfianza y traición acompaña a las emociones afectuosas. Las amistades intensas de Wilson se caracterizaron justamente por esas manifestaciones. Amó intensamente a John Grier Hibben y al coronel House mientras éstos conservaron hacia él la actitud de hermanito obediente. Finalmente sacó la conclusión de que cada uno lo había traicionado y los arrojó a la oscuridad exterior como a un Judas. Hemos visto que esta sensación paranoide de traición surge siempre de la pasividad hacia el padre y que a menudo se relaciona con el nacimiento de un hermano menor. Por lo tanto debemos mencionar la probabilidad de que el nacimiento de Joe Wilson inaugurara dos importantes características de su hermano Thomas Woodrow Wilson. Primero: el nacimiento de Joe puede haber marcado el comienzo de su inclinación a establecer amistades en las que hacía de padre de un hombre más joven y más pequeño que lo representaba a él. Segundo: puede haber originado su inclinación a protegerse de su propia pasividad por un mecanismo paranoide. Brevemente, su hermanito Joe podría haber sido el muy amado traidor original a quien siguieron en su inconsciente muchos años después Hibben y House. La emoción original involucrada era por supuesto la pasividad de Tommy Wilson hacia su propio padre, pero parece haber alcanzado a sus amigos por medio de su hermano Joe. Es digno de mención que la desconfianza más injustificada en la vida de Wilson -su desconfianza contra su secretario en la Casa Blanca, Joseph P. Tumulty- se dirigió contra un varón más joven, más pequeño y rubio,

llamado Joe. Joe Tumulty, para el inconsciente de Wilson, puede muy bien haber representado a Joe Wilson. Las acciones de un ser humano a menudo están determinadas por identificaciones mucho más absurdas que éstas.

Cuando uno considera las posteriores relaciones de Wilson con Joe, Hibben, House, Tumulty y otros, se ve impulsado a concluir que el nacimiento del bebé Joe Wilson debe haber despertado en el Tommy Wilson de diez años emociones mucho más fuertes que las usuales en un niño de esa edad frente a un hermanito. Su reacción hiperviolenta se tradujo sin duda por la magnitud de su pasividad hacia el padre, que hizo inevitable que mirara con excesiva hostilidad a un hermano que lo desalojaba de su posición exclusiva de único hijo varón engendrado por su padre. Parece claro que a la edad de diez años, la pasividad de Wilson hacia el padre era todavía su deseo dominante y que una parte de esta corriente de libido, acompañada por mucha hostilidad y una sensación paranoide de traición, cargó la relación con su hermano Joe.

Otra salida para dicha pasividad fue su identificación con Jesucristo. Probablemente se estableció en su infancia como correlativa de la del padre con Dios; pero parece que no acumuló una gran carga de libido hasta su adolescencia. Por eso pospondremos su discusión por el momento.

Hemos echado un vistazo a la distribución de la libido de Wilson en su niñez. Observamos que su amor por sí mismo era considerable; que el padre y no la madre constituía su objeto emocional principal; que sus relaciones con las mujeres prometían ser normales y comunes; que una parte de su actividad hacia el padre había sido reprimida y otra había producido un Superyó exaltado, y que su pasividad hacia el padre era su emoción dominante y necesitaba muchas salidas, entre las cuales estaban la sumisión al mismo y a Dios y la identificación con su madre y con su hermano Joe. Antes de considerar la adolescencia, juventud y adultez de Wilson contemplemos por un momento al niño como un todo.

Thomas Woodrow Wilson era un niño más bien patético, al que uno no puede negarle su compasión. Era débil, enfermizo y nervioso, retardado en su desarrollo, de vista defectuosa y sufría constantemente problemas gástricos y dolores de cabeza. Que haya sido nervioso no es extraordinario. La nerviosidad es el signo visible de un conflicto interior que el Yo ha sido incapaz de resolver. Aparte de los conflictos menores que pueden haberlo atormentado, había abundante motivo para su nerviosidad en el conflicto entre su Superyó, que le

ordenaba que fuera todo masculinidad, Dios Mismo y su pasividad hacia el padre que exigía que se le sometiera de todas las maneras, aún hasta el punto de volverse todo femineidad. Así su relación infantil con el padre lo condenó a esperar de sí mismo, toda la vida, más de lo que su cuerpo o su mente podían darle. La nerviosidad y el descontento que caracterizaron su vida se establecieron tempranamente. Esta razón, nos fuerza a compadecerlo.

Sin embargo hay que reconocer también que el destino lo favoreció de muchos modos. Sus hermanas y primas facilitaron la transferencia de su libido desde la madre a las mujeres fuera de la familia inmediata, de manera que estaba en el camino de una vida sexual normal. Además, su carácter se adecuaba admirablemente a la civilización y clase social en que nació.

La tradición tipo Lollard de la clase media no-conformista británica transferida a América, en que lo educaron, producía una atmósfera en la cual era difícil que un hombre cuya masculinidad excediera su femineidad, pudiera florecer, excepto económicamente; por lo contrario convenía a las mujeres y a los hombres cuya femineidad prevaleciera. El "¡No harás!" del lollardismo es intolerable para un hombre masculino pero simpático para las mujeres.

Un chico más masculino que Tommy Wilson hubiera manifestado hostilidad hacia las costumbres de la familia y la comunidad en que se crió; él no sintió ningún impulso de rebelarse. Su masculinidad era endeble. Su Ideal del Yo no era hostil a los ideales de su familia o su comunidad. Los problemas de su vida no surgieron de conflictos con su medio, sino dentro de su propio carácter. Hubiera tenido que afrontar esos conflictos de haber sido educado en la libertad relativa de la civilización europea. La pantalla de racionalizaciones que le permitió vivir siempre sin encarar su pasividad hacia el padre, hubiera caído vencida muy pronto en la Europa continental. Fue afortunado al nacer en una nación que durante el siglo diecinueve estuvo protegida de la realidad por una devoción heredada a los ideales de Wyclif, Calvino y Wesley.

Cuatro

El primer contacto de Tommy Wilson con la vida fuera del círculo protector de su padre y madre, sus hermanos y primas, se produjo a la edad de trece años, cuando fue a la escuela. En la pequeña escuela externa del profesor Derry no se lució en el estudio. La explicación de su maestro es digna de nota: "No era porque no fuese bastante inteligente, sino porque evidentemente no le interesaba." Aquí uno cree prever su "mentalidad de un solo carril". Otro suceso del mismo año arroja alguna luz sobre este fenómeno. No vemos ninguna falta de interés cuando nos volvemos hacia la escena en el granero del ministro y contemplamos cómo Tommy Wilson dicta a los "Light Foots" las leyes del discurso ordenado.

Si en verdad los "Light Foots" tenían reuniones caracterizadas por una gran "finura de procedimientos parlamentarios" como dijo Wilson más tarde, podemos estar seguros de que la "finura de procedimientos parlamentarios" fue impuesta a los muchachos por él mismo, durante su presidencia y fue capaz de hacerlo a causa de su amor por la palabra. Al actuar así, al mismo tiempo obedecía y se identificaba con su padre. Estaba dando salida a su pasividad hacia él, y por identificación, a la actividad en su dirección. La corriente de su libido era por lo tanto abundante, su interés profundo. Pero ese volumen parece insuficiente para proveer, tanto su interés por la palabra, como otros intereses intelectuales, y naturalmente fluyó primero a la salida que le ofrecía una sublimación para sus deseos conflictivos respecto del padre. Durante su vida sólo se interesó vivamente por temas que de alguna manera se relacionaran con la palabra. Así como, cuando niño, era incapaz de encontrar suficiente libido para nutrir un interés sano por los temas escolares, más tarde lo fue para aplicarse a temas no conectados con la palabra. Tenía que considerar tales asuntos de a uno por vez, excluyendo de sus pensamientos otros aunque necesitaran atención inmediata. Así desarrolló su "mentalidad de un solo carril".

No tuvo ningún interés en las matemáticas, ciencias, arte o música... excepto en cantar, una forma de hablar. Su método para pensar en un tema parece haber consistido en imaginarse que estaba haciendo un discurso sobre ello. Su obra literaria era oratoria escrita y los defectos fueron generalmente producidos

por usar la técnica oratoria en la composición literaria. Parece haber pensado en los problemas políticos o económicos sólo cuando se estaba preparando para hacer un discurso sobre ellos, ya fuera por escrito o desde la tribuna. Su memoria era indudablemente del tipo vasomotor. El uso de sus cuerdas vocales era para él inseparable del pensamiento.

La adolescencia, con sus múltiples alteraciones físicas, cayó sobre Wilson junto con importantes cambios en su medio. Cuando tenía catorce años, el padre dejó su tarea de pastor en Augusta y se desempeñó como profesor de un Seminario Teológico en Columbia, Carolina del Sur. Su familia lo siguió a Columbia. Así, llegado a la adolescencia su vida ya no estaba confinada a la comunidad que rodeaba la rectoría y la iglesia de Augusta. Se encontraba en la capital incendiada de Carolina del Sur, donde las violentas luchas políticas proveían de dramatismo. Y su padre, aunque todavía clérigo, ya no era ministro sino profesor.

El lector recordará que un joven piadoso llamado Francis J. Brooke llegó a Columbia para estudiar la carrera de ministro presbiteriano. Era unos pocos años mayor que Tommy Wilson. Organizaba reuniones religiosas en su habitación y en el establo de un piso que hacía de capilla del Seminario Teológico. Tommy asistía a las reuniones y comenzó a amar profundamente a Brooke. Bajo el influjo de Brooke sufrió una "conversión" religiosa. A los dieciséis años y medio, confesó, "exhibía pruebas de que una obra de gracia había comenzado en su corazón" y fue admitido como miembro de la Primera Iglesia presbiteriana de Columbia. Desde entonces se sintió en comunicación directa con Dios. Sentía que Dios lo había elegido para una gran obra y que lo usaría y protegería hasta que su obra estuviera hecha. Le había estado yendo mal en la escuela, pronto empezó a mejorar. Puso un retrato de Gladstone en la pared tras su pupitre y cuando la prima a la que había hecho caer del árbol, le preguntó de quién era el retrato en la pared, contestó: "Es Gladstone, el más grande estadista que haya vivido jamás. Yo también pienso ser estadista."

Esta secuencia de sucesos ofrece un nexo entre la niñez y la adultez de Thomas Woodrow Wilson. En realidad no es gran descubrimiento encontrar ese nexo pues la adolescencia es el período que conecta la niñez con la adultez. También es un poco trivial decir que los profundos cambios físicos de la adolescencia están acompañados invariablemente por cambios psíquicos no menos profundos. Todo hombre sabe esto por propia experiencia. Con la entrada en la adolescencia la necesidad de descarga de la libido se agudiza

muchísimo. No sólo la exigencia de expresión directa de la libido está reforzada por una real presión somática; también las alteraciones en las secreciones internas producen un aumento de la masculinidad del muchacho. Crece por lo tanto la cantidad de libido acumulada en la actividad hacia sus padres. Su deseo de poseer a la madre, en la forma de una madre sustituta, se intensifica y revive su hostilidad hacia el padre, no importa cuán completamente la hubiera reprimido. Esta intensificación de los deseos activos termina ocasionalmente en delincuencia juvenil; pero felizmente en la mayoría de los casos los resultados son más cómicos que trágicos. La actividad incrementada del muchacho hacia la madre hace que se enamore desesperadamente de una mujer mayor o de una chica joven; y su actividad incrementada hacia el padre produce un deseo de desobedecer y de huir de su autoridad, y una tendencia a remplazarlo, como objeto amoroso, por un padre sustituto.

La adolescencia, de la manera normal, produjo notables cambios en la personalidad de Tommy Wilson. Pero, característicamente, estas manifestaciones aparecen relacionadas con los deseos dirigidos hacia el padre y no hacia la madre. No hay ninguna prueba de que se enamorara de alguna chica o mujer mayor. Tenía a su madre, hermanas y primas y ellas seguían satisfaciendo la pequeña parte de su libido que se dirigía hacia las mujeres. Como siempre, necesitaba tener una madre sustituta; pero parece que no tenía una gran presión somática que satisfacer y, durante su adolescencia como por todo el resto de su vida, sus relaciones con las mujeres siguieron siendo bien educadas y opacas.

Por el otro lado, su masculinidad incrementada perturbó considerablemente sus relaciones con el padre. La adolescencia parece haber producido un aumento bastante excepcional en la masculinidad de Wilson; esto ofrece un ejemplo de la importancia del tiempo en la consideración de fenómenos psíquicos. Cuando niño, su pasividad hacia el padre había sido abrumadora. Por lo tanto su Yo había reprimido completamente la actividad agresiva hacia el mismo. Pero la adolescencia trajo un refuerzo tan grande a su masculinidad, que durante el resto de su vida, ésta fue capaz de combatir a su femineidad en términos más o menos de igualdad y al pasar los años parece que se estableció una preponderancia de la primera. Las represiones, formaciones reactivas, identificaciones y sublimaciones establecidas en su infancia no se alteraron por eso; pero, mediante cambios físicos, la proporción de su libido que cargaba masculinidad -es decir, deseos activos- llegó a ser más grande que la que cargaba femineidad -es decir, deseos pasivos-. A medida que pasaron los años

se volvió más y más necesario para él dar expresión a su actividad agresiva hacia el padre. En la consideración de fenómenos psíquicos jamás se debe olvidar el elemento tiempo y el cambio físico.

Cuando la masculinidad incrementada de Wilson entró en conflicto por primera vez con su pasividad hacia el padre, su Yo buscó los escapes habituales. Primero transfirió una parte de la libido que estaba dirigida hacia él, a un padre sustituto. El joven virtuoso que dirigía reuniones religiosas, representa al "incomparable padre" a cuyas reuniones religiosas había asistido Tommy desde la infancia. Se enamoró de Brooke.

Esta transferencia no resolvió el conflicto de la pasividad, y la recién vigorizada actividad dirigida a su progenitor, solamente disminuyó la intensidad del conflicto. Pero ya poseía una salida, aún sin uso, a través de la cual estos deseos conflictivos podían tener expresión simultánea: la identificación de sí mismo con Cristo.

Tal vez el lector en este punto sienta ganas de preguntar por qué la identificación de Wilson con Cristo no recibió una gran carga de libido en el momento de su niñez en que, presumiblemente, la estableció como correlativa de su identificación del padre con Dios. Podría haber ocurrido, pero parece que no fue así. Una identificación puede recibir una inmensa carga de libido en el momento en que se establece, como en el caso del coup de budre, el amor a primera vista. Por otra parte, puede establecerse y soportar sólo una ligera carga de libido hasta que surge un momento de necesidad. La actividad agresiva de Wilson hacia el padre era tan débil durante su niñez que parece haber sido casi completamente consumida por el mantenimiento de su Superyó. Sólo cuando la adolescencia hubo incrementado su masculinidad, tuvo gran necesidad de emplear un método para conciliar su actividad hacia el padre con su pasividad.

Muchas pruebas indican que la identificación de sí mismo con Cristo hecha por Wilson, comenzó a ser el acumulador de una gran carga de libido en la época de su "conversión". Discutir aquí este fenómeno nos apartaría demasiado de nuestro camino. Notemos solamente que el "renacimiento en la virtud" que marca la "conversión" puede suceder mediante la auto-identificación del converso con algún miembro de alguna familia sagrada. Entonces se siente renacido porque en su inconsciente ha llegado a ser esa divinidad.

En esa época Wilson comenzó a creer que estaba en comunicación directa con Dios, a sentir que lo había elegido para una gran obra y lo protegería hasta que la hubiera concluido. Como presidente de los Estados Unidos, estuvo de pie ante la puerta del establo donde Brooke lo había dirigido a través de su experiencia religiosa e hizo un comentario curiosamente exagerado "Me siento como si debiera quitarme los zapatos. Esto es tierra santa". Este comentario, tomado en conjunción con sus creencias y conducta en la época de su conversión, hacen difícil evitar la conclusión de que su identificación con Cristo llevó por primera vez una importante carga de libido en ese momento. En su inconsciente Wilson probablemente sentía que el establo era tierra santa porque era el escenario de su renacimiento como Cristo. El decorado era apropiado para tal acontecimiento. También Cristo nació en un establo. Sus deseos conflictivos exigían un acontecimiento así. La identificación hecha en la infancia estaba lista para ser usada. Brooke hizo el resto. Durante toda su vida empleó esta identificación. A medida que envejeció, más y más cantidad de libido encontró alojamiento y salida en ella, hasta que hacia el fin de sus días le resultó absolutamente necesario poder identificarse con el Hijo de Dios. Los hechos que su mente consciente tenía que suprimir o distorsionar para proteger esta descarga de libido, fueron distorsionados o suprimidos. La conservó a toda costa, aun al precio de declarar que el Tratado de Versalles era un seguro del noventa y nueve por ciento contra la guerra y de inventar traiciones de sus amigos.

Entre paréntesis, podemos señalar aquí que el paso entre la identificación con Cristo y la defensa paranoide contra la pasividad, resulta facilitado por la existencia de un puente adecuado. Cristo tuvo un traidor, y el traidor fue un discípulo, un amigo. En años posteriores, Wilson, que en su inconsciente se había identificado plenamente con Cristo, encontró fácil cruzar este puente. Del lado opuesto a la realidad, encontró muchos Judas entre sus amigos.

La identificación que hizo Wilson de su padre y de sí mismo con las figuras principales de la Trinidad, jugó en su vida un papel tan grande que, antes de discutir su adolescencia, es deseable tratar de recapitular sus relaciones con la divinidad. Parece que identificó a su padre con Dios a edad muy temprana y que estableció a este Padre-Dios como su Superyó y con esto se condenó a esperar de sí mismo lo imposible. Poco después, probablemente, se identificó con el Único Hijo Engendrado por Dios, pero es posible que no haya empezado a emplear esta identificación con Cristo como salida importante para su libido hasta la adolescencia, cuando su actividad incrementada debió ser conciliada

con la pasividad hacia el padre. Parece que dio en su inconsciente el paso final hacia una plena identificación sólo después de ser derrotado por West en Princeton. Entonces, habiendo muerto su padre y habiendo sido derrotado por un sustituto del mismo, asumió su trono, se volvió Dios en su inconsciente y comenzó a actuar con una sensación de inevitable rectitud propia.

Volvamos ahora al adolescente "convertido" identificado con Cristo. Y notemos primero que, aunque esta identificación ofrece una conciliación feliz para los deseos conflictivos de la pasividad y la actividad hacia el padre, está basada sobre una concepción errónea. El individuo que se identifica con Cristo no es Cristo. En el mundo de los hombres, la sumisión no suele llevar al triunfo. Sin embargo el neurótico que ha depositado una considerable dosis de su libido en la identificación con Cristo es capaz, cuando afronta una batalla y el miedo lo atormenta, de refugiarse en la reconfortante ilusión de que también él, sometiéndose, alcanzará la victoria final. Tiene miedo de luchar. Por lo tanto, mediante su identificación, se convence de que no necesita luchar, de que sometiéndose alcanzará sus fines. Y si no tiene un firme asidero en la realidad, es capaz de convencerse, después de haberse sometido, de que de todas maneras ha ganado una victoria, aunque en verdad haya sufrido una completa derrota. Así, por más deseable que pueda ser la identificación con Cristo como medio de conciliar un conflicto interno, es desventajosa en cuanto produce una inclinación a someterse cuando se encara una batalla y una tendencia a desviarse de los hechos reales. Veremos más adelante que la identificación de Wilson no careció de influencia sobre sus actos en los días cruciales de su vida. En París, en la Conferencia de Paz, temía las consecuencias de luchar. Se sometió, declaró luego que había ganado una batalla y anunció que el Tratado de Versalles era por cierto la paz de "absoluta justicia" que se había propuesto establecer. Su identificación con Cristo fue el mecanismo mental que le permitió llegar a esa conclusión más bien fantástica.

Al amor de Wilson por Brooke y a la identificación de su persona con Cristo, les siguieron no sólo la felicidad sino también notables cambios en su personalidad. Comenzó a mejorar en sus estudios y anunció que pensaba ser estadista y no ministro. Este anuncio, que a primera vista resulta muy sorprendente, fue la expresión de un deseo personal y su familia no lo aprobó. Cuando fue al Colegio Davidson seis meses más tarde, sus padres tenían la esperanza de verlo pastor. Al parecer, él mismo estaba indeciso entre adoptar la carrera que su padre había planeado para él o tratar de seguir los pasos de Gladstone. Sólo tres años y medio después, cuando estaba en Princeton, tomó la irrevocable

decisión de hacerse estadista que determinó no sólo el curso de su vida, sino en cierta medida, el de numerosas vidas. Es tan importante que vale la pena tratar de analizarla en detalle. Hay que considerarla en conjunto, desde el primer anuncio provisorio a los dieciséis años y medio hasta la decisión definitiva a los veinte. Por lo tanto debemos pedir al lector que postergue su juicio sobre ella hasta que hayamos dado un vistazo a los sucesos de esos tres años y medio.

En el otoño de 1873, tres meses antes de cumplir dieciséis años, Wilson dejó a su padres y a su madre y fue con Brooke al Colegio Davidson. Su mala salud lo impulsó a retornar con ellos en la primavera de 1874 y se quedó en su casa para que lo cuidaran durante quince desdichados meses.

Este "colapso" en Davidson fue el primero de muchos similares. La nerviosidad, la dispepsia y los dolores de cabeza caracterizaron su vida desde la niñez hasta la muerte. Sus "colapsos" fueron simplemente períodos en que estos síntomas se agudizaron más que en sus épocas de "salud". Por ejemplo, el de octubre de 1887 a junio de 1888, cuando era extremadamente infeliz en Bry Mawr, es difícil de clasificar. Por lo menos catorce veces en su vida la nerviosidad, la dispepsia y los dolores de cabeza se volvieron tan graves que interfirieron seriamente con su trabajo, para no mencionar su felicidad.

1. Junio de 1874 a octubre de 1875.
2. Diciembre de 1880 a junio de 1882.
3. Noviembre de 1883 a marzo de 1884.
4. Octubre de 1887 a junio de 1888.
5. Noviembre de 1895 a agosto de 1896.
6. Junio de 1899 a agosto de 1899.
7. Verano de 1903.
8. Enero de 1905 a marzo de 1905.

9. Mayo de 1906 a octubre de 1906.
10. Enero de 1907 a febrero de 1907.
11. Septiembre de 1907 a septiembre de 1908.
12. Febrero de 1910 a marzo de 1910.
13. Agosto de 1914 a febrero de 1915.
14. Abril de 1919.

Discutir estos "colapsos" no es fácil. Por supuesto es posible, aunque improbable, que fueran afecciones orgánicas, causadas por la debilidad corporal, en las cuales los factores psíquicos tuvieran poca o ninguna parte. En las postrimerías de la vida de Wilson estuvieron acompañados por enfermedades graves, sin ninguna duda físicas. Por lo tanto podrían haber sido desde el comienzo de este origen. Lamentamos mucho la falta de material que pueda dar una respuesta concluyente a este problema.

Sin embargo sabemos que Wilson era de físico débil y también que su complejo de síntomas neurasténicos reaparecía invariablemente como reacción ante situaciones difíciles. Nos impresiona el hecho de que pasó tres de los diez años entre la primavera de 1874 y la de 1884, siendo cuidado en la rectoría de su padre. Estaba en el pleno vigor de su virilidad juvenil -diecisiete al comenzar ese período, veintisiete al terminarlo- pero se aferró a las costumbres de su niñez y se mantuvo virgen, con su dispepsia, nerviosidad, dolores de cabeza e ideales. A falta de pruebas específicas sobre sus dolencias físicas en esa época, sólo podemos sacar la conclusión de que su "nerviosidad" e "intensidad" provenían del conflicto entre su femineidad y su exaltado Superyó que le exigía que fuera todo masculinidad. Si se nos pregunta por qué de tiempo en tiempo sus síntomas aumentaban hasta el "colapso", sólo podemos responder con la generalización de que éstos se agravaban cada vez que los acontecimientos de su vida producían una agudización del conflicto fundamental.

Cinco

En septiembre de 1875, después de estar enfermo durante quince meses, Wilson fue a Princeton desesperadamente decidido a sobreponerse a su debilidad y a convertirse en el líder que su Superyó exigía. Triunfó en un grado extraordinario. Su carrera desde 1876 en Princeton hasta el día en que fue recibido en París como el Salvador de la Humanidad, ofrece un ejemplo notable del poder de un Superyó fuerte para llevar al éxito a un hombre de cuerpo débil y constitución neurótica. Durante su segundo año en Princeton inició la carrera que lo llevaría a la presidencia de los Estados Unidos y al liderazgo mundial. Había pasado su primer año tratando de remediar las deficiencias de su preparación intelectual y cuidando su estómago. En el otoño de 1876 leyó un día un artículo de una revista inglesa sobre "El orador"; allí se describía y alababa a Gladstone y a Bright por tener exactamente las cualidades que Thomas Woodrow Wilson estaba convencido de poseer. Escribió a su padre que había descubierto que tenía una inclinación y decidió de manera clara e inalterable que se haría estadista y no ministro.

Tal vez el lector haya observado que una misma persona, Gladstone, aparece en la declaración original de Wilson, a los dieciséis años, referida a hacerse estadista, y en su decisión final a los veinte. Por eso debemos sospechar que el Primer Ministro de la Reina Victoria puede darnos la clave del enigma de que Wilson rechazara seguir las huellas de su padre. Consideremos primero el estado de ánimo de Tommy cuando clavó el retrato de Gladstone en la pared detrás de su pupitre y anunció su intención de volverse estadista. Era adolescente. Su masculinidad había aumentado. Su actitud agresiva hacia el padre, reavivada, exigía una salida. Su pasividad hacia el mismo era todavía tan poderosa que aun la agresión reforzada no podía tener una descarga en la hostilidad directa. El lector recordará que los niños, en la primera infancia, cuando afrontan el dilema del complejo de Edipo, escapan normalmente de sus deseos de matar al padre por un método "canibalístico" de destruirlo: lo

absorben dentro de sí mismos por identificación y establecen este padre idealizado de su infancia como su Superyó.

Resulta claro que a los dieciséis años Wilson recurrió al mismo método para expresar su actividad agresiva dirigida al progenitor. Trató de identificarse con el "incomparable padre" de su infancia. Pero ya no estaba presente ante él en la vida. Todo muchacho adolescente, por su reavivada agresión hacia el padre, lo contempla con ojos despojados de ilusiones. Por más que se esfuerce por mantener su adoración, está obligado a notar que no es el hombre más buen mozo, fuerte, sabio, virtuoso y poderoso del mundo. Tiene algunos defectos. El "viejo" es incluso algo cómico y un poquito digno de lástima. El muchacho puede reprimir estos conocimientos. Wilson lo hizo. Siguió hablando de su padre como si fuera divino, citándolo, admirándolo. Sin embargo, como cualquier adolescente, debe haber sabido en el fondo de su mente que en realidad no era perfecto. Necesitaba intensamente reencontrar al "incomparable padre" de su infancia e identificarse con él y así, por una identificación canibalística, dar expresión a su agresión contra el real. Reencontró al "incomparable padre" de su infancia en Gladstone.

Es posible que el estadista británico se instalara como objeto de la recién reavivada agresión de Tommy Wilson por algún otro mecanismo; pero, fuera o no éste el mecanismo que realizó la sustitución, no hay ninguna duda de que este personaje empezó a representar al "incomparable padre" de la niñez de Wilson. Entonces el adolescente Tommy destruyó a Gladstone por el método canibalístico de identificación, y anunció: "Ese es Gladstone, el más grande estadista que vivió jamás. También yo pienso ser estadista". Así, a través del mismo, dio expresión a su agresión reavivada hacia el padre que estaba ante él en la realidad, y fue capaz de continuar amando ininterrumpidamente al verdadero padre imperfecto de la adolescencia. Su identificación con Gladstone recibió no sólo una gran carga de libido de su actividad agresiva sino también cargas secundarias de su actividad tierna y su pasividad hacia el padre. Mientras vivió, siguió acumulando gran parte de libido derivada de la actividad agresiva hacia su padre en esta identificación.

Sin embargo el reverendo Joseph Ruggles Wilson no tenía ninguna intención de permitir que su hijo llegara a ser otra cosa que una réplica de él mismo. Enviaron a Tommy al Colegio Davidson para que se preparara para ser ministro. La pasividad del muchacho hacia el progenitor era todavía tan fuerte que no se rebeló ni se negó. Fue a Davidson. Pero desde entonces en su

inconsciente la figura del "incomparable padre" de su niñez llevó la cara de Gladstone, no la del ministro del Evangelio. Pata sentir que él mismo era el "incomparable padre" de su niñez, Tommy Wilson tenía que volverse estadista. Esta identificación le era necesaria, no sólo para obtener una descarga de la actividad agresiva dirigida al padre real, sino también para escapar de la identificación materna. Cuando no lo dominaba su identificación paterna, lo hacía la materna: entonces, como decía, se sentía "mal, hurraño, y sombrío". Eso era intolerable para su masculinidad incrementada.

Sin embargo, durante tres años de mala salud e infelicidad, Wilson no pudo decidirse a formular su pequeña declaración de independencia, que involucraba una resistencia a su padre real aunque en su inconsciente significaba meramente una desviación desde éste hacia el padre perfecto de la niñez. Entonces leyó el artículo sobre "El orador" en que, junto con Bright, Gladstone era elogiado por cualidades que él consideraba las propias. Se sintió un hombre como Gladstone. Se atrevió a hacer su declaración de independencia. De una vez por todas renunció a imitar a su padre real para imitar al de su niñez, que llevaba la cara de Gladstone. Desde entonces fue absolutamente necesario para su felicidad sentir que iba en camino de convertirse en un estadista. Era el único medio para descargar la actividad agresiva hacia el padre acumulada en su identificación con Gladstone. Sólo así podría evitar ser dominado por su identificación materna. Para sentir que era un hombre, tenía que hacerse estadista.

Seis

A la edad de veintiún años, Thomas Woodrow Wilson era una personalidad formada. Se habían establecido todas las salidas principales de su libido y, excepto una identificación intensificada con Dios después de su derrota por West, no cambió mucho en los cuarenta y siete años restantes de su vida. Por eso nuestro estudio de su personalidad debe proseguir desde un punto de vista ligeramente alterado. Hasta aquí hemos determinado qué acumuladores y salidas para su libido se establecieron en su niñez, adolescencia y juventud. Desde ahora nos ocuparemos de observar sus tentativas de encontrar la felicidad a través de las salidas establecidas. Cambiaremos el microscopio con el que estuvimos examinando partes aisladas de su libido por un telescopio con el que lo observaremos como un ser humano en acción, que trata de satisfacer sus deseos.

El problema de encontrar la felicidad en la vida, que preocupa a todos los hombres, es en gran medida un problema de economía psíquica. El individuo posee cierta cantidad de libido que se almacena en varios acumuladores y busca descarga por múltiples salidas. Si estas son aprobadas por el Superyó y se ajustan bien a la cantidad de libido que necesita descargar, sin restringir la corriente presente ni dejar salir tanta libido como para que el acumulador se vacíe completamente, el individuo es feliz. Por el contrario, si las salidas son desaprobadas por el Superyó o son insuficientemente o demasiado amplias, el individuo es infeliz. La psicología moderna no puede agregar nada a la fórmula clásica de la felicidad, "moderación en todas las cosas", excepto la nota de que la moderación en las exigencias del Superyó es tan esencial como en todos los otros aspectos.

Sin embargo aún un hombre dispuesto a vivir según esta antigua regla no debe pensar que encontrará fácilmente la felicidad o que poseerá por mucho tiempo la que encuentre. Es extremadamente difícil encontrar salidas para los deseos fundamentales, a menudo opuestos y aún cuando se las encuentra, las circunstancias cambiantes de la vida no les permiten permanecer inalterables. La muerte, la enfermedad, la pérdida de afecto o de status, son inseparables de

la vida humana y todas involucran una pérdida de salidas para la libido, de modo que ni siquiera los hombres más prudentes y moderados pueden estar seguros de retener su felicidad. Los hombres menos prudentes, entre los cuales hay que contar a Thomas Woodrow Wilson, son incapaces de conseguir algo más que relampagueos momentáneos de felicidad. El inmoderado Superyó de Wilson, que le exigía lo imposible, se bastaba solo para condenarlo a una insatisfacción perpetua y la excesiva cantidad de libido que cargaba su pasividad hacia el padre exigía salidas difíciles de encontrar y retener.

El joven de Princeton no estaba muy perturbado por la necesidad de encontrar salida para la corriente más bien débil de su libido que se dirigía hacia la madre. No estaba atormentado como la mayoría de los jóvenes por la imperiosa necesidad de poseer a una mujer. Su amor por la madre, hermanas y primas le bastaba. Sus acciones en Princeton, como durante la mayor parte de su vida, estaban determinadas por la necesidad de dar salida a sus deseos conflictivos respecto del padre. Hemos visto que había encontrado una descarga tanto para su actividad como para su pasividad hacia el padre mediante la identificación de sí mismo con Gladstone, y durante su curso escolar subordinó todos los otros intereses a su deseo de convertirse en un estadista cristiano. Como siempre le fue mal en los estudios que no se relacionaban con el habla y la escritura; pero en los relativos a las palabras, se mostró brillante. Estudió a Burke, Bright y Bagehot, practicó gestos frente al espejo, dio discursos a los árboles del bosque, escribió tarjetas de visita que decían Thomas Woodrow Wilson, Senador por Virginia, organizó un club de debates en el que surgían y caían los gobiernos como en la Cámara de los Comunes y escribió un artículo en el que propiciaba el establecimiento de la forma inglesa de Gobierno de Gabinete en los Estados Unidos.

En esa época, Wilson respetaba muchísimo a un hombre al que más tarde odió: Henry Cabot Lodge, segundo editor de la *International Review*. Ofreció a éste su artículo, quien lo aceptó. Más adelante, cuando Wilson quiso ingresar a la Universidad Johns Hopkins, citó a Lodge entre los autores distinguidos en el campo de la historia que había leído. Lodge entró así a la vida de Wilson como una persona con autoridad: un padre sustituto.

El incremento de seguridad de Wilson durante su segundo año, le permitió destacarse como líder entre sus compañeros de Princeton y formar una cantidad de amistades normales, desapasionadas. También comenzó una relación con Charles Talcott, que difería de su adhesión a Brooke en un detalle:

Wilson era mayor que su amigo. Para el inconsciente de Wilson probablemente Talcott fue el sucesor del pequeño Joe Wilson y el predecesor de Hibben y House. En estas relaciones Wilson representó claramente a su propio padre y su amigo lo representó a él, así que a través de ellos, por la doble identificación que hemos discutido, Wilson tuvo salida para la pasividad hacia su propio padre.

En la navidad de 1879, cuando tenía cerca de veintitrés años, se enamoró de una mujer por primera vez. Hemos visto que en su niñez había transferido algo de la libido dirigida hacia su madre a las hermanas y primas. Y característicamente se enamoró de una prima:

Hattie Woodrow. Era la hija del hermano de su madre, Thomas Woodrow, y seguramente una madre sustituta para él. Como su madre, venía de Chillicothe, Ohio. Su padre, como el de la madre de Wilson, se llamaba Thomas Woodrow. Empezó a escribirle cartas "algo ardientes". Su masculinidad incrementada no lo llevó por el momento más cerca del cuerpo de una mujer.

La parte principal de su libido se dirigía todavía hacia su padre. Llegar a ser Gladstone era aún su gran deseo. Se graduó en Princeton en junio de 1879 y en el otoño fue a la Universidad de Virginia para estudiar derecho, no porque quisiera ser abogado sino porque consideraba que las leyes eran el "camino seguro" para ser estadista.

En la Universidad de Virginia le aburrió el derecho pero, como siempre, lo fascinaron los debates y trató de reorganizar el club de debates del que era miembro. Planear una constitución para un club de este tipo le dio una intensa satisfacción a lo largo de su vida. A los doce años dictó las leyes del discurso ordenado para los "Light Foots". Hizo o rehizo constituciones en Davidson y Princeton. Anunció su intención de hacerlo en Virginia. Lo hizo en Johns Hopkins y Wesleyan. Examinó la constitución de New Jersey con el objeto de rehacerla. Preparó una constitución para la Liga de las Naciones. Hay una línea clara desde la primera hasta la última. Hemos visto que al dictar las leyes de la asamblea ordenada para los "Light Foots", Wilson estaba al mismo tiempo obedeciendo e imitando a su padre y encontrando una salida tanto para la pasividad como, mediante la identificación para la actividad hacia el padre. Satisfizo los mismos deseos al preparar el Convenio de la Liga de las Naciones. Se ha exagerado la intervención de Wilson en la fundación de la Liga de las Naciones; pero, hasta donde ha sido el "padre", la Liga de las Naciones fue

nieta del reverendo Joseph Ruggles Wilson, profesor extraordinario de Retórica, cuyo interés por las palabras y las reglas del discurso tanto aburrían a sus conocidos e impresionaban a su hijo.

En la Universidad de Virginia eligieron a Wilson presidente de la Sociedad Jefferson, a pesar de su desagrado por éste. La hostilidad a Jefferson y a Disraeli, parecen bastante extrañas a primera vista, en un joven que aspiraba a ser estadista. El primero fue uno de los más distinguidos de los Estados Unidos y el segundo no fue el menos distinguido de los británicos. Pero no hay que buscar lejos la explicación de esta hostilidad. Se veía a sí mismo como un "estadista cristiano". Ni Jefferson ni Disraeli lo eran. Uno era deísta, el otro judío. Disraeli fue, en verdad, el oponente personal de su maestro, Gladstone. Eran diablos apropiados para el Padre-Dios con el que se había identificado. Cuando más tarde Wilson llegó a ser estadista, y deidad en su propio inconsciente, siempre se inclinó un poco a revestir a sus oponentes con las prendas de Satán.

En diciembre de 1880, a los veinticuatro años, los problemas gástricos y los dolores de cabeza habituales de Wilson se agravaron tanto que tuvo que dejar la Universidad sin graduarse y volver a la rectoría de su padre a que lo cuidaran. No hay ninguna prueba de que hubiera dejado de ser virgen. Todavía estaba escribiendo cartas a Hattie. Era agudamente infeliz. Seis meses más tarde visité a su prima en Chillicothe, Ohio, donde sus padres habían contraído enlace treinta y dos años antes, y le propuso matrimonio. Ella lo rechazó. Volvió a la rectoría de su padre y por primera vez comenzó a llamarse Woodrow Wilson, dejando de lado Thomas.

En años posteriores, dio explicaciones variadas de esta cuestión; pero ninguna es convincente. Y cuando un hombre da varias explicaciones no convincentes de un acto, hay que sospechar que la verdadera razón yace en su inconsciente. La razón inconsciente de que Wilson dejara su nombre Thomas es, en realidad, clara. El lector recordará que el Yo normalmente reemplaza un objeto amoroso perdido identificándose con ese objeto. El niño que pierde a un gatito puede gatear maullando. El que tiene que abandonar a la madre como objeto amoroso en la época de la disolución del complejo de Edipo, se identifica con su madre. Wilson empleó este mecanismo común. Fue a Chillicothe para ganar una prima Woodrow que representaría a la madre. El padre de ella, como su abuelo materno, se llamaba Thomas Woodrow. En su inconsciente él era indudablemente su propio padre que iba a Chillicothe a casarse con su madre.

Fue rechazado. Era agudamente infeliz. Había perdido un sustituto materno cuyo apellido, como el apellido de su madre, era Woodrow. Como el niño que maúlla, reemplazó a la madre sustituta perdida por sí mismo. Dejó Thomas -el nombre del padre de la joven que lo había rechazado- y se volvió únicamente Woodrow. Así se identificó con su madre y satisfizo su necesidad de un sustituto materno convirtiéndose él mismo en ella.

Para su masculinidad aumentada era intolerable esta identificación, y no es sorprendente que el año y medio que siguieron fueran los más desgraciados de su vida. No sólo quedaba sin salida su actividad hacia la madre sino también hacia el padre. Su dispepsia y dolores de cabeza le cerraron el camino que esperaba lo condujera a la carrera de estadista, hasta la primavera de 1882. Luego, después de pasar dieciocho meses en casa fue a Atlanta para iniciar las tareas legales que confiaba lo convertirían en hombre de estado. Pero allí no consiguió ni un cliente. Empezó a desesperar. El camino hacia la posición de estadista parecía cerrado para él. En la primavera de 1883 a la edad de veintisiete años estaba sentado en su oficina de Atlanta como un hombre profundamente desgraciado. La descarga de su libido por los canales de actividad hacia el padre y hacia la madre, estaba bloqueada.

En este momento crítico de su desarrollo, cayó sobre él el golpe de buena suerte sin el cual es casi imposible que un hombre alcance a distinguirse. Fue a visitar a la primita querida a la que había hecho caer del árbol. Ella estaba casada, pero allí encontró a Ellen Axson, quien se convirtió en la madre sustituta que necesitaba en su vida. Que se enamorara de ella enseguida no es extraño. Estaba fundida en el mismo molde que la madre, las hermanas y primas. Como éstas, era hija de un ministro de la iglesia presbiteriana. Como la primera, era también ama de la rectoría. Su propia madre había muerto y ella cuidaba a los tres hijitos del ministro. Su posición en la vida era casi exactamente la de la madre de Tommy cuando su padre se casó con ella. Al pedir a Ellen Axson que se uniera a él, se estaba identificando nuevamente con su padre. En sus relaciones posteriores hay mil indicaciones de que no fue para Wilson un simple sustituto de su madre, sino un sustituto parecido, completo y pleno.

Enamorarse de una madre sustituta es entregarse como rehén a la fortuna. Tal relación absorbe tan completamente la corriente de libido dirigida hacia las mujeres, que puede volverse una fuente de la mayor felicidad y fuerza para un hombre o bien de la mayor infelicidad y debilidad. Si Ellen Axson no hubiera

amado a Woodrow Wilson, o si, habiéndolo amado una vez, hubiera dejado de hacerlo, él habría recibido un golpe destructivo, del cual, dada su constitución neurótica y sus síntomas neurasténicos habituales, tal vez no se hubiera recuperado jamás. Pero sucedió lo contrario. Ella no sólo lo amó profundamente sino que lo siguió amando mientras vivió. Desde el día del otoño de 1883 en que se comprometió con él, hasta el día del verano de 1914 en que murió, Woodrow Wilson poseyó la fuente de fuerzas más grandes que puede existir en la vida de cualquier hombre: el amor indiviso de una plena madre sustituta. Es difícil exagerar el apoyo que ella le brindó. Sus relaciones con los hombres siguieron sin arreglo durante toda su vida, produciendo conflictos que lo agotaban. Sus relaciones con las mujeres estaban solucionadas. Siempre podía ir a reposar en los brazos protectores de una perfecta madre sustituta. "Soy la única que puede hacerlo reposar" decía ella. Era cierto. El la llamaba "el centro de quietud" para su vida. Sin ese centro de quietud Woodrow Wilson hubiera sucumbido tempranamente a los conflictos de su carácter. Su carrera resultó tanto el producto del amor de Ellen Axson como de su propio Superyó. Fue para él una magnífica esposa.

Siete

Así a partir del otoño de 1883, Woodrow Wilson poseyó una salida para su actividad y su pasividad hacia la madre. Pero al mismo tiempo abandonó la que había elegido su Yo para la actividad hacia el padre. El camino de la política a través de la práctica del derecho, en Atlanta, parecía cerrado. Fue a Johns Hopkins a fin de aprender a ganarse la vida como profesor en algún colegio. Para emprender esta nueva carrera tuvo que convencerse de que de alguna manera por medio del profesorado iba a llegar eventualmente a convertirse en estadista. Se persuadió de que tratando de ser una autoridad en problemas

políticos, podría influir en éstos e ingresar a la vida pública por esta puerta secundaria. Pero llegar a la política pasando por el aula era en esa época algo jamás oído en América y debió reconocer que no tenía muchas posibilidades de convertirse alguna vez en un Gladstone. Había establecido con tal firmeza la identificación con Gladstone como salida principal para su actividad hacia el padre, que sólo un curso directo hacia la política dejaba satisfecha esta parte de su libido y mucho de su descontento aparentemente irrazonable y su mala salud durante los años en que enseñó y escribió, se pueden atribuir a la pérdida de esta salida para su actividad agresiva hacia el padre.

Su carta del 24 de febrero de 1885 a Ellen Axson, contiene un fragmento notable de autorrevelación:

Si... hay y ha habido por mucho tiempo en mi mente una sensación agazapada de desilusión y pérdida, como si hubiera notado que falta en mi vida algo a que tengo derecho tanto por mis dotes como por mis inclinaciones; siento en verdad una nostalgia muy real porque se me ha negado la entrada a la primera - primaria- ambición y propósito de mi corazón, que era tomar parte activa y si era posible directiva en la vida pública y lanzarme, de tener capacidad, a la carrera de estadista. Ese es el secreto más profundo de mi corazón -o más bien de mi mente.

El hecho de que Wilson enmarcara la palabra primaria en este trozo de texto nos hace sentir que cuando escribió "primaria", su inconsciente estaba pensando: Primer ministro, Gladstone.

Como estudiante de Johns Hopkins escribió Congressional Government. En este libro produjo la impresión de que conocía el Congreso íntimamente por contacto personal. Pero ni una sola vez fue a observar el Congreso que describía, aunque Washington estaba más o menos a una hora de tren de Baltimore, donde escribía. Este apartarse del contacto con hombres y hechos persistió durante toda su vida.

Cuando los editores aceptaron Congressional Government, cayó en éxtasis. Pero a la semana se describía a sí mismo como "abatido por la tristeza". Durante su vida, a la satisfacción por un logro invariablemente se sobreponía casi enseguida una sensación de no haber hecho lo suficiente. Su Superyó era insaciable. Cuando se publicó el libro no lo dedicó a su novia sino a su padre y le pidió que decidiera si debía o no retornar a Johns Hopkins para graduarse,

con lo que lo invitaba a decidir si debía acelerar o postergar su matrimonio. En esa época tenía veintiocho años y le gustaba escribir cartas en las que se describía como sintiendo "fuertes pasiones" y como si "llevara consigo un volcán"; pero esta doble subordinación de su novia a su padre muestra claramente qué débil era la corriente de su libido dirigida hacia las mujeres en comparación con la orientada hacia el padre.

Dado que la salida elegida para la actividad agresiva hacia el padre estaba bloqueada, no es sorprendente que criticara muchísimo a sus profesores de Johns Hopkins. En realidad eran distinguidos estudiosos y gracias a su mano restrictiva Congressional Government fue la mejor obra literaria de la vida de Wilson. Pero cualquiera que tuviera autoridad sobre Woodrow Wilson era siempre para él un padre sustituto y ofrecía por lo tanto una salida para su hostilidad reprimida hacia el real.

Veremos estallar esta agresión reprimida muchas veces en el curso de su vida contra hombres que merecían su gratitud.

En junio de 1885 Woodrow Wilson desposó a Ellen Axson. Hasta que ella murió en agosto de 1914, él no tuvo ni el más ligero interés sexual en ninguna otra mujer. No hay duda de que escribió cientos de largas cartas, en busca de simpatía, a Mrs. Hubert y otras damas. Parece que estas cartas tratan de recrear su relación con las hermanas mayores más que su relación con la madre. Era sobre el pecho de Ellen Axson y no sobre el de sus correspondientes donde encontraba reposo.

Woodrow Wilson llevó a la recién casada a un colegio para niñas, en Bryn Mawr, Pennsylvania, y comenzó a trabajar como profesor de historia. Al poco tiempo se volvió agudamente infeliz. A pesar de su amor juvenil, en un momento en que la mayoría de los hombres se sienten en la cima de la felicidad, él parecía en un abismo de desdicha. Su sufrimiento nervioso en Bryn Mawr fue tan agudo y extraordinario que no puede haber surgido únicamente de su Superyó. Hay que buscar otros acumuladores de su libido que carecieran de salida satisfactoria. Echemos un vistazo a sus quejas.

Su lamento principal era que no quería enseñar a niñas sino a varones. Aquí nos encontramos una vez más contemplando las relaciones del pequeño Tommy Wilson con su padre. Ni su actividad ni su pasividad hacia el padre encontraban entonces una salida satisfactoria. Enseñar a varones ofrecía una

P S I K O L I B R O

salida para ambos deseos. Al darle clases podía identificarse con ellos. Así, hacía de hijo y de padre de sí mismo y restablecía la feliz relación de su infancia.

Pero a menos que el estudiante a quien daba clases fuera varón, la identificación se hacía imposible; se convertía en su padre dando clases a una niña que lo representaba y sentirse de nuevo mujer le era intolerable. Antes de pasar seis meses en Bryn Mawr estaba buscando caminos de escape.

Albergó la esperanza de enseñar en Princeton. Fue a New York para hablar en un banquete de ex alumnos de Princeton, con la esperanza de impresionar a su auditorio lo bastante para obtener un cargo de profesor en el colegio. La audiencia se burló de él dejándolo plantado. La herida a su narcisismo debe haber sido inmensa y no es raro que en lo sucesivo tuviera poco cariño por cualquier cosa relacionada con New York.

Se replegó hacia su cara identificación con Gladstone. Fue a Washington; trató de conseguir un puesto en el Departamento de Estado. Falló. Otra vez estaba bloqueada su actividad hacia el padre.

Su esposa estaba encinta. El quería un hijo varón, así como quería alumnos varones, a través de los cuales podría encontrar salida tanto para su actividad como para su pasividad respecto del propio padre. Su esposa dio a luz una niña. Una vez más quedaba contenida la corriente de libido que fluía hacia su padre. Se puso más y más nervioso. Su mujer quedó encinta de nuevo. Otra vez nació una nena. Su nerviosidad aumentó. Le escribió a su amigo Robert Bridges: "Casi temo que mi salud sucumbirá si me quedo otro año". Otra vez buscó la salida política, tratando de conseguir el nombramiento de Secretario Adjunto de Estado. Falló. Se acercaba al colapso, se describía a sí mismo como "hambriento de una clase de varones" y llamaba a ese invierno, de 1887 a 1888, "un invierno terrible".

El lector que contempla toda esta infelicidad nerviosa en la vida de un hombre casado hace poco, con un hogar encantador y la estima de Btyn Mawr, puede sentir la tentación de concluir que sus relaciones con su esposa no le causaban satisfacción. Aseguramos que eso no es cierto. Como siempre Ellen Axson estaba cuidando admirablemente la parte menor de su libido dirigida hacia las mujeres. Y él encontraba placer en sus hijas. Pero la corriente principal de su libido había sido desviada una y otra vez de las salidas que se había esforzado

por abrir. Sus relaciones con los hombres eran para él tanto más importantes que sus relaciones con las mujeres, que la felicidad doméstica no podía volverlo dichoso.

Su reacción ante la muerte de su madre al final del "terrible invierno" arroja alguna luz sobre esta desproporción de su carácter. Escribió a un amigo: "Mi madre lo fue en el más pleno y dulce sentido de la palabra y su pérdida me ha dejado la sensación triste y oprimiente de haber perdido en cierto modo mi juventud de repente. Me siento viejo y aplastado por las responsabilidades... Y sin embargo, lo peor no es mi congoja sino la de mi padre, cuyas dos hijas están casadas y junto con mi hermano, que todavía va al colegio, ha quedado prácticamente sin hogar. Mi propio hogar feliz parece reprocharme a causa de él en mis momentos mórbidos..." Ofreció al padre que viniera a vivir a su lado.

Esta carta no es un grito de dolor por un objeto amoroso perdido. Sus palabras sobre la madre son educadas y convencionales. Ellen Axson había tomado su lugar. Pero su pasividad hacia el padre se conmovía profundamente por la idea de que su padre necesitaba una esposa. En su inconsciente siempre había deseado tomar el lugar de su madre con su padre. Lo tomó inmediatamente. Lo llenaba una sensación no de haber perdido a su madre sino de haber perdido su juventud. Su muerte eliminaba el único obstáculo para convertirse en su inconsciente en la esposa de su padre. Se sintió "viejo y aplastado por las responsabilidades", sentía que tenía que dar un hogar a su padre. Uno siente la tentación de decir que en su inconsciente se sentía una mujer vieja: su madre. No es sorprendente que invitara a su padre a que viniera a vivir con él o que, en todo lo posible, desempeñara el papel de esposa devota hasta que el reverendo Joseph Ruggles Wilson murió. Así su pasividad hacia el padre encontró una salida.

El 9 de marzo de 1890, escribió a su esposa: "... experimento una clara sensación de madurez -o más bien de madurar-. La sensación de muchacho que he tenido y apreciado durante tanto tiempo está dando lugar conscientemente a otra sensación..." y agregaba que "estaba por fin tal vez convirtiéndose en un hombre seguro de sí mismo (quizás defensor de sí)". Pensaba conscientemente que por fin estaba llegando a ser un hombre adulto, pero es probable que en su inconsciente se hubiera convertido en una mujer adulta. Así, aún la muerte de su madre tuvo que servir a su deseo insatisfecho de ser amado como una esposa por el padre. En su inconsciente no se convirtió en un hombre mayor hasta después de la muerte de su progenitor.

"Hambriento de una clase de varones", a través de los cuales podría liberar su actividad y pasividad hacia el padre, aprovechó una oportunidad para dejar Bryn Mawr por Wesleyan. Allí tenía su clase de varones y su salud y su ánimo mejoraron enseguida. Los siete años que siguieron fueron en realidad los más felices y sanos de su vida. No tuvo ningún "colapso" durante todo el período y sus síntomas habituales no lo atormentaron mucho. Todos los acumuladores principales de su libido estaban provistos de salidas comparativamente satisfactorias. Su narcisismo estaba satisfecho por el éxito de sus clases y la estima general que recibía por doquier. Su esposa se ocupaba perfectamente de su actividad y su pasividad hacia la madre. Su pasividad hacia el padre encontraba salida no sólo al hacer el papel de esposa de éste cuando lo visitaba, sino también por identificación con los jóvenes a quienes daba clases. Es verdad que su actividad hacia el padre no estaba completamente satisfecha; pero a través de la identificación con él cuando enseñaba, liberaba una parte suficiente para disminuir su necesidad de descansar con la política. Aún su Superyó debe haber estado más o menos apaciguado por los grandes pasos que estaba dando en el mundo académico. Sus clases, en las que hacía de padre de sí mismo, derramando sobre su auditorio masculino cierta calidez amorosa y emitiendo oleadas de magníficas generalidades a la manera de predicador desde el púlpito, eran de lo más exitosas. Sin embargo sólo la salida del estadista podía satisfacer plenamente su actividad agresiva hacia el padre y quedó encantado cuando, después de dos años en Wesleyan, consiguió un cargo en Princeton, que ofrecía un campo de trabajo más cercano a la corriente de la vida nacional.

Aún durante este período de relativa felicidad, siempre que Woodrow Wilson estuvo separado de su padre, escribió nostálgicas cartas de amor al viejo ministro presbiteriano. Por ejemplo, su carta del 16 de diciembre de 1888 está repleta de efusiones notables por parte de un hombre de treinta y dos años:

106 High St. Middletown. Ct

16 de diciembre de 1888

Mi precioso padre:

Mis pensamientos están llenos de ti y del querido "Dode" todo el tiempo. Tennessee parece tan lejos para uno que está hambriento como yo de echar una mirada a los dos hombres que quiero. A medida que se acerca el feriado de Navidad me voy dando cuenta, como tantas veces antes, del dolor que siento en una época de fiesta estando lejos de ustedes. Como sabes, una de las cosas principales en la que siento regocijo muy justificadamente, es en ser tu hijo.

Aprecio más y más el beneficio de serlo a medida que crecen mis talentos y mi experiencia: reconozco que la fuerza que aumenta en mí es de la misma naturaleza que tu fuerza: me vuelvo más consciente de la riqueza hereditaria que poseo, el capital de principios, de habilidad literaria, de capacidad para el pensamiento de primera mano. Diariamente me siento más y más inclinado a crear en mis propias hijas esa combinación de respeto y tierna devoción por su padre que tú diste a tus hijos. ¡Ah, qué feliz sería si pudiera hacer que ellas pensarán de mí lo que yo de ti! Me has dado un amor que crece, que es más fuerte en mí ahora que soy un hombre, de lo que era cuando niño y que será más fuerte en la vejez -un amor, en pocas palabras, que está basado en la razón y no solamente en el instinto filial- un amor que descansa sobre cimientos permanentes de servicio., que te reconoce como el autor, literalmente, de todo lo que merece mi agradecimiento. Bendigo a Dios por mi noble, fuerte y santa madre y por mi incomparable padre. Pregúntale a "Dode" si no está de acuerdo Y dile que amo a mi hermano apasionadamente... Ellie se une a mí en un amor ilimitado por ustedes.

Tu devoto hijo.

Woodrow.

No es menos notable como exhibición de identificación con su madre el siguiente pasaje de su carta del 20 de marzo de 1890:

..."descubro que todo el mundo considera mi elección en P. como una especie de éxito coronante; llueven felicitaciones de todas partes; evidentemente estoy "inscripto" en la categoría de "hombres exitosos". Supongo que debiera sentir una inmensa satisfacción personal; pero de alguna manera no la siento. Estoy agradecido y lleno de coraje ante la perspectiva de tener una oportunidad de estudiar y escribir exactamente lo que quiero, bajo las circunstancias más favorables; pero en lo que se refiere a gratificación personal, preferiría infinitamente saber que tendré una oportunidad de curarme los males del corazón que sufro por estar separado de ti y de "Dode". Mi mente no puede compensarme. Lo sé demasiado bien y es poca cosa: tengo que confiar en mi corazón como la única fuente de contento y felicidad y él anhela, oh!, con tanta intensidad la compañía de los que amo. Me parece que cuanto más envejezco más te necesito, porque más aprecio mi deuda hacia ti y con más ardor deseo aumentarla. Me parece que nuestra separación, en vez de volverse algo habitual se hace más y más insoportable... ¿Estás completamente bien ahora? Por favor, hazme saber lo más pronto posible tus planes para el verano -si nos incluyen pronto-. Supongo que el querido "Dode" también vendrá al norte este verano.

Sigo teniendo tu retrato sobre mi escritorio todo el tiempo y permanentemente anhelo verlo. La querida Ellie está mucho mejor aunque todavía falta bastante para que su pie haya curado. Ella pretende que los quiere a ti y a "Dode" tanto como yo: pero eso es imposible.

Tu devoto hijo.

Woodrow.

Ocho

La extraordinaria preocupación por el "estilo" literario que marcó los primeros felices años de Wilson en Princeton, parece haber surgido de las partes insatisfechas de su actividad y de su pasividad hacia el padre. En las palabras de su cuñado: "... estaba tan preocupado por el 'estilo' literario que se acercaba a la obsesión". También a su padre le había preocupado, y la "obsesión" de Wilson probablemente tomaba su carga principal de libido de la necesidad de una identificación adicional con el profesor extraordinario de Retórica. Pero dado que el reverendo Joseph Ruggles Wilson había hecho todo lo posible por obligar a su hijo a interesarse por el "estilo", esta preocupación también daba salida a la pasividad hacia él. Así como la oratoria, el "estilo" literario ofrecía una descarga a los deseos más poderosos de Wilson.

Sus rasgos no dejan ninguna duda acerca del origen. Era el de un muchacho inmensamente impresionado por las frases de un predicador pedante. Afectaciones arcaicas, simbolismos, aliteración, huida del hecho hacia la generalización, acumulación de adjetivos, uso de superlativos y palabras con connotaciones vagas como "consejo" y "proceso" lo caracterizaban. El mismo notaba que su estilo estaba marcado por la pedertería, pero se sentía incapaz de alterarlo. Esto no es sorprendente, ya que no era esencialmente un vehículo para el pensamiento sino un medio de expresión de sus deseos inconscientes respecto al padre.

El inconsciente es capaz de llevar las identificaciones hasta extremos ridículos y no carece de interés notar que Woodrow Wilson llegó en su pomposidad demasiado lejos, aún para el profesor extraordinario de Retórica. Después de leer la biografía de George Washington escrita por su hijo, en la que más de cien oraciones empezaban con Es, Era o Sería, el reverendo Joseph Ruggles Wilson se sintió impulsado a comentar, "Woodrow, me alegro de que hayas permitido que George se muriera por su cuenta en tu libro".

Cuando Woodrow Wilson escribía o hablaba, era en el inconsciente su padre preparando o pronunciando un sermón y trataba de que sus aliteraciones cantaran tan dulcemente y sus generalidades relampaguearan tan brillantemente como las del predicador lo habían hecho en la mente del niño que se sentaba en la cuarta fila y adoraba a su "incomparable padre". Que sus generalizaciones tuvieran poco que ver con los hechos no le perturbaba. Existían por sí mismas, como salidas para la identificación con el padre. Los hechos son los enemigos de las generalizaciones y el disgusto por ellos, que expresó con tanta frecuencia, se debía sin duda, en parte, a su capacidad de dificultarlas. Interferían con el fácil fluir de su libido a través de esta identificación paterna. También amenazaban su creencia y su sumisión a este Padre-Dios. Por eso los hechos obstaculizaban el camino de la descarga de su libido desde sus dos acumuladores mayores: la actividad y la pasividad hacia el padre.

No es extraño que desarrollara el hábito de olvidarlos cuando le resultaba conveniente. La calidad de su obra no mejoró con eso. Ignoró el desagradable hecho de la existencia de tratados secretos de los Aliados. Su lucha por "una paz justa y duradera" estaba por lo tanto condenada al fracaso. Olvidó la ubicación del Paso Brenner y con eso entregó a Italia doscientos cincuenta mil austroalemanes. Hacia el fin de su vida fue capaz de olvidar cualquier hecho que estuviera en conflicto con el fluir de su libido por las salidas de la actividad y pasividad hacia su padre y una considerable parte de la raza humana debió sufrir a causa del amor agobiante que el reverendo Joseph Ruggles Wilson había inspirado a su hijo.

En Princeton encontró una salida adicional para su pasividad hacia el padre, en la iniciación de una intensa amistad con el profesor John Grier Hibben. Como siempre, mediante una elección objetal narcisista recreó su propia relación infantil con su padre. Hibben era el hombre más pequeño y más joven que aparece tan a menudo en su vida como un objeto amoroso fundamental. En lo posible, veíalo todos los días y "no hacía planes ni sacaba conclusiones sin hablar con Jack Hibben". Lo amaba profundamente y, como este se dedicaba a él, encontró una gran alegría en esta amistad.

El profesor Andrew F. West había sido durante siete años miembro prominente del claustro de Princeton cuando Wilson empezó a enseñar allí. Era hijo de un ministro presbiteriano y, como el padre de aquel, tenía sangre escocesa de Ulster. Cuando Wilson llegó a Princeton, West era el líder de un grupo de

profesores que estaban tratando de obligar al Presidente Francis L. Patton a elevar el nivel de la enseñanza en el departamento de alumnos y a establecer un Colegio de Graduados. Al principio parece que Wilson tenía un respeto cordial por él, como lo tuvo por Henry Cabot Lodge. Pero West, un hombre mayor, más grande y de superior posición, ingresó indudablemente en el inconsciente de Wilson como un padre sustituto, y allí permaneció listo para ser usado como descarga de la hostilidad reprimida hacia su padre real.

El respeto de Wilson por West pronto se transformó en disgusto y es divertido observar que la primera crítica es un comentario sobre la intolerancia presbiteriana de West, que era sencillamente una variedad de la estrechez que distinguía tanto al reverendo Joseph Ruggles Wilson como a su hijo Tommy. En 1897, escribió en su diario: "A la mañana, entrevista con West, en la que mostró el prejuicio más obstinado en cuanto a introducir a un unitario en el claustro".

Cuando el reverendo Joseph Ruggles Wilson vivía en la casa de su hijo en Princeton, Woodrow jugaba el papel de esposa tierna con su padre y la pasividad hacia él debe haber encontrado una dulce salida; pero la hostilidad reprimida, debió aproximarse con frecuencia al estallido. Sin embargo, no se expresó contra el padre ni tampoco, por entonces, estalló contra West como sustituto del mismo. Para obtener la presidencia de Princeton, que había llegado a reemplazar, para Wilson, a la aparentemente inconseguible presidencia de los Estados Unidos, era necesario que se mantuviera en términos cordiales con West. La hostilidad reprimida hacia el padre se mantuvo y produjo un sorprendente "colapso". En el otoño de 1895, mientras Wilson escribía su George Washington, sus síntomas habituales se agravaron repentinamente.

Se quedaba acostado con violentos problemas gástricos y gran nerviosidad. Luchó durante el invierno cuidando la cabeza dolorida y el estómago enfermo, quejándose, "estoy tan cansado de una profesión de solo hablar. Quiero hacer algo". En la primavera de 1896 se vino abajo por completo. La neuritis, que lo privó del uso de su mano derecha, se agregó a sus síntomas acostumbrados.

En la época de su "colapso" Wilson tenía en apariencia todas las razones para ser feliz. Tenía una esposa dedicada y tres hijitas encantadoras. Su amado padre estaba a menudo con él. Tenía un amigo que le era muy querido. Estaba edificando una casa en una ciudad agradable. Su hambre de una clase de varones estaba satisfecha. Triunfaba en su trabajo. Sus conferencias no sólo en

P S I K O L I B R O

Princeton sino también en Johns Hopkins eran recibidas con entusiasmo. De pronto, su relativa felicidad y salud de los siete años anteriores se convirtieron en descontento y enfermedad. ¿Por qué? Probablemente no estaremos lejos de la verdad si contestamos que la presencia del padre en su hogar había excitado su actividad agresiva reprimida y que esta parte de su libido carecía de una salida adecuada.

Su queja recurrente es significativa. Cuando Wilson se quejaba de que quería "hacer algo", significaba que quería ingresar a la vida pública como ejecutivo. Hemos visto, sin embargo, que en su inconsciente llegar a ser estadista significaba identificarse con el "incomparable padre" de su niñez, que llevaba la cara de Gladstone, y así por una identificación "canibalística" destruir al "viejo". Podemos sospechar, por lo tanto, que en su inconsciente el "algo" que quería hacer era suprimir al reverendo Joseph Ruggles Wilson. Pero la represión de este deseo estaba tan poderosamente apoyada en su pasividad hacia el padre que no podía tener un pensamiento o realizar una acción hostil hacia él, no pudiendo tampoco en esa época, llegar a estadista. Además, tenía demasiado interés en mejorar su situación en Princeton y esto no le permitía dar rienda suelta a este deseo con actos de hostilidad abierta contra West o cualquier otro padre sustituto. Su narcisismo y su Superyó siempre le prohibieron toda acción que pudiera comprometer su carrera. Por lo tanto escapó de su conflicto refugiándose en sus habituales síntomas neurasténicos y después de siete meses de desdicha, huyó solo a Escocia.

Nueve

En este estudio psicológico de Wilson hemos dedicado poca atención a lo consciente y no nos excusaremos por habernos concentrado en los mecanismos mentales más profundos. La parte más importante de la mente, como la de un ténpano, yace bajo la superficie. El inconsciente de un neurótico

emplea esta parte consciente como instrumento para realizar sus deseos. Sus convicciones son excusas inventadas por la razón para justificar los deseos de la libido. Sus principios son trajes empleados para embellecer y ocultar la desnudez de los deseos inconscientes.

Sin embargo, la civilización en que se educa un niño influye sobre su personalidad. Determina por lo menos el estilo de las ropas con que debe vestir sus deseos para que éstos parezcan respetables. El niño aspira de la atmósfera de su hogar y de su comunidad ideas sobre el caballero-que-debiera-ser, y estas ideas se hacen parte de su Ideal del Yo y determinan la forma de sus convicciones. Este caballero-que-debiera-ser no es un personaje estable. Su aspecto cambia continuamente en el tiempo y en el espacio. El dios de una era se convierte en el demonio de la siguiente. El diablo cristiano lleva los cuernos de Pan y su pezuña hendida.

Aunque los estilos de la civilización son inestables, como los de la ropa femenina, el niño no lo sabe y acepta los principios de su familia y comunidad como si fueran leyes inmutables de la naturaleza y forma su idea del caballero-que-debiera-ser según ellos. Así queda determinado el estilo de las convicciones con que más adelante reviste sus deseos.

Thomas Woodrow Wilson, cuando niño, inhaló las ideas e ideales de los ingleses de clase media, lectores de la Biblia, que habían esparcido sobre América una visión de la vida estilo Antiguo Testamento. Inevitablemente Wilson vistió los deseos de su libido con las prendas aprobadas por la clase media no conformista británica.

En todas las palabras registradas de Wilson no hay ningún signo de que comprendiera la civilización francesa, alemana o italiana, para no mencionar a Grecia clásica. Sus convicciones eran las de la clase media británica. Para él, las más bellas flores del espíritu humano eran los productos del lollardismo y del presbiterianismo. Sentía profunda hostilidad hacia otras maneras de vivir. Por lo menos un americano podría haber sido comprendido y estimado por los antiguos griegos: el no conformista, libre-pensador, polifacético Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia, fundador de la Universidad de Virginia, arquitecto, filósofo, presidente de los Estados Unidos. Woodrow Wilson excluyó enteramente a Jefferson de un Calendario de grandes americanos que redactó en 1894, con el fundamento de que "Jefferson no era un verdadero americano a causa de la inspiración filosófica francesa que había

P S I K O L I B R O

en su pensamiento". Sentía que "un verdadero americano" debía tener las ideas e ideales de la clase media británica.

Esta admiración un poco excesiva surgía por supuesto de la reverencia hacia sus progenitores. Eran todos miembros de esa clase. Su madre y los padres de su padre eran inmigrantes de las Islas Británicas. Por cada una de sus identificaciones inconscientes debe haber sentido que era un inglés de clase media, y su profundo narcisismo le hizo admirar a aquellos cuyos matrimonios habían dado como resultado su propia procreación. Una admiración de este tipo, tempranamente establecida, a menudo se corrige después, al aumentar el conocimiento del mundo; pero Woodrow Wilson estaba aislado del contacto directo con la vida europea por su ignorancia de sus lenguas. Todos sus héroes eran británicos: Burke, Bright, Bagehot, Gladstone. Francia, Italia y Alemania le resultaron tan desagradables cuando se aventuró en el continente por primera vez en 1903, que voló de vuelta a casa después de unas pocas semanas infelices. No volvió al continente hasta 1919, cuando llegó para reordenar Europa. Su mente consciente siguió siendo toda la vida la de un ministro presbiteriano del norte de Gran Bretaña.

Cuatro veces después de los "colapsos", trató de sobreponerse a sus síntomas habituales visitando las Islas Británicas. Su experiencia en Irlanda se limitó a unos pocos días de desprecio, pero amó a Escocia, las universidades inglesas lo conmovieron hasta el éxtasis y el Distrito de los Lagos se volvió el hogar de su corazón. Decidió que pasaría su vejez no en América sino en Rydal, en el Distrito de los Lagos, que describió en términos que recuerdan el sentimiento infantil por la madre: "Sabes que amplias y graciosas son las laderas del querido Wansfell; como un gran pecho que nutre, siempre me ha parecido... Ulpha Fell... tiene expansiones infinitamente amplias y ricas de laderas verdes, que ascienden rápidamente desde los espacios boscosos del valle, alrededor del arroyo, en curvas de exquisita belleza".

En 1896, permaneció en Escocia e Inglaterra hasta que sus síntomas se calmaron, luego volvió a Princeton con una nueva decisión de avanzar hacia la vida ejecutiva, que impresionó a los más íntimos. Su cuñado Stockton Axson escribió: "Siempre había sido un hombre de propósitos, pero ahora era un hombre con un propósito fijo y resuelto... Aumentó más y más su impaciencia por las discusiones meramente teóricas; quería afrontar los hechos en su difícil realidad".

Tener un colapso, descansar hasta que hubiera dominado sus síntomas, volver luego al trabajo con una inexorable determinación de afirmar su masculinidad, llegó a ser la fórmula de su vida. Desde entonces cada uno de sus colapsos fue seguido por una manifestación de agresión incrementada. La causa de este fenómeno es clara. Su hostilidad insatisfecha hacia el padre lo impulsaba a refugiarse en sus síntomas habituales. Su actividad agresiva seguía aún insatisfecha. Retornaba al trabajo decidido a descargarla mediante la salida antiguamente establecida de la identificación con Gladstone.

Apareció enseguida una oportunidad de avanzar hacia el liderazgo ejecutivo. Le pidieron que pronunciara un discurso en ocasión de la Celebración del Sesquicentenario de Princeton el 21 de octubre de 1896. Eligió como tema "Princeton al servicio de la nación", a lo largo del discurso dijo: "Pesa sobre nosotros la obligación de la vida nacional... No hay nada que dé tal tono al servicio público como la religión... En mi pensamiento he tenido la visión del perfecto lugar de enseñanza... en él todos los ojos están brillantes en el día claro y pronto a mirar hacia el cielo por una confirmación de su esperanza. ¿Quién nos indicará el camino hacia ese lugar?"

Formulaba la pregunta final de este discurso con la obvia esperanza de que sus oyentes contestaran, al menos en silencio: Woodrow Wilson. Muchos de sus oyentes estaban totalmente insatisfechos con el reverendo Francis L. Patton, presidente de la universidad. Nadie en la audiencia lo estaba más que el propio Woodrow Wilson. Lo despreciaba pero tenía el cuidado de ocultar su desprecio a él y a sus amigos. Quería llegar a ser presidente de Princeton. Por lo tanto conservaba un pie en el campo de Patton y otro en el de West, ocultando su antagonismo hacia ambos e intrigando con maña para obtener su apoyo.

El discurso fue recibido con entusiasmo pero no llevó a ninguna alteración inmediata de la situación de Wilson en el mundo y debió pasar seis años de descontento crónico, dolores de cabeza y problemas gástricos. Con su padre viviendo en casa, el incremento de su agresión en este período se puede atribuir casi con certeza a esta presencia sobreexcitante. Su actividad agresiva aumentada, careciendo de una salida adecuada, lo llevó hacia sus síntomas habituales, y su descontento se agudizó indudablemente por las exigencias insatisfechas del Superyó. Parecía imposible alcanzar el liderazgo ejecutivo, ni por la vía política ni a través de Princeton. Comenzó a ver fuerzas oscuras que bloqueaban su camino. Habló de "influencias siniestras que dominan actualmente la administración del colegio". Sugirió que tal vez abandonaría

P S I K O L I B R O

Princeton. Ocho hombres ricos que lo estimaban, entre ellos Moses Taylor Pyne, hicieron con él un contrato en el que convenían pagarle unos miles de dólares extras a cambio de la promesa de no abandonar Princeton por un período de cinco años a partir de 1898.

En la primavera de 1899 tuvo un nuevo colapso y volvió a buscar descanso en las Islas Británicas. Dominó sus síntomas y retornó a Princeton y a su descontento habitual. Por el 1900 había perdido a tal punto las esperanzas sobre su futuro tanto en la universidad como en la política, que consideró seriamente la idea de dedicar el resto de su vida a la obra literaria. Pasando por alto su contrato, pidió a los síndicos de Princeton un año de licencia para preparar el material destinado a un tomo monumental sobre la Filosofía de la Política, cuya redacción hubiera implicado el abandono de su tarea académica. Para esta época su sentimiento hacia West se había convertido en hostilidad y cuando eligieron a éste decano de la Escuela de Graduados en 1901, Wilson comenzó a emplearlo como un padre sustituto sobre el cual podía soltar la inundación de su hostilidad hacia el padre real.

West se había colocado en una franca oposición al presidente Patton. Tal vez Wilson no era menos amargo en su hostilidad hacia el mismo que cualquier otro miembro del claustro de Princeton, pero el presidente no lo sabía; cuando el profesor Magie y el decano West hicieron insostenible su situación, propuso a Wilson para que lo sucediera en el cargo. La elección de West hubiera dividido el mundo universitario en grupos adversos. Este sabía que en realidad Wilson era hostil al sistema de Patton pero no había notado su hostilidad personal hacia él. Por eso abandonó sus propias aspiraciones y no se opuso a su elección. El 9 de junio de 1902, a los cuarenta y cinco años, Wilson fue elegido presidente de Princeton. Estaba en éxtasis. "Me siento como un flamante primer ministro que se apresta a dirigir la palabra a sus electores", escribió a su esposa. ¡Por fin era Gladstone! Ahora la corriente de su libido, por el conducto de la actividad hacia el padre, podía encontrar una salida mediante la identificación que había establecido veinticinco años antes.

A menudo durante su presidencia en Princeton, Wilson repitió el pensamiento contenido en su declaración de que se sentía "como un flamante primer ministro". Por ejemplo, comentó ante los miembros de una asociación de clubes de Princeton: "Siempre siento, en una ocasión como ésta, que soy un ministro responsable que informa a sus electores..." Y tenía la costumbre de llamar a la

educación "la tarea de estadista menor". Cuando lo eligieron presidente de Princeton se transformó, en su inconsciente, en Gladstone.

La apertura de esta salida, largamente deseada para su actividad agresiva hacia el padre, más la satisfacción que su elección dio a su Superyó y a su narcisismo, aliviaron inmediatamente su descontento. Escribió a su esposa: "Descubro... que mi elección como presidente ha sido muy útil para mí. Ha asentado mi futuro y me ha dado una sensación de situación y de tareas tangibles, definidas que eliminan el revoloteo y la intranquilidad de mi espíritu". La palabra "revoloteo" es tan femenina en sus connotaciones que uno vacilaría en emplearla para describir a un hombre; pero dado que Wilson la usó para describirse a sí mismo y la subrayó, podemos notar que era admirablemente descriptiva. Pasó la mayor parte de su vida en un revoloteo.

Diez

Tres meses después de la asunción de Wilson como presidente de Princeton, murió su padre. Su vida entera había estado dominada por la relación con él. Por eso esta pérdida exigió un considerable reajuste de las salidas de su libido.

De la manera habitual reemplazó al padre perdido por sí mismo y desde entonces, en su inconsciente, fue más que nunca el reverendo Joseph Ruggles Wilson. Así encontró una nueva salida para su actividad agresiva hacia él, que agregó a la recién abierta de la identificación con Gladstone. Por el resto de su vida la actividad primaria hacia el padre parece haber poseído descargas adecuadas; pero su muerte lo privó de las principales para su pasividad. Ya no podía dar salida a esa carga hipertrofiada de su libido sometiéndose a su padre o haciendo el papel de esposa para él. No le dio salida mediante la sumisión a un padre sustituto. Pero después de la muerte del reverendo, su adicción a la oratoria, que ya era excesiva, creció hasta proporciones fantásticas; su deseo

de un amigo al que amar se convirtió en una necesidad imperativa y su interés por todas las formas de actividad religiosa aumentó. Es obvio que la pérdida de las salidas mayores para su pasividad hacia el padre, sometió a una grave presión a las secundarias y aumentó la evacuación de su libido a través de la oratoria, la amistad apasionada, la sumisión a Dios y la identificación con Cristo.

Además, después de la pérdida de su padre, comenzó a desplegar una inclinación incrementada a reordenar imperiosamente su mundo y a odiar con irrazonable intensidad a hombres distinguidos que estaban en desacuerdo con él. La carga de libido alojada en su pasividad hacia el padre era sin duda demasiado grande para que las salidas que quedaban en su existencia llevaran toda su corriente. Después de la muerte de su padre, Wilson tuvo que reprimir una gran porción de esa carga. Como señalamos, el Yo emplea invariablemente una formación reactiva para ayudar a la represión de un deseo fuerte. La cantidad de pasividad que Wilson debió reprimir después de la muerte del padre era grande y requería una amplia formación reactiva que ayudara a reprimirla, la cual encontró salida en sus intentos de reordenar el mundo y en acciones hostiles contra padres sustitutos.

La fuente original de todos estos rasgos de personalidad fue, naturalmente, la pasividad del pequeño Tommy Wilson hacia su "incomparable padre". El reverendo Joseph Ruggles Wilson, a quien de paso no hay que recomendar como modelo de padre, había hecho que su hijo lo amara tan profunda y sumisamente que la corriente de pasividad que había despertado no podía ser satisfecha por ningún otro hombre ni actividad. Encontrar salida para eso no era fácil para un hombre cuyo Superyó exigía que fuera todo masculinidad: Dios Mismo. El profesor extraordinario de Retórica, muerto, siguió abrumando a su hijo.

Wilson, instalado como presidente de Princeton, comenzó en seguida a dominar la vida de la Universidad. Despidió a varios profesores, aumentó la severidad de los exámenes, agudizó la disciplina, resistió una agitación en pro de la abolición de la asistencia diaria obligatoria a la capilla, reorganizó todo el plan de estudios. En esas actividades tuvo el apoyo de una gran mayoría del claustro, los graduados y los estudiantes. Su colaborador más apreciado fue el profesor John Grier Hibben, más pequeño y más joven que él, "su amigo del corazón", según las palabras de Mrs. Wilson. Después de la muerte de su padre, su amor por Hibben se volvió aun más intenso de lo que era antes. Está

claro que al identificarlo con él cuando niño, se las ingeniaba para recibir de sí mismo el amor que quería y ya no podía recibir de su padre.

A pesar del libre fluir de actividad a través de sus actos ejecutivos y de la satisfacción que le daba su amistad con Hibben, sus síntomas habituales comenzaron a reaparecer y al terminar el año académico en el verano de 1903, buscó reposo en Europa. Su amplio disgusto por Francia, Alemania e Italia le impidió obtenerlo en el continente, y volvió a América todavía molesto por la nerviosidad, los problemas gástricos y los dolores de cabeza. Estos síntomas siguieron perturbándolo durante el año siguiente y en enero de 1905 decayó por completo. Agregado a sus síntomas habituales, lo molestaba una hernia. En febrero de 1905 fue operado y pasó cinco semanas descansando en Florida.

Regresó decidido a promover inmediatamente un proyecto de reforma de Princeton mediante la contratación de cincuenta preceptores. El espíritu que exhibió en esta ocasión se parecía mucho al que había manifestado después de su colapso en 1896, cuando volvió de Inglaterra decidido a abrirse camino en la vida ejecutiva. Volcó una enorme cantidad de energía en su campaña por el sistema de preceptores e impulsó el proyecto con tanto vigor que, a pesar de su costo, pudo obtener el asentimiento formal de la Junta de síndicos en junio de 1905 y establecer el sistema en el otoño del mismo año. El hecho de que fuera capaz de encontrar semejante energía en un cuerpo frágil indica la dimensión de la parte de su libido que había empezado a fluir hacia su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Su campaña por el sistema de preceptores le ofreció una salida. Desde el principio, este sistema fue un éxito y su establecimiento un triunfo personal. Llegó a sentirse agudamente infeliz.

El estado de ánimo de Wilson durante el invierno de 1906-7 ha sido descrito de manera admirable por su biógrafo autorizado, Ray Stransky Baker:

El nuevo sistema preceptorial estaba funcionando con una facilidad y un éxito inesperados. Habían abierto Merwick como colegio de graduados, abundaba el dinero para nuevos edificios. Pero de repente se impacientó con todo eso. Al fin y al cabo la universidad no estaba haciendo todo lo que debía: no estaba "suficientemente inspirada", ni se movía lo bastante rápido, ni era lo bastante útil. Para el que mirara desde afuera, el progreso había sido asombroso, el éxito extraordinario, pero no satisfacía al espíritu insaciable del nuevo presidente. Cada vez que Wilson empezaba a dudar, se preguntaba si hacía todo lo que

debía para alcanzar la visión que lo impulsaba y también lo oprimía; trabajaba más duramente que nunca. Comenzó ahora a pronunciar discursos fuera del colegio y de los auditorios de ex alumnos, a manejar directa y -no es demasiado decir- apasionadamente los problemas del momento... Como en todas las crisis previas de su vida, también parecía haber un aspecto religioso. Lo encontramos hablando una y otra vez en ese invierno y primavera sobre tales temas y en reuniones religiosas. Muchos de sus otros discursos emanan un aire místico.

Entre estos discursos estaba uno en el que Wilson formulaba y contestaba la pregunta: "¿Qué hubiera hecho Cristo en nuestra época, en nuestro lugar, con nuestras oportunidades?"

El 3 de febrero de 1906, el coronel George Harvey, demócrata, propuso en una cena en New York que se lanzara el nombre de Wilson como candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos. Este fingió no tomar en serio la propuesta, pero en vista de su intenso deseo de convertirse en estadista, es obvio que las palabras de Harvey debieron conmoverlo profundamente. La política le ofrecía una descarga para su identificación con Gladstone mucho mejor que la situación de "estadista menor" de sus actividades educacionales. Además, ninguna posición de "estadista menor" podía satisfacer a su Superyó. Exigía una calidad de política in excelsis: la presidencia de los Estados Unidos, la presidencia del Mundo y la presidencia del Cielo. La verdadera impresión que produjeron las palabras de Harvey sobre Wilson se puede juzgar tal vez por el hecho de que lo llevaron a transformar su intenso disgusto por Jefferson en admiración. Jefferson era la deidad de los demócratas, y no se podía obtener la candidatura de este partido a presidente de los Estados Unidos sin rendir tributo de palabra al autor de la Declaración de la Independencia. Poco después del discurso de Harvey, Wilson se las ingenió para descubrir admirables cualidades en el estadista en que antes sólo había visto defectos. Sin embargo, el cambio le resultó algo difícil e "hizo no menos de cuatro versiones" de un discurso sobre Jefferson que pronunció el 16 de abril de 1906 ante un auditorio de demócratas.

Durante ese invierno de oratoria, Wilson había estado intensamente nervioso y había sufrido, no sólo sus habituales dolores de cabeza y problemas gástricos sino también dolores en el hombro y la pierna izquierdos y en la mano derecha que se atribuyeron a la "neuritis". Sus síntomas se agravaron gradualmente. Estaba al borde de un típico "colapso" cuando, una mañana de mayo de 1906, descubrió al despertarse que estaba ciego de su ojo izquierdo. La secuencia de

sucesos desde su triunfante establecimiento del sistema de preceptores en octubre, hasta su colapso en mayo, presenta un cuadro inconfundible del sucumbir neurótico ante un conflicto en el inconsciente. Tratemos de determinar la naturaleza exacta de este conflicto.

El primer síntoma que debemos considerar es el hecho de que a su triunfo del otoño no le siguió la satisfacción y el contento que hubiera sentido un hombre normal, sino un intenso descontento. El logro seguido por la infelicidad no era una novedad en la vida de Wilson. Aun en los meses después de su casamiento y sus primeros éxitos profesionales en Bryn Mawr, cuando casi cualquier otro hombre hubiera estado gozoso, él era agudamente infeliz. Y el lector recordará que una semana después de la aceptación de Congressional Government, que lo había conmovido hasta el éxtasis, ya estaba "abatido por la tristeza" y que atribuimos su infelicidad de entonces a la imposibilidad de concretar las sobrehumanas realizaciones demandadas por su Superyó.

Hemos notado que su decisión de establecer de inmediato el sistema de preceptores en Princeton surgió de su formación reactiva contra la pasividad hacia su padre: la energía que dedicó a esta tarea fue enorme y su magnitud indicaba la cantidad de libido que había comenzado a acumular esta formación reactiva. La tarea estaba realizada. Su actividad reprimida hacia el padre exigía nuevamente una salida. Su formación reactiva estaba otra vez estimulada hacia una productividad febril. No tenía ninguna tarea inmediata sobre la cual pudiera arrojar una inundación de actividad masculina. Así el establecimiento preceptonal ni satisfizo las insaciables demandas de su Superyó ni, cuando hubo terminado la lucha, siguió ofreciéndole una salida para su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Esta exigía una descarga, la formación reactiva contra ella también lo exigía el Superyó le demandaba convertirse en Dios. Su Yo se había vuelto un campo de batalla: de un lado se erguía su pasividad reprimida hacia el padre, ordenándole que fuera todo femineidad: por el otro, se erguían su actividad hacia él, su formación reactiva contra la pasividad y su Superyó, exigiéndole que fuera todo acción y masculinidad. Por lo tanto el conflicto que producía su infelicidad, enfermedad y oratoria febril en el invierno de 1905-6 era el mismo viejo conflicto que su Yo nunca había sido capaz de resolver: el conflicto entre su actividad y su pasividad hacia el padre. Todavía estaba preso en el dilema mayor del complejo de Edipo. Y su infelicidad aumentaba por las exigencias desmedidas de su Superyó.

En ninguna época de su vida fue tan excesivo su interés por hacer discursos como durante esos meses de 1905 y 1906. Hemos visto que Wilson encontraba en la oratoria una salida tanto para la actividad como para la pasividad hacia el padre: cuando hablaba, al mismo tiempo lo obedecía y se identificaba con él. Así, mediante la oratoria podía drenar libido de los dos deseos cuyo conflicto en su Yo se estaba volviendo insoportable. En la mera pronunciación de un discurso daba salida a la energía de ambos antagonistas. Los temas que elegía permitían una descarga secundaria a su formación reactiva contra la pasividad. Por otro lado, muchos tenían un contenido religioso, como aquel en que dijo a su auditorio lo que Cristo hubiera "hecho en nuestra época, en nuestro lugar, con nuestras oportunidades".

En ese discurso habló por Cristo, en su inconsciente era él; la corriente de su pasividad mediante la identificación fluyó sin impedimentos hasta los oídos de su auditorio. En realidad el conflicto en su Yo había llegado a ser tan insoportable que estaba obligado a hablar o a refugiarse en uno de sus habituales "colapsos". Por lo tanto hablaba en forma constante apasionada, febril. En las palabras de su biógrafo, Baker: "¡Parecía poseído! Dedicaba a un solo discurso una pasión tan intensa que hubiera bastado para media docena de discursos comunes". Estaba poseído por uno de los principales demonios que torturan al hombre: un conflicto entre la actividad y la pasividad hacia el padre.

Su oratoria lo salvó de uno de sus "colapsos" habituales pero lo arrojó a una enfermedad más seria. Se descubrió que la hemorragia de un vaso sanguíneo de su ojo izquierdo era causada por la arterioesclerosis y concluyó su actividad febril. El exceso de trabajo requerido por su frenética confección de discursos debe haber contribuido considerablemente a su alta presión sanguínea. Así, aunque sería falso decir que la hemorragia fue causada por el conflicto de su Yo, debemos notar que su neurosis, al producir un exceso de trabajo, fue un factor contribuyente. Al mismo tiempo no debemos olvidar que la condición física sus arterias intensificó sin duda los síntomas psíquicos que exhibía antes de la hemorragia. Además, ella plantea un problema más sutil, que no podemos resolver.

Hemos aprendido que las condiciones psíquicas pueden causar intensos efectos físicos. Por ejemplo, "morir con el corazón partido" no es una mera fantasía de poeta. Es posible que un hombre muera porque se le ha partido el corazón por una causa puramente psíquica. Dentro de cien años, cuando,

esperamos, se comprenda el efecto de la mente sobre el cuerpo mejor que ahora, algún científico podrá determinar si había o no una relación más directa que la del surmenage entre el conflicto psíquico de Wilson y su hemorragia. En nuestra presente ignorancia sólo podemos ofrecer el problema.

Con el ojo izquierdo ciego, hizo que pusieran a Hibben, "el amigo de su corazón", a cargo de la presidencia de Princeton y se fue a Rydal, Inglaterra, a descansar. Allí conoció a Fred Yates, el pintor de retratos. En ausencia de Hibben, la reacción de Wilson fue inmediata. "Parece que los dos hombres se enamoraron en el acto", escribió Ray Stannard Baker. Una cantidad tan grande de la pasividad de Wilson hacia el padre había empezado a fluir por la salida de la amistad apasionada. que necesitó tener un sustituto de Hibben para amarlo. La intensidad de sus síntomas disminuyó rápidamente y empezó a recobrar la vida de ese ojo. Al terminar el verano se sintió bastante bien como para regresar a Princeton.

Volvió a Princeton en el otoño de 1906 con una decisión de afirmar su liderazgo ejecutivo que recuerda aquellas decisiones posteriores a sus colapsos de 1896 y 1905. Surgía por cierto de las mismas fuentes inconscientes -su actividad y su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre habían aumentado muchísimo-. Así como en 1905 regresó decidido a establecer el sistema preceptorial, en 1906 lo hizo resuelto a reorganizar la vida entera de la universidad dividiendo el cuerpo estudiantil en "cuadros", sobre el modelo de los colegios de Oxford y Cambridge.

En teoría, había mucho que decir en favor y en contra de esta propuesta. Exigía prácticamente el abandono de la familiar división americana del cuerpo estudiantil en cuatro clases con privilegios distintivos y "espíritu de clase", la abolición de los clubes que habían llegado a ser un rasgo caro a la vida de Princeton, y, a causa de su costo, exigía la postergación indefinida de la construcción de un Colegio de Graduados acorde con los planes que West había preparado y Wilson aprobado. Por eso era seguro que despertaría una oposición formidable. Pero para Wilson el hecho de que la propuesta involucrara no una mera reforma, como el sistema de preceptores, sino una revolución en la vida de la universidad, la hacía sin duda doblemente querida. Su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre se había intensificado tanto durante el año anterior que exigía salida a través de una acción en la que Wilson pudiera mostrarse como un hombre excesivamente fuerte, capaz de sobreponerse a toda oposición, aun a una razonable.

Antes de que tuviera tiempo de proponer el establecimiento del sistema de "cuadros", tuvo que manejar otro asunto que también involucraba su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Se invitó al decano West a que asumiera la presidencia del Massachusetts Institute of Technology. Por esa época Wilson sentía por West un verdadero disgusto. Sin embargo escribió en persona una resolución que fue adoptada por la Junta de Síndicos, en la que le rogaba que permaneciera en Princeton, diciendo que su pérdida sería "completamente irreparable" y asegurándole "que no pueden arreglarse sin él y que la Junta confía en que, si se queda, las esperanzas de la Junta y suyas podrán realizarse más rápido a causa de esta prueba adicional de su devoción". West tomó la última oración de esta resolución como una promesa de que el próximo objetivo en la campaña por el desarrollo de Princeton sería la recolección de fondos para la construcción del Colegio de Graduados, y rechazó la presidencia del Massachusetts Institute of Technology.

Nueve semanas después de haber escrito esta resolución, Wilson propuso su sistema de "cuadros", que sabía sería tan oneroso que su adopción postergaría indefinidamente la construcción del Colegio de Graduados, ya que los fondos para ambos proyectos tendrían que provenir de los mismos protectores de Princeton. Por qué Wilson, aun creyendo que estaba por hacer imposible la ejecución de los planes de West, le rogó sin embargo que permaneciera en Princeton, es un problema que resulta a primera vista enigmático. La respuesta se vuelve obvia si uno recuerda que en ese momento Wilson estaba plenamente atrapado por una neurosis y que su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre estaba exigiendo expresarse, de manera tan imperativa, que él no podía permitirse dejar escapar ninguna salida. West ofrecía una magnífica. Era un evidente padre sustituto y podía servir para recibir la carga de odio inconsciente. En su inconsciente, derrotar a West era conquistar el padre. Los lazos que establece el odio no son menos estrechos que los del amor. La actividad agresiva hacia el padre es tan fundamental como cualquier otro deseo, y el odio, como el amor, debe encontrar salida. Wilson estaba ligado a West por lazos indestructibles de odio, que en realidad llegaron a ser tan fuertes que lo ataron hasta que la muerte lo desligó de todo vínculo. No podía dejar que West se alejara de él. Lo necesitaba para odiarlo, derrotarlo y humillarlo. Estaba absolutamente seguro de que podía vencerlo. Por lo tanto, disimuló su odio, lo convenció de que se quedara en Princeton y luego lanzó el rayo de su propuesta sobre los "cuadros".

Pocos días después West vio a Wilson y le expresó con vigor su opinión sobre su actitud para enviar al desvío el Colegio de Graduados. Este se ofendió profundamente y a duras penas evitó una franca disputa. Desde entonces las relaciones entre ambos fueron estrictamente oficiales. En lo sucesivo, Wilson lo odió con intensidad neurótica. Impulsar por cualquier medio su sistema de "cuadros" e impedir que West estableciera el Colegio de Graduados de sus sueños, se convirtió en la meta principal de su vida. No importando el perjuicio que le ocasionara a Princeton, él tenía que derrotar al hombre grande y moreno que en su inconsciente representaba al padre. Sus acciones durante el resto de su periodo como presidente de Princeton estuvieron dictadas por esta compulsión, que tomaba fuerzas, tanto de su actividad agresiva hacia el padre, como de su formación reactiva contra su pasividad. La compulsión tenía enorme poder e impulsó a Wilson a muchas acciones y palabras extrañas. En verdad, la manera en que el inconsciente emplea la parte consciente de la mente como un instrumento para llevar a cabo los deseos de la libido, usando la razón para encontrar excusas que justifiquen las acciones deseadas por el inconsciente, rara vez ha estado más vívidamente ilustrada que en los argumentos que usó Wilson durante los años 1906 a 1910. Los hechos dejaron de existir, para él, si estaban en conflicto con sus deseos inconscientes.

Once

Wilson estaba en la cumbre de su popularidad en Princeton cuando propuso los "cuadros", y la mera circunstancia de que proviniera de él fue suficiente para que la propuesta consiguiera un considerable apoyo en la universidad. Sin embargo West no era el único en oponerse. Por lo tanto la Junta Directiva no adoptó inmediatamente la propuesta de Wilson sino que designó una comisión presidida por éste para considerarla; Wilson comprendió que tendría que pelear; pero se sintió absolutamente confiado en su capacidad de ganar. Sin embargo comenzaron a regresar sus síntomas y fue a descansar a las Bermudas. Allí permaneció durante dos domingos predicando desde los

púlpitos de las iglesias locales, drenando así como de costumbre la libido de la actividad y pasividad conflictivas por su vieja salida de la oratoria. Retomó a Princeton "infinitamente fortalecido". El 10 de junio de 1907 presentó el informe de su comisión recomendando que "lo autorizaran a tomar las medidas que parecieran más prudentes para madurar su plan general". En principio escribió "madurar y ejecutar" pero tuvo que eliminar el último término porque un síndico insistió en que la Junta debía tener el "privilegio de posterior consideración".

Inmediatamente estalló la guerra civil en Princeton, y Wilson se horrorizó al descubrir que Hibben, "el amigo de su corazón", estaba en contra de él. Hemos visto qué profundo caudal de pasividad hacia el padre encontraba salida mediante esta amistad, en la que había recreado su relación infantil con él, por eso no nos sorprenderemos al descubrir que la oposición de Hibben lo puso agudamente nervioso e infeliz. El pequeño Tommy Wilson jamás se había atrevido a oponerse a su propio "incomparable padre", y cuando cualquier amigo se oponía a él, aunque fuera en una cuestión de opiniones, dejaba de representar a Tommy Wilson.

Hizo todo lo posible por convencer a Hibben de que siguiera siendo Tommy Wilson, pero éste poseía voluntad propia, algo insufrible para él. A pesar de los argumentos de Wilson, siguió oponiéndose al proyecto de los "cuadros". El 26 de septiembre de 1907, en una reunión de claustro, Hibben se levantó y secundó la moción de Van Dyke que se oponía a la adopción de la propuesta de Wilson. Este, que presidía, palideció. "¿Debo entender que el profesor Hibben secunda la moción?", preguntó Wilson con voz firme pero como alguien que apenas puede creer lo que ha visto y oído. "Sí, señor presidente", respondió Hibben. Estas palabras destrozaron la relación entre ambos. Ya no representaba más al pequeño Tommy. Wilson ya no podía, por la identificación con Hibben, recibir de sí mismo el amor que anhelaba de su propio padre. Y, para protegerse de la corriente obstruida de su pasividad, lo convirtió en el acto en traidor: un hombre detestable.

La conversión de Hibben en un Judas fue facilitada sin duda por su identificación inconsciente de sí mismo con Cristo. Hemos visto que el fluir de la pasividad hacia el padre a través de la salida de la identificación con Cristo, había aumentado muchísimo por la muerte del reverendo Joseph Ruggles Wilson. En la parte de su inconsciente en que era Cristo, sus amigos más jóvenes eran por cierto los discípulos. John Grier Hibben era sin duda Juan, el Discípulo Amado. Pero cuando se unió a los enemigos de Wilson en el

momento crucial de la cartera de su maestro, fue fácil para éste convertirlo en Judas Iscariote. Así, empleando el mecanismo de los paranoides, Wilson, que no era psicótico, se protegió de su pasividad insatisfecha.

Hibben hizo todo lo posible por conservar la amistad y por un tiempo Wilson siguió dirigiéndole la palabra. Después hasta dejó de hablarle. Cuando eligieron a Hibben presidente de Princeton, no le envió una palabra de felicitación y se negó a asistir a su asunción. Más adelante Hibben trató de llegar a una reconciliación. Wilson la rechazó. Convertido en presidente de los Estados Unidos, fue a Princeton a votar. Hibben se acercó al lugar de votación para saludarlo. Wilson lo miró, se dio vuelta y se fue.

La transformación de Hibben desde un objeto amoroso hasta un objeto de odio, a causa de una diferencia de opinión, ilustra vívidamente la naturaleza neurótica de las amistades intensas de Wilson. Nunca había podido escapar de sus sentimientos infantiles hacia el padre. Estaba obligado a amar apasionadamente a hombres que había identificado con el pequeño Tommy Wilson, y a odiarlos intensamente cuando, de una u otra manera, dejaban de ser sumisos con él pues no representaban más lo que él era cuando admiraba a su "incomparable padre". Nunca pudo permitir que ningún amigo estuviera a su altura, en términos de igualdad mental y moral.

Hibben no fue más que el primero de varios amigos amados apasionadamente a los que descartó cuando se atrevieron a estar en desacuerdo con él.

Quedó tan herido por su pérdida que juró no tener jamás otro amigo íntimo. Pero no podía arreglárselas sin un hombre al que amar. En 1910 tomó afecto a un joven rubio llamado Dudley Field Malone, al que nombraba su "fidus Achates". En 1911 se entusiasmó con Edward M. Honse. Estas amistades y otras siguieron el camino de la de Hibben. Malone, en 1917, estuvo a favor del sufragio femenino, al que Wilson se oponía. Nunca volvió a hablarle. Todos los factores que hicieron y deshicieron estas y otras relaciones se pueden ver en su amor y odio hacia Hibben. Sus amistades apasionadas eran todas, en el fondo, recreaciones de su relación infantil con el padre.

El 18 de octubre de 1907, los síndicos de Princeton se reunieron para decidir si adoptaban el proyecto de los "cuadros" o lo rechazaban. Wilson, en extremo nervioso por la pérdida de Hibben, los sorprendió con la desconcertante afirmación de que "la idea y propósito esenciales del plan" ya habían sido

adoptados por la Junta cuando aprobó su resolución que ordenaba su "maduración". Esta declaración parece marcar el comienzo de la degeneración mental que lo llevó a firmar el tratado de Versalles y a llamarlo luego una "incomparable consumación de las esperanzas de la humanidad", "el primer tratado firmado jamás por grandes potencias que no ha sido hecho en su propio favor" "un seguro del noventa y nueve por ciento contra la guerra". Aparentemente se las había arreglado para olvidar que lo habían obligado a eliminar de su resolución las palabras "y ejecutar" porque uno de los síndicos había insistido en que se les debía dar el "privilegio de posterior consideración".

Parece necesario señalar la fuente de esta distorsión de los hechos, no porque el incidente en sí fuera importante sino porque desde entonces dicha distorsión se volvió un rasgo pronunciado de la personalidad de Wilson. Miles de hechos deformados, ignorados u olvidados jalonan el resto de su vida. Discutir todos requeriría un gran volumen y no queremos recargar este estudio psicológico con un examen detallado de sus muchos errores mentales. Sin embargo resulta necesario examinar una distorsión típica. Luego el lector podrá tal vez descubrir por sí mismo las fuentes de otras.

Hemos visto que a partir de su niñez Wilson se inclinó a vivir en un mundo de frases y no de hechos. Por eso era fácil para él deformar, ignorar, olvidar o inventar hechos si la verdad estaba en conflicto con sus deseos. Su afirmación de que los síndicos de Princeton ya habían adoptado "la idea y propósito esenciales" de su propuesta de "cuadros", fue producida por deseos de lo más violentos. Una gran parte de su pasividad hacia el padre encontró salida a través de su amor por Hibben. Había perdido esa salida. Aún antes de esta pérdida, la formación reactiva necesaria para reprimir su pasividad era enorme. El incremento de pasividad reprimida producido por la pérdida de Hibben, requería una nueva expansión de su formación reactiva para su represión. No es raro que aquella se expandiera más allá de los límites normales ni que un hecho colocado en el camino de la inmensa carga de libido de este acumulador, fuera barrido. Si los síndicos hubieran realmente adoptado la "idea y propósito esenciales" del sistema de "cuadros", el plan hubiera sido ya una parte del programa oficial de Princeton; las salidas para la formación reactiva de Wilson hubieran estado establecidas. Como lo deseaba así, declaró que lo estaban. Distorsionó un hecho. Argumentó ante los síndicos que sólo se podía rechazar el sistema de "cuadros" mediante una resolución que rescindiera la supuesta adopción del mes de junio. En ese momento su intelecto no era más que el instrumento de sus deseos inconscientes. Pero los síndicos no habían olvidado

que se habían eliminado las palabras "y ejecutar" de la resolución de Wilson. Sabían bien que nunca habían adoptado el sistema de "cuadros". Se negaron a ser tomados por sorpresa. Votaron y todos los votos excepto uno iban contra la propuesta de Wilson.

Estaba horrorizado. Podemos imaginar el alboroto de su mente. Había mantenido a West en Princeton para conquistarlo. La derrota le costaba las salidas para su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. El conflicto en su Yo entre estos diluvios de libido insatisfecha se volvió en seguida insoportable.

La parte consciente de su mente encaraba problemas casi tan difíciles de resolver como los de su inconsciente. No sabía qué hacer. Había hablado tan vehementemente contra las condiciones de vida en Princeton, que parecía incompatible con su dignidad seguir como presidente de la universidad mientras esas condiciones permanecieran inalteradas. Sabía que ya no podía tener esperanzas de establecer su sistema de "cuadros", y que su popularidad se había desvanecido a causa de los ataques contra el colegio.

Escribió una nota de renuncia, pero no la envió. No tenía otro empleo a donde ir y debía ganarse la vida. Estaba desesperado. Odiaba la práctica de la abogacía, pero habló con seriedad de volver a las leyes en Virginia. Necesitaba intensamente que su padre le dijera qué hacer y parece que por un momento recurrió en busca de consejo al reverendo Melancthon W. Jacobus, como hubiera recurrido a su padre. "Confío en que una especie de Providencia me enviará ahora algún signo para guiarme y en que tendré suficiente vista para percibirlo e interpretarlo", escribió el 23 de octubre de 1908 al doctor Jacobus. Pero nunca llegó a tener una franca intimidad con él, y el 6 de noviembre le escribió nuevamente: "Jamás he pensado en abandonar la pelea", olvidando su no enviada carta de renuncia.

En la quincena de agitada incertidumbre que separó ambas misivas a Jacobus descubrió soluciones, tanto para sus problemas conscientes como para los inconscientes. La solución que encontró su Yo para el conflicto inconsciente era importante. Nunca llegó a crecer más allá de la estructura en que se fijó su carácter entonces, y vale la pena examinar en detalle esta fijación.

Hemos visto que la sumisión a Dios y la identificación inconsciente con Cristo eran los dos únicos conductos amplios para la pasividad hacia el padre a través

de los cuales su libido podía aún correr libremente. Después de la pérdida de Hibben, era inevitable un aumento en la corriente de libido por esos conductos, por razones puramente económicas: esa carga no tenía otro lugar a donde ir. La salida de su identificación con Cristo se amplió más cuando convirtió a Hibben en Judas Iscariote. Por el resto de su vida, su identificación inconsciente con Cristo soportó una gran parte de su libido.

La gran alteración de su personalidad que produjo su Yo en esta época fue sin embargo por el lado de la formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Nunca había empleado un conducto tan obvio para las fuerzas de su masculinidad. En su inconsciente había identificado al padre con Dios, pero no a él mismo. Bajo la presión de su derrota se transformó en su inconsciente en Dios Padre además de Dios Hijo. La extraordinaria confianza en su propia rectitud, la capacidad de abrirse paso inexorablemente hacia el poder, que empezaron a marcar su vida, no dejan ninguna duda sobre lo sucedido. En la vida real no podía superar a West. Pero tenía que ser superior. Por lo tanto lo fue en su inconsciente. Se volvió Dios. Desde entonces una parte de su inconsciente nunca dejó de decirle: "Eres Dios. Eres superior a todos los hombres. Cualquier cosa que hagas está bien porque tú la haces". Por el resto de su vida, una gran parte de su actividad hacia el padre y su formación reactiva contra la pasividad encontraron salida por esta identificación. Tal vez al lector le resulta difícil creer que un hombre pueda identificarse simultáneamente tanto con Dios Padre como con Dios Hijo. Para el inconsciente tales paradojas no presentan ninguna dificultad.

Desde ese momento hubo una cantidad algo desusada de divinidad en la personalidad de Woodrow Wilson. Su Superyó exigía lograr realizaciones sobrehumanas, su pasividad hacia el padre tenía salida por la sumisión a Dios y la identificación con Cristo; su actividad y su formación reactiva contra la pasividad la encontraron por la identificación con Dios. No es raro que comenzara a estar por encima de una limitación tan humana como el respeto por los hechos. Su cabeza estaba en los cielos y sus pies iban trepando el estrecho paso hacia la grandeza situado entre la neurosis y la psicosis.

La decisión que tomó respecto de sus dificultades mundanas lleva las señales de sus deidades internas. Cinco años antes, a una señora que aseguraba que moriría si su hijo era expulsado de Princeton, le había respondido con grandilocuencia pero aparentemente con sinceridad: "Si yo tuviera que elegir entre su vida o la mía o la vida de cualquiera y el bien de este colegio, elegiría

el bien del colegio". Pero para el Woodrow Wilson que en su inconsciente era Dios, Princeton ya no era un fin en sí mismo sitio el medio para un fin. Decidió quedarse, retener su medio de subsistencia, impedir que West estableciera el Colegio de Graduados de sus sueños y seguir su lucha por el sistema de "cuadros" de tal manera que ya ganara, lo cual era muy improbable, o perdiera, lo que era casi inevitable, de cualquier manera haría a Woodrow Wilson candidato demócrata a presidente de los Estados Unidos. Se sobrepondría a su derrota como "estadista menor" mediante una victoria como estadista mayor. Haría y diría todo lo necesario en Princeton para convertirse en Presidente de los Estados Unidos. El signo para guiarlo por el que había rogado le llegó desde el coronel George Harvey.

Este había estado reuniendo silenciosamente apoyo demócrata con servador para Wilson desde el mismo momento en que lo proclamó personalmente el 3 de febrero de 1906, y Wilson no había dicho ni hecho nada que alienara a los demócratas conservadores. Todas sus expresiones políticas habían sido conservadoras. Pero recorría el país una ola de protesta contra el control de los Estados Unidos por los plutócratas neoyorquinos. El problema político de Wilson era obtener el apoyo de los demócratas radicales, cuya fuerza estaba creciendo, sin perder el apoyo conservador que Harvey le había conseguido. La controversia de los "cuadros" le dio la oportunidad de matar varios pájaros de un tiro.

Partió para una gira oratoria en noviembre, con el propósito ostensible de hacer un llamado al "electorado de Princeton" en favor de su propuesta de los "cuadros". Por cierto que atacó vigorosamente a sus oponentes de Princeton, pero sus discursos estaban mechados con expresiones destinadas a promover sus posibilidades políticas. Presentó la cuestión de establecer la imitación de los colegios ingleses como si fuera una lucha entre los americanos pobres y demócratas, a quienes representaba, y los snobs plutócratas, con lo cual se hacía grato a los radicales. Pero al mismo tiempo tenía cuidado de echar aceite en los oídos de los conservadores neoyorquinos con expresiones específicamente políticas como su declaración del 19 de noviembre de 1907: "Atribuyo el actual pánico financiero a la actitud agresiva de la legislación respecto de los ferrocarriles". Así con sus discursos no sólo dio salida a su odio por West presentando a éste y a sus aliados como defensores del snobismo plutócrata, sino que también se presentó a sí mismo como el campeón de los demócratas pobres, mientras complacía a los plutócratas. La habilidad que desplegó para promover su carrera en esta época y más adelante fue notable.

No podemos decir que fuera sorprendente. Su profundo narcisismo siempre lo había hecho extremadamente sensible a cualquier cosa que pudiera afectarla. Aún antes de transformarse en Dios en su inconsciente, mostró habilidad para mejorar la suerte de Woodrow Wilson. El bienestar de Princeton, al que pintó como el hogar del snobismo plutócrata, no fue promovido.

En enero de 1908 Wilson se derrumbó nuevamente. Su esposa adjudicó este colapso a la pérdida de su "amigo del corazón". Es probable que tuviera razón. No había encontrado un sustituto adecuado para Hibben, e indudablemente su pasividad insatisfecha hacia el padre lo llevó al colapso. Se fue a las Bermudas, torturado por la nerviosidad, la neuritis, los dolores de cabeza biliosos y los problemas gástricos. A fines de febrero regresó a Norteamérica y otra vez pronunció discursos por todos lados. Su enfermedad continuó y en junio de 1908 tuvo otro colapso.

El neurótico que zarpó hacia Escocia el 20 de junio de 1908 para cuidar sus nervios, descomposturas estomacales, dolores de cabeza y puntadas en las piernas y en los brazos, cruzó el Atlántico diez años después aclamado como el nuevo Salvador del Mundo. A lo largo de la historia humana tantos neuróticos se han elevado repentinamente al poder, que el logro de Wilson está lejos de ser único pero es extraordinario. A menudo el vivir exige las cualidades que un neurótico posee en mayor grado que los hombres normales. Así desde el punto de vista del "éxito en la vida" la perturbación psíquica puede ser una real ventaja. Además, la personalidad neurótica de Wilson se adaptaba bien a los requisitos de su época. Primero América, luego el mundo, necesitaban un profeta que pudiera hablar como si fuese el vocero de Dios sobre la tierra. Y no debíamos olvidar que Wilson tenía las cualidades de sus defectos: si su pasividad hacia el padre era excesiva, su actividad, desarrollada por la formación reactiva contra aquélla, se había vuelto aun más fuerte y lo capacitaba para actuar con una áspera masculinidad; si bien su convicción inconsciente de ser Dios lo elevaba por encima de la realidad también producía una poderosa confianza en sí mismo; si su narcisismo lo hacía antipático como ser humano, también causaba una concentración sobre sí que le permitía conservar su pequeña provisión de fuerza física y usar toda ella para su propia promoción; si su enorme interés por la oratoria era algo ridículo, en cambio creaba una capacidad de arrastrar multitudes por la palabra; si bien su Superyó lo torturaba exigiéndole logros imposibles, también lo empujaba a realizaciones considerables. Sin embargo una neurosis es una base inestable para construir una vida sobre ella. Aunque la historia está tachonada de nombres neuróticos,

monomaniacos y psicóticos que ascendieron súbitamente al poder, habitualmente han caído con la misma rapidez en la desgracia. Wilson no fue una excepción a esta regla. Las cualidades de sus defectos lo elevaron al poder, pero los defectos de sus cualidades lo convirtieron, al fin, no en uno de los hombres más grandes del mundo, sino en un gran fiasco.

Doce

En el resto de este estudio de Wilson sólo llamaremos la atención sobre algunas de las consecuencias más obvias de sus cualidades y defectos, cuyos orígenes creemos entender ahora. No señalaremos ninguna identificación, sublimación o represión nueva porque nuestro examen del resto de su vida no revela ninguna. Hubo por supuesto nuevos amigos, nuevos enemigos, nuevas actividades y una nueva esposa. Pero eran, por así decirlo, sólo nuevas espigas colocadas en viejos barriles, botellas nuevas para el viejo vino. Wilson tenía cincuenta y un años; un presbiteriano feo, de mala salud, "intenso", que tenía poco interés en las mujeres y ninguno en la comida, vino, música, arte o deportes, pero sí uno enorme en hablar, en sí mismo, en su carrera y en Dios. Wilson permaneció tal como era en 1908.

Buscando la salud mental y física, Wilson anduvo en bicicleta por el sur de Escocia hasta el distrito inglés de los lagos. En Rydal, con Wansfell "como un gran pecho que nutre" ante él y Yates, su mejor sustituto de Hibben, a su lado, pronto se sintió "consciente de ponerse cada día más normal tanto de nervios como de músculos, y en consecuencia también de mente". A mediados de agosto se sintió lo bastante bien como para visitar a Andrew Carnegie en Skibo Castle, en Escocia. Tenía la esperanza de obtener de él los millones necesarios para establecer el sistema de "cuadros" en Princeton, y así poner a West y a los

síndicos en la situación de tener que adoptarlo o rechazar un gran regalo. Pero no consiguió los fondos de Carnegie y le disgustó su recepción en el castillo. Le pareció que no lo trataron con suficiente respeto.

Mientras Wilson viajaba a Escocia murió Grover Cleveland, el vigésimo segundo presidente de los Estados Unidos y el más distinguido de los síndicos de Princeton. Wilson lo había admirado casi hasta la adulación, hasta que éste apoyó a West. Al enterarse de su muerte, Wilson escribió: "No creo que el saber cómo nos falló y nos desilusionó durante los últimos años... pueda oscurecer por mucho tiempo mi admiración por sus grandes cualidades y su carrera singularmente hermosa". Sin embargo el recuerdo de la oposición de Cleveland "oscureció su admiración" por el resto de su vida. En el discurso que pronunció Wilson al regresar a la universidad en otoño no hizo referencia a su muerte y, contrariando la costumbre de Princeton, no ordenó ningún servicio religioso en su memoria. Su odio hacia West era bastante amplio como para abarcar a todos los aliados de su enemigo favorito.

La muerte de Cleveland privó a West de su apoyo más fuerte en la Junta de Síndicos, y en febrero de 1909 Wilson se animó a dar un golpe directo a su caro padre sustituto. Persuadió a los síndicos de que transfirieran el control de la escuela de graduados del decano a una comisión de profesores en cuyo nombramiento éste no tendría voz, aunque la presidiría. West protestó y declaró que esta acción era una injusticia hacia él. Wilson contestó: "Quiero decir al decano, con el ceño algo fruncido, que debe asimilarse a los procesos de la universidad". West se refirió entonces a las promesas que se le hicieron en 1906. Wilson replicó: "No debemos poner demasiado énfasis en los compromisos". Dios Padre estaba en acción.

West contraatacó precisamente con la maniobra que había intentado el presidente de Princeton. La donación que Wilson no había podido conseguir de Carnegie para su proyecto, West la obtuvo de William Cooper Procter para el suyo. El 10 de mayo de 1909 entregó a Wilson una carta de Procter en la que le ofrecía medio millón de dólares para la construcción de un Colegio de Graduados, con la condición de que el proyecto se llevara a cabo según el esquema de West, que se obtuviera medio millón adicional, y que Procter aprobara la ubicación para el Colegio. Casi en seguida protectores de Princeton prometieron el dinero adicional, de modo que Wilson enfrentó el dilema de someterse a una completa derrota en manos del padre sustituto o bien oponerse a la aceptación de un millón de dólares para la construcción del

mismo Colegio de Graduados que había apoyado personalmente en su prefacio al opúsculo de West.

La necesidad que tenía la universidad de una facultad adecuada había sido reconocida por tanto tiempo y tan unánimemente, que la oferta de un millón de dólares para su construcción fue aclamada con entusiasmo por todos. Era obvio que tal colegio realzaría la situación de Princeton en el mundo de la educación y parecía imposible que alguien cuestionase el valor del regalo para la universidad. Wilson, atrapado por su compulsión, lo cuestionó. No podía permitir que West lo derrotara, no importaba cuál fuera el costo para Princeton. Se opuso a la aceptación del regalo de Procter. Y una vez más su inconsciente empujó a la razón a encontrar excusas para la acción que deseaba.

Procter quería que se construyera el Colegio en Merwick, donde los estudiantes graduados se alojaban realmente, o bien en los campos de golf, cerca de media milla de los edificios para alumnos. La razón de Wilson, obedeciendo a su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, tomó una firme posición moral sobre la base de que un Colegio de Graduados construido en el campus sería un gran éxito y un influjo de la democracia, mientras que media milla hacia el este sería un fracaso desastroso y un triunfo para la plutocracia snob. Usó una inmensa cantidad de palabras para explicar cómo esta ligera diferencia geográfica podía producir un cambio moral tan enorme. La cantidad de oponentes a la aceptación del regalo de Procter no aumentó mucho por este argumento, y la razón de Wilson encontró otra elevada base moral. Argumentó que aceptar regalos con condiciones era arrodillar a la enseñanza pura ante el becerro de oro de la riqueza. Pero como él había aceptado con alegría para el Colegio de Graduados el legado Swann, que era mucho más restringido que la donación Procter, este argumento no sonaba sincero y nadie fue convencido. Entonces se desplazó a un subterfugio legal, afirmando que la aceptación de la ubicación en los campos de golf significaría la pérdida de la donación Swann, que especificaba que el Colegio de Graduados debía construirse sobre terrenos de la universidad, porque el campo de golf aún no pertenecía a ésta cuando la señora de Swann hizo la donación. El 21 de octubre de 1909 la Junta de Síndicos votó por aceptar el regalo de Procter si se podía aclarar satisfactoriamente este punto legal. Una comisión de nueve prominentes abogados a quienes se recomendó el punto, se expidió contra Wilson, y pareció derrotado.

Sin embargo, una compulsión es precisamente lo que su nombre indica. Compele a actuar. Tenía que seguir tratando de derrotar a West. No había hecho ningún progreso con sus elevados argumentos morales y su subterfugio legal. El día de Navidad de 1909 intentó una amenaza. Escribió a Moses Taylor Pyne amenazando renunciar a menos que se revocara lo actuado por los síndicos el 21 de octubre. El verdadero origen de su oposición al regalo de Procter, que había tratado de ocultar bajo sus elevados argumentos morales, apareció por fin en esta carta: "Un Colegio de Graduados que estuviera en todo sentido en el corazón de las cosas, era la idea original de West, y la modificación de sus puntos de vista y propósitos ha contribuido considerablemente a privarlo de la confianza de sus colegas académicos. Ahora ha perdido por completo su confianza y nada administrado por él, según sus ideas actuales, puede tener éxito". Wilson se resistía todo lo posible a revelar la verdadera fuente de su oposición. Una semana después de su carta a Pyne, escribió a otro síndico: "Basar el asunto de modo explícito sobre nuestra desaprobación a West y a lo que él representa le daría, me parece, el aspecto de un problema personal, cosa que los benefactores de la universidad seguramente interpretarían en forma errada con gran descrédito nuestro... Ahora sabemos por cierto que el regalo de Procter se hizo para darle las riendas a West, pero no podemos hacer de eso un tema de discusión pública". Se daba cuenta de que, si todos se enteraban de que prefería que Princeton perdiera un Colegio de Graduados de un millón de dólares antes que suprimir su odio a West, su posición en la "Estructura de Princeton" sería insostenible.

Los síndicos estaban aterrorizados por su amenaza de renuncia. Ya habían tenido una prueba de las críticas que era capaz de lanzar sobre ellos mismos y sobre Princeton, y temían que, si se le permitía renunciar como un mártir, no vacilaría en dar a la Universidad una reputación altamente indeseable.

Hay que notar también que la aceptación de su renuncia hubiera mejorado sus perspectivas políticas. El coronel Harvey confiaba en que podría persuadir al caudillo Smith de New Jersey para que impusiera la candidatura de Wilson a gobernador en el mes de septiembre. Si hubiera podido posar como mártir del snobismo plutócrata, hubiera aumentado su posibilidad de obtener apoyo de los demócratas radicales para la candidatura presidencial. La derrota en el campo de "estadista menor" lo hubiera ayudado en el campo de "estadista mayor". Tenía conciencia de esto cuando amenazó con renunciar. Su posición personal era mucho más segura que en la época en que derrotaron su propuesta de los "cuadros" en 1908. No sólo eran excelentes sus perspectivas políticas sino que

además le habían ofrecido la presidencia de la Universidad de Minnesota. No estaba en peligro de tener que regresar a la práctica de la abogacía en Virginia. De otra manera, su cuidadoso narcisismo probablemente no le hubiera permitido que amenazara con renunciar.

Los síndicos, temiendo los posibles discursos de Wilson, queriendo conservarlo en Princeton y deseando más aun aceptar el millón de dólares para el Colegio, intentaron varias soluciones de compromiso. Antes de la reunión de síndicos del 13 de enero de 1910, se reunió la Comisión de la Escuela de Graduados. Wilson informó que había propuesto una solución de compromiso a Procter: utilizar su donación para construir en los campos de golf mientras se empleaba la de Swann para la construcción de un segundo Colegio de Graduados en el campus. Dijo que lamentaba que Procter hubiera rechazado esta extraordinaria propuesta. Inmediatamente Pyne mostró una carta de este último donde decía que, para evitar que todo el asunto quedara en la nada, estaba dispuesto a aceptar la propuesta de Wilson de dos Colegios de Graduados. Este perdió el habla. Después de unos momentos de confusión expresó que, como Procter había rechazado su oferta una vez, no se podía reabrir la cuestión, con lo que reveló la insinceridad de sus maniobras. Luego, con un notable cambio de modales, explicó que había habido una falta de franqueza en la discusión. "El problema de la ubicación no es esencial. Con los auspicios adecuados mi claustro puede hacer un éxito de esta escuela en cualquier lugar del Condado de Mercer. Todo el problema está en que las ideas e ideales del decano West no son los de Princeton." En vista de su costumbre de revestir sus deseos con ropajes ideales, difícilmente podría haber dicho con más claridad: "Todo el problema está en que odio a West".

Algunos de los síndicos, que percibieron esto, tuvieron entonces la suficiente crueldad para arrancar al odio de Wilson su capa ética. Le llamaron la atención sobre sus repetidas aprobaciones públicas del plan del decano, incluyendo las "ideas e ideales" involucrados, y especialmente sobre el prefacio firmado por él del opúsculo. Wilson contestó que cuando escribió el prefacio no había visto el libro. Su memoria le resultaba conveniente otra vez. Nuevamente distorsionaba un hecho. Es cierto que su prefacio consistía en gran parte en un párrafo tomado de su informe a los síndicos del 21 de octubre de 1902. El opúsculo de West no estaba terminado entonces. Pero alteró el párrafo cuando lo preparó como prefacio después de haber leído el prospecto de West.

Los oponentes de Wilson entre los síndicos sintieron que en cuanto los ex alumnos supieran lo que había dicho el 13 de enero de 1910, el prestigio del presidente dejaría de existir, y temiendo sus posibles ataques públicos contra Princeton y contra ellos mismos, si lo obligaban a renunciar, le permitieron que formara una comisión que informara a la Junta sobre todo el asunto. Nombró a tres de sus partidarios y a dos de sus oponentes. Prepararon informes por la mayoría y la minoría y se armó el escenario para la derrota final de Wilson en la reunión de síndicos programada para el 10 de febrero de 1910. Pero una semana antes de esa reunión la "estructura de Princeton" se sorprendió y enfureció al leer en el New York Times un editorial que atacaba a la universidad y cuyo contenido indicaba que había sido inspirado por Wilson o por alguno de los que lo rodeaban. Los amigos de éste negaron indignados que tuvieran algo que ver con el asunto. La verdad era que el profesor Robert Root, uno de los seguidores de Wilson, había sugerido el editorial a Herbert B. Brougham, editorialista del Times, quien se lo había enviado a Wilson para su aprobación antes de publicarlo y que éste había "confirmado los hechos". Brougham lo alteró ligeramente después de recibir las sugerencias de Wilson y la publicación fue aprobada por éste cuando con una sola palabra hubiera podido impedirla. Brougham se volvió uno de sus confidentes estimados. Procter leyó el editorial, pensó que Wilson lo había inspirado y, completamente disgustado con él, retiró por entero su oferta el 6 de febrero de 1910, cuatro días antes de la fecha en que los directivos se iban a reunir para aceptarla.

Wilson estaba contentísimo. Princeton había perdido un Colegio de Graduados de un millón de dólares pero él había derrotado a West. Se convenció a sí mismo de que había ganado una gran victoria moral y parece que no le causó ningún escrúpulo saber que siendo presidente de la universidad su deber era promover el bienestar de la misma y no, dar salida a su odio. En cambio su razón, obedeciendo a la libido que cargaba su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, fue capaz de convencerlo de que el privar a Princeton de una Escuela de Graduados de un millón de dólares había promovido el bienestar de la universidad. Exhausto pero triunfante zarpó hacia las Bermudas el 14 de febrero de 1910. Allí tuvo un preanuncio de los sueños que perturbarían sus noches hasta que la muerte cerrara sus ojos para siempre. Desde Bermudas escribió a su esposa:

Hasta que llegué aquí no me di cuenta de los duros golpes que sufrieron mis nervios por los sucesos del mes pasado. Casi enseguida los días comenzaron a ofrecerme alivio, pero las noches me angustiaron. El problema oculto en mi

mente apareció en mis sueños. La angustia -la lucha con enemigos del colegio, las sesiones de síndicos hostiles, la guerra confusa de discusión e insinuación- cesó hasta anoche.

Wilson retornó de las Bermudas a principios de marzo y descubrió que los ex alumnos ya sabían que su odio personal hacia West había causado la pérdida del Colegio de Graduados y una ola de hostilidad hacia él corría por la "Estructura de Princeton". Había derrotado a West pero los métodos que empleó debilitaron su dominio de la presidencia de la Universidad. Por medio del coronel Harvey ya estaba negociando con el caudillo demócrata del condado de Essex respecto de su candidatura como Gobernador de New Jersey, pero su proclamación en septiembre no era segura. Decidió salir en gira oratoria con el doble propósito de justificar su rechazo del Colegio de Graduados y aumentar su reputación política como enemigo del snobismo plutócrata. Cuanto más progresaba Harvey en sus negociaciones con el caudillo Smith, tanto menos los discursos de Wilson se referían a educación y tanto más a política. Cuando su discurso del 7 de abril ante los ex alumnos de Princeton en New York fue recibido con un silencio hostil en lugar del aplauso a que estaba acostumbrado, comentó: "Bueno no tengo que seguir con este trabajo. Hay grandes oportunidades políticas que se abren ante mí".

El 14 de abril de 1910, en una reunión de la Junta de Síndicos, tuvo que encarar el hecho de que su victoria sobre West había sido más aparente que real. Una moción que patrocinaba para encargar la organización y administración de la Escuela de Graduados a una comisión de profesores fue derrotada, y un plan para persuadir a Procter de que ofreciera de nuevo su donación tuvo un fuerte apoyo. Wilson abandonó esta reunión amargado y furioso. Veía que su rechazo del Colegio de Graduados estaba recayendo sobre él mismo. Había creído que West estaba definitivamente derrotado. Ahora era evidente que éste era más fuerte que nunca por la ira que había despertado entre los ex alumnos la pérdida del Colegio de Graduados. Parecía probable que si Procter renovaba su oferta, fuera aceptada a pesar de la oposición de Wilson: West lo derrotaría.

La confusión que causaba en su mente este pensamiento, se exhibió en el discurso que pronunció dos días después en el Club Princeton de Pittsburgh. Fue una violenta tentativa por obtener apoyo político radical y parece haber surgido de la comprensión de que debería consolarse de su derrota como "estadista menor" con una victoria como "estadista mayor". Durante muchos

P S I K O L I B R O

años había querido cambiar la educación por la política, la presidencia de Princeton por la gobernación de New Jersey. La oportunidad de llegar a ser presidente de los Estados Unidos le hubiera llenado de alegría si no hubiera sido por su odio insatisfecho hacia West. Todavía no podía permitir que lo derrotara. Su compulsión estaba tan activa como siempre. Ningún triunfo, por más grato que le fuera, podía consolarlo plenamente de ser derrotado por West.

El 18 de mayo de 1910 murió Isaac C. Wyman y dejó en su testamento aproximadamente dos millones de dólares para el Colegio de Graduados de Princeton, nombrando al decano West uno de sus dos síndicos. Wilson se sintió destruido. Quería oponerse a la aceptación de esta donación como se había opuesto a la aceptación del regalo de Procter, pero supo enseguida que no podría de ningún modo lograr el apoyo de los síndicos. Procter renovó su oferta. Wilson se sintió extremadamente desgraciado. La victoria como estadista lo esperaba, pero West lo había derrotado. Se sometió.

No renunció enseguida a la presidencia de Princeton. No estaba totalmente seguro de ser proclamado candidato a gobernador de New Jersey. Al caudillo Smith le disgustaba su persona; lo describía como un "clérigo presbiteriano". El caudillo no había hecho ninguna promesa definida y temía que Wilson, siendo gobernador, se volviera contra él y tratara de destruirlo. Exigió que le garantizara de manera explícita que no lo haría. Wilson dio la garantía al escribir el 23 de junio de 1910 a un agente de Smith: "Estaría perfectamente dispuesto a asegurar a Mr. Smith que si fuera elegido Gobernador no me ocuparía de 'combatir y destrozlar la organización demócrata existente y reemplazarla por una mía' ". El caudillo aceptó esta garantía como: "Enteramente satisfactoria" y, confiando en ella, convino en imponer la proclamación de Wilson para gobernador de New Jersey en el siguiente otoño.

Luchando contra la infelicidad que le causaba la victoria de West, puso la mejor cara que pudo cuando asistió a los actos de apertura del año universitario, pero mientras el encargado de despedir a los graduados pronunciaba su discurso, el presidente de la universidad ya no pudo controlarse más. Tenía el rostro inundado de lágrimas.

En Otoño dejó Princeton para ingresar a la carrera política que había anhelado desde la adolescencia, cuando clavó el retrato de Gladstone en la pared sobre su pupitre. Pero el recuerdo de Princeton y de West no lo abandonaría. Una y otra vez apareció en su conversación y en sus sueños. No podía dejar de

hablar de West ni de soñar con él. En la Casa Blanca, durante la Primera Guerra Mundial, soñaba que lo combatía en Princeton. Cuando se estaba muriendo en su casa de Washington tenía los mismos sueños. Al final de su vida su nombre todavía lo encolerizaba. Su actividad agresiva hacia el padre y su formación reactiva contra la pasividad hacia él encontraron en el curso de su vida muchas salidas nuevas pero una parte de esas corrientes de libido continuó fijada sobre West. A pesar de toda su lucha, el gran hombre moreno lo había derrotado. En su corazón siempre permaneció una herida abierta a la que llamaba West. Era el reverendo Joseph Ruggles Wilson.

Trece

El caudillo Smith, confiado en la promesa de Wilson de no intentar destruir su poder, impuso su candidatura a gobernador de New Jersey a una convención que no la quería. El 17 de septiembre de 1910 Wilson recibió los votos de los delegados que controlaba Smith y ninguno más. Siete semanas más tarde, elegido gobernador de New Jersey, comenzó la batalla contra el caudillo. Siete meses después de su promesa de no destruir su organización, la había demolido completamente. Wilson se dio cuenta de que su estatura política y las posibilidades de obtener la candidatura demócrata para presidente de los Estados Unidos aumentarían si la nación llegaba a conocerlo como un destructor de caudillos. Dado que creía ser el representante de Dios sobre la tierra, no era difícil para él creer que la promoción de su propia carrera era un deber moral más alto que el cumplimiento de su palabra. Más tarde afirmaba a menudo a sus íntimos que la mentira se justificaba si estaba involucrado el honor de una mujer o el bienestar de la nación. Como él creía que el bienestar de la nación requería que ésta fuera dirigida por Woodrow Wilson aplicó el mismo criterio cuando estaba involucrada su propia carrera.

Cuando comenzó a combatir a Smith, intimó por vez primera con Joseph P. Tumulty, el abogado católico, joven y capaz, que más adelante fue su secretario

en la Casa Blanca. Tumulty, considerando que Wilson era el títere de Smith, se había opuesto a la candidatura, pero cuando éste inició la batalla contra el caudillo, se ligó a él con una lealtad apasionada que perduró. En el afecto de Wilson hacia Tumulty hubo siempre un curioso elemento de desconfianza. Lo quería y lo estimaba muchísimo por su gusto político; pero, a pesar del hecho de que Tumulty era un varón más pequeño, más joven y rubio, que lo contemplaba con un respeto cercano a la adoración de Tommy Wilson por su "incomparable padre", nunca lo colocó en el lugar de su corazón de donde había expulsado a Hibben, y sus períodos de gran intimidad siempre fueron seguidos por períodos de alejamiento. No lo hubiera llevado consigo a la Casa Blanca sin la influencia de Mrs. Wilson, que lo quería tanto como él a ella.

A primera vista parece algo difícil determinar el origen exacto de la mezcla de afecto y desconfianza que Wilson le tenía. Pueden haber participado una cantidad de factores. Tumulty tenía la costumbre de hablarle con franqueza y su insuficiente subordinación puede haberlo disgustado. Tumulty era católico y Wilson sentía la desconfianza hacia estos habitual en los presbiterianos. Pero cuando se examina su relación desde el primero hasta el último día, aparecen ciertos hechos que apuntan a una conclusión diferente. Wilson, al salir de la habitación en que acababa de morir su esposa, que representaba a su madre ignoró a su propia familia y lloró sobre el hombro de Tumulty, gimiendo "¡Oh, Joe!. ¡Tú sabes mejor que nadie lo que esto significa para mí!". Lo invitó a vivir con él en la Casa Blanca.

Después de su segundo casamiento y su reelección, Wilson llegó a estar tan disgustado con su secretario que le pidió su dimisión, pero se conmovió tanto por las lágrimas de éste que retiró su pedido. Se negó a llevarlo a la Conferencia de Paz, pero era tan sensible respecto de los sentimientos de su secretario que no quiso llevar otro. Por fin, con crueldad innecesaria, hizo que el devoto Tumulty apareciera como un mentiroso y falso amigo, y nunca le volvió a hablar. Todos estos hechos señalan que la mezcla de afecto y desconfianza de Wilson tenía una raíz mucho más profundamente emocional que la falta de servilismo de Tumulty y el prejuicio religioso de Wilson. Si uno recuerda el hecho de que los nombres semejantes casi invariablemente producen identificaciones en el inconsciente aunque haya escaso parecido entre los que los llevan, se vuelve casi inevitable la conclusión de que los sentimientos mixtos de Wilson surgieron, como ya notamos, del accidente de que el nombre de Tumulty, como el del hermanito de Wilson, era Joe. Parece probable que en el inconsciente de Wilson, Joe Tumulty representara al hermanito cuyo nacimiento

había despertado en él sentimientos mixtos de afecto, disgusto y una sensación de traición, y que, identificado con Joe Wilson, se haya convertido en receptáculo de esas emociones.

Wilson, habiendo destruido al caudillo Smith e inaugurado un programa de legislación progresista, salió en gira oratoria para promover sus posibilidades presidenciales, exhibiéndose como destructor de caudillos ante el Oeste radical. Cuanto más avanzaba en esa dirección, más radicales se hacían sus discursos, hasta que comenzó a hablar en pro de una serie de medidas que había atacado muy poco antes. Explicó su incoherencia declarando que la experiencia le había impuesto nuevas creencias. Sabía que la ola de radicalismo que barría el país se estaba moviendo tan rápido, que no podía tener la esperanza de obtener la candidatura demócrata a presidente de los Estados Unidos, sino se unía a ella o por lo menos se mantenía bien cerca.

Entretanto su campaña en el Este progresaba favorablemente. Harvey se afanaba como de costumbre. William F. McCombs, un abogado joven que había sido alumno de Wilson en Princeton, le abrió comités en New York para su campaña. McCombs lo veneraba y decía que tenía un efecto casi hipnótico sobre él. A Wilson no le gustaba. Una vez, después de conversar con McCombs, explicó que se sentía "como si un vampiro le hubiera estado chupando la sangre". Pero se alegraba de usar a él o a cualquiera que lo ayudara a convertirse en presidente de los Estados Unidos. Entre los hombres que esperaba utilizar para este fin, estaba el coronel Edward M. House que, políticamente, tenía a Texas en un bolsillo. Le pidió una cita y se encontraron por primera vez el 24 de noviembre de 1911 en New York.

Wilson estaba otra vez "hambriento" de un hombre a quien amar. La pérdida del "amigo de su corazón" había dejado una llaga viva en su vida emocional. El 12 de febrero de 1911 escribió sobre Hibben: "¿Por qué no sanará esa herida en mi empecinado corazón? ¿Por qué he sido lo bastante ciego y estúpido para amar a la gente que me resultó falsa y no puedo amar, sólo admirar y unirme con gratitud, a los que son mis verdaderos amigos...? Tal vez sea mejor amar a los hombres en masa que individualmente". Cuando eligieron a Hibben presidente de Princeton, Wilson escribió con amargura: "A la universidad le ha sucedido lo peor. ¡Eligieron a Hibben presidente!" Pero como necesitaba una casa en qué vivir, la escogió no en Trenton, la capital del Estado, sino en Princeton, al lado de la de Hibben. No le hablaba y el 19 de abril de 1911 escribió: "Tuvimos suerte al encontrar este lugar, y estoy seguro de que

estaremos contentísimos, aunque seamos vecinos de los Hibben". Sobre sus tablillas invisibles, el inconsciente escribió sin duda "porque somos vecinos de los Hibben". Es obvio que todavía estaba ligado a él por poderosos deseos ambivalentes. Una considerable porción de su libido fluía aún hacia Hibben y no encontraba salida. Necesitaba intensamente un sustituto para "el amigo de su corazón".

El 24 de noviembre de 1911 Wilson fue al hotel Gotham en la ciudad de New York para usar a House, y se quedó para amarlo. Casi inmediatamente le transfirió la libido que en una época había tenido salida a través de Hibben. House registró en su diario: "Unas pocas semanas después de habernos conocido y de haber intercambiado confidencias que habitualmente los hombres no se comunican sino después de años de amistad, le pregunté si se daba cuenta del escaso tiempo transcurrido desde que nos conocíamos. Respondió: 'Mi querido amigo, nos hemos conocido siempre'. Al año siguiente Wilson dijo: "Mister House es mi segunda personalidad. Es mi otro yo independiente. Sus pensamientos y los míos son uno. Si yo estuviera en su lugar, actuaría exactamente como él lo hace... Si alguien piensa que al emprender cualquier acción está reflejando mi opinión, su conclusión es correcta". En lo sucesivo Wilson a menudo era incapaz de recordar si un pensamiento se había originado en su propio cerebro o en el de su amigo, y frecuentemente le exponía, como provenientes de él, ideas que el mismo House había sugerido. Todos los miles de hechos que hemos podido reunir acerca de la amistad entre ambos apuntan a la conclusión de que House, como el amado Hibben, representaba en el inconsciente de Woodrow Wilson al pequeño Tommy Wilson. Una vez más, por una elección objetal narcisista, había restablecido su relación infantil con su "incomparable padre". Identificándose con House por un lado y con su padre por el otro, podía recibir de sí mismo el amor que quería y ya no podía obtener del difunto profesor extraordinario de Retórica. Una vez más su pasividad hacia el padre estaba por encontrar salida en una amistad apasionada.

House estaba dotado de la manera ideal para desempeñar el papel del pequeño Tommy. Era un hombre de menor estatura y más joven que Wilson y como él tenía cabellos rubios. También había sufrido enfermedades en su niñez y tenía que preocuparse por su salud. Como Tommy, era apasionado por la política. Pero de ningún modo se lo podía considerar un rival para Woodrow Wilson, porque no quería cargos. Sólo quería ser el amigo tranquilo del hombre

con poder. Así, a través de él, Wilson pudo recrear en una forma singularmente perfecta su relación con el padre.

También lo era desde el punto de vista de House: quería controlar a un presidente de los Estados Unidos. Le gustaba Wilson pero podía ver alrededor, por encima, por debajo y a través del gobernador de New Jersey. Después de observar por primera vez tras los anteojos de Wilson sus ojos gris pálido, le dijo a un amigo que seguramente llegaría un momento en que éste se volvería contra él y lo arrojaría al montón de desperdicios. Esto no le molestaba a House. Estaba contento de usar su poder mientras durara. Pronto aprendió que a Wilson no le gustaba la oposición abierta, pero que podía hacerle una sugerencia, dejar el asunto si era desaprobado, retomar la discusión algunas semanas más tarde con una forma ligeramente diferente y estar bastante seguro de que Wilson le contestaría con las palabras de su primera sugerencia. Así pudo influir sobre él sin discusiones que hubieran hecho peligrar su relación. Sabía que si él aceptaba un cargo bajo Wilson, sería fatal para su relación y rechazó sus reiteradas ofertas de formar parte del Gabinete. Hubiera tenido que oponerse abiertamente a Wilson, y decía con razón: "Si hubiera participado del Gobierno, no hubiera podido durar ocho semanas". Su extraordinario poder sobre Wilson se mantuvo así gracias al tacto del coronel, pero en realidad radicaba en el hecho de constituir una parte de sí mismo: era el pequeño Tommy Wilson. "Mr. House es mi segunda personalidad. Es mi otro yo independiente. Sus pensamientos son los míos.

Wilson estaba tan encantado con la amistad de House que éste se volvió en seguida su consejero político de mayor confianza, y cuando el coronel le dijo que no podría ser candidato sin el apoyo de William Jennings Bryan, y que éste lo consideraba "instrumento de Wall Street" a causa del entusiasmo de Harvey por su proclamación, Wilson descartó a Harvey en el acto.

El hecho de que despidiera al hombre que había propuesto su candidatura por vez primera, trabajando por ella durante seis años sin ningún provecho, produjo un clamor general: Wilson no permitía que la amistad, la gratitud o la lealtad fueran obstáculos para su carrera. Sus agentes de publicidad divulgaron la historia de que la ruptura había sucedido por la negativa de Wilson a aceptar ayuda financiera de uno de los amigos que tenía Harvey en Wall Street. Entonces se le condenó públicamente como un falso amigo que había abandonado a Wilson por su honorable rechazo, y se aclamó a éste como el campeón de la "gente común" contra los "intereses". No había una palabra de

verdad en la historia que los agentes publicitarios difundieron, pero esto no le molestaba a Wilson más que el hecho de que en el caso de Harvey había añadido el insulto al daño. Había llegado a estar tan atento a su carrera, tan narcisista y tan seguro de su misión, que no podía permitir que los hechos o la gratitud obstaculizaran su camino. Necesitaba el apoyo de Bryan. Por lo tanto, Harvey debía desaparecer. Finalmente captó a Bryan rindiendo un ferviente tributo público al viejo líder demócrata, al que despreciaba. Este "rodeó a Wilson con su brazo y le dio su bendición". El apoyo de Bryan, los esfuerzos de House y McCombs, el dinero de Cleveland Dodge, Baruch y Morgenthau y sus discursos fueron los factores principales para que obtuviera la candidatura demócrata a la presidencia, el 2 de julio de 1912.

El 5 de noviembre de 1912 Woodrow Wilson fue elegido presidente de los Estados Unidos. Los dos candidatos republicanos Theodore Roosevelt y William Howard Taft, tenían en conjunto 1.312.000 votos más que Wilson, pero él tenía una ventaja de 2.170.000 votos sobre Roosevelt, su rival más cercano. Recibió la noticia de su elección en el chalet vecino a la casa de Hibben en Princeton. A un grupo de estudiantes que vinieron a aclamarlo les habló como sigue: "No me siento ni desbordante de alegría ni dichoso, sino extremadamente solemne. No siento ganas de pegar saltos ni bailar. Me parece que un peso de seriedad y responsabilidad me está oprimiendo. Siento la necesidad de ponerme de rodillas y rezar para tener la fuerza necesaria, a fin de cumplir lo que se espera de mí". Y a McCombs, el director de su comité de campaña, le dijo: "Haya usted hecho poco o mucho, recuerde que Dios ordenó que yo fuera el siguiente presidente de los Estados Unidos. Ni usted ni ningún otro mortal podrían haberlo impedido". Ray Stannard Baker anotó más adelante que, cuando le advirtieron que podría ser asesinado, respondió: "Soy inmortal hasta que llegue mi momento".

El lector que ha seguido el desarrollo de las relaciones de Wilson con la deidad no se sorprenderá de su creencia en que Dios lo había elegido para presidente de los Estados Unidos, o de que era, en el cargo, el representante personal del Todopoderoso. Y no se asombrará de que en el instante en el cual lograba la ambición de su vida se sintiera no "desbordante de alegría o dichoso" sino "extremadamente solemne", con un "peso de seriedad y responsabilidad" que lo oprimía. Como la aceptación del Congressional Government, como su casamiento y sus primeros éxitos profesionales, como el establecimiento del sistema preceptorial, su elección como presidente de los Estados Unidos le dio sólo la sensación de que no había hecho bastante. Su Superyó era insaciable.

Era un hombre muy cansado. Antes de su elección como presidente de los Estados Unidos, sus tejidos estaban gastados. Había evitado el colapso mientras era gobernador de New Jersey, manejando la mayor cantidad de fuerzas posibles, vigilando la condición de sus arterias y cuidando su neuritis, su estómago enfermo y su cabeza dolorida. Cuando ingresó a la Casa Blanca el 4 de marzo de 1913, llevaba consigo una sonda gástrica que le servía frecuentemente para aspirar las secreciones ácidas de su estómago y un recipiente lleno de comprimidos para el dolor de cabeza que siguió tomando hasta que el médico de la Casa Blanca, almirante Cary T. Grayson, descubrió que dañaban los riñones y se los quitó. Estaba preocupado por sus finanzas. Había tenido que pedir dinero prestado para comprar para sí y su familia la ropa que vestirían durante la ceremonia presidencial y cuando asumió debía cinco mil dólares. Sintió que sería una profanación comenzar su administración con el acostumbrado baile inaugural. Era el ungido de Dios que emprendía su misión, y bailar no estaba en la mejor tradición presbiteriana. Abolió el baile inaugural.

Catorce

Es notable que un hombre de 56 años, en el estado físico y mental de Woodrow Wilson, fuera capaz de trabajar como lo hizo durante los seis años y medio que separaron su asunción en marzo de 1913 de su colapso en septiembre de 1919. Pasó por varias crisis durante ese período, pero ni una sola vez se derrumbó por completo. Dos factores parecen haber contribuido al mejoramiento de su salud: el cuidado vigilante de su médico de la Casa Blanca, el almirante Cary T. Grayson, y una combinación desusada de satisfacciones psíquicas.

El almirante Grayson supervisaba cada detalle de su vida personal. Elaboró para el presidente una dieta estricta y le hizo abandonar la sonda gástrica. Lo convenció de que jugara al golf en lo posible todas las mañanas y por la tarde diera un largo paseo en automóvil; se ocupó de que el presidente tuviera nueve horas de sueño ininterrumpido. Los que rodeaban a Wilson difundían la impresión de que trabajaba incansablemente durante una larga jornada, pero en realidad rara vez pasaba más de cuatro horas diarias ante su escritorio. Al atardecer jamás lo hacía, excepto en graves crisis políticas; iba al teatro o bien leía poemas y cuentos cortos a su esposa y sus hijas. Leer en voz alta le calmaba los nervios tanto como el vaudeville del Keith's Theatre. También el reverendo Joseph Ruggles Wilson había encontrado satisfacción en la lectura en voz alta ante su familia al atardecer.

El presidente vivía una vida extraordinariamente aislada. Veía poco o nada a los miembros de su Gabinete y a los líderes de su partido en el Congreso. No les otorgaba confianza y les hacía sentir que no tenían la menor idea de lo que él pensaba. Cuando los invitaba a comer en la Casa Blanca, los atendía con una pobreza irritante. No fumaba ni bebía y a sus huéspedes no les servía vino, ni cigarrillos, ni cigarras. Había decidido ahorrar dos mil dólares por mes mientras estuviera en la Casa Blanca, y cumplía. La conversación sería en las comidas le producía indigestión. Después de una discusión con Tumulty o con su yerno McAdoo en el almuerzo, lo que ocasionalmente ocurría, podía torturarlo la indigestión y el dolor de cabeza bilioso por dos días. Para ahorrar sus nervios y su fuerza física evitaba los contactos personales y dependía en gran medida de House y Tumulty para conocer los hombres y los asuntos. Se negó a asociarse al Chevy Chase Country Club, donde se hubiera puesto en contacto con los líderes de la vida social y política, y jugaba al golf sólo con el almirante Grayson en un alejado y pequeño campo de Virginia. Así podía preservar suficiente fuerza física para cumplir sus deberes ejecutivos.

A pesar del cuidado del almirante Grayson, sus conflictos psíquicos lo hubieran llevado sin duda a sus habituales "colapsos" si la fortuna no le hubiera dado excelentes salidas para sus deseos conflictivos. La débil corriente de libido que había estado dirigida hacia su madre, siguió encontrando perfecta expresión a través de su esposa, mientras ella vivió. Es cierto que a su Superyó jamás le satisfacía ningún logro, pero mientras fuera presidente siempre habría ante él alguna nueva realización para apaciguarlo temporariamente. Además, sus actos ejecutivos ofrecían una salida completa a su identificación con el padre y

su actividad hacia éste y una salida bastante amplia para la reacción contra la pasividad hacia el mismo. Había numerosos opositores políticos distinguidos a quienes podía odiar y tratar de destruir, y así encontrar una salida para cualquier sobrante de libido que estuviera acumulando en esta formación reactiva. Su amor por House le daba una amplia descarga para la pasividad hacia el padre. Además, la libido acumulada por su identificación inconsciente con Cristo podía tener una salida por el "servicio a la humanidad". El lector recordará una línea, en su carta de queja sobre Hibben: "Tal vez sea mejor amar a los hombres en masa que individualmente". El amó "a los hombres en masa" de la manera más cristiana y con pocas excepciones los evitó o los odió individualmente. Por fin, mediante la oratoria, pudo dar salida tanto a su actividad como a su pasividad hacia el padre, obedecerle y ser su padre, el Dios en el púlpito. Así, mientras su esposa vivió, House siguió siendo su amigo, y durante sus éxitos políticos sus conflictos psíquicos no se agudizaron. La combinación de los cuidados del almirante Grayson y esta constelación psíquica favorable lo protegió del colapso.

En la selección de su Gabinete y de sus representantes diplomáticos, Wilson se dejó guiar por House y por Tumulty, y su notable programa legislativo de los años 1912 a 1914 fue en gran medida el programa del libro de House Philip Dru: Administrator. La aprobación de esta legislación, que incluía el Acta de Reserva Federal, no le causó ninguna alegría sino sólo la acostumbrada sensación de no haber hecho lo suficiente. Introdujo en su administración una novedad que era por entero de origen wilsoniano y tenía sus raíces en su preferencia juvenil por las prácticas de la Cámara de los Comunes y no los métodos americanos. Presentó sus mensajes al Congreso por la vía oral en vez de hacerlo por escrito como había sido costumbre desde 1797. La Constitución de los Estados Unidos no le permitía en realidad ser Primer Ministro, pero imitó a su amado Gladstone en todo lo que podía.

Antes de asumir, había comentado a un amigo: "Sería una ironía del destino si mi administración tuviera que ocuparse principalmente de relaciones exteriores". Llevaba cuarenta años interesándose por la política doméstica y se sentía seguro de su capacidad para resolver problemas internos, pero nunca se había interesado por la política internacional y su ignorancia de las relaciones exteriores era tan profunda como su desconocimiento de los países extranjeros. Sabía algo sobre Gran Bretaña. El interés de Wilson por los asuntos internos era en realidad tan superior al de los exteriores que, en vez de compensar su ignorancia designando a un Secretario de Estado que estuviera familiarizado

P S I K O L I B R O

con la política internacional, designó a William Jennings Bryan, tan poco versado como él en todo conocimiento del mundo, con el fin de obtener su apoyo para su programa de legislación interna. Este nombramiento significaba que había decidido ser su propio Secretario de Estado, puesto que no tenía ninguna confianza en el juicio de Bryan. Sin embargo, su desprecio por las facultades intelectuales de éste era más superficial que profundo. Bryan podría muy bien haber sido un miembro de su propia familia: como él, era un antiguo presbiteriano, que encontraba su suprema expresión en la predicación. Tal como él, estimaba las nobles intenciones y los "altos principios morales" más que los hechos. Además, las ideas de Bryan que Wilson juzgaba ridículas o peligrosas, eran pocas comparadas con aquellas que aprobaba completamente. Ambos estaban convencidos de que los "principios", más un pequeño conocimiento del asunto, llevarían a elevados logros en los asuntos internacionales.

Su ignorancia del mundo permitió al presidente emplear la política exterior más libremente que la interior para la expresión de sus deseos inconscientes. Las iniciativas que tomó en este plano produjeron notables resultados y hacia la primavera de 1914 el programa interno de Philip Dru había sido incorporado a la legislación en gran parte; en cambio, el programa de política exterior seguía sin realizar y House trataba de interesar a Wilson en un nuevo convenio internacional para el desarrollo de los países atrasados, tendiente a proteger la paz europea. Aunque el Presidente se interesaba poco por los asuntos europeos; permitió a House elaborarlo.

Como hemos notado, la vida mental de Wilson siempre había estado ligada a los Estados Unidos y Gran Bretaña y en la Casa Blanca permaneció asombrosamente ignorante de la política, geografía y distribución racial europeas. Aún después de haber hecho sus grandes discursos sobre asuntos internacionales, su conocimiento del continente europeo seguía siendo elemental. Aprendió bastante como para redactar sus discursos, pero a menudo no comprendía las implicancias de sus propias palabras. En el George Washington, cuando viajaba hacia la Conferencia de Paz, dijo que pensaba dar Bohemia a Checoslovaquia. Cuando le preguntaron qué haría con los tres millones de alemanes que vivían en Bohemia contestó: '¡Tres millones de alemanes en Bohemia! Qué raro! ¡Masaryk nunca me lo dijo!' En una cena en la Casa Blanca, en febrero de 1916, hubo una discusión sobre la raza hebrea. Wilson insistía en que había por lo menos cien millones de judíos en el mundo. Cuando le dijeron que había menos de quince millones, mandó a buscar el

Almanaque Mundial y aún después de ver las cifras apenas podía creer que había estado equivocado. Le dio el sur del Tirol a Italia, porque no sabía que había austriacos de sangre alemana al sur del Paso Brenner.

En la primavera de 1914, Wilson dejó que House fuera al extranjero como su agente personal. Este habló con el Káiser el 19 de junio de 1914 sobre la conveniencia de lograr un entendimiento general entre Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos y las otras grandes potencias. El Káiser dijo que aprobaba el proyecto de House, y el coronel, entusiasmado, fue a París y de ahí a Inglaterra para ver a Sir Edward Grey, a quien tenía una confianza casi filial.

Grey lo mantuvo esperando en Londres durante una semana antes de recibirlo, el 17 de junio de 1914. Luego, aunque encantó a House como de costumbre, no le dio ningún mensaje para el Káiser. El coronel permaneció en Londres tratando de conseguir de Grey una palabra para el Káiser. El 28 de junio el Archiduque Franz Ferdinand, presunto heredero de los tronos de Austria y Hungría, fue asesinado por un serbio en Sarajevo. El 3 de julio House supo al fin por Tyrell que Grey quería que él hiciera conocer al Káiser los sentimientos pacifistas de los británicos, para que pudieran haber negociaciones ulteriores. House no escribió la carta en que transmitía esta información al Káiser hasta el 7 de julio. Cuando la carta llegó a Berlín., el Káiser ya había partido en un crucero por aguas noruegas. No recibió la carta de House hasta que lo llamaron de vuelta a Berlín después del ultimátum austríaco a Servia del 23 de julio de 1914. Así terminó el primer esfuerzo de House y Wilson por establecer un convenio internacional para la preservación de la paz. Comenzó la guerra. El 4 de agosto de 1914 Wilson proclamó la neutralidad de los Estados Unidos.

Quince

El 6 de agosto de 1914 murió Ellen Axson Wilson. Había sido una perfecta esposa para Woodrow Wilson: una admirable madre sustituta, un "centro de quietud" para su vida. Durante veintinueve años la carga de libido alojada en sus deseos respecto de la madre no había necesitado otra salida. Sus amistades con mujeres habían sido todas desapasionadas. Es cierto que la cantidad de libido que en él se dirigía a las mujeres era extremadamente débil en comparación con la cantidad dirigida hacia los hombres, pero de todos modos una salida para aquélla era de necesidad absoluta y la pérdida de Ellen Axson sacudió los cimientos de su personalidad. No logró reponerse de la depresión causada por su muerte. Una y otra vez expresó su dolor y desesperanza diciendo que se sentía como una máquina que hubiera dejado de funcionar y no quedaba en él nada que valiera la pena ... que contemplaba los restantes dos años y medio de su período presidencial con temor, no veía cómo podría llevarlos adelante ... que tenía el espíritu quebrado por la muerte de Mrs. Wilson y que no servía para cumplir sus funciones porque ya no pensaba correctamente y no ponía el corazón en las cosas que hacía ... que su vida era insoportablemente solitaria y triste y no podía evitar desear ser asesinado ... que él se había disciplinado tanto, que sabía perfectamente bien que si alguien no lo mataba, continuaría hasta el final cumpliendo lo mejor que pudiera su tarea.

Tenía lágrimas en los ojos cuando hablaba de no querer vivir más y de su impotencia para el trabajo.

Grayson, Tumulty y House se esforzaban vanamente para animarlo. Invitó a Tumulty a vivir en la Casa Blanca, pero su mayor consuelo fue la amistad de House, a quien se dirigía en sus cartas de esa época como "Mi querido", "Querido amigo" o "Queridísimo amigo". Sin embargo, esta amistad no era suficiente. Wilson necesitaba desesperadamente una mujer que lo cuidara, como su madre y Ellen Axson lo habían cuidado. El 12 de diciembre de 1914 escribió a Mrs. Toy: "Toda la elasticidad ha huido de mí. Aún no he aprendido a echar afuera el incubo de mi dolor y vivir como solía, en pensamiento y espíritu.

Hasta los libros carecen de significado para mí. Leo cuentos policiales para olvidar, ¡como un hombre se emborracharía!" Por un curioso error de pluma, las palabras que usó mostraban que en su inconsciente se había apartado del sexo masculino, identificándose con el femenino. Una mujer, no un hombre, escribe: "Leo cuentos policiales para olvidar, como un hombre se emborracharía". Podemos estar seguros de que, hasta encontrar otra madre sustituta, Wilson reemplazó la pérdida sufrida con él mismo, así como había reemplazado a su prima Hattie Woodrow por sí mismo, cuando se convirtió en Woodrow Wilson.

La aguda depresión de Wilson continuó durante las fiestas de Navidad de 1914 y se acentuó cuando en enero de 1915 se sintió obligado a enviar a House al extranjero. El conde de Bernstorff, embajador alemán, había asegurado a Wilson que si House iba a Berlín encontraría al gobierno alemán dispuesto a hacer la paz en términos razonables. El 25 de enero de 1915, House dejó Washington. Esa noche anotó en su diario:

Los ojos del presidente estaban húmedos cuando pronunció sus últimas palabras de despedida. Dijo: "Tu desinteresada e inteligente amistad ha significado mucho para mí y expresé su gratitud una y otra vez, llamándome su "amigo de más confianza". Declaró que era la única persona en el mundo a quien podía abrir su mente por entero ... Insistió en acompañarme a la estación. Descendió del coche y caminó hasta la boletería y después hasta el mismo tren, negándose a dejarme hasta que entré en el coche.

Después de la despedida de House, el presidente solitario, sin esposa, sin amigo, paseándose por la Casa Blanca, se desesperó hasta tal punto que su médico Cary Grayson, temiendo un colapso, insistió en que hubiera música e invitados. Entre los amigos de la novia del almirante Grayson había una viuda de cuarenta y tres años llamada Edith Bolling Galt. En abril de 1915, ocho meses después de la muerte de Ellen Axson Wilson, fue invitada a escuchar música en la Casa Blanca. Wilson se enamoró inmediatamente de ella.

Mrs. Edith Bolling Galt era una americana simple, sana, de busto amplio, perteneciente a la alta burguesía; respetable viuda del propietario de una joyería. Era regordeta, bonita y moderadamente rica. Poseía abundante vitalidad, pero carecía de vivacidad intelectual o física. Era más bien tímida y hasta que Wilson se enamoró de ella vivía en un tranquilo anonimato. Parece una cuestión de cortesía abstenerse de discutir las razones por las que Wilson la eligió, pero debemos notar que necesitaba una madre sustituta y la

personalidad de ese sustituto era una consideración secundaria. Para poder enamorarse de nuevo sólo necesitaba encontrar en alguna mujer un rasgo que pudiera servirle como lazo mental inconsciente para relacionar el objeto amoroso eventual con su madre. Contentémonos con notar que Edith Bolling Galt, como Ellen Axson, se convirtió en una madre sustituta y satisfizo su necesidad. Encontró de nuevo "un centro de quietud" para su vida y un pecho materno sobre el cual descansar. Su pasividad hacia la madre lo llevó a tratar de reproducir con su segunda esposa la misma actitud que había disfrutado con su madre y su primera esposa. ¡Hasta le confió que Joe Tumulty le había aconsejado no casarse con ella! ¡Y después de esto esperaba que encontrara simpático a su secretario! Uno se pregunta, sin embargo, si en ese momento no estaba tratando, por mandato de un deseo inconsciente, de crear problemas entre su madre y su hermanito Joe.

Mrs. Galt absorbía tanto a Wilson que éste se quejaba de no verla lo suficiente, y a sus subordinados empezó a resultarles difícil atraer su atención hacia los asuntos políticos. Ellen Axson Wilson se desvaneció rápidamente. Sin embargo, este viraje del afecto, de su esposa muerta hacia Mrs. Galt, es una prueba, más que una refutación, del profundo afecto por la primera. No podía vivir sin una sustituta de ella. La encontró en Mrs. Galt y desde las profundidades de la depresión subió rápidamente a las cumbres de la exaltación.

Dieciseis

Esa primavera, el enamorado presidente de cincuenta y ocho años enfrentó repentinamente un problema de máxima gravedad. House no encontró en Berlín ningún deseo de concertar una paz razonable: el 7 de mayo de 1915, el vapor de línea británico Lusitania fue hundido sin previo aviso y se ahogaron

ciento veinticuatro pasajeros americanos. Hasta entonces Wilson se había sentido alejado del conflicto europeo. Parecía poco probable que los Estados Unidos se vieran arrastrados a él. Sus esfuerzos por terminar la guerra habían sido los esfuerzos de un espectador relativamente desinteresado, ansioso por poner fin a un holocausto que estaba destruyendo el mundo civilizado. El hundimiento del Lusitania lo obligó a afrontar por primera vez una pregunta nueva ¿podría mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra?

Wilson lo esperaba sinceramente. Sin embargo no era un pacifista. Había manifestado a House que "no compartía la opinión de muchos de nuestros estadistas de hoy, de que la guerra sea tan execrable". La consideraba ruinoso como asunto económico, pero creía que no había manera más gloriosa de morir que en la batalla. Por otra parte, personalmente simpatizaba mucho con los aliados. Su prosapia británica, su veneración por Burke, Bright, Bagehot y Gladstone, su amor por Rydal, su devoción por las ideas e ideales de la clase media británica, su ignorancia de la vida y las lenguas europeas y de las complejidades de la política continental, hacían inevitable que su simpatía estuviera con Inglaterra. Pero ella no lo condujo en 1914 a concluir que debía llevar a los Estados Unidos a la guerra para ayudar a Inglaterra. Tenía clara conciencia de que, si bien en América había grupos violentamente pro aliados y pro germanos, la vasta mayoría del pueblo americano deseaba mantenerse neutral. Sintió que no tenía justificación para conducir a los Estados Unidos a la guerra a menos que una mayoría del pueblo la deseara.

A pesar de su simpatía por Inglaterra, Wilson no tenía en esa época ninguna dificultad para distinguir entre los intereses de ésta y los de los Estados Unidos. En cambio, House a menudo exhibió una curiosa incapacidad para distinguir entre ingleses y americanos. Dos días después del hundimiento del Lusitania, House cablegrafió a Wilson desde Londres: "Creo que habría que presentar de inmediato a Alemania una demanda de seguridades de que esto no volverá a ocurrir. Si no nos las dieran, yo les informaría que nuestro gobierno piensa tomar las medidas que sean necesarias para resguardar la seguridad de los ciudadanos americanos. Si la guerra continuase, no será una guerra nueva sino un esfuerzo por terminar más rápidamente la antigua".

Algo en la mente de House le hizo pasar por alto el hecho de que sería una "nueva guerra" para los Estados Unidos, y se pagaría en vidas americanas la disminución de la pérdida de vidas inglesas. House solía permitir que Sir William Wiseman, jefe del servicio secreto británico en los Estados Unidos, se

P S I K O L I B R O

sentara en su oficina privada de New York y leyera los documentos más secretos del gobierno americano. Tanto el padre como la madre de House habían sido ingleses.

El afecto de Wilson por Inglaterra, su sentimiento romántico de que la muerte en batalla era un fin glorioso, y la influencia de House, contribuyeron a hacerle desear la entrada en la guerra. Y estos motivos conscientes estaban apoyados por poderes inconscientes. En su inconsciente se había identificado con el Jehová hebreo, que se deleitaba en destruir a sus enemigos, y su Superyó estaba constantemente exigiendo que se convirtiera en el gobernante del mundo. Pero por otro lado su sensación de responsabilidad hacia el pueblo americano, también estaba apoyada por una fuerza inconsciente. Una gran parte de su pasividad hacia el padre, que fluía en su identificación inconsciente con Cristo, encontraba una descarga en el hecho de amar a los hombres en masa. Quería servir a la humanidad como el Príncipe de la Paz. Leía su Biblia dos veces por día y estaba familiarizado con la frase: "Por sus frutos los conoceréis". Quería engendrar no el fruto de la guerra sino el fruto de la paz. En los primeros días de 1915 su identificación con Cristo fue lo bastante poderosa para contrabalancear sus inclinaciones beligerantes.

El hundimiento del Lusitania arrojó a Wilson en una incertidumbre que duró seis días; luego, siguiendo el consejo de House, preparó y leyó al Gabinete una nota que exigía del gobierno alemán una desaprobación oficial del hundimiento del Lusitania, una reparación y la promesa de que tales actos no se repetirían. Su nota contenía la frase amenazante: "El imperial gobierno alemán no puede esperar que el gobierno de los Estados Unidos omita ninguna palabra o acto..." Pero tan pronto como tomó esta posición belicosa, comenzó a vacilar.

Bryan, el Secretario de Estado, era pacifista. Después de la reunión de Gabinete en que se había aprobado la nota de Wilson, Bryan continuó discutiendo con el presidente, asegurándole que los americanos no querían la guerra y las amenazas de represalia eran contrarias a la doctrina cristiana. Bryan había concluido con treinta naciones acuerdos que preveían que las disputas con los Estados Unidos se sometieran a una comisión investigadora, durante cuyas sesiones, por un período mínimo de nueve meses, las partes adversarias no iniciarían hostilidades. Sólo Alemania, de las grandes potencias europeas, se había negado a firmar tal tratado. Bryan convenció a Wilson de que le permitiera esbozar unas instrucciones para James W. Gerard, el embajador americano en Berlín; se enviarían junto con la nota del Lusitania,

ordenando a Gerard avisar al gobierno alemán que el de los Estados Unidos estaba dispuesto a someter el asunto del Lusitania a una comisión investigadora, sobre el principio de los tratados de Bryan. Así Wilson decidió enviar simultáneamente a Berlín una nota oficial, que amenazaba con la guerra, y una instrucción secreta, que hacía imposible que los Estados Unidos fueran a la guerra contra Alemania al menos por nueve meses; sería difícil encontrar mejor ilustración del conflicto en su mente. Por esta acción ilógica, daba expresión tanto a su deseo de guerra como a su deseo de paz.

Bryan, en la Casa Blanca, redactó con Wilson las instrucciones para Gerard y se enviaron al Departamento de Estado para ponerlas en código y cablegrafiarlas a Berlín. Ningún funcionario del gobierno americano, salvo Wilson y Bryan, sabía que existían. Luego Robert Lansing, Consejero del Departamento de Estado, fue informado de su existencia por los funcionarios de la oficina de código y de inmediato tomó medidas para impedir que se enviara. Lansing, Tumulty y todos los miembros del Gabinete (excepto Bryan), dos de los cuales eran súbditos británicos de nacimiento, discutieron con el presidente para que no se enviara la instrucción a Gerard. Wilson se rindió: se destruyó la instrucción y la nota del Lusitania fue a Alemania sin ninguna glosa.

El 28 de mayo el gobierno alemán replicó que el Lusitania era un crucero y transporte armado y, como tal, un barco de guerra. El 9 de junio de 1915, Wilson descartó los argumentos alemanes y exigió seguridades de que hechos de tal naturaleza no se repetirían. Bryan, amargamente desilusionado por la supresión de sus instrucciones a Gerard y sintiendo que esta nota llevaría de manera inevitable a la guerra, renunció. Se nombró Secretario de Estado a Lansing.

El gobierno alemán demoró su respuesta a la segunda nota sobre el Lusitania, y el 19 de agosto de 1915 aumentaron las dificultades de Wilson debido al hundimiento del buque de línea británico Arabic, que se dirigía a New York. Se ahogaron dos americanos. El 21 de agosto, Wilson escribió a House: "Necesito muchísimo tu consejo sobre qué hacer en vista del hundimiento del Arabic, si resulta ser un caso tan simple como parece... dos cosas tengo claras: 1º la gente de este país cuenta conmigo para que los mantenga fuera de la guerra, 2º sería una calamidad para el mundo entero que fuéramos arrastrados activa mente al conflicto y privados así de toda influencia desinteresada en el momento de la paz". House, en respuesta, le aconsejó que mandara llamar a Gerard y que enviara a Bernstorff de regreso a su patria, agregando que esas

P S I K O L I B R O

iniciativas equivalían a una declaración de guerra. Wilson se negó a ser empujado a la contienda, y House anotó en su diario: "Estoy sorprendido por la actitud que toma. Es evidente que llegará muy lejos para evitar la guerra".

El 1 de septiembre de 1915 la paciencia de Wilson fue recompensada. Bernstorff escribió formalmente a Lansing: "Los vapores de línea no serán hundidos por nuestros submarinos sin aviso y sin asegurar las vidas de los no combatientes, siempre que los buques no traten de escapar o de ofrecer resistencia...".

Esta nota no terminó con las preocupaciones del presidente. La promesa del gobierno alemán de abstenerse del hundimiento sin aviso, eliminó todo peligro inmediato de guerra, pero su negativa a admitir la ilegalidad de tales ataques le hizo temer que se reiniciarán tan pronto como el gobierno alemán considerara oportuna su reiniciación. Además, estaba muy preocupado por la tirantez de las relaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos. El resentimiento contra el bloqueo británico se había vuelto tan intenso que varios miembros del Gabinete sugirieron que, para obligar a la Armada británica a dejar de interferir con el comercio americano legal, se embargara el envío de municiones para los aliados. Wilson respondió a estas sugerencias en una reunión de Gabinete: "Caballeros, los aliados están de espaldas a la pared, luchando contra bestias salvajes. No permitiré que nuestro país haga nada que obstaculice o estorbe su participación en la guerra, a menos que haya una gruesa violación de derechos admitidos".

La expresión "bestias salvajes" indica precisamente la opinión de Wilson sobre los alemanes en el verano de 1915. Le había escandalizado la invasión a Bélgica, horrorizado el hundimiento del Lusitania y descompuesto las imaginarias atrocidades en Bélgica atestiguadas por Lord Bryce. Su conocimiento personal del ejército alemán era insuficiente para capacitarlo a descartar la propaganda británica. A fines del verano de 1915 se vio más y más arrastrado a embargar los envíos de municiones para la Inglaterra que amaba y, así, asegurar la victoria de los alemanes que aborrecía.

Wilson no sabía qué hacer. Además, estaba resentido por la intrusión de la guerra europea en su noviazgo. Su "mente de un solo carril" estaba ocupada por Mrs. Galt, y dejar los asuntos privados por los públicos se le había hecho tan desagradable, que le resultaba difícil atender cuestiones urgentes de Estado. En todo lo posible permitía que House pensara por él mientras atendía

su noviazgo. Estaba temerariamente enamorado, con la temeridad del hombre de sesenta años que se ha sentido viejo porque el amor apasionado se ha ido de su vida y, de pronto, experimentando el milagro del renacimiento de la pasión, se siente joven, exaltado, fuerte, divino. El control de House sobre las acciones políticas de Wilson nunca fue tan completo como durante el otoño de 1915. El presidente, desorientado y aburrido por la guerra, preguntó a House: "¿Saldremos alguna vez de este laberinto?" El coronel respondió: "Sólo adoptando una política positiva", y desarrolló un plan para sacar a Wilson de su perplejidad haciendo entrar a los Estados Unidos en la guerra, del lado de Inglaterra.

Diecisiete

El coronel House propuso que Wilson, en nombre de la humanidad, convocara a todos los beligerantes a una conferencia de paz. En ella declararían que los Estados Unidos apoyarían a aquel que aceptara las condiciones de una paz destinada a proteger a Europa contra una futura agresión. Anunciaría también que los Estados Unidos ingresarían a la guerra contra aquel que rechazara el arreglo que ofrecía.

Estas condiciones de paz estaban basadas en los objetivos de guerra declarados por los aliados. House estaba casi seguro de que las Potencias Centrales no las aceptarían, y por lo tanto los Estados Unidos serían arrastrados a la guerra contra ellas.

Para asegurarse de que su plan bajo ninguna circunstancia pudiera llevar a un enfrentamiento contra los aliados, House propuso que, antes de actuar, informara al gobierno británico que su propuesta estaba destinada a conseguir que los Estados Unidos lucharan por los objetivos de guerra de los aliados, y

que el presidente no actuaría a menos que el gobierno británico lo aprobara. La propuesta era por lo tanto, en palabras del profesor Charles Seymour, que editó *The Intimate Papers of Colonel House* con la colaboración personal del coronel, "prácticamente garantizar la victoria aliada con la ayuda de los Estados Unidos".

El plan de House contrariaba la convicción de Wilson de que debía mantener a los Estados Unidos fuera del conflicto y también la tradicional política americana de permanecer fuera de las guerras europeas. House registró su primer esfuerzo por persuadir a Wilson de que lo adoptara con las siguientes palabras:

Esbocé muy brevemente un plan que se me ha ocurrido y parece ser muy valioso. Pensé que habíamos perdido la oportunidad de romper con Alemania: ésta estaba en mejores condiciones que nunca para ganar; si lo hacía, después nos tocaría a nosotros y no sólo no estábamos preparados sino que no habría nadie que nos ayudara a resistir el primer choque. Por lo tanto debíamos hacer algo que pusiera fin a la guerra, aboliendo el militarismo, o que nos diera la ocasión de ponernos del lado de los aliados para ayudarlos a hacerlo. Mi sugestión es: pedirles, oficiosamente, que me hagan saber si ellos quieren o no que propongamos el cese de las hostilidades. Pondríamos la oferta sobre el elevado plano de que el mundo neutral está sufriendo junto con los beligerantes y tenemos tantos derechos como ellos; además, las conversaciones de paz debieran comenzar sobre la amplia base del desarme tanto militar como naval.

Si los aliados comprendieran nuestro propósito podríamos usar con ellos un lenguaje tan severo como el que usáramos con sus enemigos. Los aliados, después de cierta vacilación, podrían aceptar nuestra oferta o exigencia y, si las Potencias Centrales están de acuerdo, lograríamos entonces un golpe maestro de diplomacia. Si éstas negaran su consentimiento, aumentaríamos nuestra insistencia hasta un punto en que, primero, se rompieran las relaciones diplomáticas y, después, pudiéramos llevar contra ellos toda la fuerza de nuestro poder y quizás la de todos los neutrales.

Al presidente le espantó este plan. Pareció asentir con su silencio. No tuve tiempo de llevarlo más allá porque toda nuestra conversación no duró más de veinte minutos.

Wilson debe haberse asustado por las palabras "Pensé que habíamos perdido la oportunidad de romper con Alemania" y debe haber percibido que actuar

según la línea que proponía House casi seguramente traería la guerra entre los Estados Unidos y las Potencias Centrales.

Como estadista, Sir Edward Grey, el secretario de Relaciones Exteriores británico, era el ideal de House, y a Wilson le gustaba manejar asuntos de importancia por medio de comunicaciones secretas entre ambos. Un pasaje de una carta de Sir Edward al coronel, fechada el 22 de septiembre de 1915, daba a House una oportunidad para acercarse a la acción. Grey escribía: "Para mí, el gran objeto de asegurar la eliminación del militarismo es obtener una seguridad para el futuro contra la guerra agresiva. ¿Hasta dónde están dispuestos a llegar los Estados Unidos en esta dirección? ¿Propondría el presidente una Liga de las Naciones que se comprometieran a unirse contra cualquier potencia que rompiera un tratado; que dejara de lado ciertas reglas de combate en el mar o la tierra (por supuesto habría que formular esas reglas después de esta guerra); o que se negara, en caso de disputa, a adoptar algún método de arreglo que no fueran las hostilidades?"

Así, por primera vez, en una comunicación secreta del gobierno británico al americano, aparecieron las palabras "Liga de las Naciones". El gobierno británico tenía la esperanza de persuadir al americano de garantizar las condiciones que esperaba imponer a las Potencias Centrales al final de la guerra.

House llevó la carta de Grey a Wilson, quien "estuvo de acuerdo en que House redactara una respuesta alentadora a Sir Edward, como primer paso para ofrecer la ayuda americana si Alemania rechazaba las condiciones que tenían pensadas, que coincidían con los objetivos públicos de los aliados". Estos objetivos incluían la devolución de Alsacia-Lorena a Francia, la completa restauración de Bélgica y Servia, la cesión de Constantinopla a Rusia y una liga que garantizara las condiciones de paz y previniera toda agresión. Los objetivos de guerra secretos de los aliados eran muy diferentes.

El coronel llevó a cabo las prolongadas negociaciones que siguieron, pero las dirigió como agente de Wilson y éste era responsable por entero. House no tenía ningún cargo oficial. Era meramente el "otro yo" de Wilson, presidente de los Estados Unidos: el representante del pueblo americano. Decidió que bajo el pretexto de un noble gesto humanitario conduciría a su país a la guerra para alcanzar los objetivos declarados de los aliados. Esta decisión era tanto más notable porque no le había ninguna duda en cuanto a los deseos de su pueblo.

P S I K O L I B R O

Todavía en diciembre de 1915, después de haber ofrecido llevar a los Estados Unidos a la guerra por esta ruta tortuosa, dijo a Brand Whitlock: "No tengo justificación para imponer mi opinión al pueblo de los Estados Unidos y llevarlo a una guerra que no comprenda".

La conducta de Wilson durante los ocho meses de octubre de 1915 a mayo de 1916 es difícil de analizar. Sus palabras y acciones fueron tan incoherentes que es imposible explicarlas como producto de una idea racional, pero tal vez por el razonamiento podamos explicar su irracionalidad. Hagamos la tentativa.

Reconozcamos, en primer lugar, que Wilson encaraba una situación de gran complejidad. Amaba a Inglaterra y aborrecía a Alemania. Temía que ésta ganara la guerra y tener que dificultar aun más la tarea de los aliados forzando el abandono parcial del bloqueo británico. Además, temía que pudiera recomenzar el combate submarino indiscriminado. Sentía que se había comprometido tan profundamente, así mismo y a los Estados Unidos, con sus notas sobre el Lusitania, que por su honor estaba obligado a responder a una reiniciación de la guerra submarina, con una ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Esta ruptura provocaría las hostilidades. Así consideraba posible o probable que en cualquier caso se viera obligado a conducir a los Estados Unidos a la guerra contra Alemania. Temía que, si llevaba a su país a la guerra sin un convenio previo con los aliados en cuanto a las condiciones finales de paz, podía llegar a encontrarse al final de la guerra frente a gobiernos chauvinistas en Inglaterra, Francia y Rusia, que impusieran una paz cartaginesa a Alemania, que no se parecería en nada a los objetivos de guerra oficiales de los aliados. En ese caso podía verse impotente para evitar el establecimiento de una paz que sería solamente una continuación de la guerra en forma diferente. House había inspirado a Wilson una completa confianza en Grey, y el presidente creía que los objetivos que el gobierno británico proclamaba eran, en ese momento, los verdaderos fines de Inglaterra. Esas consideraciones lo llevaron a la conclusión de que era mejor introducir a América en el conflicto inmediatamente, sobre la base de un convenio, estipulando que la paz final se haría de acuerdo con los objetivos proclamados por los aliados, en vez de arriesgarse a la posibilidad de ser obligado a entrar en fecha tardía para descubrir finalmente que había sido el títere de los chauvinistas de las naciones aliadas.

La justificación intelectual de su actitud se basaba sobre tantas hipótesis que por cierto no hubiera poseído ninguna fuerza si no hubiera estado respaldada

por poderosos deseos inconscientes. En realidad era sólo otro ejemplo de la capacidad de su inconsciente para emplear su razón en encontrar excusas que justificaran las acciones que deseaba.

Cuando examinamos la conducta de Wilson en la preparación de la primera nota sobre el Lusitania y la incoherente instrucción suplementaria, notamos que sus deseos provocados por la guerra estaban en conflicto. La nota del Lusitania daba rienda suelta a su hostilidad hacia el padre. Las directivas suplementarias liberaban su pasividad. Por un lado quería expresar su odio consciente hacia Alemania y su deseo inconsciente de ser Jehová. Por otro lado, manifestaban su deseo de ser el Príncipe de la Paz. Su problema era encontrar alguna vía de acción que satisficiera ambas cargas de libido y que al mismo tiempo fuera aceptable para el Superyó. El esquema de House ofrecía una magnífica salida, perfectamente aceptable para todos sus deseos conflictivos. Si, derrotando a Alemania, pudiera imponer una paz permanente al mundo entero, ¡sería en verdad un Príncipe de la Paz! House lo convenció de que éste sería el resultado de su ingreso a la guerra en apoyo de los aliados, tras un convenio previo con ellos en cuanto a las condiciones de paz, con argumentos como los de su carta del 10 de noviembre de 1915:

...Me parece que debemos lanzar la influencia de esta Nación en beneficio de un plan que haga respetar las obligaciones internacionales y preservar la paz del mundo. Debíamos hacer esto no sólo por el bien de la civilización sino por nuestro propio bienestar, porque ¿quién sabe cuándo podemos vernos involucrados en un holocausto semejante al que está devastando Europa ahora? ¿No debemos ser parte en la elaboración de nuevas y más humanas reglas de combate y usar nuestra influencia para lograr la libertad de tierra y mar?

Este papel es el que creo estás destinado a representar en esta tragedia mundial, y es la parte más noble que jamás le ha tocado a un hijo de hombre. Este país te seguirá por tal senda, no importa qué precio deba pagar.

Woodrow Wilson, en su inconsciente, era Dios y Cristo; no podía resistirse a palabras como éstas. Todas sus identificaciones con la Divinidad exigían que representara "la parte más noble que jamás le ha tocado a un hijo de hombre". House lo convenció de que podía convertirse en el Salvador de la Humanidad. Así, el poder de su identificación con Cristo se desplazó desde el lado de la paz

al de la guerra. Decidió emprender la guerra por la paz. Muchas veces cuando niño había cantado con su padre: "El Hijo de Dios emprende la guerra para ganar una corona real". Ganar la corona real de Príncipe de la Paz se volvió, en el Otoño de 1915, el objetivo de la vida de Woodrow Wilson. Su Superyó, su actividad hacia el padre y su pasividad hacia él, unieron sus fuerzas en este deseo y llegó a tener un poder arrollador. No fue difícil para su inconsciente impulsar a su razón a encontrar excusas intelectuales para la acción que tan profundamente deseaba emprender.

Desde entonces no tuvo ninguna duda sobre lo que quería hacer, aunque de vez en cuando dudó de su capacidad para realizarlo. Cada vez que un número suficiente de hechos le hacían notar que entrando en guerra probablemente no lograría la paz de Dios con que soñaba, sino una paz viciosa, su identificación con Cristo le hacía aborrecer la idea de la guerra y hablar de nuevo como si nunca hubiera tenido la menor intención de participar en ella. Sólo podía hacer la guerra por amor a la paz.

El 17 de octubre de 1915 House y Wilson prepararon juntos una carta para Sir Edward Grey, que firmó el primero, en la que ofrecían la intervención de los Estados Unidos en el conflicto para "lograr la paz según las líneas que usted y yo hemos discutido con tanta frecuencia". Wilson declaró que "la propuesta era totalmente correcta y que rogaba a Dios que pudiera dar resultado". Entre los resultados que esperaba estaba la muerte de miles de muchachos americanos y la destrucción de riqueza por valor de billones de dólares; pero sus ojos contemplaban otras consecuencias: se volvería el dictador de las condiciones de paz, el árbitro del mundo, impondría condiciones tan justas, que los hombres nunca más tendrían que morir en combate; sería el Príncipe de la Paz que, al final de la guerra, vendría a juzgar tanto a los vivos como a los muertos.

Estaba seguro de poder persuadir al pueblo de América para que lo siguiera en esta cruzada. Sabía que muchos ya habían sido convencidos por distinguidos propagandistas británicos de que esta guerra estaba destinada a "poner fin a las guerras", y su confianza en el poder de su propia oratoria era enorme. Una vez había dicho: "Desearía que hubiera algún gran orador que pudiera ir y embriagar a los hombres con este espíritu de autosacrificio". Más tarde, cuando llevó a América a la guerra, probó que la confianza en el poder de su verbo no había sido desacertada. Consiguió embriagar a América con el espíritu de auto-sacrificio.

Dieciocho

Una vez enviada la trascendental carta a Grey, Wilson volvió a su noviazgo. En ese momento Mrs. Galt era más importante para él que todo el resto del mundo. House, que en New York aguardaba ansioso la respuesta de Grey, registró en su diario de 1915:

Noviembre 20 .. Los informes de Washington revelan una curiosa inercia. En gran parte se debe, naturalmente, al presidente. Está tan embelesado con su novia que descuida el trabajo. Me gustaría ir a Washington pero sé que no sería muy bienvenido en este momento, particularmente si tratara de impulsarlo a la acción.

Una fase peculiar de la personalidad del presidente se desarrolla más plenamente de vez en cuando, y es que "esquiva los problemas". En cuanto le planteo algo que le resulta desagradable tengo grandes dificultades para conseguir que lo enfrente. No me cabe ninguna duda de que algunas de las dificultades que tuvo en Princeton se debieron a esta demora en afrontar problemas molestos.

Otra fase de su personalidad es su intenso prejuicio contra la gente. Le gustan unas pocas personas y es muy leal con ellas, pero sus prejuicios son muchos y a menudo injustos. Tiene gran dificultad para tratar con hombres contra los cuales, por alguna razón, tiene ideas preconcebidas y en quienes no puede descubrir nada bueno...

Noviembre 27 ... El presidente y yo tuvimos una charla de unos minutos antes de la cena y durante la misma, ya que estábamos completamente solos. Para gran sorpresa mía, me dijo que no había leído la carta de Sir Edward Grey que

le había enviado y que era de gran importancia. La trajo consigo para que pudiéramos discutirlos juntos...

La carta de Sir Edward Grey, que el presidente no había tenido tiempo de leer por los apremiantes reclamos de Mrs. Galt, era la respuesta a su oferta de llevar a los Estados Unidos a la guerra, junto a los aliados, para la consecución de sus objetivos declarados. Al leerla, Wilson se sintió escandalizado al descubrir que Grey no expresaba más que un leve interés por su propuesta. House la había leído unos días antes y, con profunda desilusión, había anotado en su diario el 25 de noviembre de 1915: "... La oferta que hice en mi carta -que era prácticamente asegurar la victoria para los aliados- debiera haber obtenido una recepción más cálida. Los británicos son apagados en muchos sentidos".

Ninguno de los dos sospechaba en esa época, que Grey estaba negociando tratados secretos para repartir los imperios alemán y turco, y que los objetivos secretos de guerra de los británicos coincidían con los declarados sólo en un punto: la restauración de Bélgica. Los objetivos de guerra secretos de los británicos eran los siguientes: destrucción de la Marina Militar Alemana, confiscación de su marina mercante, eliminación de Alemania como rival económico, obtención de toda clase de indemnizaciones posibles, anexamiento del África Oriental alemana y de los Camerunes, anexamiento de todas las colonias alemanas en el Pacífico al sur del Ecuador, incluyendo el guano de la isla de Nauru, control de la Mesopotamia, Transjordania, Palestina y tanto de Siria como pudieran sacar a los franceses, extensión de su esfera de influencia en Persia, reconocimiento de sus protectorados de Chipre y Egipto, y una cantidad de asuntos menores. Todos estos objetivos secretos se lograron en verdad de una u otra forma con el Tratado de Versalles, y la carta de Grey a Wilson rechazando la ayuda de Estados Unidos para el logro de los objetivos de guerra proclamados por Inglaterra marca el comienzo de la lucha en pro y en contra del Tratado de Versalles. Si Grey hubiera aceptado la oferta de Wilson, Inglaterra habría sacado del conflicto nada más que aquellos objetivos que eran lo bastante respetables como para mencionarlos en público. Hubiera tenido que abandonar las colosales ganancias con que emergía de la guerra. Antes de abandonarlas el gobierno británico prefería luchar sin ayuda de los Estados Unidos. Wilson y House, confiando implícitamente en Grey y no teniendo sospecha de los reales objetivos de Inglaterra, sacaron en conclusión que el Secretario de Relaciones Exteriores británico era un poco tonto y que House debía ir a Londres para explicarle en persona la conveniencia de aceptar su propuesta.

El 18 de diciembre de 1915, Wilson, feliz hasta el éxtasis, contrajo matrimonio con Mrs. Galt. El 28 de diciembre, House partió para Inglaterra. Hasta el 22 de febrero de 1916, luchó por persuadir a Grey de que permitiera a los Estados Unidos ingresar a la guerra sobre la base de un convenio para hacer la paz, de acuerdo a los objetivos de guerra declarados por los aliados, que incluían la restauración de Bélgica, la devolución de Alsacia-Lorena a Francia y el anexamiento de Constantinopla por Rusia. El hecho de que Wilson ofreciera pedir a los americanos que dieran su vida y su riqueza para conseguir Constantinopla para Rusia, indica el poder de los deseos que estaban forzando sus acciones. Grey se negó a comprometerse de ninguna manera, pero le hizo creer a House que más adelante aceptaría la propuesta. Ambos redactaron un memorándum que registraba la oferta de éste y las respuestas evasivas de aquél. House volvió a Washington.

Wilson lo recibió el 6 de marzo de 1916 con los brazos abiertos. Tras una luna de miel de dos semanas, había regresado a los goces del comienzo de la vida matrimonial en la Casa Blanca y estaba en un estado de exaltada felicidad. Poseía nuevamente una madre sustituta y creía que House había arreglado todo para que lo llamaran a imponer la paz al mundo. Las corrientes principales de su libido habían encontrado salidas más amplias y más espléndidas que nunca. "Cuando House se levantó para irse, Wilson puso su mano sobre el hombro del coronel y dijo: 'Sería imposible imaginar una tarea más difícil que la que puse en tus manos, pero la has realizado de una manera que sobrepasa mis expectativas'". Cuando el coronel insinuó el orgullo que sentiría si sólo se le diera a Wilson la oportunidad de llevar a cabo el plan, el presidente respondió: "Debieras estar orgulloso de ti mismo y no de mí, puesto que tú lo has hecho todo". Feliz en la Casa Blanca, el presidente de los Estados Unidos esperaba el permiso del Secretario de Estado de relaciones exteriores británico, para llevar a los Estados Unidos a la guerra, a fin de lograr los objetivos declarados de los aliados, y establecer a Woodrow Wilson como el Príncipe de la Paz: Arbitrarius mundi.

Diecinueve

No llegó ningún permiso de Grey y el 24 de marzo de 1916 la felicidad de Wilson se vio sacudida por un torpedo que voló toda la delantera del buque británico Sussex. House aconsejó que se enviara a Bernstorff a su patria y se preparara la guerra inmediata. Wilson vacilaba. Su deseo de imponer una paz perfecta al mundo tenía raíces tan profundas que no podía abandonarlo. Su voluntad suprema era conducir a los Estados Unidos a la guerra después de un acuerdo con los aliados por el cual se le permitiera imponer la paz; pero todavía contemplaba con horror la perspectiva de empujar a los Estados Unidos a un conflicto que pudiera terminar en una paz malvada. Quería aportar la paz y no la guerra, y una paz perfecta y última era siempre para él el noble fin que justificaba ese medio.

Demoró casi cuatro semanas en ocuparse del caso Sussex y en ese intervalo luchó por persuadir a Grey de que le permitiera entrar en la guerra como el Príncipe de la Paz. El 6 de abril de 1916 escribió personalmente en su pequeña máquina de escribir el siguiente cable para el Secretario de Relaciones Exteriores británico: "Dado que parece probable que este país deba romper con Alemania por la cuestión de los submarinos, a menos que suceda lo inesperado, y dado que la lucha será prolongada si este país se convierte en beligerante, me permito sugerir que si usted tuviera alguna intención de actuar en fecha cercana según el plan convenido, podría consultar ahora con sus aliados, con vistas a actuar de inmediato".

Nueve años después, el 14 de marzo de 1925, recordando estas negociaciones, el coronel House escribió:

Creo que el cable que preparamos Wilson y yo para que él lo enviara a Grey fue un error. Debimos haber sabido que no obtendría la respuesta que deseábamos. No estoy seguro de que no hayamos cometido un gran error al no seguir adelante y convocar una conferencia de paz en lugar de dejar que los aliados fueran los jueces.

En realidad el cable de Wilson era algo ingenuo. Para el Servicio Exterior británico significaba: El presidente de los Estados Unidos admite que pronto

deberá ir a la guerra con Alemania; así la derrota de ésta y la consecución de todos nuestros objetivos de guerra secretos se vuelven seguras; podremos anexar las colonias alemanas y controlar un amplio cinturón de territorio turco que se extiende de Egipto a Persia; podremos destruir la flota, confiscar la marina mercante y mutilar la fuerza económica de Alemania. Ahora Wilson nos pide que cedamos todas estas ganancias a cambio de ... ¿qué? Por el placer de hacerlo dictador del mundo. La respuesta que Wilson esperaba recibir no vino.

El presidente, con la esperanza de que una palabra de Grey lo salvaría de tener que ingresar a la guerra sin garantías sobre las condiciones finales de paz, postergó su nota a Alemania hasta el 18 de abril. Entonces, en extremo infeliz, sintiendo que esta nota significaba la guerra, pero que las palabras que había usado en las referidas al Lusitania no le dejaban otra alternativa, escribió: "A menos que el imperial gobierno declare y efectúe inmediatamente un abandono de sus métodos actuales de combate submarino contra buques que llevan pasajeros y carga, el gobierno de los Estados Unidos no tendrá otra opción que romper completamente las relaciones diplomáticas con el imperio alemán". Para el profundo asombro y alivio de Wilson, el 5 de mayo de 1916, Alemania se sometió.

El 12 de mayo, un telegrama de Grey a House destruyó su creencia de que los aliados estaban por invitarlo a que impusiera la paz. Sus sentimientos respecto de la guerra cambiaron enseguida. Empezó a sospechar que Grey no era el arcángel que House imaginaba; pero todavía tenía esperanzas de poder persuadirlo de dejarlo hacer la guerra por la paz. El 16 de mayo de 1916, escribió a House que era hora de bajar al "suelo rocoso". "América, dijo, tiene que hacer un decidido movimiento por la paz sobre alguna base que tenga probabilidades de ser permanente, o bien debe insistir sobre sus derechos contra Gran Bretaña, tan firmemente como lo ha hecho contra Alemania." Afirmaba que era imposible no actuar. Le pidió a House que preparara un cable firme para Grey. El coronel le envió varios mensajes cuya sustancia era: o acepta a Wilson como dictador de la paz o se prepara a tener problemas. La esperanza del presidente se mostró en sus discursos de las semanas siguientes. El 20 de mayo de 1916 dijo: "Me gustaría, por lo tanto, pensar que el espíritu de esta ocasión se puede expresar si imaginamos que nosotros mismos alzamos algún sagrado emblema de consejo y de paz, de adaptación y juicio justiciero ante las naciones del mundo y que les recordara ese pasaje de las Escrituras: "Después del viento, después del terremoto, después del fuego, la

P S I K O L I B R O

pequeña voz tranquila de la humanidad". El 30 de mayo de 1916 dijo: "Y este espíritu saldrá a conquistar y lo hará hasta que, tal vez, por la Providencia de Dios, se levante en América una nueva luz que arrojará sus rayos de libertad y justicia hasta muy lejos sobre todos los mares y aún sobre las tierras que ahora se revuelcan en la oscuridad y se niegan a verla". Estaba listo para levantar su lumen y dejarlo brillar, aún sobre Alemania. ¿No vino El al mundo para salvar a los pecadores? Grey se negó a ver la luz.

Finalmente Wilson comenzó a sentir que los aliados, no Alemania, se interponían entre él y la realización de su deseo de ser el Salvador del Mundo, y se enojó muchísimo con ellos. Dejó de hablar de la guerra como si todo lo bueno estuviera del lado de los aliados y todo lo malo del de los alemanes. El 23 de julio de 1916 escribió a House:

Debo admitir que estoy prácticamente agotando mi paciencia con Gran Bretaña y los aliados. Este asunto de la lista negra es el toque final ... Estoy considerando seriamente pedir al Congreso que me autorice a prohibir los préstamos y restringir las exportaciones a los aliados. Comprendo poco a poco que en esta política yace en latencia el deseo de impedir que nuestros comerciantes hagan pie en mercados que hasta ahora Gran Bretaña ha controlado y casi dominado. Polk y yo estamos redactando una nota muy tajante. Puedo sentirme obligado a hacerla tan firme y definitiva como la que mandé a Alemania sobre los submarinos ¿Cuál es tu propio parecer? ¿Podemos seguir soportando su intolerable conducta?

Desde el 17 de octubre de 1915 cuando despachó a Grey la carta por la que creía lo llamarían para hacer la paz, hasta el 26 de marzo de 1916, cuando el torpedeo del Sussex lo persuadió de que sería obligado a entrar en la guerra sin pactar con los aliados un convenio previo, que le permitiera imponer la paz, Wilson había vivido en un estado de exaltada felicidad. Tenía una nueva esposa y había tomado el mundo a su cargo personal. Cuando el secretario de Estado, fue tan presuntuoso que quiso saber antes de leer los periódicos cuál era la política exterior de los Estados Unidos, Wilson se enojó y declaró que Lansing debía comprender que él, en persona, estaba conduciendo las relaciones exteriores y que lo haría de la manera que le pareciera mejor. Pensó en despedir a Lansing. Tan pronto como la perspectiva de transformarse en el Príncipe de la Paz empezó a desvanecerse, se puso intensamente nervioso e infeliz, los problemas gástricos y dolores de cabeza comenzaron a atormentarlo. Comenzó a sentirse irritado por todos sus colaboradores, aburrido

de su Gabinete y de su trabajo. El 3 de mayo de 1916 "Declaró que ya no deseaba ser presidente, y que sería un delicioso alivio si pudiera retirarse sin escrúpulos". El único ser vivo que todavía le agradaba por completo era Mrs. Wilson.

El 16 de junio de 1916, los demócratas volvieron a proclamarlo candidato, por unanimidad, y el slogan de su segunda campaña para la presidencia fue voceado por primera vez por el gobernador Glynn de New York: "¡Nos mantuvo fuera de la guerra!" "Wilson, sabiendo que había hecho todo lo posible durante los últimos ocho meses para introducir al pueblo americano en la contienda según sus propias condiciones, tenía tan mala conciencia, que en sus discursos personales evitó toda referencia al hecho de haber mantenido la neutralidad, y toda promesa de seguir manteniéndola en el futuro. Sin embargo, sabía que no podía ser elegido sin los votos de los Estados del oeste, que estaban abrumadoramente contra la guerra. Por eso sancionó el uso del slogan ¡Nos mantuvo fuera de la guerra!; y miles de carteles y de gargantas introdujeron la idea en el pueblo americano: Wilson nos mantuvo fuera de la guerra y nos mantendrá fuera de ella. El voto por él era un voto por la paz. Si el pueblo de América hubiera sabido que había estado tratando de hacerlo entrar en la contienda, hubiera sido derrotado de manera aplastante.

A lo largo de la campaña presidencial, Wilson siguió estando de mal humor, y desataba su irritación nerviosa indiscriminadamente sobre amigos y enemigos. El senador Lodge husmeó la instrucción a Gerard que Wilson y Bryan habían preparado para acompañar la primera nota del Lusitania. Cuando pronunció un discurso en Boston, afirmó que la fuerte nota para Berlín, había sido atemperada por una señal de que no iba en serio y que Alemania había seguido violando los derechos americanos, porque sabía o creía, que los Estados Unidos no defenderían esos derechos mientras Wilson fuera presidente. Este contestó:

... la declaración que ha hecho el senador Lodge es falsa. Ningún postscriptum o enmienda a la nota del Lusitania fue jamás escrito o considerado por mí, excepto aquellos cambios que yo mismo inserté, que reforzaban y enfatizaban la protesta. Se sugirió, después de que la nota estuvo lista para su transmisión, que se llevara al gobierno alemán una insinuación de que sería aceptable una propuesta de arbitraje, y un miembro del Gabinete me habló sobre eso, pero nunca se discutió en reunión de Gabinete y jamás se hizo una amenaza de

renuncia, por la excelente razón de que rechazé la sugerencia después de dedicarle la consideración que creía que merecía cualquier propuesta relativa a un asunto tan grave. Era incoherente con el propósito de la nota. El público está en posesión de todo lo que se dijo al gobierno alemán.

El lector recordará que Wilson y Bryan habían preparado la instrucción juntos y la habían enviado a la oficina de código del Departamento de Estado, para que fuera despachada y comunicada al gobierno alemán al mismo tiempo que la nota del Lusitania. Cada afirmación de la respuesta de Wilson a Lodge es, en cierto sentido, verdad. El desmentido en conjunto es una evasión de la realidad extremadamente hábil. Mucho más importante que el hecho de ser ésta otra ilustración de la poca inclinación de Wilson a dejar que la verdad se interpusiera en el camino de su carrera, es el de que en este momento comenzó a odiar violentamente al senador Lodge. Hemos notado previamente que desde que Wilson estaba en el colegio, Lodge había tenido con él la relación de un padre sustituto. Cuando lo impulsó a usar esta magnífica evasión de la verdad, empezó a emplearlo, como lo hiciera con West, como salida para su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Desde entonces sus reacciones con Lodge no fueron controladas por la razón sino por una compulsión. Se sentía compelido a tratar de derrotarlo como lo había estado tratando con West.

La tendencia de Wilson había cambiado por completo desde el día de 1915 en que describió a los alemanes como "bestias salvajes". A partir del momento en que los aliados rehusaron aceptarlo como el Salvador del Mundo, había empezado a sentir que eran casi tan grandes enemigos de Dios como los alemanes. Su deseo de convertir la guerra en una cruzada a la que pudiera encabezar y su creciente impresión de que los aliados podían ser tan infieles como los alemanes, se yuxtapusieron de modo notable en su discurso del 5 de octubre de 1916, en el que dijo:

La singularidad de la guerra actual radica en que jamás se han revelado su origen y objeto ... Exigirá una larga investigación histórica explicar este conflicto. Pero Europa no debiera comprendernos mal. Nos estamos manteniendo afuera no porque no sintamos que nos concierne, sino porque cuando ejercemos la fuerza de esta Nación queremos saber para qué ... Cuando les pregunten "¿No están dispuestos a luchar?" contesten que sí, pero que están esperando hacerlo por algo que valga la pena. Que no andan buscando discusiones mezquinas, sino esa clase de discusión sobre cuyas complejidades se han escrito todos los textos de los derechos del hombre;

están buscando alguna causa que glorifique al que derrame su sangre, si es necesario, de modo que todos los pactos comunes de libertad puedan ser sellados con la sangre de hombres libres.

Esta declaración un poco complicada significa en palabras sencillas: probablemente los aliados son tan egoístas como los alemanes. No quiero ingresar a la guerra por una "discusión mezquina" con Alemania, a causa de los submarinos. Deseo sobre todo encabezar una cruzada por una paz perfecta.

Dos semanas después de haber hecho este discurso, recibió una comunicación del gobierno alemán informándole que si no hacía pronto algún movimiento en favor de la paz, probablemente recomenzaría el combate submarino indiscriminado. Su mal humor aumentó. Hasta House comenzó a sentir su peso. El 2 de noviembre de 1916, anotó en su diario:

Llegó el presidente. McCormick y yo lo recibimos y fuimos con él al Mayflower. Conversamos durante una hora y media y fue el debate más áspero que he tenido con él en mucho tiempo... Pensaba que New York estaba "podrida hasta el carozo" y debiera ser borrada del mapa ... Pensaba que tanto McCormick como yo teníamos "New Yorkitis" y que se debía lanzar la campaña desde otro lugar ... Sin embargo, antes de que nos fuéramos, nos rodeó a ambos con sus brazos y expresó su aprecio por lo que estábamos haciendo...

Dijo: "No creo que el pueblo quiera ir a la guerra, cualquiera sea el número de ciudadanos americanos que mueran en el mar". Dijo que lamentaba que esto fuera cierto, pero de cualquier manera era su opinión.

Wilson se volvió cada vez más indiferente sobre la manera en que se conducía su campaña y, a pesar de su narcisismo y su Superyó que naturalmente exigían la victoria, a veces parecía no importarle su reelección. House anotó en su diario: "El presidente ha dejado todo en nuestras manos y no ha telefoneado ni escrito una sugerencia, ni dado una palabra de consejo, aunque su fortuna está por completo en juego". Wilson decidió renunciar de inmediato a la presidencia, sin cumplir los cuatro meses restantes de su período constitucional, si elegían a Hughes. El 7 de noviembre de 1916, Wilson fue reelecto. Debía su victoria a los votos de los dudosos Estados del Oeste, contrarios a la intervención en la guerra.

En el verano y principios del otoño de 1916, el presidente, nervioso e infeliz, estaba en malos términos con casi todas las personas y las cosas de la vida. En el invierno y principios de la primavera de 1916 había estado gozoso y feliz. ¿Qué lo había llevado de la felicidad al descontento? No había sufrido ninguna alteración en su vida personal. Su segundo matrimonio le estaba dando el mismo tipo de satisfacción que el primero. Su esposa lo complacía por entero, pero así como Ellen Axson Wilson no pudo mantenerlo feliz durante el primer año de su matrimonio, tampoco Edith Bolling Galt Wilson lo consiguió. La satisfacción de la delgada corriente de libido que se dirigía hacia las mujeres, no lo compensaba por la insatisfacción de las grandes corrientes vueltas hacia el padre. Durante el invierno y principios de la primavera de 1916, había estado contento, había creído que estaba a punto de llevar a los Estados Unidos a la guerra y volverse el dictador de la paz. Hemos visto que este proyecto ofrecía una magnífica salida para todas las corrientes de libido dirigidas hacia el padre. Durante el verano se había visto obligado a comprender más claramente que nunca, que el pueblo de América esperaba que él los mantuviera fuera de la guerra y que los aliados no le permitirían imponer la paz. Así, había debido abandonar la salida, que le diera tanta felicidad, para los deseos dirigidos hacia el padre. Había tenido una visión de sí mismo desempeñando "el más noble papel que jamás le ha tocado a un hijo de hombre". Todas las cargas principales de su libido se habían unido en un deseo abrumador de desempeñar ese papel. Ya no podía ser feliz a menos que pudiera creer que estaba a punto de convertirse en el Salvador del Mundo. Si no podía conducir a los Estados Unidos a la guerra con una cruzada por la paz que él mismo impondría, no le importaba mucho ser o no presidente. Y quedó aterrado ante el espectro que la comunicación alemana del 18 de octubre de 1916 hizo surgir ante él. Sintió que podía verse obligado a arrastrar contra su voluntad al pueblo americano hacia una "discusión mezquina" que daría como resultado, no sólo la pérdida de miles de vidas americanas y billones de dólares sino también el establecimiento de una paz poco satisfactoria. No tenía una idea exacta de los objetivos de guerra secretos de los aliados, pero su negativa a aceptar la ayuda de los Estados Unidos para el logro de sus objetivos de guerra proclamados, lo habían convencido de que sus fines no eran más nobles que los objetivos alemanes. Su deseo de evitar una guerra que podía terminar en una paz viciosa sin garantías de nuevas guerras, era casi tan fuerte como su deseo de conducir una cruzada por la paz perfecta. No quería engendrar la guerra sino la paz. Su identificación inconsciente con Cristo le hacía imposible decidirse a luchar hasta que pudiera creer que se trataba de una lucha por la paz.

Veinte

Después de ser reelecto, Wilson decidió que no había más que una manera de salir de sus dificultades; debía exigir que la guerra cesara por el bien de la humanidad, lo aprobaran o no los británicos. Creía que tal exigencia moral llevaría a negociaciones y a una paz sobre la base del status quo ante bellum. House se opuso intensamente a esta vía de acción. Wilson todavía dependía muchísimo de House. Su desprecio por Lansing se había vuelto intenso y su desconfianza por Tumulty lo había impulsado a pedir a su secretario que abandonara la Casa Blanca. No había sido capaz de resistirse a las lágrimas de Tumulty y lo había conservado en su cargo, pero tenía cuidado de ocultarle sus intenciones tanto como a Lansing. Aparte de Mrs. Wilson y el almirante Grayson, House era el único ser humano en quien confiaba.

El 14 de noviembre de 1916, Wilson mandó a llamar a House y discutieron todo el día "una y otra vez la cuestión de qué era mejor hacer", House "sosteniendo que por el momento nada era necesario hacer y debíamos permanecer vigilantes y en espera de los acontecimientos, mientras el presidente sostenía que la situación de los submarinos no permitía demoras y que valía la pena intentar la mediación antes de romper con Alemania". En su diario, House anotó: "Eran más de las once cuando propuso irse a dormir y me di cuenta de que estaba profundamente perturbado". Al día siguiente, House anotó: "Desayuné solo. El presidente se demoraba de una manera desusada, lo que revelaba una mala noche. Lo lamenté pero no se podía evitar. Me desagradaba venir a la Casa Blanca y trastornarlo hasta el punto en que a menudo lo hago... Le dije que Lansing, Polk y otros no veían ninguna crisis en la controversia del submarino y le pedí que olvidara todo el asunto por ahora. Esto lo aquietó apreciablemente y lo puso de mejor humor. Había estado deprimido..." A pesar de los argumentos de House. Wilson decidió apelar por la paz, pero House lo persuadió de que atenuara su apelación y postergara la publicación. La

apelación estaba lista pero Wilson todavía vacilaba en enviarla, cuando, el 12 de diciembre de 1916, el gobierno alemán publicó una declaración en la que expresaba la buena disposición de Alemania para participar de una conferencia de paz. Wilson, sin consultar a House, difundió su apelación explicando que no estaba inspirada en la propuesta alemana. La nota estaba firmada por el Secretario Lansing. Wilson mostraba allí con claridad que había llegado a contemplar a los aliados y a los alemanes casi con la misma sospecha. Escribió: "Se toma la libertad de llamar la atención sobre el hecho de que los objetivos que albergan los estadistas de los beligerantes de ambos lados en esta guerra, son virtualmente los mismos, como declararían, en términos generales, a sus pueblos y al mundo".

La apelación de Wilson no tuvo ningún resultado concreto, y quedó muy deprimido por el fracaso de su esfuerzo. Sin embargo era tan grande su horror por la senda que veía ante sí, que continuó luchando por alcanzar la paz inmediata a pesar de los esfuerzos de House por convencerlo de lo contrario. Este creía que Wilson debía abandonar la esperanza de paz y prepararse enseguida para la guerra. Wilson se negó. Se volvió hacia el gobierno alemán, sin la cordialidad obsequiosa pero con la misma esperanza con que se había dirigido al gobierno británico un año antes. Trató de conseguir una declaración de condiciones de paz razonables de Alemania; y estaba dispuesto, si ese país ponía en sus manos condiciones específicas y razonables, a obligar a los aliados a aceptarlas. Ansioso por mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra con Alemania, hasta consideró proponerle un "tratado Bryan", lo que hubiera imposibilitado la concurrencia de los Estados Unidos a la guerra con Alemania antes de un período mínimo de nueve meses, acercándose así a la posición pacifista que Bryan le había rogado que tomara en la época del hundimiento del Lusitania. En realidad, Wilson no fue nunca tan pacifista, como durante los dos meses que precedieron a la declaración alemana de combate submarino sin restricciones. Frustrado en su esfuerzo por transformarse en el Salvador del Mundo por medio de la guerra, estaba decidido a transformarse en un Príncipe de la Paz menor, negándose a ir a la guerra.

El conde von Bernstorff visitó a House el 27 de diciembre de 1916 y propuso que si el presidente lo aprobaba, cablegrafiaría a su gobierno sugiriendo que expusiera sus condiciones a través de él, solamente para el presidente y House. Wilson aceptó esta propuesta con intensa gratitud. Bernstorff hizo todo lo que pudo por convencer a su gobierno de que le enviaran condiciones razonables para presentar al presidente y mediante repetidas conversaciones

con House, indujo a Wilson a creer que era probable que recibiera tales condiciones.

Wilson comenzó a creer que el gobierno alemán estaba a punto de permitirle imponer la paz, tal como lo había creído el año anterior del gobierno británico. El 4 de junio de 1917, cuando House le urgió a prepararse para la guerra, replicó: "No habrá guerra. Este país no tiene la intención de verse involucrado en esta guerra. Somos la única de las grandes naciones blancas que está libre de guerra hoy en día, y sería un crimen contra toda la civilización que entráramos en ella". Empezó a tener sentimientos de los más amistosos hacia Bernstorff, que lo estaba ayudando de todo corazón en su intento de terminar la guerra, y a ser muy hostil hacia Lansing de quien creía que "no simpatizaba con su propósito de mantenerse al margen del conflicto". El 11 de enero dijo a House: "Bernstorff no es ni la mitad de peligroso para Lansing de lo que éste es para sí mismo, porque he estado muy cerca de pedirle su renuncia cuando publicó la declaración acerca de la última nota".

El 19 de enero de 1917, tenía tanta confianza en que Alemania estaba a punto de ofrecerle sus condiciones, que le pidió a House que preparara por adelantado y pusiera en código "un mensaje para Balfour y Lloyd George ... exponiendo, en cuanto lo tengas por escrito de Bernstorff, las condiciones y métodos a que están dispuestos a acceder los alemanes según lo indican ahora". El mismo día, sin que Wilson lo supiera, Bernstorff recibió del gobierno alemán no las condiciones razonables de paz que él y Wilson esperaban, sino la información de que el combate submarino sin restricciones recomenzaría el 10 de febrero de 1917.

Wilson, creyendo que la paz, no la guerra, estaba ya ante él, pronunció el 22 de enero de 1917 uno de los más grandes discursos de su carrera, en el que exigía "paz sin victoria". El 20 de enero de 1917 Bernstorff, luchando todavía por evitar la guerra entre Alemania y los Estados Unidos pero sabiendo que era casi inevitable, había escrito a House: "... Me temo que la situación en Berlín se está escapando de nuestras manos. Las exorbitantes exigencias de nuestros enemigos y el lenguaje insolente de su nota al presidente, parecen haber enfurecido a la opinión pública de Alemania en tal grado que el resultado puede ser cualquier cosa excepto favorable a nuestros planes de paz".

House envió esta carta a Wilson y éste le contestó el 24 de enero de 1917:

P S I K O L I B R O

Lo que se puede leer entre líneas del mensaje de Sharp, agregado a cosas como las que te estás enterando por Hoover, me convence de que si Alemania realmente quiere la paz puede conseguirla, y conseguirla pronto, sólo si aceptara confiar en mi y darme una oportunidad. Lo que te dijo Bernstorff el otro día, adaptado y restringido por lo que escribió después, es lo mismo que nada en lo concerniente a las negociaciones entre los beligerantes. Se me ocurre que sería bueno que volvieras a ver a Bernstorff en seguida (no donde puedan notar su reunión como la vez pasada, sino en algún lugar que no esté bajo observación) y le dijeras que éste es el momento de realizar algo, si real y sinceramente quieren la paz; que las indicaciones que nos llegan son de tal especie que nos hacen creer que, si tienen alguna sugerencia razonable para formularme, puedo hacer que las cosas anden; pero, con los preparativos que aparentemente están haciendo en vista a ataques sin restricciones a los mercantes, con la excusa de que están armados para la defensa, hay una terrible probabilidad de que las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania lleguen a un punto de ruptura y todo asuma un aspecto diferente. Los sentimientos, las exasperaciones, no tienen importancia ¿De veras quieren que yo ayude? Tengo derecho a saberlo porque quiero sinceramente hacerlo y ahora me he puesto en la situación de ayudar sin favorecer a ninguno de los adversarios ... Te bendigo de nuevo por el aliento y el apoyo que me das constantemente. A veces me siento muy solitario y a veces muy deprimido a mi pesar.

Es imposible reprimir la simpatía o la admiración para el Woodrow Wilson que escribió la carta precedente. En enero de 1917 habló, escribió y se comportó como un gran hombre; y de ninguna manera fue culpa de él que los esfuerzos profundamente sinceros que estaba haciendo en esa época, por engendrar la paz, resultaran en la guerra. El hecho de que un hombre se conciba a sí mismo como el Salvador del Mundo es tal vez absurdo, pero la humanidad hubiera sido afortunada si en ese momento las Grandes Potencias hubieran aceptado el liderazgo de Wilson.

En respuesta a la carta de Wilson del 24 de enero de 1917 House escribió el 27 de enero: "Le dije (a Bernstorff) que Alemania tenía que darte algo definido sobre lo cual trabajar, y de inmediato. Sugerí que declaren que estarán dispuestos a evacuar completamente tanto Bélgica como Francia y que convendrían en una mutua "restauración, reparación e indemnización".

Si Wilson hubiera recibido del gobierno alemán condiciones redactadas sobre los lineamientos de la sugerencia precedente, hubiera usado todos los poderes que poseía para producir la paz inmediata sobre esas condiciones. En ese momento, los aliados dependían tanto de los Estados Unidos en cuanto a municiones y ayuda financiera, que no podrían haberse resistido a una amenaza de embargo. Poco se puede dudar de que Wilson hubiera forzado a una "paz sin victoria". Pero el gobierno alemán no quería paz sin anexamientos o indemnizaciones. Así como el gobierno británico en 1915 y 1916 había preferido luchar por objetivos de guerra secretos sin la ayuda de los Estados Unidos, así el gobierno alemán en 1917, con la esperanza de amplias ganancias territoriales e indemnizaciones, prefirió llevar a los Estados Unidos a la guerra como su enemigo. El 31 de enero de 1917, el conde von Bernstorff, cumpliendo órdenes de Berlín, escribió dos cartas: una al secretario Lansing, que contenía la declaración de combate submarino sin restricciones y otra al coronel House, que contenía las condiciones de paz de Alemania -condiciones que hubieran hecho del Káiser el dictador de Europa.

Veintiuno

Wilson estaba confundido. Había tenido la esperanza de encontrarse al borde de convenir una paz justa sin involucrar a los Estados Unidos en la guerra; descubrió que pronto debería intervenir en ella sin ninguna garantía de cómo terminaría. Había llegado a creer que los objetivos de los aliados eran tan egoístas como los de las Potencias Centrales y sentía que estaba a punto de ser obligado a convertirse en el instrumento de los aliados. Empezaría la guerra sin una paz perfecta que la santificara. Para su identificación con Cristo eso era intolerable.

House escribió en su diario:

El presidente está triste y deprimido y en ningún momento del día tuve éxito en levantarle el ánimo. Estaba profundamente desilusionado por la repentina e injustificable actitud del gobierno alemán. Teníamos todas las razones para creer que dentro de un mes los beligerantes estarían conversando sobre la paz. El presidente dijo que se sentía como si el mundo se hubiera invertido de golpe, que después de andar de este a oeste había empezado a andar de oeste a este y no podía recuperar su equilibrio.

La cuestión que más discutimos fue si era mejor darle su pasaporte a Bernstorff en el acto o esperar hasta que los alemanes cometieran alguna acción manifiesta. Cuando vino Lansing se renovó la discusión y todos convinimos en que era mejor darle en seguida su pasaporte porque tomando ese camino había una posibilidad de traer a los alemanes a sus cabales ... El presidente insistió en que no permitiría que eso llevara a la guerra si había una posibilidad de evitarla. Reiteró su convicción de que sería criminal que su gobierno fuera introducido en la guerra de tal manera que no pudiera luego salvar a Europa. Habló de Alemania como de "un loco que debiera ser refrenado". Pregunté si le parecía que era justo para los aliados que les pidiéramos que ellos lo refrenaran, sin hacer nosotros nuestra parte. Ante esto, dio un notable respingo pero todavía se mantuvo en su determinación de no involucrarse si era humanamente posible actuar de otro modo.

El 3 de febrero de 1917, Wilson anunció al Congreso que había decidido romper las relaciones diplomáticas con Alemania, pero subrayó el carácter pacífico de la política que esperaba seguir. No podía llegar a admitir el hecho, reconocido por casi todos los americanos, de que la guerra era la consecuencia inevitable. Todavía retrocedía con horror ante el destino que tan largamente había tratado de evitar. No se oponía a la guerra en principio, pero aprobaba cierto género de lucha y detestaba otros. Hubiera conducido encantadísimo a los Estados Unidos a una guerra si estuviera seguro que era una cruzada por la paz, pero en este caso no lo estaba. En realidad, estaba convencido de lo contrario y no podía soportarlo. Tenía que encontrar alguna salida para su deseo de ser el Príncipe de la Paz.

Lo colmaba el enojo contra Alemania, que lo había forzado a la situación que su identificación con Cristo juzgaba intolerable. Mezclado con este enojo sentía un amargo resentimiento contra el gobierno alemán porque lo había tomado por tonto al engañarlo sobre sus intenciones, en enero de 1917, y juró que nunca más le creería. Lo culpaba en especial por el engaño ejercido sobre él, pero incluía en su odio a toda la clase dirigente de Alemania. Esa clase se volvió para él una hidra que lo forzaba al tipo de guerra que había luchado tanto tiempo por evitar. Continuó incluyendo en su "amor por la humanidad" al pueblo alemán, pero sus gobernantes se convirtieron desde entonces en demonios para él. La distinción que hacía invariablemente entre el gobierno y el pueblo alemán se produjo primero en su propio inconsciente.

Comenzó a sentirse muy enfermo. Rogaba por una guía. No podía dormir. Su nerviosidad, dolores de cabeza e indigestión aumentaron. Hasta el 31 de marzo de 1917 se sostuvo contra la marea de la opinión pública, que se elevó rápidamente después de la publicación de la nota de Zimmerman a México. En las primeras horas de la mañana del 10 de abril de 1917 escribió su mensaje de guerra.

La notable conversación con Frank Cobb ese día, muestra claramente que cuando Wilson escribió su mensaje contemplaba con horror impotente la perspectiva de conducir a América al conflicto para arribar a una paz viciosa. Sentía que estaba ingresando no a la guerra que quería, sino a la "que los aliados querían y se darían el gusto de ganar con su ayuda justamente aquello contra lo cual América había tenido esperanzas de luchar". Sin embargo en el discurso que había preparado justo antes de conversar con Cobb, habló como si estuviera entrando en la clase de guerra en la que quería entrar. En público se expreso como si estuviera conduciendo a los Estados Unidos a una cruzada por una paz perfecta.

Esto parece hipocresía; pero un cuidadoso examen mostrará que no lo era. La aparente hipocresía de Wilson era casi siempre autoengaño. Tenía una enorme capacidad de ignorar los hechos y una inmensa fe en las palabras. Sus sentimientos hacia los hechos y las frases eran exactamente los inversos a los de un científico. No podía permitir que una hermosa frase fuera malograda por un hecho que la contradijera. Se deleitaba en ver cómo la realidad desagradable era suprimida por bellas expresiones. Cuando creaba una frase comenzaba a creer en ella sin tener en cuenta los hechos. A fines de marzo de 1917 se encontró frente a un dilema que no podía resolver de ninguna manera.

Los hechos le decían que la guerra terminaría en una paz viciosa. Si se atenía a ellos no tenía más que dos opciones, podía decir: la guerra terminará en una paz defectuosa, pero la actitud de Alemania nos obliga a ingresar en ella; o: me rehúso a entrar en la guerra, a pesar de las provocaciones alemanas, porque esta terminará en una paz viciosa. No podía resolverse a aceptar ninguna de estas alternativas. Por una parte, había anunciado tan decidida y repetidamente la intención de los Estados Unidos de ir a la guerra si Alemania recomenzaba los hundimientos sin aviso, que persistir en la neutralidad, los hubiera convertido, a él y a los Estados Unidos, en una broma internacional. Por otra parte no podía forzarse a decir al Congreso: Alemania ha cometido actos hostiles contra nosotros, por lo tanto tendremos que declarar la guerra. Lo lamento porque nos costará miles de vidas y billones de riquezas y al final habrá una paz vergonzosa que condenará al mundo a otra contienda peor que ésta. Su identificación con Cristo era tan poderosa que no podía proponer la guerra excepto como medio para producir la paz. Tenía que creer que de alguna manera emergería de esta prueba como el Salvador del Mundo. A fines de marzo de 1917 tuvo que pedir una declaración de guerra. Los hechos estaban en el más terrible conflicto con su deseo. Y de la manera que se le había vuelto habitual, escapó de su dilema ignorándolos.

En su mensaje expresó, no su deseo de que la guerra fuera una cruzada, sino su convicción de que lo era, y olvidó los hechos. Pero estos estaban todavía presentes en su mente cuando conversó con Cobb, y se los expuso. Después hizo todo lo posible por suprimir las realidades desagradables y en gran medida tuvo éxito. Los acontecimientos de la guerra llegaron a ser para él no los reales sino los que inventaba para expresar sus deseos. De vez en cuando la realidad emergía de la supresión y él los rechazaba con renovadas afirmaciones de los hechos imaginarios que expresaban sus deseos. Estaba persuadido por sus propias palabras. Comenzó a creer a pie juntillas en sus frases. Hizo que muchos hombres en numerosos países confiaran en que la guerra terminaría en una paz justa y "embriagó" a toda América con este "espíritu de auto-sacrificio", pero ningún hombre fue más engañado o embriagado por sus palabras que él mismo.

Desde el 10 de abril de 1917 hasta su muerte, hubo en la mente de Wilson dos conjuntos de hechos completamente diferentes acerca de la guerra y la paz: los acontecimientos reales, suprimidos en todo lo posible, y los que sus deseos habían creado. El divorcio de la realidad que al final le permitió saludar al Tratado de Versalles como "un seguro del noventa y nueve por ciento contra la

guerra" tenía sin duda sus raíces en la infancia, pero comenzó a florecer libremente en la noche que escribió su mensaje de guerra y no pudo afrontar los hechos. Anunció que la contienda era una cruzada, sabiendo bien en un recinto cerrado de su mente que los cruzados jamás alcanzarían la Tierra Santa, pero creyendo en el resto de su mente, porque así lo deseaba, que con las palabras que había aprendido en las rodillas de su padre, conduciría a todos los ejércitos más allá del egoísmo hasta el Santo Sepulcro de la paz universal donde encontrarían... a Wilson.

Su incertidumbre durante los dos meses que separaron la declaración del combate submarino sin restricciones el 19 de febrero de 1917, de su decisión de ir a la guerra el 19 de abril del mismo año, requiere un breve comentario. Aún después de haber escrito su mensaje, su incertidumbre persistió. El memorándum de Cobb sobre su conversación con Wilson el 19 de abril de 1917, contiene el siguiente pasaje: "Nunca lo había visto tan agotado. Tenía el aspecto de no haber dormido y me dijo que así era. Manifestó que probablemente se presentaría ante el Congreso al día siguiente para proponer una declaración de guerra; que jamás en su vida había estado tan inseguro sobre algo como sobre esa decisión. Durante noches enteras, dijo, he estado acostado despierto revisando toda la situación. ...". La identificación de sí mismo con Cristo era incuestionablemente la fuerza psíquica principal que le hacía tan difícil resolverse, pero una causa adicional parece haber contribuido a su excesiva incertidumbre. La escena en la Sala de Gabinete de la Casa Blanca después de que Wilson pronunciara su mensaje de guerra queda sin explicación. Tumulty la describió así:

Durante algún tiempo permaneció sentado, silencioso y pálido, en la Sala del Gabinete. Por fin dijo: "Pienso qué era lo que estaban aplaudiendo. Mi mensaje de hoy fue un mensaje de muerte para nuestros jóvenes. Qué extraño parece aplaudirlo... Mientras parecí indiferente a las críticas que me han tocado durante estos días cruciales, unos pocos trataron de comprender mi propósito y simpatizaron todo el tiempo con lo que yo trataba de hacer. ... Hay un viejo magnífico en Springfield, Massachusetts, editor de un gran periódico de allí, que comprendió mi posición desde el principio y que simpatizó conmigo durante todo el asunto... quiero leerles la carta que recibí de este magnífico anciano".... Mientras leía, la emoción que sentía por la afectuosa comprensión que transmitían las palabras lo embargó... "Ese hombre me comprendió y simpatizó". Al decir esto el presidente sacó su pañuelo del bolsillo, secó las

P S I K O L I B R O

grandes lágrimas que había en sus ojos y después, apoyando la cabeza en la mesa del Gabinete, sollozó como si fuera un niño.

Mientras su padre vivió, Woodrow Wilson nunca había tomado ninguna decisión importante sin pedir su consejo. Y una parte de su incertidumbre cuando afrontó la suprema decisión de su vida parece haber surgido de la simple circunstancia de que no podía preguntarle a su padre qué hacer. Tenía que tomar una decisión sin su aprobación. Cuando acababa de tomarla leyó una carta de afectuoso apoyo de un "magnífico anciano", luego "apoyando la cabeza en la mesa del Gabinete sollozó como si fuera un niño". El pequeño Tommy Wilson todavía necesitaba enormemente la tierna simpatía y la aprobación de su "incomparable padre".

Veintidos

El poder del deseo de Wilson de dirigir una cruzada que resultara el establecimiento de él mismo como juez del mundo, se evidenció en su ofrecimiento voluntario para desempeñar ese papel en octubre de 1915, y por su infelicidad en los meses que siguieron a mayo de 1916, cuando llegó a convencerse de que Inglaterra no le permitiría hacerlo. Tan pronto como se persuadió de que transformaría la guerra en una cruzada repitiendo que lo era, se volvió calmo, relativamente feliz y fuerte. Durante la contienda soportó cargas grandes para un hombre cuyas arterias estaban en condición precaria, y aunque continuó perturbado como de costumbre por los trastornos gástricos y dolores de cabeza biliares de origen nervioso, no sufrió ningún "colapso". Su Superyó, su narcisismo su actividad y pasividad hacia el padre y su formación reactiva contra esta última, estaban provistos de salidas sumamente satisfactorias. Iba a realizar lo imposible, era el hombre más grande, mataría hombres, era el Salvador del Mundo, y además tenía a su esposa y a House para amar.

No retrocedió ante ninguna medida tendiente a hacer efectiva y decisiva la intervención de los Estados Unidos. Propuso y obtuvo la aprobación de una ley de conscripción. Organizó comisiones gubernamentales para manejar problemas estratégicos. Nombró como jefes de esos órganos a los hombres más capaces que pudo encontrar, sin distinción de partidos. En algunos casos los designados fueron extremadamente eficientes, en otros, ineficaces. Los apoyó a todos. No tenía ni la fuerza física ni el deseo de supervisar el trabajo de estos nuevos órganos o de los Departamentos. Había tomado en sus propias manos las relaciones exteriores y su interés personal radicaba menos en la guerra que en la paz final. El senador Lodge, que había llegado a ser director de la Comisión de relaciones exteriores del Senado, ofreció su cooperación en ese campo. Wilson, que como hemos visto comenzó en 1916 a experimentar por Lodge un intenso odio neurótico, rechazó su oferta.

Balfour había reemplazado a Grey como Secretario de relaciones exteriores británico. Vino a América en abril de 1917 para informar a Wilson que la situación de los aliados era desesperada, probablemente Rusia se retiraría de la guerra, la moral de Francia se derrumbaba, la situación financiera de Inglaterra amenazaba con un desastre y los Estados Unidos tendrían que soportar una carga enormemente mayor, de lo que tanto Wilson como cualquier otro en América había previsto. Estaba preparado para revelar al presidente al menos algunos de los tratados secretos de los aliados y a discutir los objetivos de guerra, su poniendo, como era natural, que Wilson insistiría en definir los objetivos precisos por los que debía pedir al pueblo de los Estados Unidos que derramara un torrente de sangre y de riqueza.

Wilson quería arreglar la cuestión de los fines de la guerra con Balfour definitiva e inmediatamente. En ese momento podría haber redactado sus propias condiciones de paz y haber convertido el conflicto bélico en la cruzada que había proclamado. Los aliados estaban completamente a su merced. Pero House lo convenció de que no exigiera a Balfour una definición de los objetivos de guerra, afirmando que la discusión que siguiera interferiría con la prosecución de las hostilidades. Tanto Wilson como House pasaron por alto el hecho de que todas las potencias que combatían habían discutido sus condiciones en detalle mientras proseguían la lucha con notable eficacia. Además House insertó en la mente de Wilson la imagen de una conferencia donde Inglaterra cooperaría lealmente con los Estados Unidos para establecer una paz justa y duradera. Y éste, siempre ansioso de "esquivar los problemas", dejó pasar esta oportunidad de evitar las condiciones del Tratado de Versalles y

asegurar la paz con la cual soñaba. Al parecer, tanto el presidente como House, habían comprendido muy mal la clase de respeto que los gobiernos de Europa sentían por Wilson. Por el presidente, ejerciendo el poder de América, tenían el mayor respeto; por Woodrow Wilson como líder moral no lo tenían. Mientras la ayuda material de los Estados Unidos fuera vital para los aliados, tenían que ceder ante el presidente de los Estados Unidos, pero Woodrow Wilson nunca fue capaz de "embriagar" a ningún estadista europeo con "este espíritu de autosacrificio".

Balfour mencionó la existencia de algunos de los tratados secretos y prometió enviárselos, pero jamás lo hizo, y después de obtener la máxima asistencia material de los Estados Unidos, volvió feliz a su patria. Aunque Wilson no había sido capaz de pelear la cuestión de los tratados secretos, expresó en todos sus discursos públicos la absoluta seguridad de que conseguiría una paz justa y duradera al final de la guerra, y una y otra vez anunció su amistad por el pueblo alemán y su convicción de que la derrota no les reportaría sufrimiento sino beneficio. Por ejemplo, el 14 de junio de 1917 dijo:

Sabemos ahora tan claramente, como lo sabíamos antes de estar nosotros complicados, que no somos enemigos del pueblo alemán y que ellos no lo son de nosotros. No originaron ni desearon esta espantosa guerra ni quisieron que nos viéramos arrastrados a ella; y tenemos una vaga conciencia de que estamos luchando por su causa, como lo verán algún día, tanto como por la nuestra... el gran hecho que sobresale por encima de todo es que ésta es una Guerra del Pueblo, una guerra por la libertad, la justicia y la autonomía de todas las naciones del mundo, una guerra para hacer el mundo seguro para los que viven en él y lo han hecho suyo, incluido el pueblo alemán.

El hecho inaceptado de la existencia de los tratados secretos, permanecía sin embargo en la mente de Wilson y lo perturbaba. El 21 de julio de 1917, le escribió a House:

Inglaterra y Francia no tienen las mismas ideas que nosotros acerca de la paz, de ninguna manera. Cuando termine podremos forzarlos a nuestro modo de pensar porque en esta época, entre otras cosas, estarán financieramente en nuestras manos. Pero no obligarlos ahora, y cualquier intento de hablar por ellos o de expresar nuestra común intención, provocaría desacuerdos que inevitablemente saldrían a la superficie en público y despojarían de su eficacia a nuestra alianza ... Nuestras verdaderas condiciones de paz -aquellas sobre

las cuales insistiremos sin duda alguna- no son ahora aceptables ni para Francia ni para Italia (dejando por el momento a Gran Bretaña fuera de consideración).

Wilson, con su curiosa costumbre de repetir a House los mismos pensamientos que éste había instilado en su mente, tomó así la posición de ignorar los tratados secretos mientras durara la guerra, porque no quería fricciones con los aliados; pero afirmaba su determinación de obligarlos a hacer una paz de reconciliación después de la victoria, mediante manejos del poder financiero de los Estados Unidos. Estaba seguro de que usando sus armas económicas y su arte para influenciar a los hombres con las palabras, podría alcanzar la paz que deseaba. Una y otra vez prometió públicamente al pueblo alemán una absoluta justicia.

Se ha afirmado a menudo que Wilson era un consumado hipócrita, que nunca tuvo la intención de dar al pueblo alemán una paz decente, sino que sus promesas eran meras armas para destruir su moral, medios para "iniciar un incendio detrás del gobierno alemán". Esto es profundamente falso. Sabía perfectamente que sus palabras disminuían la confianza del pueblo alemán en el gobierno haciéndole creer que la derrota, les traería una paz justa y duradera; que quebrarían su voluntad de luchar y así apresurarían el derrumbe de Alemania. Pero la intención de dar al pueblo alemán una paz conveniente era profundamente sincera. Sus deseos más hondos respaldaban su voluntad de hacerlo. En su conversación con uno de los autores de este libro, después de su exaltado discurso del 4 de diciembre de 1917, expresó sus verdaderos sentimientos: "Sí, ¿y no fue horrible? Todos esos congresistas y senadores aplaudiendo la más mínima proposición belicosa que yo tenía que decir, ignorando todo aquello que me interesaba de verdad... ¡odio esta guerra! Odio toda guerra y lo único que me interesa en la tierra es la paz que voy a hacer cuando termine". Mientras decía esto brotaban lágrimas de sus ojos y corrían por sus mejillas. Creía por entero en su misión. Era el Hijo de Dios que emprendía la guerra para dar al mundo entero una paz perfecta. Hacía sus promesas al pueblo alemán con la máxima sinceridad.

Una vez que las hubo formulado y rechazado el método de convalidarlas por negociaciones inmediatas con los aliados, se sintió profundamente comprometido en su honor con el pueblo alemán, el americano y todos los pueblos del mundo a convalidar sus promesas por los medios que había elegido. Sentía agudamente su obligación y estaba seguro de que tendría el

P S I K O L I B R O

coraje de usar sus armas, cumplir sus promesas y conseguir una paz perfecta. Su valor y sabiduría le inspiraban una confianza absoluta. El 12 de noviembre de 1917, dijo en un discurso: "A lo que me opongo no es a los sentimientos de los pacifistas sino a su estupidez. Mi corazón está con ellos, pero mi mente los desprecia. Quiero la paz, pero yo sé cómo conseguirla y ellos no".

El 8 de enero de 1918 pronunció en el Congreso el discurso en que enumeró los Catorce Puntos que llegaron a ser la base del convenio de armisticio y del Tratado de Versalles. Especificar objetivos de guerra, aunque fueran tan vagos como éstos, estaba más allá de su conocimiento de Europa, y en gran parte fundamentó sus puntos sobre recomendaciones de la Investigación House, una organización de profesores universitarios cuya formación Wilson había encargado al coronel en el mes de septiembre, para preparar la Conferencia de Paz.

En enero de 1918 Wilson estaba convencido de que podría elevar la guerra al plano de una cruzada por los principios del Sermón de la Montaña, mediante el poder de sus palabras. Su identificación con Cristo guiaba sus discursos. La medida en que esta identificación lo poseía queda ilustrada por el hecho de que, tras leer el libro de George B. Herron en que se lo compara con Jesús, se lo regaló a varios amigos diciendo "Herron es el único hombre que realmente me comprende."

El exitoso ataque de Ludendorff del 22 de marzo de 1918 obligó a Wilson a atemperar por el momento el tenor cristiano de sus discursos y a dedicar su atención a despertar un espíritu bélico en América, y sólo en setiembre de 1918, con los ejércitos alemanes en plena retirada, pudo otra vez hablar libremente como Cristo.

El 2 de setiembre de 1918, House le escribió pidiéndole "que considerara si no sería prudente tratar de comprometer a los aliados en alguno de los objetivos por los que estamos luchando" y lo apremiaba a tomar el mismo camino que le había instado a abandonar cuando Balfour estuvo en América en abril de 1917. Wilson, habiéndose apropiado de las anteriores ideas de House, se negó a iniciar negociaciones con los aliados. Por el contrario, el 27 de setiembre de 1918, volvió a hablar como Cristo, formulando cuatro principios sobre los cuales se debía hacer la paz: el primero era: "La justicia imparcial que debe ser aplicada exige que no exista ninguna discriminación entre aquellos con quienes queremos ser justos y aquellos con quienes no quisiéramos serlo. Debe ser una

justicia que no tenga favoritos y que no reconozca otra norma que los derechos iguales de los pueblos en cuestión."

El 29 de setiembre de 1918 Ludendorff, creyendo que sus ejércitos enfrentaban la destrucción, exigió que el gobierno alemán pidiera un armisticio inmediato. El 5 de octubre de 1918 el canciller alemán, príncipe Maximiliano de Baden, pidió un armisticio inmediato y aceptó como base de las negociaciones de paz, "el programa expuesto por el presidente de los Estados Unidos en su mensaje al Congreso el 8 de enero de 1918, y en sus pronunciamientos subsiguientes, particularmente en su discurso del 27 de setiembre".

Veintitrés

Wilson envió a House a París para que manejara las negociaciones de armisticio con los aliados. El 19 de octubre de 1918, cuando Clemenceau, Lloyd George y Sonnino enfrentaron a House en París, se negaron a hacer un armisticio sobre la base de los Catorce Puntos. El coronel los amenazó con que los Estados Unidos podían hacer una paz por separado. Wilson lo apoyó con el siguiente cablegrama:

Siento que es mi solemne deber autorizarte a decir que no puedo consentir en tomar parte de negociaciones sobre una paz que no incluya la libertad de los mares, porque hemos prometido combatir no sólo el militarismo prusiano sino el militarismo en todas partes. Tampoco podría participar de un arreglo que no incluyera una Liga de las Naciones, porque tal paz daría como resultado, después de unos años, que no hubiera ninguna garantía excepto el armamento universal, que sería desastroso. Espero no verme obligado a hacer pública esta decisión.

Así Wilson comenzó su lucha con los aliados apoyando la amenaza de House de hacer la paz por separado y agregó la de hacer público su desacuerdo con los líderes de esos países, si se negaban a llevar a cabo los Catorce Puntos. Ninguna palabra permisible en negociaciones diplomáticas podría haber mostrado con más claridad su determinación de pelear por la paz que había prometido al mundo, o la fuerza de su deseo de ser el justo juez de la humanidad. Sus identificaciones con la Trinidad lo dominaban plenamente.

El 14 de noviembre de 1918, cablegrafió a House respecto de la organización de la Conferencia de paz: "Supongo que me elegirán para presidiría." El coronel contestó que dado que dicha Conferencia se mantendría en Francia, las costumbres diplomáticas exigían que Clemenceau presidiera y que podría ser imprudente que Wilson participara de ella. El presidente quedó en extremo disgustado. Cablegrafió a House el 16 de noviembre de 1918: "Eso trastorna cada uno de los planes que hemos hecho. El cambio de programa me arroja a una completa confusión... Deduzco que los líderes franceses y británicos desean excluirme de la Conferencia por temor de que allí dirija a las naciones más débiles contra ellos... Decididamente objeto el hecho de que la soberbia deba impedir que obtengamos los resultados en que hemos puesto nuestros corazones..."

Dictar la ley de Dios a las naciones ofrecía una salida tan magnífica para todos los deseos profundos de Wilson, que la mera sugestión de que sería más prudente que no participara de la Conferencia, lo arrojaba "a una completa confusión". Quería juzgar al mundo en persona, en verdadera presencia, con autoridad no delegada, desde el trono. No podía mantenerse lejos de la Conferencia de Paz.

Wilson, en la Casa Blanca, contemplando la tarea que lo esperaba, dijo a su secretario: "Bueno, Tumulty, este viaje será el mayor éxito o la suprema tragedia de toda la historia; pero creo en la Divina Providencia. Si no tuviera fe me volvería loco. Si creyera que la dirección de los asuntos de este mundo desordenado depende de nuestra inteligencia finita, no sabría cómo razonar para conservar la salud mental. Pero tengo fe en que ningún conjunto de hombres, no importa cómo concierten su poder o su influencia, puede derrotar esta gran empresa mundial, que a fin de cuentas es la empresa de la piedad Divina, la paz y la buena voluntad." Así como sintió en 1912 que Dios había ordenado que fuera presidente de los Estados Unidos, en 1918 sintió que Él disponía que trajera al mundo paz eterna. Fue a París como delegado de Dios.

Tenía la intención de hacer la paz con la recatada ayuda de House y a pesar de que los republicanos habían obtenido la mayoría del Senado en las elecciones de noviembre y de que el tratado que estaba a punto de negociar requeriría la ratificación por una mayoría de dos tercios, rechazó las propuestas de cooperación de los republicanos, negándose a llevar consigo a dos de sus líderes más destacados. Como agente de Dios se sentía seguro de su poder para sobreponerse a cualquier posible oposición senatorial.

También se negó a llevar consigo un secretario personal. Sus sentimientos contradictorios respecto de Joe Tumulty, que tenían su raíz en las emociones encontradas que había despertado su hermanito Joe Wilson, produjeron este extraordinario fenómeno. Desconfiaba tanto de Tumulty que no quería llevarlo a la Conferencia de Paz, lo amaba tanto, que no podía soportar herir sus sentimientos llevando otro secretario. Partió para reorganizar el mundo con un equipo personal que consistía en su médico y dos estenógrafos.

Llevó también a los profesores de la Investigación House, que estaban bien documentados pero no tenían ninguna experiencia en negociaciones internacionales... Durante una audiencia en el vapor George Washington en la que reveló cuán amplia era su ignorancia de Europa, les dijo: "Señálenme lo que esté bien y yo lucharé por ello; consoliden mi posición." No hizo nada más que esto por organizar sus fuerzas. No tenía un plan detallado de campaña diplomática. No se había molestado personalmente en la organización de la delegación y cuando descubrió en el George Washington que el secretario y los adjuntos de la delegación, elegidos por Lansing, eran hombres por los que sentía un desprecio personal, se puso furioso. Al llegar a París el 14 de diciembre de 1918, le dijo a House que tenía la intención de despedir a esos secretarios y elegir otros. House lo convenció de que no tomara esta actitud drástica. Desde entonces Wilson evitó, tanto como le fue posible, todo contacto con Lansing y el secretariado de la delegación americana, con lo que se privó de la ayuda que su servicio diplomático podría haberle prestado.

House lo urgió a tomar de inmediato un secretario personal. Wilson se negó diciendo: "A Tumulty le destrozaría el corazón." Entonces House le ofreció los servicios de su propio equipo, que encabezaba su yerno, a quien Wilson no estimaba. El secretariado de House se alojaba en el hotel Crillon; Wilson residía en el Palacio Murat a más de medio kilómetro de allí. El resultado fue que, si bien Wilson trasladó muchos asuntos a House durante la Conferencia, nunca

P S I K O L I B R O

empleó al secretariado de éste como suyo, e hizo su trabajo personalmente, sin secretario. Se quedaba sentado en el Palacio Murat con su esposa, su médico y sus dos estenógrafos y atendía en persona miles de asuntos sin importancia, en los que jamás debió ocupar su atención o su escasa reserva de fuerza física. La confusión en sus papeles y en su mente llegó a ser espantosa.

Sin embargo, durante sus primeras semanas en Europa creyó que estaba a punto de dar al mundo la paz perfecta que había prometido. Fue recibido por todos los pueblos como un Salvador. A la adulación de Francia e Inglaterra se agregó la de Italia, donde los campesinos encendían velas delante de su retrato; y la fe desesperada de Alemania, donde los soldados cansados que volvían a la patria, pasaban bajo un triste arco de homenaje que tenía inscriptas las palabras:

Seid willkommen, wacker Streiter.

Gott und Wilson helfen weiter.

(Bienvenidos sean, esforzados combatientes)

(Dios y Wilson seguirán ayudándolos.)

Wilson pasó tres felices semanas exhibiéndose a los adoradores europeos y no es raro que su confianza en sí mismo y en su misión aumentaran. En el Palacio de Buckingham, después de la cena, pronunció un discurso refiriéndose regiamente a los ciudadanos de los Estados Unidos como "mi pueblo". En Milán dejó de lado todas las costumbres presbiterianas y fue a la ópera en domingo. Allí la veneración aullante de la multitud llegó al delirio. Wilson comenzó a echar besos a la muchedumbre, la muchedumbre devolvió los besos, y esto se repitió hasta convertir el delirio en éxtasis. No es raro que regresara de sus viajes convencido de que los pueblos de Europa se levantarían y le seguirían, aún contra sus propios gobiernos.

Veinticuatro

Retornó a París el 7 de enero de 1919, ansioso de ponerse a trabajar. Pero no se había llegado a un acuerdo sobre el programa de la Conferencia. Wilson había rechazado personalmente el lógico programa francés, porque dejaba la Liga de las Naciones como última cuestión a considerar y él deseaba que se la estableciera antes de que se discutieran las condiciones. Insistió en garantizar la paz por parte de los Estados Unidos, previo al acuerdo sobre alguna condición. Explicó a House su preferencia por este procedimiento el 14 de diciembre de 1917, diciendo que tenía la intención "de hacer de la Liga de las Naciones el centro de todo el programa y que lo demás evolucione a su alrededor. Una vez que esto sea un fait accompli casi todas las dificultades serias desaparecerán".

Las desventajas prácticas del plan de procedimientos de Wilson eran obvias. Al garantizar las condiciones de paz antes de saber que eran justas, satisfactorias y dignas de perpetuarse, arriesgaba la posibilidad de descubrir al final de la Conferencia que había comprometido a los Estados Unidos a mantener condiciones injustas y efímeras, asegurando que el pueblo americano se viera involucrado en las futuras guerras que surgieran de arreglos parciales. Además, al garantizar la paz por adelantado entregaba a los estadistas de los aliados una de sus más fuertes cartas diplomáticas. La esperanza fundamental de Lloyd George, Clemenceau y Orlando era obtener la garantía de los Estados Unidos para las anexiones que pensaban hacer. Los británicos habían estado tratando de conseguirla por medio de una Liga de las Naciones ya desde las cartas de Grey a House en 1915. Y el 7 de enero de 1919, cuando House señaló a Clemenceau, dispuesto a aceptar la Liga pero escéptico en cuanto a su valor, que mediante ella podía conseguir que los Estados Unidos garantizaran los límites de Francia, Clemenceau se convirtió en el defensor de una Liga mucho más fuerte de lo que querían tanto los británicos como Wilson. Este último había expresado reiteradamente en su discurso del 22 de enero de 1918, que un representante honorable del pueblo americano sólo podía pedirle que garantizara la paz "si los convenios territoriales finales de la Conferencia fueran justos, satisfactorios y dignos de perpetuarse". Si Wilson se hubiera

atenido a este punto de vista, el deseo de los líderes aliados de obtener la garantía de los Estados Unidos, hubiera sido una influencia en favor de condiciones justas. Pero una vez adelantada la garantía de los Estados Unidos, se sintieron en libertad de insistir sobre sus condiciones extremas.

Las ventajas prácticas del plan de procedimientos de Wilson eran, por decir poco, bastante problemáticas. Creía que el establecimiento de la Liga de las Naciones, al hacer que "la seguridad precediera a la paz", daría a los estadistas reunidos en París tal sensación de tranquilidad y hermandad, que él podría inducirlos a tratar a todas las naciones con el espíritu del Sermón de la Montaña y que "todas las dificultades serias desaparecerían". Sin embargo la conversión de Lloyd George, Clemenceau y Orlando, era tan dudosa que debemos sospechar que la razón de Wilson estaba actuando nuevamente al servicio de su libido y que sus motivos reales estaban en su inconsciente.

El lector recordará tal vez su carta del 21 de julio de 1917 a House, en la que escribió: "Inglaterra y Francia no tienen las mismas ideas que nosotros acerca de la paz, de ninguna manera. Cuando termine la guerra podremos forzarlos a nuestro modo de pensar, porque en esa época, entre otras cosas, estarán financieramente en nuestras manos..." La guerra había terminado. Los aliados dependían económicamente de los Estados Unidos. Su severo cable en la época de las negociaciones de armisticio había hecho parecer seguro que cuando llegara a París diría a Lloyd George, Clemenceau y Orlando: Caballeros, he venido aquí para hacer la paz sobre la base de mis Catorce Puntos y sobre ninguna otra. Hay que interpretar esos puntos con un espíritu de justicia imparcial, como dije el 27 de septiembre pasado. Ustedes se comprometieron a estipular una paz sobre esa base al aceptar el convenio de armisticio. Si tratan de no cumplir su palabra y se evaden de sus obligaciones, de ninguna manera forzaré al pueblo de los Estados Unidos a garantizar el acuerdo que ustedes hagan, ya que así los involucraría en las futuras guerras que tales medidas asegurarán. Me retiraré de la Conferencia, denunciándolos públicamente como los enemigos de la paz permanente, suprimiré la asistencia financiera y económica de los Estados Unidos, que es lo único que les da de vivir, haré una paz por separado sobre condiciones justas con Alemania y dejaré que enfrenten a los pueblos de sus propios países, que exigen una paz justa y permanente, quiéranla ustedes o no.

Si hubiera seguido ese camino habría alcanzado su objetivo. Pero en algún momento entre las negociaciones de armisticio y su llegada a París el 14 de

diciembre de 1918, decidió luchar por la paz que quería no con estas armas masculinas sino con las de la femineidad, no con la fuerza sino con la persuasión. Tenía en sus manos medios económicos y financieros tremendamente poderosos. Todas las naciones aliadas estaban viviendo de abastecimientos y créditos americanos. Pero usar esas armas involucraba una lucha que nunca había sostenido y que no podía hacer en persona, a menos que lo impulsara su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Nunca en su vida se había atrevido a pelear a puñetazos. Todas sus peleas lo fueron de palabra. Cuando envió a House su enérgico cable, él estaba en la Casa Blanca lejos del campo de batalla. Aislado en esa confortable ciudadela podía tronar como Jehová, pero cuando se acercó en persona a la batalla con Clemenceau y Lloyd George, la profunda femineidad subyacente de su carácter comenzó a controlarlo y él descubrió que no quería combatirlos por la fuerza. Quería predicarles sermones y convertirlos a la rectitud con paráfrasis del Sermón de la Montaña. Como estadista en París fue el verdadero hijo del reverendo Joseph Ruggles Wilson, abrumado por su pasividad hacia él.

Su razón, al servicio del temor a una pelea masculina y del deseo inconsciente de ser Cristo, inventó la reconfortante teoría de que podía obtener todo lo que quería sin luchar, entregar todas sus armas a los enemigos y convertirlos en santos por ese noble gesto. Decidió no usar sus medios económicos y financieros, no retener su garantía de paz hasta que las condiciones hubieran sido definidas como él quería, sino continuar dando a los aliados colosales créditos, establecer la Liga de las Naciones y garantizar la paz antes de que se considerara su naturaleza. Su obediente razón le dijo que los estadistas reunidos en París tendrían entonces tal sensación de seguridad y hermandad y tal amor por la nobleza de su carácter, que escucharían sus pedidos de tratar a todas las naciones con el espíritu del Sermón de la Montaña. Empezó a imaginar la Conferencia en una forma que le era familiar y profundamente adecuada a él, la de un fraternal club de debates, la de los "Ligh Foots" y de las sociedades de debates de Davidson, Princeton, la Universidad de Virginia, Johns Hopkins y el Wesleyan. Se sentía una vez más a punto de redactar una constitución para un club de debates que se llamaría la Liga de las Naciones y se figuraba a sí mismo tomando la palabra en una asamblea fraternal de la Conferencia de Paz para "guiar a las naciones más débiles" contra las potencias más fuertes. Los Profesores de la Investigación le dirían que estaba bien y, en el debate, lucharía por ello. En esa reunión de hermanos "embriagaría a los hombres con este espíritu de autosacrificio", se sobrepondría a toda oposición mediante las palabras, guiaría al mundo a una paz duradera y

P S I K O L I B R O

a sí mismo hacia la inmortalidad. La perspectiva lo complacía muchísimo. No sólo le permitía "esquivar los problemas" sino también exhibir ante los gobernantes del mundo aquellas de sus cualidades de las que estaba más orgulloso

Desgraciadamente su hipótesis no tenía nada que ver con los hechos. Su concepción de que una vez que la Liga fuera un fait accompli casi todas las dificultades serias desaparecerían, no tenía ninguna base en la realidad sino sólo una fuente en el inconsciente. El establecimiento de la Liga no alteró en ninguna medida la personalidad de los estadistas reunidos en París. En verdad les dio un arma final para usar contra él. Pronto se dieron cuenta de que la Liga de las Naciones se había vuelto para Wilson un objeto sagrado, una parte de sí mismo, su título a la inmortalidad, su ley; que no sería capaz de retirar su garantía de paz, no importa cuáles condiciones exigieran; y que ellos podrían servirse de la Liga contra él diciéndole que ésta sería rechazada si no aceptaba sus condiciones.

Wilson, después de convencerse de que una vez establecida la Liga, las sombras desaparecerían en un amanecer de amor cristiano, puso toda su energía en la tarea de redactar una constitución para ella. Resolvió los problemas militares, económicos y territoriales de la Conferencia dándoles la espalda, y sólo el 24 de enero de 1919 se vio obligado a enfrentar una realidad desagradable. Ese día, hablando en nombre del Imperio Británico, Lloyd George dijo que se oponía a que se devolviera a Alemania alguna de sus colonias. El quinto de los Catorce Puntos de Wilson, que el Imperio Británico había aceptado, decía:

Un arreglo libre, de espíritu amplio y absolutamente imparcial de todas las reivindicaciones coloniales, basado sobre una estricta observancia del principio de determinar todas las cuestiones de soberanía, los intereses de las poblaciones en cuestión, tendrán igual peso que las reivindicaciones equitativas del gobierno cuyo título se ha de determinar.

Wilson afrontaba su primera prueba. Se aguardaba su respuesta con aguda ansiedad no sólo por la importancia de las colonias sino por que su contestación indicaría de qué manera pensaba batallar por sus Catorce Puntos. "El presidente Wilson dijo que consideraba que todos estaban de acuerdo en oponerse a la restauración de las colonias alemanas." Así no hubo batalla. No

luchó. Con esta frase Alemania perdió sus colonias y Wilson comenzó su descenso hacia el Tratado de Versalles.

Lloyd George, envalentonado por la falta de lucha del presidente americano hizo entonces un progreso más audaz. "Le gustaría que la Conferencia tratara a los territorios como parte de los Dominios que los han capturado." Esto era demasiado para Wilson. Había hecho la gran concesión de que se le quitaran las colonias a Alemania, pero le era imposible admitir que ya habían sido anexadas por el Imperio Británico, e instó a que se extendiera un velo moral llamado "mandato" sobre cada anexión.

Este fue el único problema concreto de las condiciones de paz que Wilson encaró antes de regresar a América el 14 de febrero de 1919. Cedió en el punto principal sin discutirlo y se negó a ceder en un punto de menor importancia porque sentía que la anexión no se podía conciliar con las palabras que había usado en sus discursos y podía hacer peligrar la Liga de las Naciones.

El 14 de febrero de 1919, justo antes de partir hacia América, leyó ante una sesión plenaria de la Conferencia el Convenio de la Liga de las Naciones. Era un hombre muy feliz. Estaba seguro de que el Convenio significaba paz duradera para el mundo entero. Concluyó su discurso con palabras que indicaban claramente el efecto que esperaba tuviera el Convenio sobre toda la humanidad, incluidos Lloyd George y Clemenceau:

"Muchas cosas terribles han surgido de esta guerra, caballeros, pero también algunas muy hermosas. El mal ha sido derrotado y el resto del mundo tomó conciencia, más que nunca, de la majestad del bien. Hombres que sospechaban unos de otros pueden y quieren ahora vivir como amigos y camaradas en una sola familia. El miasma de la desconfianza, de la intriga, se ha disipado. Los hombres se ponen de acuerdo y dicen: "Somos hermanos y tenemos un propósito común. No lo notábamos antes pero sí lo notamos ahora, y éste es nuestro convenio de fraternidad y amistad".

Creía que la mera existencia del trozo de papel que tenía en sus manos establecía la Hermandad de los Hombres. Había dado la paz al mundo. Todo temor, odio, codicia y crueldad se desvanecerían. El Convenio era un fait accompli.

Veinticinco

En la noche de la partida de Wilson para América, el 14 de febrero de 1919, House anotó en su diario: "El presidente me dijo adiós con fervor, estrechándome la mano y rodeándome con su brazo... Se veía feliz, como debía estarlo por cierto." Esa fue la última vez que Woodrow Wilson lo rodeó con su brazo.

Se han dedicado multitud de palabras a explicar la muerte del amor de Wilson por House. Las explicaciones varían asombrosamente. Por un lado, se describe a Mrs. Wilson como una suerte de demonio femenino, "la mujer de púrpura", que destruyó una hermosa amistad; por otro lado se describe a House como un Judas que conspiró para eliminar a la Liga de las Naciones del Tratado de paz, mientras el presidente estaba en América. Las explicaciones ubicadas entre estos extremos suelen concluir de manera vacilante que el asunto es un trágico misterio. Sin embargo el examen de los hechos nos convence de que Mrs. Wilson no era un demonio femenino, ni House un Judas, ni el asunto un misterio. Desgraciadamente, también estamos convencidos de que tendremos que discutir extensamente la cuestión, porque no se pueden comprender las acciones públicas y las reacciones personales de Wilson durante el resto de su vida, sin comprender su relación con House.

Comencemos por recordar al lector que Wilson estaba ligado a él tanto por lazos conscientes como inconscientes. Dependía enormemente de su consejo y era consciente, por lo menos en parte, de los beneficios que recibía de sus servicios; pero el fundamento del amor de Wilson por House era el hecho de que en su inconsciente, éste representaba al pequeño Tommy Wilson. Al identificarse con su padre y a House consigo mismo, podía recrear en el inconsciente su relación con su propio "incomparable padre" y, en la persona de House, podía recibir de sí mismo el amor que quería y ya no podía obtener de su progenitor. Así, con el método conocido de la doble identificación, la pasividad de Wilson hacia el padre tenía salida a través de House. Otra

importante salida para este deseo era su identificación inconsciente con Jesucristo, pero un hombre más pequeño y más joven al que amar era esencial para su felicidad.

El afecto de Wilson por House, cálido desde el principio, en 1911, fue ardiente al máximo en los seis meses que siguieron a la muerte de su primera esposa. Desde agosto de 1914 hasta enero de 1915 fue su principal objeto amoroso. Probablemente, no sólo la pasividad hacia el padre, encontraba salida como de costumbre, por medio de House, sino también la pasividad hacia la madre. Hemos notado que durante los meses que siguieron a la muerte de Ellen Axson Wilson, reemplazó a su madre sustituta perdida identificándose él mismo con ella. House, que representaba al pequeño Tommy Wilson, debió recibir durante esos meses una parte, al menos, del amor que Wilson quería y no podía conseguir de su madre o de un sustituto. Así, hasta que el coronel se fue al extranjero en enero de 1915, Wilson pudo recrear en cierta medida su relación con el padre y con la madre, haciendo de padre y madre para su amigo, y no es sorprendente que sus ojos estuvieran húmedos cuando se despidió de su yo sustituto.

Como ya hemos notado, Wilson quedó entonces tan desesperadamente solitario que se acercó al colapso nervioso y su médico, el almirante Grayson, insistió en que hubiera música e invitados en la Casa Blanca. Entre ellos estaba Mrs. Galt, de quien Wilson se enamoró enseguida. Continuaba profundamente enamorado de ella cuando House regresó a América en junio de 1915, pero su dependencia emocional del amigo siguió siendo casi tan grande como antes de su partida. Le contó todo acerca de su amor, continuó dirigiéndose a él en sus cartas como Mi querido, Querido amigo o Queridísimo amigo, y le pidió consejo sobre cómo y cuándo debía anunciar su compromiso y casarse.

Wilson se casó con Mrs. Galt el 18 de diciembre de 1915, y House dejó América diez días después para persuadir al gobierno británico de que permitiera a Wilson imponer la paz. Cuando volvió a Washington el 6 de marzo de 1916, Wilson, creyendo que House había organizado todo para que él pudiera salvar a la humanidad, lo recibió con los brazos abiertos. Pero conoció el informe del coronel en el curso de un viaje en automóvil de dos horas con Mrs. Wilson sentada entre ellos, en el asiento trasero. Era una mujer demasiado voluminosa para que se pudiera conversar cómodamente. A fines del invierno y principios de la primavera de 1916, cuando Wilson creía que estaban a punto de llamarlo para terminar la guerra, una enorme cantidad de libido, derivada de

su pasividad hacia el padre, cargaba su identificación con Jesucristo. Era tan grande esta carga que, cuando Wilson percibió en mayo de 1916 que no lo citarían para salvar al mundo, no pudo sustraerla de su identificación con Cristo. Necesitaba continuar tratando de ser en el mundo de la realidad el mismo Salvador que era en su inconsciente. Esta identificación parece haberse transformado en fijación.

En el período en que Wilson creía que House había preparado el camino del Señor y hecho rectas sus sendas, su amor por él fue intenso. Una esperanza ofrecida y frustrada es un factor potente en el inconsciente, quien la frustra traiciona la esperanza. House había prometido a Wilson que desempeñaría "la parte más noble que le ha tocado jamás a un hijo de hombre", que podría salvar a la humanidad. Había originado la idea, conduciendo las negociaciones e induciendo a Wilson a creer que estaba muy próximo el momento en que podría aparecer como el Príncipe de la Paz. Era responsable tanto de sus esperanzas como de su frustración. Wilson comenzó a encontrar irritante a House y a manifestar una notable hostilidad contra todas las personas de la tierra excepto su esposa.

En otra época, Wilson se había considerado en su inconsciente como el Único Hijo Engendrado por Dios y había sido frustrado. Su hermano Joe había irrumpido en el mundo y destruido su posición única. Hemos notado que una parte de la pasividad de Wilson hacia el padre, había sido transferida a sus amigos más jóvenes por medio de su hermano Joe, y que todos ellos eran no sólo sustitutos del pequeño Tommy Wilson sino también en cierta medida sustitutos del pequeño Joe Wilson, el traidor original. En el verano de 1916, cuando se frustraron las expectativas que House había despertado en Wilson la hostilidad, sospecha y sentido de traición que habían estado ligados al niño Joe, parecen haberse transferido en alguna medida a House. Esta sustitución del frustrador y traidor original, aunque no muy importante en 1916, fue sin duda el factor originario en la eventual destrucción del amor hacia House.

En el verano de 1916 fue fácil para Wilson disminuir un poco la cantidad de libido que encontraba salida a través de House. Acababa de aumentar enormemente la dirigida hacia su identificación inconsciente con Cristo. Tanto su amor por el coronel, como su identificación con el Salvador, eran descargas para la misma gran fuente de libido, la pasividad hacia el padre. Por lo tanto, al aumentar su identificación inconsciente con Cristo, disminuía su necesidad de amar a House. Su pasividad hacia el padre era sin embargo el más poderoso

de todos sus deseos y necesitaba al mismo tiempo identificarse con Cristo y amar a un sustituto del pequeño Tommy Wilson para darle una salida adecuada. House siguió siendo su más valuado sustituto, pero durante el verano de 1916, Wilson dio el importante paso de apartar de él la carga principal de libido producida por la pasividad hacia el padre y volverla hacia su identificación inconsciente con Cristo.

Wilson fue alentado a disminuir la intensidad de su amor hacia el coronel por la influencia tranquila de su esposa. A ella no le desagradaba House, pero no lo quería. Le disgustaba que controlara a su esposo y también la creciente opinión americana de que los pensamientos y las acciones de su marido se originaban en el cerebro de House. Durante toda su vida Wilson fue sensible a la atmósfera creada por su madre sustituta.

Después de su reelección en noviembre de 1916, quiso de nuevo ofrecer su mediación. House se opuso vigorosamente a cualquier intento de abrir esta salida, hacia la cual se dirigía la corriente principal de la pasividad de Wilson hacia el padre. Tuvo varias discusiones con el coronel, que lo trastornaron al punto de no poder dormir en las noches siguientes. Por fin, contra su consejo, decidió apelar por la paz. Así, durante el otoño de 1916, House se interpuso en el camino de la inmensa cantidad de libido que cargaba la identificación inconsciente con Cristo. Ya no era el precursor del Señor, sino que trataba realmente de impedirle intentar convertirse en el Salvador. No es difícil imaginar el efecto sobre el inconsciente de Wilson. En las profundidades de su mente debe haber sentido que House se oponía a que fuera el Único Hijo Engendrado por Dios, se había convertido en el mismo género de enemigo que había sido su hermano Joe. Decidió, a pesar de la oposición de House, que sería el Salvador. Publicó su apelación por la paz el 18 de diciembre de 1916, y en enero de 1917 dejó de dirigirse a él en sus cartas como Queridísimo amigo y retrocedió a Mi estimado House. En el mismo mes de enero habló magníficamente en su discurso de "paz sin victoria" y al final de ese mes escribió bajo un retrato las extraordinarias palabras: "Ojalá este autógrafo sugiera a quienes lo vean un hombre bueno que ama honestamente a su prójimo".

No es difícil observar lo que había ocurrido en el inconsciente de Wilson. Simplemente retiró de House una gran cantidad de la libido proveniente de su pasividad hacia el padre, para consagrarla a su identificación con Jesucristo. House seguía siendo el mejor sustituto que tenía para el pequeño Tommy

P S I K O L I B R O

Wilson y su salida secundaria para la pasividad hacia el padre; pero la identificación con Cristo se había convertido en el conducto principal de esta gran corriente de libido y ni el coronel ni ningún otro amigo podría resistirse a ella. Si lo hacía, sólo podía obtener, en el inconsciente de Wilson, la condición del amigo del Salvador que se hizo traidor, la de Judas Iscariote.

Así la frustración de la esperanza que House había despertado el hecho de que su esposa fomentara la irritación hacia el coronel y la oposición de éste a su deseo de actuar para transformarse en el Salvador. lo redujeron de Queridísimo amigo a Mi estimado House. Representaba todavía al pequeño Tommy Wilson pero era un Tommy Wilson imperfecto, que llevaba en sí la presencia inconfundible del pequeño Joe, el traidor original, que había puesto fin a la feliz unicidad de Wilson como Único Hijo Engendrado por Dios, su Padre. Unos pocos trajes del coronel siguieron colgados en un armario de la Casa Blanca, sus útiles para afeitarse siguieron listos en un baño adyacente, la habitación conocida como "habitación del coronel House" se mantuvo vacante aguardando su llegada; cada vez que Wilson tenía que pronunciar un discurso lo invitaba para que lo aconsejara sobre lo que debía decir, y rara vez tomaba una decisión importante sin él, pero nunca volvió a amarlo tan intensamente como de 1912 a 1917.

Aunque Wilson continuó en alto grado dependiendo intelectualmente de House en 1917 y 1918, dos actitudes personales del coronel le disgustaron por completo. Tras obtener el consentimiento de Wilson, estableció en otoño de 1917 una organización de profesores universitarios llamada la Investigación, para recolectar datos que se usarían en la Conferencia de Paz. Eligió como director del cuerpo a su propio cuñado, Sidney Edward Mezes, presidente del Colegio de la ciudad de New York. Wilson detestaba a este último desde la época en que esperó que eligieran a uno de sus propios cuñados como presidente del Colegio, y habían elegido al de House. Consideró el nombramiento de Mezes como un acto de nepotismo, y no le gustó. Luego, cuando pareció deseable nombrar a alguien para atender una línea telefónica privada del Departamento de Estado, que permitiera al coronel desde New York mantenerse en estrecho contacto con Washington, House volvió a escoger a un miembro de su propia familia, su yerno Gordon Auchincloss, un joven que no tenía ninguna relación con el Departamento de Estado ni experiencia en relaciones exteriores. A Wilson le fastidiaba Auchincloss y criticó repetidamente al coronel en la Casa Blanca por su "nepotismo". Pero nunca lo criticó cara a cara, y House siguió sin darse cuenta de la medida en que su cuñado y su

yerno desagradaban a Wilson. Es evidente que a pesar de su íntima colaboración intelectual en asuntos de política internacional, Wilson había abandonado su completa franqueza personal con House. Su esposa se había convertido en confidente. En realidad es normal que un hombre sea, en cierta medida, reservado en sus conversaciones aún con su más íntimo amigo, y resulta claro que en el inconsciente de Wilson, hasta el armisticio, House representó todavía al pequeño Tommy Wilson aunque ya no lo era del todo perfecto. "Mister House es mi segunda personalidad. Es mi otro yo independiente. Sus pensamientos y los míos son uno." Esas palabras que Wilson empleó en 1912 mostraban vívidamente en qué medida consideraba a House como sí mismo, pero su sensación de identidad con el coronel se reveló casi con la misma fuerza en octubre de 1918, ya que lo envió a Europa para negociar el armisticio sin darle ninguna clase de instrucciones. House anotó en su diario: "Cuando partí me dijo 'No te he dado ninguna instrucción porque siento que sabrás qué hacer'. Había estado pensando en esto antes de que él hablara y me asombraba por la extraña situación que ha creado nuestra relación. Parto para una de las misiones más importantes que nadie haya emprendido jamás y sin embargo no hay entre nosotros una palabra de directiva, consejo o discusión."

En París, House disgustó profundamente a Wilson y a la esposa del presidente al sugerir que no fueran a Europa sino que permanecieran en Washington durante las negociaciones de paz. Wilson quería ir en persona a juzgar al mundo. El coronel se había convertido en una figura mundial por su manejo de las negociaciones de armisticio. Si Wilson hubiera permanecido en la Casa Blanca, hubiera sido inevitable que House negociara la paz. Su delicada sugestión de que no fuera a París pareció por lo tanto en Washington una insinuación de que él mismo dictaría la ley de su padre de la Casa Blanca. No formaba parte del plan de Wilson ni de Mrs. Wilson que el coronel llegara a ser el Salvador del Mundo. Fueron a París.

House, enfermo de gripe, esperó la llegada con Auchincloss a su lado. Wilson no había permitido que su yerno Sayre lo acompañara a la Conferencia, aun que hubiera sido razonable invitarlo como miembro de la Investigación. Su disgusto consciente hacia el nepotismo, fuese cual fuere su origen inconsciente, se había tornado intenso. Había dado órdenes de que todas las esposas de los componentes de la delegación de paz americana, quedaran en América. Cuando subió al George Washington encontró no sólo a Mezes, sino también a Mrs. Mezes y a la encantadora hija de House, esposa de su yerno Auchincloss.

Wilson se puso menos entusiasta que nunca por la tendencia de su amigo a favorecer a los parientes. El coronel no tenía la menor sospecha de esto y cuando Wilson, al llegar a París, atacó con furia al secretario que Lansing le había elegido, House le ofreció generosamente los servicios de Auchincloss. Wilson le agradeció pero rehusó. Cuando fue a Londres para visitar al rey, House agregó a Auchincloss a la comitiva presidencial para que enseñara al presidente la etiqueta inglesa, y a Sir William Wiseman para que se la enseñara a su yerno! Wilson se irritaba cuando éste quería aconsejarlo. Después del retorno de Wilson a París, en enero de 1919, House viendo claramente la confusión que reinaba en los papeles y la mente de Wilson por falta de un secretario, pero completamente ciego para la profundidad del disgusto hacia Auchincloss que sentía el presidente, lo urgió de nuevo a que tomara un secretario: Auchincloss.

Todo este asunto hubiera carecido de importancia si se hubiera detenido en estas tentativas más bien cómicas de House por persuadir a Wilson de que iniciara una relación íntima con un hombre que le disgustaba; pero por desgracia, el yerno del coronel tenía la costumbre de hablar del presidente de la manera más despectiva, llamándole el "pequeño Woody", dando la impresión de que su suegro y él controlaban sus acciones. Muchas personas de las que rodeaban a House, eran tan poco discretas como Auchincloss, en sus observaciones sobre la importancia relativa de House y de Wilson. Había también entre los americanos residentes en París, una cantidad de "comadres" de ambos sexos que recolectaban las habladerías del secretario del coronel y corrían a derramarlas en los oídos de Mrs. Wilson, quien empezó a creer que éste alentaba a sus subordinados a hablar despectivamente de su esposo con el fin de presentarse como el gran hombre de América.

En la estricta realidad, House era tan modesto como siempre. En las reuniones de la Comisión para la Liga de las Naciones se subordinó hasta el punto de no hacer siquiera de segundo violín de Wilson; sólo daba vuelta las hojas de la partitura para su amo. Complacido con su fiel colaborador lo invitó a reemplazarlo en el Consejo de Diez, durante su ausencia en América y le pidió que elaborara con los representantes de los aliados las condiciones de una paz preliminar. Al partir, se despidió afectuosamente de House estrechando su mano y rodeándolo con el brazo. Está claro que a pesar de la disminución en la cantidad de pasividad hacia el padre que encontraba salida por medio de House, la identificación de éste con el pequeño Tommy Wilson permaneció intacta hasta después de su partida para América el 14 de febrero de 1919.

Las propias palabras de Wilson acerca de la vía de acción que quería que siguiera House durante su ausencia, se encuentran en las actas del Supremo Consejo de Guerra del 12 de febrero de 1919 y en el diario del coronel, el 14 de febrero del mismo año. En la reunión matinal del citado Supremo Consejo de Guerra, Wilson apoyó con fuerza una propuesta de Balfour de que "las condiciones de paz navales y militares definitivas" se redactaran lo más pronto posible y se impusieran a Alemania. Clemenceau objetó que las condiciones estrictamente militares dependieran de las políticas, económicas y financieras. En la reunión vespertina del consejo, cuando se reinició la discusión, Wilson argumentó que se podía superar la objeción de Clemenceau, reduciendo las fuerzas armadas de Alemania hasta el último límite concebible: "La que necesitaba Alemania para mantener el orden interno y contener el bolchevismo." Fueran cuales fueren las otras condiciones de paz, sería obviamente imposible reducir las fuerzas alemanas por debajo de este límite.

Clemenceau, viendo rápidamente las ventajas para Francia en la propuesta del presidente de los Estados Unidos, pero evidentemente consciente, como por la mañana, de que un tratado -llamado o no "preliminar"- aseguraría la paz, y aún decidido a incluir condiciones políticas, económicas y financieras, dijo que estaba dispuesto a aceptar la propuesta de Wilson. "Pero antes de hacerlo le gustaría tener una información más precisa sobre ciertos puntos... Aunque se podía recibir en poco tiempo el informe de los expertos, no le gustaría discutir un asunto de tanta importancia en ausencia del presidente Wilson."

Este contestó que el señor Clemenceau le había hecho un elogio inmerecido. En asuntos técnicos la mayor parte de las ideas que utilizaba no le pertenecían; los que las habían concebido estaban en París. Por lo tanto partiría con el ánimo tranquilo si sabía que su plan se había adoptado en principio. ... En ese caso, estaría dispuesto a irse y dejar que sus colegas decidieran si el programa redactado por los consejeros técnicos era el correcto. No quería que su ausencia detuviera una tarea tan importante, esencial y urgente como la preparación de una paz preliminar. Tenía la esperanza de volver el 13 o el 15 de marzo, quedándose sólo una semana en América. Pero no deseaba que durante su inevitable ausencia se mantuvieran en suspenso asuntos tales como el territorial y las cuestiones de compensación. Había pedido al coronel House que tomara su lugar mientras él estaba lejos.

El señor Clemenceau dijo que estaba completamente satisfecho.

Tenía todas las razones para estar completamente satisfecho, ya que Wilson había propuesto la eliminación del ejército y la marina alemana, excepto una fuerza diminuta para preservar el orden interno, y luego había abierto el tratado preliminar para la inclusión de las condiciones territoriales y financieras que Clemenceau consideraba necesarias.

Antes de que se cerrara la discusión, Wilson mostró claramente que tenía en vista, al menos por un momento, un verdadero tratado de paz que pondría fin al armisticio, cuando declaró que proponía una renovación sin límite del mismo. "Entonces el armisticio terminarla con la formulación de condiciones preliminares de paz precisas sobre la situación militar." Sin embargo, Wilson añadió que "la cuestión del Canal de Kiel y la de los cables, incluidas en el informe naval, debieran disociarse de las condiciones puramente navales que se impusieran al cierre del armisticio. Estos asuntos conciernen a la paz definitiva".

Es imposible evitar la conclusión de que Wilson imaginaba tres estados distintos de relaciones internacionales: "armisticio", "paz preliminar", "paz definitiva". Y es obvio que había pasado por alto el hecho de que un tratado, llámese preliminar o no, instaura la paz y debe ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos para comprometerse en él. En derecho internacional no hay un estado de paz preliminar. Hay guerra, armisticio o paz. La palabra "preliminar" no altera los hechos. Un tratado así definido con Alemania, que contuviera sólo condiciones militares, tendría que haber sido ratificado por el Senado de los Estados Unidos, y después de dicha ratificación, habría terminado el estado de guerra y restaurado el de paz. Un acuerdo ulterior, que contuviera condiciones adicionales, llamado final o "paz definitiva", hubiera sido no entre beligerantes sino entre ex beligerantes. Así, la propuesta que Wilson defendió tan vigorosamente involucraba un tratado que no incluía la Liga de las Naciones. La más cara esperanza de Wilson era hacer de ésta una parte integral del tratado de paz; pero el 12 de febrero de 1919 discutió en favor de que se hiciera lo más pronto posible un convenio, llamado preliminar, que no incluía la Liga, y el 14 de febrero especificó ante House los temas que deberían incluirse. House anotó en su diario:

El 14 de febrero de 1919 ... esboqué mi plan de acción durante su ausencia podríamos dejar todo arreglado durante las próximas cuatro semanas. Pareció sobresaltarse y hasta alarmarse por esta afirmación. Por eso le expliqué que el

plan no consistía realmente en llevar estos asuntos a una conclusión, sino prepararlos para que lo hiciera él cuando regresara... Uno de nuestros fines principales era fijar un programa con las condiciones necesarias para la conclusión de una paz preliminar con Alemania, como el siguiente:

1º Reducción de su ejército y marina a lo necesario para tiempos de paz.

2º Delineamiento de las fronteras de Alemania. Esto debe incluir la cesión de las colonias.

3º Cantidad de dinero a pagar, como reparación. y tiempo acordado para hacerlo.

4º Acuerdo relativo al tratamiento económico de Alemania.

Le pregunté si tenía algo que sugerir además de estos cuatro artículos. Le parecieron suficientes.

Es claro que Wilson no había abandonado su opinión de que era deseable incluir la Liga de las Naciones en el tratado de paz, pero creía que el agregado de la palabra "preliminar" produciría el mágico resultado de hacer un tratado de paz cuando no quisiera serlo. Terminaría el armisticio, comprometería a Alemania, haría que "la seguridad precediera a la paz", pero no tendría que ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos y no sería una "paz definitiva". Una vez más, Wilson había sido arrastrado a una conclusión increíble por su confianza en el poder de las palabras, para transformar los hechos de acuerdo a sus deseos.

House, Balfour, Clemenceau y todos en París supieron naturalmente que cuando Wilson decía que quería un tratado de paz preliminar y especificaba las condiciones que debían incluirse, significaba que quería lo mismo que decía. Pero en realidad no quería nada de eso. Dejó Francia con la ilusión de que el tratado llamado "preliminar" que había ordenado, caería dentro de su poder ilimitado para hacer un armisticio y jamás se le ocurrió que éste debería fatalmente ser sancionado por el Senado y que de hecho, había ordenado la preparación de un tratado de paz que no incluía la Liga de las Naciones. De manera bastante extraña, había tomado exactamente el camino propiciado por

el senador Knox, un ex secretario de Estado republicano que después de Lodge era su más poderoso oponente. Pero creía simplemente haber descubierto otro admirable método para hacer que "la seguridad precediera a la paz" y después de rodear a House con el brazo, abandonó París con el Convenio en el bolsillo, convencido de haberse immortalizado como el hombre que por fin había traído la paz a la tierra.

Veintiseis

A pesar del triunfo de la identificación inconsciente de Wilson con el Salvador del Mundo, estaba enormemente nervioso y exhausto. Durante las cinco semanas en París había trabajado más que nunca en su vida. No estaba acostumbrado a ello. Durante su administración, el almirante Grayson lo había protegido del agotamiento, pero en París las defensas tras las cuales descansaba se habían desmoronado. No tenía secretario y, si no hacía su propio trabajo, nadie lo hacía. Estaba obligado a fatigarse considerablemente. Empezaron a dolerle los ojos, a palparle la cabeza y a ponerle ácido el estómago. Cuando abordó el George Washington se aproximaba al colapso físico y nervioso y se puede juzgar su condición mental por las ilusiones acerca del tratado preliminar.

El presidente cansado comenzó a oír en el George Washington historias desagradables sobre su amigo House. Le dijeron que Auchincloss, había dicho en presencia de Vance McCormick y varias otras personas "el coronel ya está bien, así que ahora el bateo del pequeño Woody va a empezar a mejorar." Además le contaron que el mismo House alentaba a sus secretarios a hablar de esa manera. Era cierto que Auchincloss había hecho el comentario, pero mentira que House los alentaba. Wilson era susceptible a los chismes, especialmente si estaban endosados por una madre sustituta y no podía tratar

el asunto con el desprecio que merecía: detestaba demasiado a Auchincloss, su adhesión inconsciente a House era demasiado profunda y dependía conscientemente de él. Además el comentario se acercaba a la verdad. Se había aislado de todos los consejeros excepto el coronel, negándose a tener a Tumulty a su lado y a usar al secretariado de la delegación americana.

Ignoraba a Lansing y a los otros comisionados americanos. Los expertos de la Investigación le presentaban sus informes a través de Mezes. El secretariado del coronel, que a falta de uno personal era el único a su disposición, estaba encabezado por el yerno de aquél. House era su representante en el Consejo de Diez. Mientras sintió que era su "otro yo", el depender de él y de sus satélites le resultaba agradable. Pero, agregado a su necesidad emocional de House, hacía indispensable que hubiera entre ambos relaciones diáfanas. La historia de Auchincloss era una ligera nube, pero amenazaba tanto los inadecuados arreglos de trabajo que había establecido en París, como el fluir de su pasividad hacia el padre por la salida de su amor hacia House.

Wilson tenía pruebas recogidas por sus propios ojos y oídos de que seguía siendo su amigo tranquilo, modesto y subordinado, el perfecto pequeño Tommy Wilson; pero impresionado por el rumor comenzó a pensar que tal vez House era muy diferente a sus espaldas. Sin duda recordó que el coronel había planeado "dejar todo arreglado durante las próximas cuatro semanas" y que le había aconsejado que no fuera a Europa. En todo caso, la identificación de House consigo mismo cuando niño, recibió un golpe con la historia sobre Auchincloss. Por primera vez comenzó a asemejarse al pequeño Joe Wilson, el engañador, rival y traidor, más que el pequeño Tommy Wilson.

El 24 de febrero de 1919, Wilson llegó a Boston e inmediatamente atacó a sus opositores domésticos en un discurso sentimental, un intento de "embriagar a América con este espíritu de autosacrificio". Numerosas partes de su discurso muestran que había perdido el contacto con la realidad. Hablaba de los soldados americanos como "luchando en un sueño" y estimaba así el poder de sus palabras: "He tenido esta dulce revancha. Hablando con absoluta franqueza en nombre del pueblo de los Estados Unidos, he expresado como objetivos de esta guerra, ideales, y nada más que ideales, y esa inspiración ha ganado la guerra". Sus ideales no sólo habían ganado la guerra, también habían logrado otras maravillas.

PSIKOLIBRO

Y ahora estos ideales han obrado esta nueva magia, de que todos los pueblos de Europa estén a salvo y confiados en el espíritu de la esperanza, porque saben que nos encontramos en la víspera de una nueva era mundial, en que las naciones se comprenderán mutuamente; en que se ayudarán en toda causa justa; en que unirán todas sus fuerzas morales y materiales para cuidar que prevalezca el bien. Si en esta coyuntura América le fallara al mundo, ¿qué pasaría?

Nadie se impresionó por este discurso; sonaba a falso. Parecía que Wilson estaba tratando de barrer lejos los hechos mediante las palabras. Los liberales americanos sintieron que no era América sino Wilson quien estaba por fallarle al mundo y los conservadores, que Wilson estaba por fallarle a América.

La oposición al Convenio surgió en el país en parte por disgusto personal hacia el presidente -Lodge, por ejemplo, lo odiaba casi tan intensamente como éste a él-, pero su fuerza principal radicó en la convicción de que las condiciones del tratado de paz no disminuían la probabilidad de futuras guerras y que los Estados Unidos se verían arrastrados por obligaciones contraídas en el Convenio. Los opositores del pacto en 1919, tomaron la misma posición de Wilson en su gran discurso de "paz sin victoria" ante el Senado de los Estados Unidos, del 22 de enero de 1917, en donde declaró que había una sola clase de paz que el pueblo de América podía garantizar conjuntamente: "Los tratados y convenios que la hagan terminar deben incorporar condiciones que creen una paz digna de ser garantizada y preservada, una paz que gane la aprobación de la humanidad, que no sirva solamente a los intereses diversos y los objetivos inmediatos de las naciones en cuestión." Wilson, atribuyendo al Convenio un poder de cura casi mágico, había olvidado sus convicciones de los dos años anteriores.

El presidente fue a Washington y siguiendo el consejo de House, dio una cena para los miembros de la Comisión de relaciones exteriores del Senado y de la Comisión House de asuntos exteriores. La cena no produjo el acercamiento que el coronel había esperado. Los senadores Lodge y Knox se negaron a abrir la boca excepto para comer. Wilson desvió parte de su enojo hacia House, culpándolo de haberle aconsejado que diera la cena.

El lector recordará que Wilson había evitado encarar las demandas concretas de los aliados mientras estaba en París. En Washington, mediante cables del coronel, se enteró por primera vez de las condiciones de paz de los aliados.

House, al transmitir estas demandas, no las comentó con beligerancia. Tan pronto como se le revelaron los objetivos de los aliados, en particular los británicos con quienes había contado, con el fin de obtener una paz conveniente, abandonó toda esperanza de que la paz pudiera ser la que Wilson había prometido al mundo. El 3 de marzo de 1919 escribió en su diario: "Ahora es evidente que la paz no será como yo había esperado, ni la que debió surgir de esta terrible catástrofe... Me disgusta estar sentado y que nos impongan una paz como la que estamos enfrentando. Algo sacaremos de ella en forma de Liga de las Naciones, pero aún ésta será un instrumento imperfecto."

El 4 de marzo de 1919 Lodge anunció en el Senado que treinta y siete senadores se habían comprometido a votar contra la ratificación del Convenio de la Liga de las Naciones. Wilson le contestó esa misma tarde con un desafío y una amenaza, diciendo: "Cuando vuelva el tratado, los caballeros de este lado no sólo encontrarán el convenio en él, sino que percibirán que están relacionados por tantos hilos, que es imposible separarlos sin destruir la estructura vital." Así la amenaza de despedida a Lodge antes de dejar New York para Francia, exhausto, "gastado y canoso", fue: "Aceptaré el tratado con mi convenio incluido o no tendrá ninguno." Wilson formuló esta amenaza porque sabía que el pueblo de los Estados Unidos quería una paz inmediata, y estaba seguro de que preferirían un tratado sin dilaciones con la Liga de las Naciones incluida, en vez de una demora indefinida para escapar de las restricciones de guerra. Al entrelazar así la Liga y el tratado, tenía la esperanza de hacer que odiaran a Lodge, como el opositor a un rápido retorno a la paz y de obligar al senador a aceptar su proyecto. Pero pasó por alto el hecho de que antes de dejar París había ordenado la preparación de un tratado preliminar que incluía condiciones militares, navales, territoriales, económicas y financieras que podían arrancar de su mano el arma que había elegido para luchar contra Lodge. El Senado ratificaría tal vez el tratado preliminar efectivizando la paz con Alemania y podía rechazar uno "final" subsiguiente, que incluyera la Liga de las Naciones. Es obvio que Wilson no tenía la más mínima idea de que el tratado de paz -llamado preliminar- que había defendido podía realmente restaurar la paz. Pero en realidad cuando formuló esta amenaza en New York, House, llevando a cabo sus órdenes con lealtad, trabajaba intensamente en París para alistar un tratado que reduciría a nada la amenaza del presidente. Wilson se había creado un dilema: suprimir el tratado preliminar que había ordenado o tragarse su amenaza a Lodge.

P S I K O L I B R O

Su odio hacia él se había vuelto más violento que nunca, y es importante notar que comenzó a batallar con Lodge antes de hacerlo con Lloyd George y Clemenceau. Hemos visto que el senador había sido para él un padre sustituto por mucho tiempo y que por varios años su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre había tenido una salida secundaria por su intermedio. También hemos visto que cuando la energía de esa formación reactiva se volvía hacia un padre sustituto, como en el caso de West, Wilson podía pelear con implacable determinación; pero cuando por una u otra razón esa energía no se dirigía contra un hombre al que pudiera tratar en términos de igualdad mental y moral, se sentía incómodo y débil. Durante 1919 la energía de su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre se volvió contra Lodge, y nunca contra ningún estadista europeo, a excepción, durante algún tiempo, del presidente Poincaré. Wilson permaneció implacable e inflexible en su oposición al senador, pero nunca se oponía resuelta mente a Clemenceau o a Lloyd George.

Su escasa tendencia a encarar a los líderes aliados con hostilidad sin concesiones, surgía en parte de su ignorancia de Europa. Estaba en terreno desconocido y podían asustarlo con toda clase de ogros, como el espantajo que sacudieron ante él con tanta eficacia, de que una oposición implacable a Lloyd George y Clemenceau, lanzaría a toda Europa al bolchevismo. Cuando combatía con Lodge estaba en casa, sobre un terreno familiar, seguro de sí. Pero la razón básica de su rigidez cuando encaraba a Lodge y su flaqueza cuando encaraba a Lloyd George y Clemenceau, parece haber sido el simple hecho de que el primero se había establecido como heredero de West. Su odio hacia el senador parece haber consumido toda o casi toda la energía de su no excesiva masculinidad. Trataba a los líderes de los aliados con las armas de la femineidad: pedidos, súplicas, concesiones, sumisiones.

Durante las dos semanas que Wilson pasó en América estuvo muy ocupado y prestó poca atención a los cables de House desde París. Sabía que tenía un combate por delante, pero sólo cuando el George Washington llegó a Brest el 14 de marzo de 1919 y House le relató los hechos con sus propias palabras, Wilson comprendió la enormidad de las demandas de los aliados y la magnitud de la pelea que le esperaba. Mientras el tren los llevaba a París, conversaron. Wilson estaba profundamente horrorizado no sólo por los hechos sino más aún por la actitud de House ante ellos.

Había regresado a Francia como el Mesías saliendo a luchar por el Señor, su Dios, que en su inconsciente era él mismo. Todavía creía que El lo había elegido para dar al mundo una paz justa y duradera y esperaba al lograr que "la seguridad precediera a la paz", poder elevar las negociaciones al plano del Sermón de la Montaña. House le dijo que el establecimiento de la Liga no había alterado de ningún modo las demandas de los aliados y que sus condiciones eran punitivas. Agregó que todos los argumentos y la fuerza persuasiva del mundo no alterarían las demandas de Clemenceau y Lloyd George, le aconsejó afrontar este hecho y, dado que el mundo necesitaba la paz, cediera en seguida e hiciera lo más pronto posible la paz injusta que al final se vería obligado a aceptar.

House creía tan profundamente que ceder era inevitable, y por cierto deseable en comparación con la batalla franca, que el mismo día de la llegada de Wilson a Francia, el 14 de marzo de 1919, escribió en su diario: "Ahora mi impulso principal es hacer la paz con Alemania lo más pronto posible." Todas las identificaciones de Wilson con la Divinidad clamaban contra la estimación de la situación que hacía House y contra sus consejos. No podía admitir que le resultaba imposible elevar las negociaciones de París al plano de los ideales cristianos. Menos aún, aceptar que después de todas sus nobles esperanzas, palabras y promesas, después de llamar a América para que lo siguiera en una cruzada por una paz duradera, después del sacrificio de miles de vidas americanas y de billones de dólares, debiera confesar que no era el Salvador del Mundo sino el instrumento de los aliados. Estar de acuerdo con House era admitir que el espectro que lo había puesto tan nervioso e infeliz en el verano y otoño de 1916 y que espiaba sobre su hombro mientras él escribía su mensaje de guerra, se había convertido en una realidad. Aceptar el consejo de House era abandonar su creencia en su propia misión, en su semejanza con el Hijo de Dios. Esta convicción se había vuelto el núcleo de su ser, la ilusión central a la que había que adecuar los hechos. Su identificación con Cristo era una fijación. Como hemos señalado, Wilson había rebajado a House de Queridísimo amigo a Mi estimado House en enero de 1917 debido a la resistencia opuesta por el coronel a la descarga de libido contenida en esa identificación. Y en la noche del 14 de marzo de 1919 House no sólo le aconsejaba abandonar su vocación de Salvador, sino que lo horrorizaba por completo con una observación que chocó tanto a Wilson, que necesitó contárselo a alguien de inmediato. Fue a su compartimiento, llamó a un amigo y le dijo, como si estuviera participando un terrible secreto, que al preguntar al coronel si había aceptado un tratado

preliminar que no incluía la Liga de las Naciones, ¡House no había podido negarlo!

Teniendo en cuenta que Wilson le había ordenado que hiciera tal tratado, una negativa de House hubiera sido el anuncio de una desobediencia premeditada de las órdenes de Wilson, y no es raro que la pregunta y la respuesta pasaran desapercibidas para aquél, al punto de no dejar ningún registro en su diario. A Wilson le hicieron una impresión terrible. Durante horas se revolvió en su cucheta del tren sin poder dormir. No recordó que había pasado por alto la Liga de las Naciones cuando ordenó a House que preparara un tratado preliminar. La sencilla respuesta de éste a su pregunta era, por lo tanto, la confesión de un traidor. El coronel había aceptado suprimir el Convenio de la Liga del tratado de paz. ¡Lo había desprovisto del arma contra Lodge, tratando de despojarlo de su derecho a la inmortalidad! No es difícil observar lo que sucedía en su inconsciente. Allí él era Jesucristo. Y House lo había traicionado. No podía ser otro que Judas Iscariote.

Su identificación con el pequeño Tommy Wilson recibió su golpe mortal en el tren a París. No murió de repente. Las viejas identificaciones mueren lentamente. La vida se retira de ellas de manera gradual, con dolor y con esperanza de recuperación. Wilson siguió viendo a House, como Jesús partió el pan con Judas, conociendo la terrible personalidad de su amigo. Pero la amistad se estaba muriendo, condenada, sin remedio... "A partir de ese momento comenzó a crecer cierta frialdad entre los dos hombres"... Registró Baker en el libro que escribió con la cooperación de Wilson. La "frialdad" estaba toda de su lado. House se esforzó todo lo posible por seguir siendo su amigo, como Hibben lo había hecho antes. Pero no había nada que hacer. El inconsciente es un amo cruel. Dos días después de esta conversación con House en el tren, Wilson de nuevo con temor reverencial, le preguntó al amigo a quien se había confiado en el viaje, si no sentía que el coronel había cambiado y ya no era el mismo hombre. En el inconsciente de Wilson, House había cambiado y ya no era el mismo. Había sido el pequeño Tommy Wilson. Se había convertido en Joe Wilson, Hibben, Judas.

Así el 14 de marzo de 1919 el amor de Wilson por House comenzó a transformarse en "frialdad" y se vio despojado, en el mes crucial de su vida, de la salida que durante ocho años había soportado tan satisfactoriamente una parte considerable de su pasividad hacia el padre. Su identificación inconsciente con el Amado Hijo del Padre Todopoderoso era la única salida

importante para su pasividad hacia el reverendo Joseph Ruggles Wilson, y no es raro que a medida que su amor por House menguaba, creciera simultáneamente su necesidad de identificarse con el Salvador. Pero la pasividad hacia el padre era el más fuerte de sus deseos y es imposible creer que esta sola identificación pudiera darle una salida adecuada. Uno se ve forzado a sospechar que después del 14 de marzo de 1919, una parte de ella quedó sin salida, necesiéndola, buscándola. La sumisión directa a un oponente masculino, con una identificación materna concomitante ofrecía una posible salida. Las semanas que siguieron al alejamiento de Wilson y House fueron las semanas en que se sometió a los líderes de los aliados.

Veintisiete

Wilson aceptó con entusiasmo determinado consejo que House le dio en el tren; la sugestión de que no debía asistir más a las reuniones del Consejo de Diez sino arreglar las condiciones de paz en conversaciones secretas con Lloyd George y Clemenceau. A pesar de que Wilson propugnaba "convenios de paz abiertos, concluidos públicamente", en la tarde de su llegada a París, el 14 de marzo de 1919, se encontró a solas con Lloyd George y Clemenceau, en la oficina de House del hotel Crillon. Se reunió con ellos decidido a no ceder, a elevar las negociaciones al nivel del Sermón de la Montaña o, si se oponían, a esgrimir las armas de Jehová, a retirar el apoyo financiero de los Estados Unidos a Inglaterra, Francia e Italia, a abandonar la conferencia y a denunciar a Lloyd George y Clemenceau como los enemigos de la humanidad.

Es seguro que Wilson, el 14 de marzo de 1919, estaba decidido a usar estas armas masculinas antes que someterse a una paz injusta. Pero hay muchos tipos de decisión y hay sólo una variedad en la que se puede confiar: una decisión que reciba fuerza de alguna gran corriente de libido, como lo fue la de Wilson cuando encaró a West o a Lodge. La decisión que surge del Superyó es a menudo tan impotente como la decisión del ebrio consuetudinario de

abandonar la bebida. De todas las palabras y actos de Wilson durante la Conferencia de Paz, resulta claro que su decisión de luchar, bajo ciertas circunstancias, no surgía de su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Provenía de su resistencia a traicionar las promesas que había hecho a los pueblos del mundo, es decir, de su Superyó; y de su imposibilidad de admitir que no era el Salvador del Mundo, o sea, de su necesidad de identificarse con Jesucristo para preservar esa salida de su pasividad hacia el padre. Pero esta pasividad puede también encontrar una profunda satisfacción en la completa sumisión a un oponente masculino. Así, mientras por un lado exigía que no abandonara su identificación con Cristo, por el otro, quería que se sometiera; su fuerza estaba dividida. Y no hay que olvidar que el Salvador con quien se había identificado había salvado al mundo mediante la completa sumisión a la voluntad de su Padre. Para conciliar las demandas conflictivas de su pasividad hacia el padre y resolver todas sus demás dificultades personales, Wilson sólo necesitaba descubrir alguna racionalización que le permitiera ceder y al mismo tiempo seguir creyéndose el Salvador del Mundo. Pero mientras conversaba con House no había descubierto ninguna racionalización o por lo menos no había podido silenciar las dudas sobre su validez. Por eso, cuando se reunió con Lloyd George y Clemenceau el 14 de marzo de 1919, estaba decidido a luchar, si era necesario en algún momento futuro.

Rara vez en la historia humana el porvenir de los acontecimientos mundiales ha dependido a tal punto de un solo ser humano como dependió de Wilson durante el mes que siguió a su regreso a París. Cuando enfrentó a Clemenceau y Lloyd George en la oficina de House del hotel Crillon, el 14 de marzo de 1919, el destino del mundo dependía de su persona. Comenzó a luchar por la paz que había prometido a la humanidad, haciendo la concesión más extraordinaria que hubiera hecho nunca. En "un momento de entusiasmo" convino en hacer un tratado de alianza que garantizaba que los Estados Unidos irían inmediatamente a la guerra al lado de Francia, en el caso de que Francia fuera atacada por Alemania. Hizo esto por la misma razón por la que había insistido en garantizar la paz antes de que se fijara ninguna de sus condiciones: con el fin de que "la seguridad precediera a la paz", logrando así que los reales acuerdos se discutieran en un espíritu de amor fraternal. El establecimiento de la Liga de las Naciones no había elevado a Clemenceau al plano del Sermón de la Montaña. Tenía la esperanza de que esta alianza lo hiciera. En su desesperado deseo de conducir las negociaciones de paz en una atmósfera de amor cristiano y de evitar el uso de las armas de Jehová, olvidó por entero los profundos sentimientos del pueblo americano y del Senado contra las "alianzas

inextricables" y su convicción de que los convenios con potencias europeas eran contrarios a los intereses de los americanos. Ninguna palabra o acto podía mostrar con más claridad en qué medida había adoptado las armas de la femineidad. Su ofrecimiento era el gesto de una mujer que dice: "Me someto totalmente a sus deseos, sea amable conmigo. Responda a mi sumisión con una concesión equivalente". Pero Clemenceau seguía siendo el mismo: un anciano obsesionado por la idea de conseguir seguridad para Francia por la fuerza.

A la mañana siguiente Wilson publicó un asombroso "pronunciamento" en el que se comportaba como si hubiera olvidado por completo sus palabras al Consejo de los Diez del 12 de febrero y sus órdenes a House del 14 del mismo mes, y se refería al tratado preliminar como si fuera el producto, no de sus propias palabras, sino de una "intriga" contra él. En el libro de Baker Woodrow Wilson and World Settlement su actuación del 15 de marzo de 1919 se describe así:

Pero entretanto había actuado directamente con una audacia admirable. El sábado 15 de marzo por la mañana, a eso de las once, llamó al autor por teléfono mediante un circuito secreto que conectaba directamente su estudio en la Place des Etats-Unis con el hotel Crillon. Me pidió que negara el informe, que corría por toda Europa -y en cierta medida por América- de que habría un tratado preliminar de paz con los alemanes por separado, que excluía la Liga de las Naciones. "Quiero que usted diga que nos mantenemos exactamente donde estábamos el 25 de enero, cuando la Conferencia de Paz adoptó la resolución que hacía del Convenio una parte integral del tratado general de paz."

Por lo tanto redacté una declaración, se la llevé al presidente, me aseguré de su aprobación y la publiqué de inmediato. Sigue:

15 de marzo de 1919:

El presidente dijo hoy que la decisión tomada en la Conferencia de Paz, en su sesión plenaria del día 25 de enero de 1919, estipulando que el establecimiento de la Liga de las Naciones debería convertirse en una parte integral del Tratado de Paz, tiene fuerza definitiva y que no hay absolutamente ninguna base para los rumores de que se contemplaría un cambio en esta decisión.

P S I K O L I B R O

Este osado pronunciamiento cayó en París como una verdadera bomba. De un plumazo invirtió el acto más importante de la Conferencia durante la ausencia del presidente. Las tendencias oscuras, las "oscuras fuerzas" que habían obrado durante el mes anterior, fueron descubiertas de un tirón. .. Fue un recurso extraordinariamente hábil ... había demolido con un solo golpe osado (15 de marzo) la intriga, incubada en su ausencia, para desviar todo su programa por medio de un tratado preliminar en que la Liga no tendría ningún lugar.

Así describió Baker lo que él y Wilson creían que había sucedido el 15 de marzo. No cabe ninguna duda de que ambos estaban convencidos de la realidad de estos hechos. En esa época Baker estaba en contacto diario con Wilson, a cuyo pedido publicó el "osado pronunciamiento". El presidente no leyó el manuscrito definitivo de Woodrow Wilson and World Settlement pero le dio a Baker todos sus documentos y papeles y le explicó su visión del asunto. Además, él y Mrs. Wilson quedaron tan complacidos con el libro de Baker que más tarde le confiaron la tarea de preparar la biografía oficial del presidente. Por lo tanto no hay duda de que Baker escribió lo que Wilson pensaba. En realidad la "bomba" del 15 de marzo hizo pedazos una "intriga" que sólo existía en el cerebro de Wilson. El mismo había defendido la negociación del tratado preliminar y no había ordenado la inclusión allí de la Liga de las Naciones. Además, no había "tendencias oscuras", "oscuras fuerzas". Clemenceau y Lloyd George estaban presentes, luchando por las mismas demandas que habían expuesto desde el principio de la conferencia. Y creer que el coronel House había participado, aun indirectamente, en una "intriga" para desviar todo su programa era abandonar la realidad y penetrar en la comarca en que los hechos son corporizaciones de deseos inconscientes.

El verdadero efecto del "pronunciamiento" de Wilson fue meramente informar al mundo que no habría paz preliminar, sino que los cansados soldados continuarían bajo las armas y los pueblos de Alemania y Austria seguirían muriéndose de hambre bajo el bloqueo, hasta que se firmara el tratado final incluyendo la Liga. Y Wilson invirtió de manera tan completa su posición del 12 y 14 de febrero, que el 17 de marzo, dos días después de su "bomba", insistió en que la paz se debía hacer simultáneamente con Alemania, Austria-Hungría y Turquía. House escribió en su diario: "Como tanto Austria-Hungría como Turquía van a ser desmembradas, esto postergará la paz por un tiempo interminable".

El 17 de marzo de 1919, en una reunión del Supremo Consejo de Guerra, Wilson completó la supresión del tratado preliminar de paz que había defendido en las reuniones del mismo organismo el 12 de febrero de 1919. Dijo que había dado por supuesto que esta convención preliminar sólo sería temporaria hasta que estuviera preparado el tratado completo, y que tendría carácter de una especie de armisticio reforzado, cuyas condiciones se reincluirían en el tratado formal. Si esta convención preliminar tenía que ser sometida al Senado para una discusión general sabía, por el proceso usualmente lento de las legislaturas, que llevaría varios meses antes de que pudiera ser ratificado.

No mencionó la causa real de su oposición al tratado preliminar, omitiendo decir que hubiera sido sin duda ratificado y que el arma con que esperaba forzar a Lodge a aceptar la Liga hubiera sido arrebatada sus manos. Entonces Balfour, con sus mejores modales, pronunció el epitafio del tratado preliminar del cual había sido el padre y Wilson la madre: Balfour expresó que las declaraciones formuladas por el presidente Wilson eran muy importantes y serias. Como él entendía la situación, la política aceptada era que se debía hacer una paz preliminar, cada una de cuyas cláusulas debía formar parte del acta final, de modo que con el reglamento se habría conquistado realmente una gran parte de la paz final. Parecía ahora, sin embargo, que la Constitución americana tornaba impracticable ese programa completo. Balfour no hizo ningún comentario sobre la claridad mental del presidente de los Estados Unidos. Y Wilson no observó que todo el malentendido acerca del tratado preliminar había surgido a causa de la confusión en su propia mente cuando lo propició. No pidió disculpas a House por sus sospechas y no lo llevó nuevamente "en su corazón". Por el contrario, siguió creyendo que el coronel, Balfour y Foch se habían puesto de acuerdo a sus espaldas para relegar la Liga a segundo plano.

Así, el regreso de Wilson a Francia quedó marcado por dos actos políticos sorprendentes y por dos reacciones emocionales no menos notables. Ofreció una alianza a Francia y anunció que no había tratado preliminar sin la Liga de las Naciones. Empezó a sentir que House lo había traicionado y que el tratado preliminar que él mismo había ordenado era el "producto de una intriga incubada en su ausencia para desviar todo su programa". Es difícil no ver en estas acciones y reacciones una prueba del divorcio de la realidad que comenzaba a caracterizar la vida mental de Wilson. No eran producidas por sucesos del mundo de los hechos, sino por una irresistible necesidad interior de encontrar salida para su pasividad hacia el padre, mediante la identificación inconsciente de su persona con la del Salvador. Se acercaba rápidamente a

esa comarca psíquica de la que pocos viajeros vuelven, la tierra en que los hechos son los productos de los deseos, en que los amigos traicionan y en que una silla del manicomio puede ser el trono de Dios.

Veintiocho

Después del 14 de marzo de 1919, Wilson se reunió con Clemenceau y Lloyd George a diario, a solas, en conferencia secreta. Según las palabras de Baker, "apretó los dientes y luchó virilmente mediante la lógica pura y la apelación a motivos superiores para mover a Clemenceau de su posición, para convencerlo de que estos recursos militares nunca asegurarían a Francia lo que ella realmente quería y que había mejores caminos -no sólo más justos sino también más prácticos- para asegurar el futuro de Francia". Hay apenas una palabra en la descripción precedente que parece un poco inadecuada: en vez de "virilmente" tal vez debiera decir "femeninamente".

Clemenceau escuchaba. El 20 de marzo, House, a quien Wilson no mantenía informado sobre las discusiones de los Tres, preguntó a Clemenceau como les había ido esa tarde. "Espléndido", dijo éste, "estuvimos en desacuerdo acerca de todo."

Es difícil admirar la estrategia y la táctica empleadas por el presidente de los Estados Unidos en su lucha por alcanzar la paz que había prometido al mundo; pero es imposible no simpatizar con el ser humano cansado y enfermo que, aferrándose a la creencia de que su Padre Todopoderoso lo había enviado para dar al mundo una paz justa y duradera, gastaba sus fuerzas decrecientes en exhortaciones dirigidas a Clemenceau y Lloyd George. Después de todo, Wilson defendía la dignidad humana; lo hacía débilmente, pero defendía lo que es un honor defender.

Tenía sesenta y dos años, era un hombre muy cansado, amenazado por sus arterias endurecidas, sufriendo no sólo problemas gástricos, dolores de cabeza y neuritis, sino también una dilatación de próstata. Su desconfianza hacia House le había quitado la intimidad con el único amigo que tenía. Estaba solo, es cierto que por su propia voluntad, pero solo. Iba a sus conferencias diarias con Clemenceau y Lloyd George sin un solo compatriota que lo ayudara o anotara las conclusiones alcanzadas. Su necesidad de un amigo íntimo que creyera en su misión era intensa. House, como hemos visto, había dejado de creer. Wilson se volvió hacia el emotivo George D. Herron, que había escrito sobre su semejanza con Cristo, y éste le rogó que abandonara la Conferencia antes que ceder.

Clemenceau permanecía inamovible. En cambio, Lloyd George se movía con la celeridad del mercurio, lo que hacía imposible para Wilson, sin un secretario que anotara las promesas de Lloyd George, saber dónde estaba parado. El 26 de marzo House le dijo que Lloyd George había declarado, "a pesar de su promesa de ayer asegurando buena disposición para que el Convenio entrara en el tratado de paz, que no había hecho tal promesa". El presidente dijo: "Entonces miente, porque no sólo estuvo de acuerdo sino que lo hizo en presencia de Orlando y Clemenceau, que serán testigos". El pobre Tommy Wilson, que durante toda la vida había reverenciado a los estadistas británicos y despreciado a los franceses, se encontraba en la crisis de su vida despreciando a Lloyd George y respetando a Clemenceau.

Para el 27 de marzo, Wilson, que todavía rogaba y exhortaba, se aproximaba al colapso nervioso. Clemenceau exigió una ocupación durante treinta años de la Renania y la anexión del Sarre. Wilson, en un ataque de irritación, contestó que los franceses estaban trayendo a colación cuestiones territoriales que no tenían nada que ver con los objetivos de guerra de los otros, que nadie había oído hablar de su intención de anexar el valle del Sarre antes de firmado el armisticio. Clemenceau respondió con ira: "Usted es germanófilo. Usted está tratando de destruir a Francia". "Eso es mentira y usted lo sabe", dijo Wilson. Clemenceau afirmó entonces que si Francia no recibía el Sarre él no firmaría el tratado de paz. Wilson replicó: "Entonces si Francia no consigue lo que quiere se negará a actuar con nosotros. En ese caso, ¿usted quiere que yo vuelva a casa?" "No quiero que usted vuelva a su casa, pero yo si pienso hacerlo", dijo Clemenceau. Se puso su sombrero y salió majestuosamente del edificio.

La descripción de Baker de lo que sucedió luego dice así:

El presidente, amargamente ofendido, dio un largo paseo por el bosque durante el receso del mediodía. y al comienzo de la sesión de la tarde se puso de pie ante los otros tres y en una gran apelación -el almirante Grayson dijo que era uno de los discursos más poderosos que el presidente hubiera pronunciado jamás- formuló de nuevo su Visión de paz.

Cuando hubo terminado, Clemenceau quedó muy impresionado y le estrechó la mano diciendo: "Usted es un hombre de bien, señor presidente, y es un gran hombre".

Pero aunque el presidente pudo sacudir las fibras más íntimas de Clemenceau, no pudo hacer que se rindiera. "Una especie de mente femenina", fue la caracterización que hizo el presidente de su difícil opositor.

Esta opinión de Wilson arroja más luz sobre él que sobre Clemenceau. Nada menos femenino podría imaginarse que la negativa de este último a ser arrollado por la oratoria de Wilson; y es difícil imaginar algo más femenino que su respuesta a la conducta de Clemenceau esa mañana, al sobrepasar los límites de la cortesía. Había insultado a Wilson, y pocos hombres se hubieran negado después de eso a usar las armas masculinas de que éste disponía. Pero Wilson, "en una gran apelación... formuló de nuevo su visión de paz". Así su represalia fue el producto de una femineidad pura, y su comentario de que Clemenceau tenía "una especie de mente femenina era un claro intento de persuadirse de que su propia conducta no lo era, transfiriendo al otro su propia actitud. Como siempre, no podía soportar la franca visión de la femineidad de su propio carácter. El elogio de Clemenceau era sin duda genuino. Cuatro días después dijo, describiendo a Wilson: "Cree que es otro Jesucristo venido a la tierra para reformar a los hombres". Probablemente ignoraba el psicoanálisis, pero la identificación inconsciente de Wilson con el Salvador se había vuelto tan obvia, que forzaba a reconocer su existencia aun a aquellos que nunca habían estudiado los estratos psíquicos más profundos.

Wilson quedó impresionado por el elogio de Clemenceau. Sintió que tal vez aún lo podría convertir con sus palabras y conseguir la paz que había prometido sin una batalla abierta. En la tarde del 27 de marzo Baker sugirió que debería publicar una declaración que denunciara abiertamente a los "grupos obstruccionistas" que hacían "reclamaciones de fronteras estratégicas y de acrecentamiento del territorio nacional", afirmando que "al presionar por lo que

consideran sus propios intereses inmediatos, pierden de vista por entero el hecho de que están seguramente sembrando las semillas de guerras futuras". El presidente se negó a publicar tal declaración. En la tarde siguiente Baker lo instó de nuevo al ataque abierto. Wilson, que todavía vacilaba y tenía esperanzas, contestó: "No ha llegado el momento, no podemos arriesgarnos a disolver la Conferencia de Paz todavía".

Por entonces, resultaba evidente para todos los que estaban en contacto con las negociaciones, a excepción de Wilson, que a menos que estuviera dispuesto a aceptar las condiciones de Lloyd George y Clemenceau, tendría que emplear las armas masculinas que por tanto tiempo se había negado a usar. Herron, que todavía creía a pie juntillas en la semejanza de Wilson con Cristo, le rogó que abandonara la Conferencia. El presidente quedó muy conmovido por el ruego de Herron y se puso a caminar de un lado a otro exclamando: "Dios mío, nunca podré llevar a cabo eso".

Por desgracia era la exacta verdad. En el momento en que el destino del mundo dependía de su persona, no podía encontrar en su cuerpo el coraje para luchar. Su única fuente de coraje masculino, la formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, no se dirigía contra los líderes de los aliados sino contra Lodge. Sin embargo, al mismo tiempo no podía ceder francamente. Todas sus identificaciones con la Divinidad le impedían admitir que no había sido más que el títere de los aliados. Vacilaba, esperando y orando a Dios, su Padre, para poder ganar todavía hablando como Cristo.

Baker anotó:

El 2 de abril el presidente había llegado al borde de sus fuerzas. Encuentro en mis notas de ese día:

Ha dicho que esto no podría seguir muchos días más; que si era imposible llegar a alguna decisión a mediados de la semana siguiente, tal vez debería efectuar una ruptura completa...

Hablé del sentimiento de inquietud en el mundo, de las nuevas revueltas en Alemania y Hungría, y de que la culpa de la demora, por todos lados, se le echaba injustamente a él.

"Lo sé", dijo. "Sé eso." Hizo una pausa. "Pero tenemos que hacer la paz sobre los principios expuestos y aceptados, o no hacerla del todo."

Wilson había estado evitando, en cuanto era posible, el contacto personal con House. Pero en la tarde del 2 de abril de 1919 le telefoneó, y éste anotó en su diario:

Repasamos juntos la situación del principio al fin... Declaró que el "viejo" era obstinado y que no podía llevarlo a tomar una decisión. Lo que realmente quiere decir es que no logra que Clemenceau se convierta a su manera de pensar. ... El presidente me preguntó si yo creía que Lloyd George era sincero con él. ... La impresión general es que George lo está impulsando a una ruptura con los franceses ... Le pregunté si tenía a alguien tomando notas de las reuniones del Consejo de Cuatro. El profesor Mantoux está allí para hacer de intérprete de Orlando. El presidente admitió que le parecía que Mantoux no le tenía simpatía. Dijo: "En realidad, no estoy seguro de que alguno me la tenga".

Estas palabras son profundamente patéticas. Fueron dichas por el presidente de los Estados Unidos que, tres meses antes, había sido recibido por Francia, Inglaterra e Italia con un amor y una veneración tan intensos que pareció al mundo y a sí mismo un Rey de Reyes. Y de hecho aún tenía más hombres dispuestos a responder a su llamado y seguirlo a la batalla, de lo que cualquier otro ha tenido antes o después. Todavía era el líder de los idealistas del mundo. Estaban perplejos y preocupados porque no los había llamado a la batalla, pero no habían perdido la fe en él. Sin embargo, él había perdido la fe en sí mismo. El conflicto entre su voluntad de afrontar la batalla y su miedo de pelear lo había tornado nuevamente en el pequeño Tommy Wilson: el jovencito débil, enfermizo, con sus anteojos, dolores de cabeza y acidez estomacal, que no se atrevía a jugar con los muchachos toscos en las calles de Augusta, que se sentía fuera de la vida, solo y sin un amigo.

Un día después de su conversación con House, se derrumbó en un complejo colapso nervioso y físico. "Estaba atacado por violentos paroxismos de tos, tan severos y frecuentes que interferían con su respiración. Tenía una fiebre de 39° y una profusa diarrea... su estado parecía muy grave". Durante las primeras horas de la mañana del 4 de abril de 1919, Wilson se retorció en su lecho, vomitando, tosiendo, evacuando una profusa diarrea y orina con sangre, punzado por el dolor de su próstata hinchada y la neuritis de su hombro izquierdo. Luchando por respirar, con la cara demacrada, sufriendo

crispaciones en el costado y en el ojo izquierdos. Pero el tormento de su cuerpo en ese momento le resultaba tal vez menos terrible que el de su mente. Encaraba alternativas igualmente horribles. Podía romper sus promesas y volverse el instrumento de los aliados, no el Príncipe de la Paz, o podía mantener sus promesas, retirar de Europa la ayuda financiera de los Estados Unidos, denunciar a Clemenceau y Lloyd George, regresar a Washington y abandonar Europa, ¿a... qué?, y él mismo, ¿a... qué?

Se echaba atrás ante las posibles consecuencias de blandir sus armas masculinas, con un miedo que lo abrumaba. Había exagerado el peligro de luchar y minimizado la posibilidad de hacerlo con éxito. Una sola amenaza de dejar que Francia enfrentara sola a Alemania, podría haber hecho que Clemenceau cediera; un restallar de su látigo financiero podría haber hecho que Lloyd George se doblegara. Pero el hombre enfermo en su cama había empezado otra vez a ver el mundo con los ojos del pequeño Tommy Wilson, y veía una imagen de pesadilla en las posibles consecuencias de sus acciones. Temía que su retiro diera por resultado una inmediata reanudación de la guerra en Europa, que ejércitos franceses muertos de inanición marcharan sobre los cuerpos de alemanes, austriacos, húngaros y rusos famélicos también, e impulsieran al fin una paz peor que la que rechazaba. Temía que tales sucesos pudieran producir un movimiento revolucionario tan vasto que todo el continente europeo sucumbiera ante el bolchevismo y, por sobre todo, no podía contemplar eso. Odiaba y temía a los comunistas mucho más profundamente que a los militaristas. No había una chispa de radicalismo en su cuerpo. Era el "estadista cristiano" enviado para traer la luz al mundo capitalista mediante paráfrasis del Sermón de la Montaña. Su visión de un mundo perfecto era la visión de "La nueva libertad", una visión de pequeñas ciudades prósperas como aquellas en que había vivido la mayor parte de su vida. De hecho, la revolución comunista estaba más allá de los límites de la posibilidad tanto en Francia como en Inglaterra; pero estaba presente en los temores de Wilson. Una y otra vez durante esos días y noches en que el futuro del mundo dependió de su declaración repitió: "¡Europa se incendia y no puedo agregar combustible a las llamas!"

¿Y cuál hubiera sido el efecto de la lucha sobre su propia vida? Se veía denigrado desde un extremo al otro del mundo capitalista, y ése era su único mundo. Ya la prensa de París y Londres lo atacaba con una aspereza que lo hería en extremo. Sabía que, si bien sería saludado como un profeta por los liberales e idealistas de América, la masa de la nación se volvería contra él. Lo

llamarían "germanófilo" como lo hiciera Clemenceau. Lo acusarían de "querer dar rienda suelta al huno". Lo llamarían bolchevique. La propaganda que había desatado en América mediante su amigo George Creel había hecho efecto. El pueblo americano había sido fustigado para que odiara a Alemania y a Rusia. Las viudas ricas maullaban por sangre. Si daba la impresión de favorecer a Alemania y ayudar al comunismo, el pueblo americano volvería ese odio contra él. El mundo entero lo detestaría, exceptuando a unos pocos liberales americanos y británicos, cuya buena opinión le importaba, y los socialistas y comunistas de Europa, cuya aprobación no podía soportar, ni que se le asimilara con ellos. Y lo peor de todo, tendría que retirarse junto a los Estados Unidos de la Liga de las Naciones. Ésta sería establecida sin él. Debería privarse de su derecho a la inmortalidad.

Así como la alternativa de retirarse de la Conferencia era intolerable, la otra eventualidad no lo era menos. La emoción más profunda que había sentido jamás era su sentimiento de que si llevaba a los Estados Unidos a la guerra, sería para lograr la paz. Casi toda la energía su enormemente poderosa pasividad hacia el padre estaba cargando su identificación inconsciente con Cristo. Ceder, darse por vencido, habría significado que no era el Príncipe de la Paz. Además sería perder su palabra, burlar sus promesas, convertir en chanza los ideales y a los idealistas. Destruiría en América todo el movimiento liberal del cual era líder. Sería atacado por los mismos hombres cuya buena opinión valoraba más. ¿Qué diría Herron, el hombre que realmente lo comprendía? ¿Qué pensarían todos los jóvenes que habían creído en él? ¿Qué pensaría él de sí mismo? Quedaría ante el mundo no como el Hijo de Dios que había emprendido la guerra para ganar una corona real y la había ganado, sino como el Hijo de Dios que emprendió la guerra y se dio por vencido cuando vio la Cruz.

Veintinueve

Durante el día y la noche del 4 de abril de 1919, Wilson dio vueltas en la cama, incapaz de elegir entre las alternativas que le resultaban igualmente horribles. Pero tenía que decidir. No podía huir a Rydal para recuperarse en compañía de un amigo querido, con Wansfell ante él "como un gran pecho que nutre". La labor de la Conferencia de Paz debía continuar.

El 5 de abril de 1919 Wilson permanecía en cama. Clemenceau, Lloyd George y Orlando se reunieron en su estudio y el coronel House corría ida y vuelta a través de la puerta disimulada en la biblioteca que separaba el dormitorio de Wilson de su escritorio, para mantenerlo informado sobre la marcha de las negociaciones. Se discutían las reparaciones. Wilson ya había cedido ante la exigencia de los británicos de que se incluyeran en la lista de reparaciones las pensiones y las indemnizaciones. También había ordenado que los expertos americanos dejaran de luchar por su pretensión original de que se señalara en el tratado la suma precisa que Alemania pagaría. Pero tenía la ilusión de que no se necesitaría hacer nuevas concesiones y de que Lloyd George lo apoyaría cuando insistiera en que el total de los pagos por reparaciones debía limitarse a la cantidad que Alemania pudiera pagar en treinta años.

Para sorpresa de House, y de Wilson cuando aquél le informó, Lloyd George se opuso a cualquier plazo de prescripción concerniente al tiempo o al dinero. El coronel, desesperado, creyendo que era mejor tener "una paz inmediata y el mundo puesto en orden... que... una paz mejor pero lejana", se sometió a los primeros ministros británico y francés y sugirió una fórmula como "compromiso de reparaciones" que era en realidad el abandono de toda la posición americana "El programa de pagos que deberán hacer los Estados enemigos, será estipulado por esta Comisión, teniendo en cuenta, para fijar el momento del pago, sus posibilidades financieras".

El mismo House se sentía tan indignado por las exigencias de Clemenceau y Lloyd George que le aconsejó a Wilson aceptar este "compromiso" pero disolver

la Conferencia antes que hacer nuevas concesiones. El coronel registró en su diario:

Sugerí que en caso de no llegar a ningún acuerdo hacia el fin de la semana siguiente (12 de abril), redactara una declaración de lo que los Estados Unidos están dispuestos a firmar como tratado de paz y que se informara a los aliados que, a menos que pudieran acercarse a nuestra manera de pensar, nos volveríamos a casa inmediatamente y los dejaríamos que hicieran la paz que mejor les pareciera. Mi sugestión era hacer esto amablemente y en el tono mas suave posible, pero con firmeza.

Por lo tanto, el sábado 5 de abril de 1919, hasta House, que había sido el principal defensor de las concesiones, aconsejó a Wilson luchar. Y desde América, Wilson recibió la misma sugerencia. Justo antes del colapso de Wilson, el almirante Grayson, su médico y amigo, había enviado a Tumulty un cable que decía: "Todavía confío en que el presidente ganará. Encuentra dificultades. Situación grave. El presidente es más que nunca la esperanza del mundo, y con su coraje, sabiduría y fuerza, señalará el camino. ¿Tiene usted alguna sugerencia en cuanto a publicidad u otra cosa?" El 5 de abril de 1919 Tumulty respondió:

En mi opinión, el presidente debe, de alguna manera dramática, aclarar la atmósfera de dudas, malentendidos y desesperación que invade ahora el mundo. Debe tratar de dominar la situación e insistir hasta sacarla de su indecisión actual, o triunfarán el sabotaje político y las intrigas. Sólo un golpe de audacia del presidente salvará a Europa y quizás al mundo. Debe hacerlo pese a la opinión en contrario de sus consejeros. Ha tratado de arreglar el asunto en secreto; sólo la publicidad dramática puede ahora salvar la situación. Las circunstancias exigen esa audacia que le ha permitido triunfar en todas las batallas.

Wilson, todavía en cama, recibió el telegrama de Tumulty. Y el 6 de abril, domingo, un día apropiado para que decidiera tomar el lugar de su padre en el púlpito y dictar la ley de Dios a una congregación que era la humanidad, mandó llamar a los comisionados americanos. El coronel House anotó en su diario:

Se decidió que, si no ocurría nada en unos pocos días más, el presidente diría a los primeros ministros que, a menos que se hiciera la paz de acuerdo con sus promesas, que consistían en conformarse a los Catorce Puntos, se vería

obligado a marcharse a América, o bien insistiría en que las conferencias se hicieran abiertamente; en otras palabras, tener sesiones plenarias de las que participaran todos los delegados de las potencias menores.

Así, en la tarde del 6 de abril de 1919, Wilson decidió que, a menos que Clemenceau y Lloyd George en unos pocos días convinieran verdaderamente condiciones que estuvieran de acuerdo con sus promesas de hacer la paz sobre la base de los Catorce Puntos, se iría a casa, o insistiría en que hicieran sus propuestas en público, de manera que él pudiera combatirlos abiertamente y volver contra ellos la opinión del mundo. Esta decisión era característica. Le permitía "esquivar los problemas" por unos días más, y expresaba otra vez la reconfortante esperanza de poder al fin elevar la Conferencia de Paz al nivel de las sociedades universitarias de debates, que había dominado con su honestidad y elocuencia. Podía pensar de nuevo en la Conferencia de Paz como lo había imaginado el 16 de noviembre de 1918, cuando cablegrafió a House: "Deduzco que los líderes franceses y británicos desean excluirme de la Conferencia por temor a que allí dirija a las naciones más débiles contra ellos". Una vez más podía albergar esperanzas de no verse obligado a usar armas masculinas, que había descartado, sino femeninas, complaciendo su preferencia por la palabra.

Sin embargo la decisión era importante, ya que indicaba que estaba dispuesto a luchar unos días después, con una u otra arma, en lugar de seguir cediendo. Pero tan pronto como tomó esta decisión, la despojó de importancia inmediata al aceptar el "compromiso" de reparaciones de House. El coronel anotó en su diario ese mismo domingo: "Retomé con el presidente la cuestión de las reparaciones sobre la que los expertos estuvieron trabajando hoy, y conseguí que aceptara el plan, con ligeras modificaciones que le había hecho". Así, dado que el "compromiso" de reparaciones era un abandono completo de la posición americana, Wilson hizo que a su decisión de no ceder más, siguiera una concesión enorme que más que concesión era rendición. Resulta claro que todavía estaba atado por sus deseos conflictivos y temores, que quería seguir proclamando y creyendo que no cedería y al mismo tiempo evitar, transigiendo, la lucha que temía.

Más tarde, al anochecer del mismo domingo 6 de abril de 1919, parece haber llegado a una verdadera decisión de luchar. Estaba sentado en su cama, abrigado con un viejo pulóver blanco, y Mrs. Wilson tejiendo junto a su cabecera, cuando el almirante Grayson introdujo a Bernard M. Baruch, cuya

P S I K O L I B R O

intimidación con los Wilson había comenzado a aumentar cuando la de House disminuía. El presidente dijo que había llegado al cabo de su paciencia en la discusión con los ingleses, franceses e italianos y que de alguna manera tenía que presionarlos. Baruch sugirió que los apremiara financieramente, cortando los créditos de los Estados Unidos de los cuales vivían. Wilson envió un cablegrama al secretario del Tesoro, ordenándole no conceder nuevos créditos a Inglaterra, Francia e Italia. Luego subrayó su decisión de luchar, pidiendo a Grayson que hiciera llegar un cable ordenando al George Washington regresar a Brest lo más pronto posible. No se había decidido a retornar a América en seguida, pero quería tener el barco listo para volver, a menos que Lloyd George y Clemenceau comenzaran a respetar sus promesas de hacer la paz sobre la base de los Catorce Puntos. Así, en la noche del 6 de abril de 1919, Wilson se preparó a luchar, y por lo menos el almirante Grayson quedó convencido de que lo haría, antes que seguir cediendo. Cuando Clemenceau, refiriéndose a los propósitos de Wilson de llamar al George Washington, dijo: "Es un bluff, ¿no es cierto?", el almirante contestó con entera sinceridad: "No tiene un ápice de bluff en su cuerpo".

Por otra parte, Grayson, ese mismo domingo 6 de abril de 1919, a pedido de uno de los autores de este volumen, trató de obtener de Wilson una decisión sobre la propuesta de paz del gobierno soviético, que expiraría el 10 de abril. Wilson, cuya "mente de un solo carril" estaba absorbida por Alemania, dijo que le había pasado la cuestión a House para que la manejara, y se negó a molestarse él mismo por la paz en y con Rusia.

Lenin había ofrecido hacer un armisticio inmediato en todos los frentes y acordar un reconocimiento de facto a los gobiernos anticomunistas que se habían establecido en las siguientes áreas del ex imperio ruso: 1) Finlandia, 2) Murmansk-Arcángel, 3) Estonia, 4) Letonia, 5) Lituania, 6) Polonia, 7) la parte occidental de la Rusia Blanca, 8) Rumania, incluida Besarabia, 9) más de la mitad de Ucrania, 10) Crimea, 11) el Cáucaso, 12) Georgia, 13) Armenia, 14) Azerbaiján, 15) los Urales completos, 16) toda Siberia.

Con esto Lenin había ofrecido limitar el dominio comunista a Moscú y una pequeña área adyacente, más la ciudad conocida ahora como Leningrado. Como comunista, naturalmente esperaba expandir el área de dominio cada vez que pudiera hacerlo sin riesgo, dejando de lado cualquier promesa previa. Sin embargo, al reducir el Estado comunista a un área no mucho mayor que la dominada por el primer dictador ruso que se hizo llamar Zar -Iván el Terrible-

Lenin había ofrecido a Occidente una oportunidad única de impedir que el comunismo conquistara por la fuerza las áreas adyacentes. De paso, había ofrecido también reconocer la responsabilidad soviética por las deudas del imperio ruso.

Las consecuencias de la negativa de Wilson a desviar su atención hacia la cuestión de Rusia fueron considerables. Todavía no sabemos en realidad su verdadera magnitud. No es imposible que la negativa de Wilson a recargar su "mente de un solo carril" con Rusia, resulte al final la decisión particular más importante que tomó en París.

Al día siguiente, lunes 7 de abril de 1919, fue despachado el telegrama que llamaba al George Washington y House tomó el lugar de Wilson en la reunión de los primeros ministros que se realizó en el departamento de Lloyd George. Los representantes aliados disgustaron tanto al coronel con su regateo, que se enojó y abandonó la reunión. Parecía que había llegado por fin la ruptura definitiva. House anotó en su diario: "Crucé la calle para contarle al presidente lo de la reunión y aprobó sin reservas mi gesto. Perdimos la tarde entera sin llegar a nada. El presidente estaba completamente descorazonado cuando conversamos sobre el asunto y se preguntaba cuál iba a ser el resultado".

Después de irse House, Ray Stannard Baker conversó con Wilson:

Subí para ver al presidente Wilson a las seis y media -por primera vez después que cayó enfermo-. Lo encontré en su estudio, delgado, pálido y con ropas de calle. Tuvimos una larga conversación.

Había llegado al punto en que no cedería más...." ¿Entonces Italia no tendrá Fiume?", le pregunté. "De ninguna manera mientras yo esté aquí", dijo eu forma tajante "¿Ni Francia el Sarre?" "No..." .. Le pregunté qué podía decir a los corresponsales y me contestó que les dijera que volvieran a leer nuestros convenios con los aliados y con Alemania y les asegurara que no renunciaría a estos principios. ... Le conté al presidente el efecto de su anuncio acerca del George Washington. "Ha llegado el momento de dar culminación a esto", dijo "House acaba de estar aquí y me dijo que Clemenceau y Klotz habían perdido un día más en charlas. ... Ya no discutiré con ellos. Nos pusimos de acuerdo entre nosotros y con Alemania sobre ciertos principios generales. Todo el transcurso de la conferencia ha consistido en una serie de intentos, especialmente de Francia, por romper este acuerdo, conseguir territorios,

imponer indemnizaciones aplastantes. El único verdadero interés de Francia por Polonia es debilitar a Alemania dándole a Polonia territorios sobre los cuales no tiene derecho."

Acerca de esta conversación con Wilson, Baker anotó también: "Hablamos de la actitud ambigua de Lloyd George; se dijo incluso que se preparaba, en esta crisis, a publicar una declaración en la que le echaba [a Wilson] la culpa de la demora. Nunca olvidaré la tristeza absoluta de la respuesta del presidente, parado allí junto a su escritorio, el rostro demacrado por la reciente enfermedad. 'Bueno', dijo, 'supongo que tendré que luchar solo'."

Frente a estas palabras es difícil creer que en la tarde del 7 de abril de 1919 Wilson tuviera otra idea que no fuese la de luchar en vez de seguir cediendo. Pero hemos visto con qué frecuencia había transigido a último momento. Y puede chocarnos pero no sorprendernos el notar que, en la tarde del 8 de abril de 1919, menos de veinticuatro horas después de haber hecho estas declaraciones a Baker, se reencontró con los primeros ministros después de su enfermedad y se sometió a sus exigencias, aceptando el arreglo de reparaciones que arruinó la vida económica de Europa. House anotó en su diario: "Para mi gran alegría llegaron a un arreglo provisorio de la cuestión de las reparaciones. El presidente cedió más de lo que yo esperaba, pero no más, creo, de lo que requería la ocasión".

Desde entonces el descenso de Wilson hacia el Tratado de Versalles fue rápido. Lo aceleró el telegrama que le envió Tumulty el 9 de abril de 1919: "La orden de que el George Washington volviera a Francia fue considerada aquí como un acto de impaciencia y petulancia por parte del presidente y no lo aceptaron de buena gana ni los amigos ni los contrarios. Creen evidente que el presidente piensa abandonar la Conferencia si no aceptan sus puntos de vista... Un retiro en este momento sería una desertión". Además el secretario del Tesoro le cablegrafió que ya se habían concedido créditos que cubrían las necesidades de los aliados hasta julio. El 9 de abril Wilson cedió en cuanto al Sarre y nunca jamás volvió a amenazar con luchar por la paz que había querido dar al mundo.

Antes de que tratemos de analizar el colapso mortal de Wilson, parece aconsejable notar otra alteración en su relación con House. Tras su conversación del 14 de marzo en el tren, Wilson disminuyó su contacto personal con el coronel al mínimo requerido por el trabajo inmediato. Pero

cuando cayó enfermo el 3 de abril, tuvo que nombrar a alguien para que tomara su lugar en el Consejo de Cuatro y, como desconfiaba de Lansing más de lo que desconfiaba de House, eligió a éste. Por unos pocos días pareció posible que sus relaciones se hicieran nuevamente íntimas. Pero entre los amigos de House en París había un periodista inglés llamado Wickham Steed, que actuaba como corresponsal político en París para el Times de Londres y escribía editoriales para el Daily Mail. House había descubierto que tratando a Steed como si fuera un caballero podía controlar sus artículos. Se jactaba ante Mrs. Wilson de que Steed escribiría cualquier cosa que él quisiera, cuando ella, tomando un recorte del Times del lunes 7 de abril de 1.919 se lo entregó, diciéndole: "Supongo que usted le pidió que escribiera esto". El recorte decía:

LOS ENGRANAJES DE LA PAZ (De nuestro corresponsal político)

París, 6 de abril

Los servicios del coronel House

... En la medida en que las perspectivas de la Conferencia han mejorado, se cree que es atribuible principalmente a la calidad de estadista práctico del coronel House, quien, en vista de la indisposición del presidente Wilson, ha puesto una vez más su *savoir faire* y temperamento conciliador a disposición de los principales pacificadores.

El coronel House es uno de los pocos delegados que han "andado bien" durante la Conferencia. En realidad es probable que la paz se hubiera concluido con éxito hace semanas si no hubiera sido por la lamentable enfermedad que lo aquejó al comienzo de la Conferencia. Cuando se recuperó, el Consejo de Diez ya había tomado malas costumbres...

Poco se pudo hacer para arreglar las cosas hasta que Lloyd George volvió a Inglaterra y el presidente Wilson a América. Durante su ausencia, el coronel House, que nunca ha tenido dificultades al trabajar con sus colegas, porque es un hombre desinteresado, sin propósitos personales, llevó los asuntos adelante con rapidez. La demora producida desde el regreso del presidente Wilson y de

Lloyd George se ha debido sobre todo al haberse desorganizado el buen trabajo hecho en su ausencia y al abandono de métodos sensatos en favor de "improvisaciones geniales".

Si hay ahora una oportunidad de que la Conferencia pueda ser salvada y arribar a conclusiones positivas, se debe sobre todo a los esfuerzos del coronel House y al efecto saludable de la sensación de que los pueblos de las potencias aliadas están alarmados seriamente ante las componendas secretas de sus representantes principales.

House quedó atónito. Estaba de pie, sin habla, frente a Mrs. Wilson. Entonces le avisaron que el presidente lo esperaba. Corrió a verlo diciendo a la señora que después le explicaría. Jamás lo hizo. No había explicación posible. Steed había completado el círculo de malentendidos personales iniciados por Auchincloss. Mrs. Wilson quedó convencida de que House había inspirado a ambos. Desde entonces lo odió y estuvo segura de que era un traidor a su marido, interesado sólo en acaparar los méritos por las realizaciones de Wilson, dejándole la condena por los errores. Las relaciones personales entre las familias Wilson y House se hicieron distantes.

Wilson se sentía menos disgustado con el coronel que su esposa. Desconfiaba de él pero no le odiaba. La identificación con el pequeño Tommy Wilson, aunque moribunda, no estaba del todo muerta. Continuó empleando a House como ayudante, así como había continuado empleando a Tumulty después de perder la confianza en él; pero tenía cuidado de evitar que House supiera demasiado sobre sus pensamientos y actos, así como se había precavido manteniendo a distancia a Tumulty. En los primeros días de abril Lloyd George había introducido en las reuniones de los Cuatro, para que tomara notas, a Sir Maurice Hankey, quien envió a House actas de las reuniones en que representó al presidente. Los británicos sugirieron a Wilson que para mantener a la delegación americana al corriente de las negociaciones, Hankey debería proporcionar diariamente a House las actas de las reuniones de los Cuatro. Wilson respondió que no se debía proporcionar dichas actas ni a House ni a ningún otro miembro americano, excepto a él mismo. Desde entonces nadie supo qué convenios estaba haciendo el presidente de los Estados Unidos. Lloyd George tenía a Hankey para que lo ayudara, Clemenceau a Mantoux, Wilson estaba solo. Pero por lo menos demostró que él, y no House, era el

gobernante de los Estados Unidos. Solo, en el mes de abril de 1919, aceptó la transformación de los Catorce Puntos en el Tratado de Versalles.

Treinta

Probablemente el lector se ha sentido aburrido por nuestro detallado examen de las palabras y actos de Wilson en los meses de febrero, marzo y abril de 1919. Pero creemos que no debemos pedir disculpas por nuestro cuidadoso escrutinio. Hasta donde puede ser importante un ser humano, Wilson en esos meses lo fue.

La corriente entera de la historia puede ser desviada por la personalidad de un solo individuo. Si Milcíades hubiera huido de Maratón o Carlos Martel hubiera dado la espalda a Poitiers, la civilización occidental se habría desarrollado de otra manera. Y todo hubiera sido diferente si Cristo se hubiera retractado cuando compareció ante Pilatos. Cuando Wilson se rindió en París, el curso de Occidente se desvió hacia un canal nada agradable de contemplar.

Las consecuencias psicológicas de su colapso moral fueron quizás tan serias como las económicas y políticas. La humanidad necesita héroes; así como el héroe que es fiel a su empresa eleva todo el nivel de la vida humana, el que la traiciona lo rebaja. Wilson predicó y prometió magníficamente, luego huyó. Hablar y capitular no forman parte de la mejor tradición americana ni de la civilización europea. Al mundo occidental no le resultará fácil borrar de su memoria la figura tragicómica de su héroe, el presidente que habló y capituló. Por eso nos parece que no necesitamos defender nuestro intento de determinar la causa y momento exactos de la rendición de Wilson. Fue un acto importante en sus consecuencias.

Si Wilson viviera y se sometiera al psicoanálisis, sería posible descubrir exactamente por qué y cuándo abandonó la lucha que había prometido sostener. Con las pruebas de que disponemos, sólo podemos indicar una posibilidad. Está claro que la crisis comenzó con el colapso de Wilson del 3 de abril y que terminó al cabo de diez días. Dado que parecía completamente decidido a luchar en la tarde del 7 de abril y se rindió en cuanto a los asuntos importantes de las reparaciones en la tarde siguiente y jamás volvió a elevar la voz (excepto sobre la cuestión marginal de Fiume), resulta obvia la conclusión de que en algún momento de la noche del 7 de abril o de la mañana del 8 decidió darse por vencido. Pero el 6 de abril le había dicho a House que aceptaría el "compromiso" de reparaciones, de modo que su rendición del 8 ya estaba prevista; puede haber obedecido a la firme resolución de no volver a claudicar jamás, y la decisión final de ceder hasta el extremo, pudo ser tomada cuando recibió el telegrama de Tumulty del día 9, que concluía: "Una retirada en este momento sería una desertión". Pero es probable también que jamás haya tomado ninguna decisión, sino meramente se haya desintegrado.

Por otra parte, después de su conversación con House del 6 de abril se había vuelto mucho más beligerante. Había mandado llamar al George Washington y ordenado que se detuvieran los créditos a los aliados, y durante el día 7 pareció tan absolutamente decidido a luchar, que hasta House se asombró de lo completa que fue su rendición en la tarde del 8 de abril. En ausencia de Wilson es imposible fijar el momento de su colapso; pero queda la impresión de que la decisión definitiva de no luchar por el tratado que había prometido al mundo, la tomó probablemente en la noche del 7 de abril. Y se siente la tentación de imaginar que esa noche yació despierto, enfrentando el miedo a una lucha masculina que acechaba en el alma del pequeño Tommy Wilson, quien nunca en su vida había tenido una pelea a puñetazos; y decidió darse por vencido. Eso puede haber sucedido. Pero Wilson no se inclinaba a encarar las realidades desagradables y ninguna de sus futuras excusas o acciones indican que tuviera un conocimiento consciente de su verdadera naturaleza. Por el contrario, muestran que reprimió la verdad en su inconsciente y se persuadió conscientemente de que al ceder había logrado todo y aun más de lo que podía obtener luchando.

Hemos notado que para resolver el conflicto interno que lo torturaba, Wilson sólo necesitaba descubrir alguna racionalización que le permitiera rendirse y seguir considerándose el Salvador del Mundo. ¡Encontramos que no descubrió sólo una, sino tres racionalizaciones de este tipo!. En el mes que siguió a su

concesión del 8 de abril de 1919, reiteró frecuentemente tres excusas. La principal, como es natural, era la Liga de las Naciones. Cada vez que hacía una concesión irreconciliable con su promesa de concluir la paz sobre la base de los Catorce Puntos, en la velada decía a sus acompañantes: "Jamás hubiera hecho eso si no es-tuviera seguro de que la Liga de las Naciones reverá la decisión". Se convenció de que ésta modificaría todas las cláusulas injustas del tratado. Cuando le preguntaron cómo podría alterarlo puesto que no era el Parlamento de la Humanidad, sino por el contrario, cada miembro del Consejo tenía un derecho de veto absoluto, contestó que esto era verdad en el presente, pero que la Liga se transformaría y se volvería lo bastante fuerte como para corregir el tratado; entonces sería modificado. Así se libró de toda obligación moral de luchar. En el momento en que llegó a la convicción de que las condiciones del tratado eran meros recursos temporarios que serían revistos por una Liga permanente, pudo creer que nada tenía verdadera importancia excepto la existencia de ésta. Deseaba por sobre todo creerlo porque la Liga era, pensaba, su título a la inmortalidad. Rehusaba ver que este organismo sería tal vez temporario, y las condiciones permanentes, hasta que una guerra las alterara. En su ardiente deseo de ser el padre de este proyecto, olvidó totalmente su punto de vista del año anterior: que podía pedir al pueblo americano el ingreso a una Liga para garantizar los términos del tratado, sólo si éste fuera tan justo que hiciera improbables nuevas guerras. Necesitaba con tanta intensidad una racionalización, que fue capaz de cegarse ante el hecho de que la Liga era esencialmente un órgano para garantizar la permanencia de las condiciones del Tratado de Versalles y creyó que estaba destinada a replantear las mismas condiciones que debía preservar. Usando esta racionalización pudo al mismo tiempo rendirse y creer que todavía era el Salvador del Mundo.

Su segunda excusa era y es sorprendente. Siempre pudo encontrar algún principio para cubrir la desnudez de una conducta que pudiera resultar chocante a la decencia humana común; sin embargo, es desconcertante descubrir que convirtió el Tratado de Versalles en un asunto de principios. Inventó un magnífico sofisma. Dijo a sus amigos que, ya que había venido a Europa para establecer el principio de la cooperación internacional, debía apoyar este principio y cooperar con Lloyd George y Clemenceau, aun al costo de concesiones difíciles de armonizar con los Catorce Puntos. Fue capaz de fijar los ojos tan firmemente sobre las palabras "cooperación internacional" que pudo ignorar la circunstancia de que sus concesiones, efectuadas en nombre de este principio, ¡la harían imposible! ¡Trabajó por la cooperación internacional

estableciendo el arreglo de reparaciones y el Corredor Polaco! Aplicó este principio no a la realidad, sino a su conciencia con tanto éxito que volvió a sentirse liberado de la obligación de luchar. Más aun, ¡llegó a ser una cuestión moral el no luchar! Una vez más, como tan a menudo en su vida, una hermosa frase había venido a rescatarlo y a eliminar un hecho nefasto que amenazaba su paz espiritual.

Su excusa final era el bolchevismo. Una y otra vez pintó con palabras la imagen de lo que ocurriría si él peleaba y se retiraba de la Conferencia de paz en lugar de ceder. Describió al ejército francés marchando sobre Alemania, anulando ciudades enteras con armas químicas, matando a mujeres y niños, conquistando toda Europa y quedando sumergida luego por una revolución comunista. Repetía a menudo: "Europa se incendia y no puedo agregar combustible a las llamas". Con eso pudo por fin convencerse de que había suprimido su masculino deseo personal de luchar, con el fin de evitar a Europa las terribles consecuencias que hubieran derivado de dar rienda suelta a su masculinidad. El capitular se transformó en un autosacrificio. Por este camino más bien retorcido se las arregló para ofrecer un nuevo apoyo a su convicción de que se había sacrificado por el bienestar de la humanidad y por lo tanto se parecía a Cristo.

Parece que Wilson aceptó estas racionalizaciones plena y definitivamente en la segunda semana de abril de 1919. Quería creer en su validez, por lo tanto creyó. Así escapó, de la manera más satisfactoria para él, del conflicto interno que lo torturaba. Pero todas sus excusas se basaban en ignorar los hechos y estos no se dejan ignorar fácilmente. Un hombre puede reprimir el conocimiento de un hecho desagradable dentro de su inconsciente, pero éste permanece allí luchando por escapar hacia la conciencia y el sujeto se ve obligado a reprimir, no sólo su recuerdo, sino el de todos los hechos íntimamente asociados, para poder continuar olvidándolo. Su integridad mental se altera y se aleja sin cesar de esa realidad, negando cada vez más su existencia.

El hombre que encara los hechos, por más desagradables que sean, preserva su integridad mental. Los que Wilson tenía que encarar eran sin duda muy desagradables. Había llamado a sus conciudadanos para que lo siguieran en una cruzada y ellos habían seguido con coraje y una notable abnegación; había prometido a ellos, al enemigo y a toda la humanidad, una paz de absoluta justicia basada sobre sus Catorce Puntos; había predicado como un profeta dispuesto a afrontar la muerte por sus principios y se había dado por vencido.

Si después de capitular, en lugar de inventar racionalizaciones consoladoras, Wilson hubiera sido capaz de decirse "he roto mis promesas porque tenía miedo de luchar", su mente no se hubiera desintegrado como ocurrió desde abril de 1919. De abril a septiembre, se desmoronó por completo y permanentemente, en una desenfrenada huida de los hechos. Esta desintegración mental es una indicación adicional de que en la segunda semana de abril de 1919 no pudo encarar su femineidad y su miedo y se limitó a aferrarse decididamente a las racionalizaciones que le permitían no mirar la verdad. En la crisis de su vida fue anonadado una vez más por su pasividad hacia el padre y por el miedo. Pero parece que nunca permitió que su conocimiento de este hecho se elevara hasta su conciencia. Resulta claro que cuando decidió permitir que los Catorce Puntos se transformaran en el Tratado de Versalles, tenía conciencia sólo de los más nobles motivos. Traicionó la confianza del mundo como una cuestión de principios.

Treinta y uno

Una vez que Wilson se decidió a ceder hasta el fin en lugar de luchar y rescató su identificación con el Salvador convenciéndose de que la Liga de las Naciones alteraría cualquier previsión injusta que él permitiera en el tratado y preservaría la paz eternamente, hizo sus concesiones con una celeridad asombrosa. El 7 de abril había amenazado con disolver la Conferencia; una semana después, el 14, el tratado estaba tan avanzado que se invitó al gobierno alemán a enviar delegados a Versalles para recibirlo.

La sumisión de Wilson fue acelerada no sólo por su racionalización de que las condiciones del tratado eran relativamente poco importantes mientras existiera la Liga, sino también por su necesidad de pedir enmiendas al Convenio. Había quedado claro que, a menos que la Doctrina Monroe se eximiera de manera

específica de ser revisada por la Liga, el Senado de los Estados Unidos no ratificaría el tratado. Por eso Wilson tuvo que solicitar una enmienda del Convenio para la Doctrina. Por fin los británicos y franceses lo tenían en la posición de pedir algo. Le expresaron con claridad que no conseguiría la enmienda para la Doctrina Monroe a menos que prometiera a los británicos limitar la flota americana y convenir en las condiciones de paz tanto de Francia como de Gran Bretaña. El 8 de abril aceptó las condiciones de reparaciones de Lloyd George y Clemenceau; el 9 y 10 cedió en el asunto del Sarre y de la flota americana; el 11 consiguió su enmienda para la Doctrina Monroe; el 15 aceptó las exigencias de Clemenceau respecto de la ocupación del Rin.

Como hemos visto, Wilson había insistido en establecer la Liga de las Naciones y en dar la garantía de América al tratado antes de que se arreglara ninguna de sus condiciones, con la esperanza de poder elevar las negociaciones al plano del Sermón de la Montaña y evitar la lucha; y después, cuando tuvo miedo al enfrentamiento en abril, había adoptado la Liga como su justificación moral. Lloyd George y Clemenceau terminaron por darse cuenta de que Wilson no podía vivir sin la Liga, no importaba qué hubiera en el tratado y cada vez que objetaba condiciones que no se podían conciliar con los Catorce Puntos, Lloyd George le recordaba gentilmente que su resistencia podría "dar fin a la Liga de las Naciones", y Wilson comenzaba a "agitarse".

Lloyd George podía usar esta amenaza con eficacia sólo a causa de la necesidad psíquica interna de Wilson de conservar su identificación con Cristo mediante su racionalización de que la Liga alteraría todas las condiciones injustas del tratado. Los intereses del pueblo de los Estados Unidos no requerían que garantizara una paz nefasta. Personalmente, Wilson necesitaba no sólo una Liga sino un tipo especial de organismo que salvara el escaso vestigio de razón que se mantenía adherido a su racionalización. Era muy improbable, casi imposible, pero sin embargo concebible, que la cola pudiera menear al perro, que la Liga de las Naciones pudiera transformarse en un Parlamento de la Humanidad, rever el tratado y hacer la paz. Pero era inconcebible que un Organismo en el que no estuvieran representados los Estados Unidos, se fortaleciera lo bastante para lograr esta realización sin precedentes, y lo era igualmente, que si la Liga, ya débil, se debilitara aún más con enmiendas y reservas, pudiera transformarse en un poderoso Super Estado capaz de alterar límites y servidumbres a su voluntad. Por eso Wilson tenía que lograr una Liga de Naciones que satisficiera al Senado de los Estados Unidos y al mismo tiempo no fuera del todo endeble, o bien abandonar la racionalización

que le permitía creer que en realidad había salvado al mundo. Numerosas acciones durante el resto de su vida estuvieron influenciadas en gran medida por la necesidad de conseguir tal Organismo.

Sólo una vez frenó momentáneamente su precipitado descenso hacia el Tratado de Versalles. El 23 de abril lanzó un manifiesto sobre Fiume, pidiendo al pueblo de Italia que lo apoyara contra su propio primer ministro, Orlando. Publicó este pedido después de largas e infructuosas negociaciones que carecieron de importancia, excepto porque dieron el coup de grace final a su amor por House. Los italianos se habían negado a aceptar la propuesta de la comisión de "expertos" americanos acerca de Fiume y House había organizado otra comisión, dirigida por su cuñado Mezes, que elaboró una propuesta conciliadora. Wilson, que estaba a la expectativa de actitudes del coronel que se pudieran interpretar como traiciones, consideró que la organización de la comisión Mezes era un intento de House de apuñalarlo por la espalda. En las palabras de Baker: "Es incuestionable que la actitud del coronel House de dividir el consejo experto de la Comisión y favorecer las concesiones a Italia, aunque insistía constantemente en que era necesario hacerlo para "salvar la Liga", ensanchó la brecha que ya existía entre él y el presidente".

Wilson se oponía a pactar con Italia, no sólo porque había cedido con tanta frecuencia ante Francia e Inglaterra que se le estaba volviendo difícil conciliar el tratado en curso con los Catorce Puntos, sino también porque estaba profundamente avergonzado de haber prometido a Italia, en un momento de pura ignorancia, todo el Tirol al sur del Paso Brenner con sus doscientos cincuenta mil habitantes austríacos de habla alemana. Había decidido que Italia no sacaría de él más anexiones inmerecidas. Publicó su manifiesto. Orlando volvió a Italia y dijo al pueblo italiano: "Elijan entre Wilson y yo". Los retratos de Wilson ante los cuales los campesinos italianos habían estado encendiendo velas, desaparecieron de repente y aparecieron caricaturas de su rostro coronado por un casco alemán. A Wilson, trastornado por la inesperada respuesta de sus adoradores a quienes había arrojado besos en Milán, le dijeron que su manifiesto había fracasado porque Mezes y House habían indicado a los italianos que estaba meramente haciendo un bluff. Eso fue el fin. Su amor por House expiró. Su identificación con el pequeño Tommy Wilson ya no existía. El coronel se convirtió para el presidente en una figura paranoide compuesta: Joe Wilson, Hibben, Judas Iscariote.

Parece innecesario registrar los detalles de las concesiones que hizo Wilson durante el resto del mes de abril de 1919. Su reacción ante las exigencias de los aliados se volvió estereotipada: capitulación, retrocesos, justificaciones.

Después de haber rendido la provincia china de Shantung al Japón, su conducta fue típica; Baker anotó:

Vi al presidente a las seis y media, como de costumbre, y repasó conmigo largamente todos los fundamentos [del arreglo japonés] Dijo que no había podido dormir la noche anterior, pensando en eso. Nada de lo que hiciera estaría bien. Declaró que el arreglo era lo mejor que pudo sacar de un pasado sucio. ... La única esperanza era mantener al mundo unido, asegurar la entrada del Japón en la Liga de las Naciones y luego tratar de asegurar justicia para los chinos... Sabía que su decisión sería impopular en América, que los chinos quedarían amargamente desilusionados, que los japoneses se sentirían triunfantes, que a él lo acusarían de violar sus propios principios, pero a pesar de todo debía trabajar por el orden y la organización mundiales, contra la anarquía y el regreso al viejo militarismo.

Trabajaba contra ese regreso entregando una provincia china a los viejos militaristas japoneses.

Se envió a los alemanes el Tratado de Versalles el 7 de mayo. El presidente de la Asamblea Nacional en Weimar, después de leerlo, comentó: "es incomprensible que un hombre que había prometido al mundo una paz justa, sobre la cual se fundaría una Sociedad de Naciones, haya sido capaz de ayudar a estructurar este proyecto dictado por el odio". El primer comentario oficial alemán sobre el tratado se hizo el 10 de mayo de 1919. Declaraba después de un primer examen del mismo que: "En puntos esenciales la base de la Paz de Derecho, convenida entre los beligerantes, ha sido abandonada", que ciertas demandas "ninguna Nación podía soportarlas" y que "muchas de ellas no había posibilidad de llevarlas a cabo".

Esta declaración enfureció a Wilson. Estaba esforzándose por olvidar que había hecho una paz inconciliable con los Catorce Puntos y no podía soportar que alguien le dijera que había roto su palabra. Que le recordaran la verdad debe haber elevado los reproches de su Superyó a una severidad insoportable. Baker escribió:

Tuvo un efecto muy desgraciado sobre el presidente Wilson... que se puso sencillamente indignado por esta acusación tan amplia. Los arreglos convenidos no se ajustaban a sus ideales y no lo satisfacían; sabía muy bien cuanto se había hecho solamente para asegurar al mundo en caos una paz inmediata y ofrecerle una poderosa organización nueva que la garantizara. La acusación sin fundamentos sólo le inspiró un rechazo general y sumergió toda la cuestión en una atmósfera de controversia apasionada.

Sabía que era cierto lo que los alemanes habían dicho; no podía, por lo tanto, soportar oírlo. Tenía una maravillosa capacidad de ignorar los hechos y de creer lo que deseaba, pero debe haberle resultado difícil conservar su confianza en su propio parecido con el Salvador, frente a la declaración alemana. Se las arregló para hacerlo, sin embargo, aferrándose a su creencia de que la Liga reformaría el tratado. Y desde entonces ignoró en todo lo posible cualquier crítica dirigida a este último. El 12 de mayo, House, anotó en su diario:

La Associated Press me dio un ejemplar de la declaración del presidente Ebert contra nuestro presidente y sus Catorce Puntos. Le pregunté al presidente si deseaba contestarla. Dijo "No", y ni siquiera quiso leerla, porque el pueblo americano estaba satisfecho con la paz y a él no le importaba si Alemania lo estaba o no.

Esta declaración de Wilson parece señalar un importante progreso en su huida de la realidad. Sus dos afirmaciones eran falsas. Es obvio que se negaba a leer las críticas alemanas no porque no le importaran sino porque le importaban tanto, que no podía afrontar leerlas. Su implacable y poderoso Superyó le exigía todavía que fuera el equitativo Juez del Mundo. Y al fin y al cabo era el mismo hombre que había insistido en que los aliados aceptaran como parte del convenio de armisticio su orden del 27 de septiembre de 1918; "Primero, la justicia imparcial impartida no debe involucrar ninguna discriminación entre aquellos con quienes queremos ser justos y aquellos con quienes no queremos serlo. Debe ser una justicia que no tenga favoritos y no reconozca otra norma que los derechos iguales de los diversos pueblos en cuestión". Es cierto que había cambiado considerablemente en los meses intermedios, pero existía al menos una continuidad histórica entre el Wilson del 27 de septiembre de 1918 y el del 12 de mayo de 1919. No había perdido su sentido de identidad. Y ningún hombre que hubiera hablado como él lo había hecho y poseyera un Superyó como el suyo, habría leído los comentarios alemanes sobre el tratado sin una sensación de vergüenza personal -reprimida tal vez pero quemante-. Después

de todo, había dejado caer el mundo y su sentimiento de culpa deber haber sido enorme; y cada vez que le llamaban la atención hacia su gran traición, este sentimiento debe haber amenazado escapar de su inconsciente hasta la conciencia. Obviamente tenía que mantener en todo lo posible los ojos apartados de la verdad sobre él mismo.

Por desgracia para el equilibrio mental de Wilson, su declaración de que "el pueblo americano estaba satisfecho con la paz" era igualmente falsa. Es cierto que la mayoría de los americanos ignoraba casi todo sobre asuntos internacionales y absolutamente todo sobre las condiciones del Tratado de Versalles. Además la propaganda los había hostigado para un odio exagerado hacia Alemania, de modo que la severidad del tratado les resultaba simpática. Pero la mayoría de los americanos se oponía también a los "enredos europeos" y dado que consideraban la Liga, parte integral del tratado, como algo que enredaba a los Estados Unidos en las querellas europeas, había un fuerte sentimiento contra la ratificación. Esto ocurría aún entre aquellos que no se oponían a las condiciones del tratado y estaban dispuestos a atacar como "germanófilos" y "bolcheviques" a cualquiera que dijera la verdad sobre el tema.

Además, los pocos americanos que sabían bastante sobre asuntos internacionales como para visualizar las consecuencias políticas y económicas de la paz, se oponían de todo corazón al tratado por lo defectuoso de sus condiciones. Aún entre los miembros de la delegación americana en París, de Lansing para abajo, la crítica del tratado era general y violenta. Se preveía que las cláusulas de reparación condenarían a Europa al colapso económico, las cláusulas políticas sembrarían la semilla de nuevas guerras y las de la Liga harían probable que los Estados Unidos se vieran involucrados en esas guerras. La mayoría de estas críticas se hacían a puertas cerradas, ya que numerosos miembros de la delegación se sentían partícipes del crimen, cómplices por instigación y otros no estaban dispuestos a renunciar, que era un requisito previo a la crítica en público, por temor a ser atacados como "germanófilos y bolcheviques". El 17 de mayo de 1919 sin embargo, uno de los autores de este volumen renunció a la delegación americana e inició un ataque contra el tratado, al publicar la siguiente carta abierta dirigida a Wilson:

17 de mayo de 1919

Al Honorable Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos.

Estimado señor presidente:

En el día de hoy he elevado al Secretario de Estado mi renuncia como ayudante del Departamento de Estado, agregado a la comisión americana para negociar la paz. Fui uno de los millones de hombres que confiaron implícitamente en su liderazgo y creyeron que usted no aceptaría menos que una "paz permanente" basada sobre "una justicia desinteresada e imparcial". Pero nuestro Gobierno ha consentido en dejar a los pueblos sufrientes del mundo librados a nuevas opresiones, subyugamientos y desmembramientos, a un nuevo siglo de guerras. Y ya no puedo convencerme de que sea posible una labor efectiva por un "nuevo orden mundial" como servidor de este Gobierno.

Rusia, "esta prueba de la buena voluntad", para mí como para usted, ni siquiera ha sido comprendida. Las decisiones injustas de la Conferencia acerca de Shantung, el Tirol, Hungría, Prusia oriental, Danzing y el valle del Sarre, y el abandono del principio de la libertad de los mares, aseguran nuevos conflictos internacionales. Estoy convencido de que la actual Liga de las Naciones será impotente para evitar estas guerras y que los Estados Unidos se verán involucrados en ellas por las obligaciones tomadas en el convenio de la Liga y en el entendimiento especial con Francia. Por lo tanto, el deber del Gobierno de los Estados Unidos hacia su propio pueblo y hacia la humanidad, consiste en negarse a firmar o a ratificar este tratado injusto, negarse a garantizar sus arreglos con el ingreso a la Liga de las Naciones, negarse a seguir enredando a los Estados Unidos mediante el acuerdo con Francia.

El hecho de que usted se opuso personalmente a la mayoría de los arreglos injustos y sólo los aceptó bajo una gran presión, es bien sabido. Sin embargo, tengo la convicción de que si usted hubiera luchado en público en vez de hacerlo a puertas cerradas, habría tenido de su lado a la opinión pública mundial, que ya le era adicta; hubiera podido resistir la presión y establecer el "nuevo orden internacional basado sobre principios amplios y universales del derecho y la justicia" del que solía hablar. Lamento que usted no haya

P S I K O L I B R O

sostenido nuestra lucha hasta el fin y que haya tenido tan poca fe en los millones de hombres de todo el mundo que, como yo tuvieron confianza en usted.

Muy sinceramente,

William C. Bullitt

La repercusión de esta carta fue enorme, por completo desproporcionada con la importancia de la persona que la había escrito. Naturalmente fue atacado como "germanófilo" y "bolchevique" por aquellos que disfrutaban tanto su odio hacia Alemania y Rusia que no estaban dispuestos a que se les recordara la realidad; pero produjo una ola mundial de aprobación y gratitud de los que estaban familiarizados con las realidades de las relaciones internacionales. Esta reacción fue especialmente viva en Inglaterra. Wilson no contestó la carta pero una semana después se vio obligado a enfrentar el punto de vista que ésta expresaba, no sólo por la carta del 22 de mayo de 1919 en que el general Smuts atacaba el tratado ante Lloyd George, ¡sino por el mismo Lloyd George!

Este, que había llevado el tratado a Londres con orgullo, volvió a París en un estado de ánimo que Wilson describió como "un pánico auténtico". A pesar de que había acaparado para el Imperio británico un nuevo dominio imperial en África, Asia menor y los mares orientales y había destruido el poder económico, naval y militar de Alemania, sus compañeros de gobierno lo habían criticado con aspereza por haber permitido que Francia se fortaleciera demasiado. Le señalaron que había destruido el equilibrio de poder en Europa y había hecho de Francia el principal enemigo en potencia de Inglaterra. Regresó a París decidido a modificar el tratado a expensas de Francia y Polonia, aliada de ésta, sin dejar de aferrarse a todas las ganancias de Inglaterra. Trató de persuadir a Wilson de que se uniera a él para atacar las condiciones que favorecían a Francia, pero sólo consiguió suscitar su desprecio y su ira: desprecio a causa de la conversión británica a la virtud, cuando se trataba de los otros; ira, porque Lloyd George osaba sugerir que el hijo del reverendo Joseph Ruggles Wilson había presentado a Alemania condiciones que no concordaban con sus Catorce Puntos. Wilson nunca soportó admitir en público que alguna condición del tratado estuviera en conflicto con los Catorce Puntos. Podría haber dado buena acogida a la fingida conversión de Lloyd George, exigiendo una revisión de todo

el tratado y el abandono del botín británico tanto como de las ganancias francesas, excepto por el hecho de que al tomar ese camino hubiera admitido su mala actuación, que había preparado un tratado nefasto, que no había sido el perfecto, justo y recto Juez del Mundo. En el mejor de los casos le resultaba difícil reprimir su conocimiento de lo defectuoso del tratado, y las propuestas de Lloyd George amenazaban su fe en la propia rectitud. No podía pedir una revisión general del tratado que había sancionado. Enojado y despectivo, Wilson indicó que las condiciones del tratado eran tales sólo porque Lloyd George había hecho causa común con Clemenceau contra él. Se negó a aportar una presión que pesara sobre éste último, pero dijo que daría su acuerdo a cualquier modificación dirigida hacia la clemencia si Lloyd George pudiera persuadir a Clemenceau de aceptarla.

Comenzó a desparramarse por París el temor de que Alemania no firmara el tratado y la negativa de Wilson a colaborar con Lloyd George en modificaciones de último momento despertó críticas generalizadas. El 30 de mayo de 1919, House, que ya no era el discípulo amado, anotó en su diario:

Se ha generalizado bastante la sensación de que los actos del presidente no cuadran con sus discursos. Hay una frase que anda dando vueltas por París y Londres: "Wilson habla como Jesucristo y actúa como Lloyd George". Casi nunca o nunca tengo oportunidad de hablar en serio con él y, por el momento, está prácticamente fuera de mi influencia. Cuando nos reunimos es para arreglar algún problema urgente y no para hacer un repaso de las cosas en general o planificar para el futuro. Esto es lo que solíamos hacer. Si pudiera ver al presidente con tranquilidad, estoy seguro de que podría conseguir que sus acciones se correspondieran con sus palabras. El presidente no tiene realmente las mismas ideas que yo, aunque siempre pude apelar a su liberalismo intelectual.

El 3 de julio de 1919, Wilson convocó a una reunión de la delegación americana e hizo los siguientes comentarios sobre la conversión de Lloyd George a la virtud, cuando se trataba de otros:

Bueno, no quiero parecer irrazonable pero siento que el momento de considerar todas estas cuestiones era cuando estábamos redactando el tratado, y me cansa un poco que la gente venga y diga ahora que tiene miedo de que los alemanes no firmen, y que su miedo se basa en las cláusulas sobre las que insistieron en oportunidad de elaborarse el tratado; eso me descompone.

He aquí lo que ocurrió. Esas personas que pasaron por encima de nuestra opinión y estipularon puntos que ahora son la piedra del escándalo, se están esforzando por sacarlos. Ahora, si no debieron figurar, les digo: sáquenlos, pero agregó: no los retiren simplemente para conseguir que se firme el tratado...

Aunque no impedimos que pusieran cláusulas irrazonables, logramos de ellos modificaciones muy importantes. Si hubiéramos redactado el tratado como lo querían, los alemanes hubieran vuelto a su casa tan pronto como lo hubieran leído.

En fin, que el Señor sea con nosotros.

Lloyd George empezó a hablar como una edición barata de Wilson, diciendo que había llegado el momento de decidir si la paz sería una paz "del infierno" o "del cielo"; pero Clemenceau permaneció inmovible y se limitó a sugerir a Lloyd George que las ganancias del Imperio Británico eran inmensamente mayores que las conquistadas por Francia, y que causaría más impresión si estuviera dispuesto a devolver las colonias alemanas y a hacer sus donaciones de caridad no exclusivamente a expensas de Francia. Sin embargo por primera vez en la Conferencia, los intereses británicos y la decencia humana estaban del mismo lado y Lloyd George siguió sacando el mayor partido posible de esta desusada coincidencia. Pero la medida en que su evangelismo era producto del primero y no del segundo de estos motivos, se mostró con claridad el 9 de julio en el Consejo de Cuatro, cuando los americanos propusieron que se alteraran las condiciones de reparación y se fijara una suma definida en el tratado, negándose Lloyd George decididamente a considerar cualquier rebaja de sus ilimitados reclamos. El primer ministro británico, que quería transformar la "paz del infierno" en una "paz del cielo", no estaba dispuesto a abandonar ni una molécula de la libra de carne británica. Así la tragedia de la Conferencia de paz, se aligeró en los últimos días por el espectáculo cómico aunque algo nauseabundo, del pequeño Shylock galés, con su libra de carne a buen recaudo en el bolsillo, predicando el desinterés -para los otros.

Treinta y dos

En la Conferencia de Paz, Wilson nunca había intentado usar sus manos para hurgar en los bolsillos de los vecinos, mientras usaba su boca para pronunciar las palabras de Cristo, y su desprecio por Lloyd George y por la política inglesa de predicar y adueñarse se volvió violento en junio de 1919. Todas las ilusiones sobre la nobleza de los estadistas británicos que había albergado desde su niñez, estaban despedazadas. Comenzó a tener sentimientos muy amistosos hacia Clemenceau, que decía la verdad y no untaba las demandas de Francia con la mermelada moral británica. Estaba cansado de todo el sucio asunto y sólo ansiaba lograr que se firmara el tratado lo más pronto posible, para poder regresar a América y conseguir que el Senado lo ratificara y se estableciera la Liga. Cuanto más criticaban el tratado Lloyd George y los otros, más desesperadamente se aferraba Wilson a su racionalización de que la Liga alteraría más tarde todo lo que fuera necesario modificar.

Wilson estaba exhausto y enfermo, y más nervioso y amargado de lo que había estado nunca. El 10 de junio se negó a posar para el retrato que estaba pintando Sir William Orpen, porque había dibujado sus orejas tan grandes y protuberantes como eran en verdad, y lo con-vencieron de que posara de nuevo solo con la promesa de que sus orejas serian reducidas a dimensiones menos grotescas. Lo que fue hecho. A su pesar hizo el viaje a Bélgica, largamente demorado, y retornó a París el 20 de junio. Ese día, él, Clemenceau y Lloyd George autorizaron a Foch a avanzar contra Alemania en la tarde del 23 de junio, a menos que el gobierno alemán aceptara firmar. En la tarde del 23 de junio, éste se rindió.

La rendición alemana no produjo en Wilson ninguna alegría. Su odio y repugnancia por casi toda la humanidad, que debe haber sido en el fondo un odio y repugnancia por sí mismo, habían llegado a un grado fantástico. Desbordaba de bilis. Y el odio que no se había atrevido a descargar contra Clemenceau ni Lloyd George, estalló contra Poincaré, quien al llegar Wilson a Francia, lo hizo sentir inferior al expresarse mejor sin notas que él con las suyas. Se negó a asistir a la cena de despedida que quería dar Poincaré antes de la partida para América. Jusserand, el embajador francés ante los Estados

Unidos, lo llamó personalmente para aclarar el asunto. Wilson se negó a verlo aunque el embajador le hizo saber que llevaba un mensaje personal del presidente de Francia. El 24 de junio House anotó en su diario:

El asunto se ha vuelto tan serio que Poincaré convocó a una reunión del Consejo de Estado. ... Wilson ha dado a Jusserand toda clase de excusas absurdas como: "Parto tan pronto se firme la paz y no tendría tiempo de asistir a la cena, porque el tren sale a las nueve de la noche". Jusserand le hizo saber que los trenes franceses estaban en manos de funcionarios franceses y que el tren especial del presidente no saldría hasta que terminara la cena.

El presidente vino al Crillon a eso de las doce y hablamos claro. ... Dijo que no tenía ninguna intención de comer con Poincaré, que se atragantaría si se sentaba a la mesa con él. ... Le llamé la atención sobre el hecho de que Poincaré representaba al pueblo francés y que él había sido huésped de Francia durante casi seis meses. Dijo que no importaba, que no cenaría en su mesa; que Poincaré ... había tratado de crear problemas al enviar un mensaje al pueblo italiano. .. Siguió diciendo que no había venido al Crillon para discutir un asunto de tan poca importancia como el comer con "ese individuo". Insistí sobre la invitación de Poincaré y no me sorprendí al notar señales de flaqueza. Sin embargo, repitió que no había recibido una invitación oficial; que Jusserand no había hecho más que llamarlo y preguntarle qué día le vendría bien. ... Tanto White como yo le dijimos que ésa era la única manera en que se le podía hacer una invitación. Entonces insistió en que Poincaré sólo estaba tratando de salir de un lío y que no pensaba ayudarlo. Agregó: "¿Por qué no viene directamente a pedírmelo en vez de mandar a House, Lansing, White o Jusserand para que lo ayuden?" White y yo tratamos de explicarle que Poincaré había hecho por entero lo correcto y de la única manera en que se podía hacer. Sugerí que si quería una invitación formal, me ocuparía de que la recibiera pronto. Esto lo irritó y expresó la esperanza de que ninguno de nosotros tomara la iniciativa, pues si lo hacíamos sería un reproche a su actitud y mostraría que considerábamos que estaba equivocado.

Al día siguiente House anotó en su diario:

Capituló por completo en lo que se refiere a la cena de Poincaré. Cuando dejó el Crillon, ayer, envió una nota a Jusserand señalando que al otro día, jueves, se complacería en aceptar una invitación a cenar. ... Para todos, excepto para mí, el episodio fue una revelación del aspecto de su personalidad que no

habían visto antes y explicó la razón de sus muchos enemigos. Aunque aceptó finalmente su invitación, Poincaré no le perdonará nunca que lo haya forzado a una situación tan desagradable.

Este incidente, aunque intrínsecamente sin importancia, parece una indicación muy significativa del estado de ánimo de Wilson al terminar la Conferencia de paz. Está claro que el "aspecto de su personalidad" que sorprendió a los comisionados, era su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre. Había tenido miedo de descargar la libido contenida en ella, contra Clemenceau y Lloyd George, a pesar de sus provocaciones extremas. Y se había sometido temporariamente a Lodge, enmendando el Convenio con la esperanza de volverlo aceptable para éste. Así, la libido aislada en su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, había quedado sin salida, y había llegado a tal intensidad que debía explotar contra alguien. Estalló contra Poincaré, no sólo porque era presidente, sino también porque era más elocuente que él, y por lo tanto un excelente sustituto del reverendo Joseph Ruggles Wilson. Pero al fin, Wilson se sometió a Poincaré, y su carga, mezclada de libido e instinto de muerte, quedó otra vez sin salida y permaneció reprimida, esperando a Lodge.

El 28 de junio de 1919, el día en que se firmó el tratado de Versalles, House conversó con Wilson por última vez en su vida y al día siguiente anotó en su diario:

Mi última conversación con el presidente no fue tranquilizadora. Le rogué que se reuniera con el Senado en un espíritu conciliador; si lo trataba con la misma consideración que había empleado con sus colegas extranjeros aquí, todo andaría bien. Respondió: "House, ¡he descubierto que nunca se puede conseguir en esta vida algo que valga la pena sin luchar por ello!"

Para encontrar una salida a su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, tenía que enfrentar a Lodge con un odio sin concesiones. Pero también tenía que obtener la ratificación del tratado, por el Senado, para mantener la racionalización que preservaba su identificación con Cristo. Había una incompatibilidad entre estas necesidades. Las grandes corrientes de libido que surgían de sus deseos infantiles en relación con el padre, estaban por cierto una vez más en conflicto. A causa de su formación reactiva contra la pasividad hacia el padre, le resultaba imposible obtener, cediendo ante Lodge, la ratificación del tratado que su pasividad hacia aquél, exigía. Sus necesidades

psíquicas le dejaban abierto un solo camino: tenía que obtener la ratificación aplastando a Lodge.

El día que se firmó el tratado, Wilson recomendó al pueblo americano:

El tratado de paz ha sido firmado. Si es ratificado y cumplido, en una plena y sincera ejecución de sus condiciones, estarán dadas las premisas para un nuevo orden de cosas en el mundo. ... Termina para siempre con un orden caduco e intolerable, bajo el cual grupos pequeños de hombres egoístas podían usar a los pueblos de grandes imperios para servir a sus mezquinas ambiciones de poder y dominio. ... Hay aquí fundamentos para una profunda satisfacción, tranquilidad universal y confiada esperanza.

El día posterior a la firma del tratado, House escribió en su diario:

Estoy tentado de aprobar a los que dicen que el tratado es pernicioso, que jamás se debió haber hecho y que comprometerá a Europa en infinitas dificultades. ... Hemos tenido que manejar una situación llena de riesgos y que sólo se podía encarar con un espíritu desinteresado e idealista, ausente casi por completo y no esperable de hombres que se han reunido en semejante oportunidad y con tales propósitos. Sin embargo, yo desearía que hubiéramos tomado el otro camino, aunque no fuera tan fácil ni ahora ni en el futuro. Por lo menos hubiéramos ido en la dirección correcta, y si nos hubieran puesto trabas para arribar a los fines propuestos, la responsabilidad habría sido de ellos y no nuestra.

Wilson escapaba del sentimiento de culpa que oprimía a House, aferrándose firmemente a la creencia de que la Liga alteraría cualquier imperfección del tratado y a la correlativa convicción de que las imperfecciones eran ligeras. Regresó a América y, en alas de sus deseos, se remontó lejos de las realidades desagradables hasta que desaparecieron del horizonte de su mente y pudo declarar que el tratado era casi perfecto, "un seguro del noventa y nueve por ciento contra la guerra".

Treinta y tres

La marcha de Wilson hacia el colapso físico y mental en los tres meses que separaron la firma del Tratado de Versalles, el 28 de junio de 1919, de su derrumbe, el 26 de septiembre de 1919, se evidencia en el examen de sus declaraciones públicas. Echémosles una mirada recordando que todavía estaba atrapado por el conflicto que lo atormentó toda la vida: el conflicto entre la pasividad hacia el padre y su actividad agresiva contra él y que su equilibrio mental dependía de su capacidad para someter violentamente a Lodge y reprimir su conocimiento de la verdad acerca de la Conferencia de paz.

El 10 de julio de 1919 presentó el tratado al Senado para que lo ratificara; considerando su precaria condición física y mental, el discurso fue sorprendentemente razonable. En ciertos pasajes se remontó lejos de los hechos diciendo por ejemplo:

Por más que los estadistas consideraron conveniente, en realidad indispensable, la recién planeada Liga de las Naciones para la ejecución de los planes actuales de paz y reparación, antes de terminar su obra la vieron en un nuevo aspecto. La vieron como el objeto principal de la paz, como lo único que podía completarla o hacerla valedera. La vieron como la esperanza del mundo, esperanza que no se atrevieron a defraudar. ¿Vacilaremos nosotros o cualquier otro pueblo libre en aceptar este gran deber? ¿Nos atreveremos a rechazarla y a destrozarnos el corazón del mundo?

Pero después de esta huida volvió a la vecindad de la tierra, sin duda por deferencia a las críticas contra el arreglo de Shantung, y dijo:

Era imposible complacer los intereses de un cuerpo tan grande de naciones... sin algunas concesiones menores. Como resultado, el tratado no es exactamente el que hubiéramos querido redactar. Pero se llegó a decisiones que en conjunto son aprobables. Creo que se considerará que los acuerdos convenidos como base de la paz, con las posibilidades prácticas de las situaciones internacionales que había que afrontar y tratar como hechos, no empeñan ningún principio esencial.

PSI K O L I B R O

Durante el mes siguiente estuvo irritado, esperando que el Senado actuara: pero éste no actuó y el tratado estaba tan lejos de la ratificación, como siempre, cuando invitó a los miembros de la Comisión de relaciones exteriores del Senado a reunirse con él en la Casa Blanca, el 19 de agosto de 1919, para conversar sobre el tema. Inició la entrevista con una afirmación destinada a servirse contra Lodge, del deseo de paz de la nación. Atribuyó el estancamiento del comercio americano a la falta de ratificación del tratado por el Senado, esgrimiendo así el arma por cuya preservación había destruido el "tratado preliminar". Luego, al responder algunas preguntas, reveló una desintegración mental notable. Su argumentación respecto del artículo X del Convenio de la Liga, "Debidamente expresado en forma de silogismo", diría así:

1. El artículo X impone ciertas obligaciones legales.
2. Las obligaciones legales son menos forzosas que las morales.

Por lo tanto, no tiene sentido objetar el Artículo X, puesto que sus obligaciones no son morales y en consecuencia no son forzosas. Pero aún más sorprendente que su lógica fue su testimonio respecto de los tratados secretos de los aliados. Atestiguó que no sabía nada sobre ellos, antes de llegar a París para la Conferencia de paz, diciendo: "La serie completa de entendimientos se me reveló entonces por vez primera". Afirmó además que no había sido informado sobre el tratado de Londres. El Senador Johnson enumeró los tratados que dividían Asia Menor y preguntó: "¿Usted tenía algún conocimiento previo a la Conferencia?" a lo que Wilson replicó: "No señor, puedo contestar con toda confianza que 'no', en lo que a mí se refiere".

Ha quedado establecido el hecho de que Wilson fue informado de la existencia de los tratados secretos en 1917, cuando Balfour fue a América, si no antes. Y no queda otra alternativa que deducir: Wilson estaba mintiendo o realmente lo había olvidado cuando respondió al senador Johnson. La primera negativa "La serie completa" recuerda curiosamente la negación de la nota "suplementaria" del Lusitania, pero tenía poco que ganar negando el conocimiento de los tratados y mucho que perder si lo descubrían mintiendo y estaba casi seguro de que lo harían: así que es difícil creer que mintió deliberadamente. Por otro lado, también lo es, pensar que había olvidado que quiso discutir el asunto de los tratados secretos con Balfour en 1917 y House lo había convencido de no

pelear, o que había visto los textos publicados más tarde por el gobierno soviético. Pero recordemos que las condiciones de los acuerdos secretos eran las del Tratado de Versalles y que él estaba luchando por reprimir su conocimiento de las mismas con el fin de preservar su identificación con Cristo y escapar a los reproches de su Superyó. Le hubiera resultado insoportable darse cuenta de que había incorporado numerosas condiciones de los acuerdos secretos al tratado que presentó al mundo como la corporización de sus Catorce Puntos. Por lo tanto es probable que no estuviera mintiendo, sino que su represión de este conocimiento había simplemente anexado una parte del territorio adyacente. Esta represión del hecho de que le habían revelado la existencia de los tratados secretos, fue reforzada sin duda por su deseo inconsciente de considerarse la víctima de una conspiración -Jesucristo traicionado.

Después de su reunión con los senadores, su situación física empeoró: sufría diarios dolores de cabeza y se volvió intensamente nervioso. A pesar de las objeciones de su médico, su esposa y su secretario, decidió hacer una gira por América rogando al pueblo que lo apoyara en su lucha por el tratado -su lucha contra Lodge-. Esto recuerda que ya antes había recorrido América pidiendo apoyo contra un padre sustituto. Al fin y al cabo, Lodge era sólo el sucesor de West y la actitud de Wilson hacia el segundo reproducía la que había tenido hacia el primero.

Tumulty se opuso al viaje. Wilson contestó:

Se que estoy al cabo de mis fuerzas, pero mis amigos dicen que el viaje es necesario para salvar el tratado y yo estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal que se requiera; porque, si llegaran a rechazarlo, sólo Dios sabe qué sucedería al mundo. En vista de la gran tragedia que lo amenaza, ningún hombre decente puede tener en cuenta su propia fortuna. Aunque, en mi estado, pudiera costarme la vida, haré con alegría el sacrificio para salvar el tratado.

El almirante Grayson, su médico, advirtió a Wilson que la gira oratoria podía dar como resultado un colapso fatal. Durante tres semanas impidió que Wilson partiera. Por fin, Wilson dijo: "Espero que no pase nada malo, pero aún si pasa, debo ir. Los soldados en las trincheras no retrocedieron a causa del peligro y yo no puedo desertar de mi tarea de convertir la Liga de las Naciones en un hecho establecido". Así, en agosto, decidió enfrentar la muerte, si era necesario, para

P S I K O L I B R O

salvar el mismo tratado por el que en abril habría ofrendado su vida para destruirlo. Obviamente lo que sentía importante no era el propósito por el cual se sacrificaría, sino solamente el poder hacerlo o creer que podría ofrendar su vida, por algún fin que le permitiera preservar la creencia inconsciente de que él era Cristo. Tenía que asegurarse a sí mismo que era el Salvador. Su pasividad hacia el padre y su Superyó no le daban descanso, y no era fácil mantener reprimido su conocimiento de lo que había hecho en París. El 3 de septiembre de 1919, dejó Washington en dirección al oeste y podemos estar seguros de que en su inconsciente, cuando subió al tren, estaba montando un asno para entrar en Jerusalén.

Treinta y cuatro

El viaje de Wilson al oeste en septiembre de 1919, fue la suprema expresión de la neurosis que dominaba su vida.

Su primer discurso, el 4 de septiembre, en Columbus, Ohio, mostró que había dejado atrás la realidad y los hechos, por la comarca en que éstos son meras corporizaciones de los deseos. Olvidó que su madre era una inmigrante de Inglaterra y sus abuelos paternos inmigrantes del Ulster y dijo: "he sido engendrado y estoy orgulloso de haber sido engendrado, por la vieja cepa revolucionaria que estableció este gobierno... Describió el Tratado de Versalles como "Esta incomparable consumación de las esperanzas de la humanidad". El mismo día dijo en Richmond, Indiana: "Es el primer tratado hecho jamás por grandes potencias que no lo ha sido en su propio favor". El tratado era una nueva Sagrada Escritura. Ni Inglaterra, ni Francia, ni Italia habían redactado ninguna condición egoísta. Habían anexado las colonias alemanas, desmembrado Austria, Hungría y Turquía, amputado Prusia Oriental del cuerpo de Alemania, destripado el Tirol, confiscado la marina mercante y todos sus bienes privados sobre los que pudieron poner las manos y echaron sobre ese

país una carga de tributos sin límites de tiempo ni de cantidad... ¡pero no en su propio favor!

Al día siguiente en St. Louis, Wilson describió a sus adversarios como "despreciables desertores" cuya "ignorancia" y "aberraciones" lo dejaban atónito. Planteó la pregunta: "¿Cuál era la vieja fórmula del pangermanismo?" Y él mismo contestó:

De Bremen a Bagdad, ¿no es cierto? Bueno, miren el mapa. ¿Qué hay entre Bremen y Bagdad? Después de pasar el territorio alemán, está Polonia. Bohemia, que hemos transformado en Checoslovaquia. Hungría, que separada de Austria no comparte más su fuerza. Rumania. Yugoslavia. Turquía partida y luego Persia y Bagdad.

La ignorancia de la geografía que revelan estas oraciones es tan impresionante, especialmente en vista de que Wilson había pasado meses estudiando mapas en París, que resulta una nueva evidencia de que estaba luchando con éxito por olvidar el mapa que había formado.

En el discurso que hizo en St. Louis por la noche, el 5 de septiembre de 1919, afirmó: "La verdadera razón de que haya tenido lugar la guerra que acabamos de concluir, es que Alemania tenía miedo de que sus rivales comerciales se aprovecharan de ella". Menos de veinticuatro horas después, en Des Moines, Iowa, el 6 de septiembre de 1919, dijo: "Los hombres de negocios alemanes no querían la guerra que hemos atravesado. Los banqueros, industriales y comerciantes sabían que era una locura incalificable ¿por qué? ¡Por qué Alemania con su genio industrial estaba empezando a dominar económicamente al mundo, y todo lo que tenía que hacer era esperar!" Que una sola mente pudiera producir estas dos declaraciones en el término de veinticuatro horas indica simplemente que estaba cayendo más y más bajo el control del inconsciente, donde las contradicciones pueden coexistir felices, porque el deseo, y no la razón, es omnipotente. Agregó: "La fórmula del pangermanismo, recuerdan, era de Bremen a Bagdad. De Bremen en el mar de Norte a Bagdad en Persia". Y terminó su discurso con la siguiente descripción del Tratado de Versalles: "Quiero decir que éste es un logro sin paralelos de la civilización reflexiva. Hasta el día de mi muerte estimaré como el privilegio que corona mi vida, que se me haya permitido poner mi nombre en un documento como ese".

P S I K O L I B R O

Wilson no podía haber hecho una declaración tan falsa excepto como defensa contra insoportables remordimientos. Resulta claro que estaba en manos de una inquisición dirigida por su Superyó. Para escapar de su tortura interna estaba dispuesto a creer o a decir cualquier cosa. Para esta fecha, 6 de septiembre de 1919, su necesidad de olvidar lo que había hecho en París lo había llevado al borde de la psicosis.

Los hechos se habían convertido en lo que él quisiera creer. En la semana que siguió fue evidente su convicción de que había cumplido todas sus promesas, que el Tratado de Versalles era casi perfecto. En Spokane, Washington, el 12 de septiembre declaró por primera, pero no por última vez: "este es un seguro del noventa y nueve por ciento contra la guerra"

Al día siguiente, 13 de septiembre de 1919, Wilson comenzó a sufrir violentos dolores de cabeza que continuaron sin interrupción hasta su colapso en el tren el 26 de septiembre. Además sufría de problemas gástricos, neuritis y la irritabilidad nerviosa que precedía habitualmente a sus depresiones. Su cara estaba gris y el lado izquierdo del rostro así como el ojo del mismo lado tenían contracciones.

El domingo 14 de septiembre descansó y oró. El 15 de septiembre en Portland, Oregón, inició su discurso diciendo: "No hay nada que yo respete tanto como un hecho" y siguió con su discurso que no contenía hechos sino predicciones y metáforas terroríficas: pactos sobre lápidas, veneno, parálisis, lágrimas, asesinato y dientes de dragón. Concluyó:

Me alegro de haber vivido para ver este día. Un día en el que, tras saturarme de historia y tradiciones de América durante la mayor parte de mi vida, parece que veo de pronto la culminación de la esperanza y la historia americanas: todos los oradores cuyos espíritus nos contemplan, ven la realización de sus sueños; todos los hombres que expresaron los más nobles sentimientos hacia América, animados por la visión de una gran nación que responde y realiza esos sueños, dicen: "¡Por fin el mundo sabe que América es su salvadora!"

Es difícil evitar la impresión de que en ese momento la necesidad que tenía el pobre pequeño Tommy Wilson de la aprobación de su "incomparable padre", produjo la fantasía de que el reverendo Joseph Ruggles Wilson se inclinaba sobre la dorada baranda del Cielo y decía: "¡Por fin el mundo sabe como yo he sabido siempre, que mi Tommy es su Salvador!"

En San Francisco, el 17 de septiembre, el pobre Wilson elevó a Clemenceau, Lloyd George y Orlando al plano del Sermón de la Montaña, con lo que realizó, por lo menos en su propia mente, el milagro que tan larga y vanamente había luchado por realizar en París. Describió la Conferencia de paz en los siguientes términos:

Una luz de profunda comprensión de los asuntos humanos brilla sobre las deliberaciones de esa conferencia, como jamás brilló en el curso de la historia sobre ninguna otra conferencia internacional. . . . Después de inaugurada, estuve contento de reunir el pequeño cuerpo al que llamaron los Cuatro Grandes ... era un muy sencillo consejo de amigos. Las intimidades de esa pequeña sala fueron el centro de toda la conferencia de paz y eran las intimidades de hombres que creían en las mismas cosas y perseguían los mismos objetivos. Los corazones de hombres como Clemenceau, Lloyd George y Orlando, latían con los habitantes del mundo lo mismo que con los de sus propios países. Tienen las mismas simpatías fundamentales que tenemos nosotros y saben que hay sólo una manera de labrar la paz, y es labrarla equitativamente.

Al final de su discurso dijo:

Conciudadanos míos, creo en la Divina Providencia. Si no creyera, me volvería loco. Si pensara que la dirección de los desordenados asuntos de este inundo depende de nuestra inteligencia finita, no sabría cómo mantener mi salud mental, y no creo que haya ninguna corporación de hombres, no importa cómo concierten su poder o su influencia, que pueda derrotar esta gran empresa, que es empresa de misericordia, de paz y de buena voluntad.

Era el tratado que Dios había dado a la humanidad por intermedio de su hijo Woodrow.

Así el 17 de septiembre el Tratado de Versalles se había divinizado y al día siguiente el ejército americano se convirtió en una hueste celestial.

Esta es la gloria que permanecerá unida a los recuerdos del gran ejército americano, no solamente por haber conquistado Alemania sino también la paz del mundo. Ejército más grande que el que buscó el Santo Graal, que el que trató de redimir el Santo Sepulcro, que el que luchó tras esa joven visionaria y

P S I K O L I B R O

maravillosa que fue Juana de Arco, que el de la Revolución americana que procuró redimirnos del injusto dominio británico, más grande aun que el de nuestra Guerra Civil que salvó la Unión, es este noble ejército de americanos que salvó al mundo.

En los días que siguieron, el pobre Wilson se acercó más y más a la mesa del sacrificio, diciendo por ejemplo en Los Ángeles el 20 de septiembre de 1919:

La cosa más difícil que he tenido que hacer ... fue continuar vistiendo ropas civiles durante la guerra, no ponerme un uniforme, no arriesgar algo además de la reputación: arriesgar la vida y todo. Sabíamos que se había erigido un altar sobre el cual se podía hacer ese sacrificio más gloriosamente que sobre ningún otro erigido jamás entre los seres humanos, y deseábamos ofrecernos en aras de la humanidad. Y eso es lo que haremos, conciudadanos míos.

Por fin la humanidad sería salvada por la sangre de Woodrow Wilson. La perfección del tratado aumentó gradualmente hasta que el 24 de septiembre en Cheyenne, Wyoming, se volvió la obra maestra de la humanidad.

Ese tratado es un documento único. Me atrevo a decir que es el documento más notable de la historia humana, porque en él queda registrada una completa inversión de los procesos de gobierno que ha habido durante toda la historia ... dijimos que debe ser una paz estable para el pueblo, y lo es. Desafío a cualquier hombre a que encuentre una contradicción a lo expresado en las cláusulas del gran documento con que regresé de París. Es a tal punto una paz del pueblo, que en cada parte de sus arreglos toda idea de engrandecimiento, territorial o político, por parte de las grandes potencias, fue arrojada a un lado por sus propios representantes ... No reclamaron ni un solo pedazo de territorio.

Resulta claro que cuando Wilson hizo estas declaraciones no estaba mintiendo conscientemente. Había comenzado a reprimir su conocimiento de lo que había hecho en París y de la manera habitual, el área reprimida había anexado territorio adyacente, hasta que se volvió imposible recordar lo que él o cualquier otro había acordado en París. Estaba muy cerca de la psicosis.

En la noche siguiente, 25 de septiembre de 1919, en Pueblo, Colorado, el pobre pequeño Tommy Wilson, que había aprendido a hablar como Dios escuchando a su "incomparable padre", lo hizo por última vez. Los hechos de su discurso

estaban extraordinariamente distorsionados: "Los conquistadores no piden ni un pie de territorio, no piden ni una sola muestra de sumisión a su autoridad."

Sin embargo, la perorata, que debía ser la de su propia vida, era hermosa. Formuló la pregunta: "¿De qué les sirven nuestras promesas a los hombres que yacen muertos en Francia?" Y respondió:

Esos hombres eran cruzados. No avanzaban para probar el poder de los Estados Unidos. Avanzaban para probar el poder de la justicia y el derecho y todo el mundo los aceptó como cruzados. Su logro trascendente ha hecho que todos creen en América como no creen en ninguna otra nación organizada del mundo entero. Me parece que entre nosotros y el rechazo o restricción de este tratado se interponen las hileras apretadas de esos muchachos combatientes, no sólo los que volvieron a casa, sino esos queridos fantasmas que todavía vagan sobre los campos de Francia.

Amigos míos, con motivo del último Decoration Day, fui a una bella ladera cerca de París, donde está ubicado el cementerio de Suresnes, destinado al entierro de nuestros muertos en la guerra. A mis espaldas, en el declive, había largas hileras de soldados americanos vivos, y ante mí, en la llanura escalonada, dilatadas filas de soldados americanos muertos. Justo al lado del palco en que hablé, había un grupito de mujeres francesas que habían adoptado esas tumbas, convirtiéndose en madres de los muertos queridos al colocar flores todos los días sobre ellas, aceptándolos como sus propios hijos, sus propios amados hijos, porque murieron por la misma causa. ¡Francia y el mundo eran libres porque América había llegado! Quisiera que ciertos hombres públicos que se oponen ahora al arreglo por el que estos soldados murieron, pudieran visitar un lugar como éste. Quisiera que la idea que surge de esas tumbas pudiera penetrar en sus conciencias. Quisiera que pudieran sentir la obligación moral que pesa sobre nosotros de no fallarles a esos muchachos, sino de llevar al éxito hasta el fin lo que ellos emprendieron, y de respaldar su redención del mundo. Nada menos que eso depende de esta decisión, nada menos que la liberación y salvación del mundo.

Wilson lloraba. Creía realmente que había traído de París la paz de Dios por la que habían muerto los muchachos americanos. Pero esta convicción se había construido por encima del abismo de su sentimiento de culpa, el agujero ardiente de los hechos en su inconsciente.

P S I K O L I B R O

Esa noche en el tren se derrumbo. Fue obvio para el almirante Grayson que si continuaba la gira, moriría. Se lo dijo a Wilson. Respondió que prefería continuar. Grayson despertó a Tumulty. El presidente, con el rostro inundado de lágrimas les suplicó que le permitieran seguir diciéndoles: "¿No ven que si cancelan este viaje, el senador Lodge y sus amigos van a decir que soy un desertor, que mi gira al oeste fue un fracaso y el tratado estará perdido?" No dijo, pero podemos hacerlo por él: ¿No ven que si lo cancelan no moriré por la humanidad, no seré Cristo, no conquistaré a mi padre, no seré Dios?

Interrumpieron el viaje; Wilson regresó a la Casa Blanca. Tres días después, a las cuatro de la mañana, cayó sobre el piso de su cuarto de baño, con el lado izquierdo paralizado por una trombosis del hemisferio derecho del cerebro.

El lector recordará que en el año 1906 el Superyó de Wilson y sus deseos conflictivos acerca de su padre lo impulsaron a una campaña de oratoria febril, que culminó con la ruptura de un vaso sanguíneo de su ojo izquierdo, y que los mismos deseos estaban involucrados en sus discursos apasionados de 1908, que también finalizaron en un colapso. Estos deseos lo arrastraron nuevamente en 1919 a la campaña oratoria que culminó en su trombosis. Desde 1908 su fijación paterna se había hecho completa. Y la similitud de sus acciones en 1906, 1908 y 1919 es tan notable que resulta difícil evitar la impresión de que estaba actuando por obediencia a un *Wiederholungszwang*, una compulsión a repetir, cuando partió hacia el oeste en 1919. Por lo menos queda claro que fue impulsado a la destrucción por el antiguo conflicto que jamás había podido resolver, entre su actividad y su pasividad hacia el padre. Nunca había resuelto el dilema mayor del complejo de Edipo y al fin fue destruido por el mismo "incomparable padre" que lo creó.

Treinta y cinco

Tras su colapso de septiembre de 1919, Wilson vivió cuatro años y cuatro meses. Pero no podemos sacar de su conducta posterior al derrumbamiento conclusiones sobre su personalidad antes del mismo, ya que es imposible determinar hasta qué punto esta perturbación cerebral afectó su vida psíquica. En cualquier ocasión particular, su conducta puede haber sido producto de esta afección orgánica y no de causas psíquicas. Es cierto que la trombosis se dio en el lado derecho del cerebro, en un área que controlaba las funciones motoras, de modo que produjo la parálisis del lado izquierdo, y al menos superficialmente, parece que dejó intacta su razón. Pero la razón de un neurótico es un mero instrumento de su inconsciente y las enfermedades físicas del cerebro producen invariablemente repercusiones psíquicas. La trombosis produjo alteraciones obvias en su personalidad y aunque puede tener cierto interés seguir a la entidad física llamada Woodrow Wilson hasta la tumba, debemos reconocer que, como personalidad, el Thomas Woodrow Wilson que hemos estudiado, murió el 25 de septiembre de 1919.

El que sobrevivió era un inválido patético, un anciano irascible, siempre al borde del furor y de las lágrimas, lleno de odio y autocompasión. Estaba tan enfermo que sólo le permitían recibir informaciones que su esposa juzgaba buenas para él. Este hecho aumenta nuestro rechazo a sacar conclusiones de su conducta después de su accidente vascular, porque ella en cualquier caso particular, pudo deberse a información errónea o falta de ésta. Ya no era más un ser humano independiente sino un inválido cuidadosamente mimado.

Siguió siendo nominalmente el presidente de los Estados Unidos hasta el 4 de marzo de 1921; pero durante los últimos dieciocho meses de su administración, Mrs. Wilson fue el ejecutivo principal de los Estados Unidos, en gran medida. Desde el punto de vista de este estudio psicológico, por lo tanto, los últimos cuatro años de la vida de Wilson son de poco interés: pero vale la pena echarles una mirada antes de concluir este intento de comprensión de su personalidad.

En noviembre de 1919, cuando todavía estaba enfermo de peligro y dependía por entero de Mrs. Wilson en cuanto a información, tuvo que decidir si aceptaría o no las reservas de Lodge sobre el Convenio de la Liga de las Naciones, con lo que obtendría la inmediata ratificación del Tratado de Versalles. Wilson se negó absolutamente a aceptar las reservas de Lodge y se publicó en su nombre la siguiente declaración: "En mi opinión, esa fórmula de resolución no ofrece una ratificación sino una anulación del tratado. Tengo la sincera esperanza de que los amigos y defensores del mismo votarán contra la resolución Lodge." Ante el requerimiento de Wilson se unieron a los trece republicanos "irreductibles" un número suficiente de demócratas como para derrotar una resolución de ratificación que incluía las reservas de Lodge. Estas no alteraban mayormente las obligaciones de los Estados Unidos bajo el convenio y hubieran sido aceptadas por todas las partes del tratado, de modo que, cediendo Wilson ante Lodge, los Estados Unidos hubieran ratificado el Tratado de Versalles convirtiéndose en miembros de la Liga. Dado que Wilson creía, o al menos afirmaba creer que "la liberación y la salvación del mundo" dependían de la ratificación del tratado, es notable que jamás haya mostrado la más pequeña señal de ceder ante Lodge. A principios de la primavera de 1920, el senador Hitchcock rogó a Wilson que hiciera alguna concesión, diciendo: "Señor presidente, tal vez haya llegado el momento de tender la rama de olivo a Lodge y a sus partidarios en bien de un arreglo equitativo". Wilson, en cama, cerró los ojos y replicó luego con voz mortuoria: "¡Que tienda Lodge la rama del olvido!"

El tratado, reincorporado con el agregado de las reservas de Lodge, fue rechazado otra vez por mandato del presidente. Wilson ya había tomado la posición de que "la única manera evidente de salir del paso" era "dar a las siguientes elecciones la forma de un gran referéndum solemne" sobre la Liga de las Naciones. Creía que el pueblo americano apoyaría el tratado y aplastaría a Lodge. Pero el candidato demócrata fue derrotado por siete millones de votos y Harding, uno de los "irreductibles" republicanos fue elegido presidente. "Nos han desacreditado ante el mundo" dijo Wilson a Tumulty, pero siguió creyendo que de alguna manera el tratado sería ratificado. "¡No pueden luchar contra Dios!", gritaba a sus visitantes. El tratado era divino. Woodrow Wilson lo había escrito.

En agudo contraste con esta convicción aparece su comentario citado por el profesor William E. Dodd, "no debería haber firmado; ¿pero qué podía hacer?" Parece que a veces se daba cuenta de que el tratado era en verdad una sentencia de muerte para la civilización europea. Y se puede encontrar

contradicciones semejantes en sus comentarios sobre individuos. Edward Bok cuenta que manifestó a mistress Wilson en 1920: "Te dije, Edith, que House era bueno." Pero en otra oportunidad declaró a un íntimo: "Pensar que ese hombre por quien yo hice todo, a quien le conté mis pensamientos más secretos, me iba a traicionar." Entonces Wilson lloraba.

Estos comentarios parecen auténticos y la contradicción que involucran es una mera prueba de su situación mental perturbada. Wilson pensaba un día una cosa y al día siguiente otra sobre muchos asuntos y mucha gente. Los únicos rasgos coherentes de su personalidad durante sus últimos años fueron la autocompasión, la admiración por el padre muerto y el odio hacia casi todos los hombres de la tierra. Al parecer, su enfermedad retiró una considerable parte de libido de los objetos amorosos y la devolvió al narcisismo original. Nunca había conseguido alejar mucho su libido de sí mismo; aún sus amigos apasionadamente amados, lo eran solamente como sustitutos de él mismo y puede suponerse que la enfermedad concentró todo su amor sobre su propio cuerpo. Nunca encontró otro amigo para reemplazar a House, como había encontrado a éste para reemplazar a Hibben. Se amaba y se compadecía a sí mismo. Adoraba en el cielo a su padre muerto. Descargó su odio hacia ese mismo padre sobre numerosos hombres. Se negó a recibir a Lord Grey. Rehusó ver al coronel House. Se negó a perdonar a Debs, el anciano líder socialista y cerró su carrera oficial negándose a perdonar a otro anciano. Hizo que el fiel Tumulty apareciera en público como un mentiroso y un falso amigo y se negó a volver a verlo. Echó a su médico, el almirante Grayson, cuando éste defendió a Tumulty; pero después no pudo dormir, llamó a Grayson por teléfono para que volviera y lo abrazó llorando.

En sus últimos días ayudó a Ray Stannard Baker en la preparación de su apología y de vez en cuando conversaba con amigos nuevos, ya que no le quedaba ninguno antiguo. A medida que se aproximaba a la muerte, hablaba cada vez menos de su época como presidente de los Estados Unidos y más sobre su presidencia de Princeton. Una y otra vez volvió a referir su lucha con West y se emocionó por la traición de Hibben, olvidando su lucha con Lodge y la "traición" de House.

Una y otra vez volvió a contar las viejas, viejas historias sobre su comparable padre".

El domingo 3 de febrero de 1924 murió mientras dormía.

P S I K O L I B R O

«Über Coca» (Sobre la cocaína)

Sigmund Freud

Julio de 1884

En su apasionado artículo "Sobre la coca" el primero que escribió sobre este tema, Freud ofrece al lector una enorme cantidad de datos sobre la historia de la utilización de esta planta en Sudamérica, su exportación a Europa, sus efectos sobre los seres humanos y los animales, y sus múltiples usos en terapéutica. Incluye detalladas descripciones de las investigaciones realizadas por muchos autores. Ya en este momento aparecen algunos indicios que apuntan hacia las propiedades anestésicas de la droga y las esperanzas que en este sentido hace concebir, aunque no llegue a hablar de aplicaciones concretas.

El autor está en favor del uso de la coca y en algunos momentos se muestra casi entusiasta en sus alabanzas.

En la posterior addenda a este trabajo, Freud menciona el uso que Koller hizo de la cocaína para anestesiar la córnea en las operaciones oftalmológicas, práctica que desde entonces se hizo famosa.

Anna Freud

La planta de la coca

La *Erythroxylon coca*, planta que produce la coca, es un arbusto que llega a medir entre un metro veinte y un metro sesenta centímetros, y tiene cierta similitud con el endrino. Se cultiva en anchas zonas de Sudamérica, especialmente en Perú y Bolivia. Los lugares donde crece mejor son los cálidos valles de las laderas orientales de los Andes, entre los mil quinientos y los mis ochocientos metros sobre el nivel del mar, en climas lluviosos exentos de temperaturas extremas. Las hojas, que proporcionan un estimulante indispensable a unos diez millones de personas, tienen forma ovalada, de cinco a seis centímetros de longitud. Están unidas al tronco por tallos, son enteras y están recubiertas de un polvo blanquecino. Se distinguen por la presencia de dos pliegues lineales, más patentes en el envés de la hoja, que corten como si fueran nervios laterales a lo largo del nervio central desde la base hasta la punta, formando un arco plano. El arbusto produce unas flores blancas, en grupos de dos o tres, y sus frutos son rojos y en forma de huevo. Puede ser reproducido tanto por medio de semillas como de esquejes; las plantas jóvenes se trasplantan cuando tienen un año, y al cabo de dieciocho meses dan su primera cosecha de hojas. Se considera que las hojas están maduras cuando llegan a endurecerse tanto que su tallo se rompe con sólo tocarlo.

Al llegar ese momento son puestas rápidamente a secar al sol o con la ayuda del fuego, y colocadas luego en cestos para su transporte. En condiciones favorables un arbusto de coca da cuatro o cinco cosechas cada año, y la planta puede seguir a este ritmo durante treinta y hasta cuarenta años. La gran escala de su producción (se dice que la producción anual es de trece millones y medio de kilogramos) hace que las hojas de coca sean un producto importante tanto para el comercio como para la política fiscal de los países en los que se cultiva.

Historia y aplicaciones de la coca en su país de origen

Cuando los conquistadores españoles se abrieron camino por la fuerza hacia el interior del Perú, vieron que la planta de la coca era cultivada y muy estimada por los habitantes de este país, y también que estaba estrechamente relacionada con las costumbres religiosas locales. Según la leyenda, Manco Capac, el hijo del Sol, descendió en tiempos remotos de las cumbres del lago Titicaca para llevar la luz de su padre a los desgraciados habitantes del país; consigo llevaba también muchas enseñanzas y así explicó a los hombres la vida de los dioses, les enseñó la práctica de artes útiles, y les dio además la hoja de la coca, esa planta divina que sacia al hambriento, hace fuerte al débil, y permite al desgraciado olvidar su tristeza. Era costumbre ofrecer hojas de coca a los dioses, masticarlas durante las ceremonias religiosas, y hasta poner algunas en la boca de los muertos para asegurarles un buen recibimiento en el otro mundo. El Inca Garcilaso, historiador de la conquista española, y descendiente de los incas, dice que al principio la coca no abundaba y que solamente podían utilizarla los miembros de las principales familias; sin embargo, en la época de la conquista hacía ya tiempo que todo el mundo podía obtenerla. Garcilaso trató de defender la coca contra la prohibición de su consumo impuesta por los conquistadores. Los españoles no creían en los efectos maravillosos que producía la planta -que para ellos eran obra del diablo- debido principalmente a la función de la coca en el ceremonial religioso. Un sínodo celebrado en Lima llegó al extremo de prohibir el consumo de la coca porque, en su opinión, era algo pagano y pecaminoso. Pero la actitud de los extranjeros cambió cuando observaron que los indios no eran capaces de llevar a cabo las penosas tareas que se les imponían en las minas si no se les daba su ración de coca. Entonces decidieron modificar parcialmente su anterior decisión: se distribuyó nuevamente coca a los mineros, tres o cuatro veces al día, concediéndoles cortos períodos de descanso en el trabajo para que mascaran las hojas. De esta manera la planta ha podido conservar su prestigio entre los nativos hasta la actualidad. Quedan todavía algunas huellas de la veneración religiosa que el pueblo indio sentía por la coca.

El indio lleva siempre consigo una bolsita con hojas de coca (una chuspa) cuando viaja, y también una botella con cenizas de la planta (llicta). En la boca hace una bola con las hojas y después atraviesa varias veces la bola con un clavo empapado en la ceniza. Después masca las hojas lenta y sistemáticamente, con abundante secreción de saliva. Se dice que en otras zonas se añade a las hojas un poco de tierra, tonra, que en este caso sustituye a la ceniza de la planta. No se considera exagerado masticar de tres a cuatro onzas de hojas cada día. Según Mantegazza, el indio empieza a utilizar este estimulante en su primera juventud, y sigue haciéndolo a lo largo de toda su vida. Cuando tiene que realizar un viaje difícil, cuando toma a una mujer, o, en general, siempre que sus fuerzas tienen que hacer frente a una prueba que exige un rendimiento mayor de lo normal, el indio aumenta su dosis ordinaria.

(No se ha comprobado con seguridad cuál es la finalidad de la operación de mezclar los álcalis de la ceniza. Mantegazza afirma haber mascado hojas de coca con y sin mezcla de ceniza y que no notó ninguna diferencia. Según Martius y Demarle, la cocaína es liberada de su combinación con ácido tánico mediante la acción de los álcalis. Una llicta que fue analizada por Bibra estaba formada por un 29 % de carbonato de cal y magnesio, un 34 % de sales potásicas, un 3 % de tierra arcillosa y hierro, un 17 % de elementos insolubles de tierra arcillosa, tierra silíceas y hierro, un 5 % de carbono y un 10 % de agua.)

Hay muchas pruebas que demuestran que los indios, cuando se encuentran bajo la influencia de la coca, pueden resistir extraordinarias pruebas físicas y realizar trabajos muy duros sin necesidad de tomar una alimentación adecuada durante ese tiempo. Valdez y Palacios afirma que gracias a la coca los indios son capaces de caminar cientos de horas seguidas y correr más que un caballo sin mostrar signos de fatiga. Castelnau, Martius, y Scrivener han confirmado este dato, y Humboldt habla también de ello en el relato de su viaje por las regiones ecuatoriales, donde afirma que éste era un hecho conocido generalmente por todo el mundo. Se cita frecuentemente el informe de Tschudi que habla de un cholo (mestizo) al que pudo observar de cerca. El hombre en cuestión realizó un duro trabajo de excavación durante cinco días y cinco noches sin dormir más que dos horas cada noche, y sin consumir nada que no fuera coca. Una vez terminado el trabajo acompañó a Tschudi en una excursión en mula de dos días. El mestizo hizo el recorrido a pie. Terminada su hazaña dijo que estaba dispuesto a hacerlo toda otra vez, sin comer, si le daban suficiente coca. Era un hombre de sesenta y dos años de edad y no había estado nunca enfermo.

P S I K O L I B R O

En el Journey of the Frigate «Novara» [Viaje de la fragata Novara] se relatan casos similares de aumento de la potencia física debidos al consumo de la coca. Weddell, von Meyen, Markham, e incluso Poeppig (a quien tenemos que agradecer multitud de informes difamatorios contra la coca) no pueden sino confirmar que esta droga produce los citados efectos. Desde que se conoció la utilización de la hoja de la coca, siempre ha producido asombro en todo el mundo.

Otras informaciones dan gran importancia a la capacidad de los «coqueros» (masticadores de coca) de abstenerse de tomar alimentos durante largos períodos de tiempo sin padecer ningún tipo de consecuencias negativas. Según Unanué, cuando en la ciudad de La Paz no podían conseguirse alimentos el año 1781, sólo sobrevivieron aquellos que tomaron coca. Según Stewenson los habitantes de muchas zonas de Perú ayunan durante uno o varios días sin dejar de trabajar, gracias al uso de la coca.

Ante todas estas informaciones y teniendo en cuenta el papel desempeñado por la coca en Sudamérica durante siglos, hay que rechazar la opinión expresada por algunos que afirman que el efecto de la coca es solamente imaginario y que, gracias a la práctica, los nativos sudamericanos son capaces de realizar las hazañas que se les atribuyen, sin necesidad de la coca. Podría esperarse que llegaran informaciones diciendo que los coqueros compensan su ayuno comiendo más en los intervalos entre los períodos durante los cuales se abstienen de comer, o que debido a su forma de vida entran en una rápida decadencia. Las informaciones dadas por los viajeros por lo que se refiere a la primera posibilidad no permiten extraer conclusiones; en cuanto a la segunda, testigos dignos de crédito han negado que sea cierta. Desde luego, Poeppig pintó una terrible imagen de la decadencia física e intelectual que según él es consecuencia inevitable de la utilización habitual de la coca. Pero todos los demás observadores afirman que el consumo moderado de coca fomenta la salud en lugar de limitarla, y que los coqueros alcanzan larga vida. Weddell y Mantegazza señalan, sin embargo, que una utilización exagerada de la coca produce una caquexia que se caracteriza físicamente por causar problemas digestivos, y una gran delgadez, mientras que mentalmente lleva a la depravación moral y a una total apatía frente a todo lo que no sea el disfrute del estimulante. También los blancos sucumben a veces y caen en este estado, muy similar al de los síntomas del alcoholismo crónico y de la morfomanía. De todas formas, normalmente la coca no se toma en cantidades exageradas y

nunca se utiliza para compensar una posible desproporción entre los alimentos tomados y el trabajo realizado por los coqueros.

Las hojas de coca en Europa: la cocaína

Según Dowdswell, la primera persona que recomendó la coca fue el doctor Monardes (Sevilla, 1569), cuyo texto apareció en traducción inglesa en 1596. Al igual que los Informes redactados posteriormente por el jesuita P. Antonio Julián, y el doctor Pedro Crespo, ambos desde Lima, el artículo de Monardes alaba los maravillosos efectos de la planta en la lucha contra el hambre y la fatiga. Estos dos autores confiaban en los beneficios que se obtendrían si se introducía la coca en Europa. La planta fue traída por fin a este continente en 1749; hizo su descripción A. L. de Jussieu, que la clasificó dentro del género Erythroxylon. En 1786 apareció en la Encyclopédie Méthodique Botanique de Lamarck con el nombre de Erythroxylon coca. Las informaciones de viajeros como Tschudi y Markham, entre otros, demostraron que los efectos de la planta no se confiaban únicamente a la raza india.

Tras vivir algunos años en las regiones andinas, Paolo Mantegazza publicó en 1859 sus descubrimientos sobre los efectos fisiológicos y terapéuticos de las hojas de coca en todo el mundo. Mantegazza es un gran defensor de la coca e ilustra la versatilidad de sus utilidades terapéuticas presentando informes de varios casos de aplicación. Su artículo despertó mucho interés pero poca confianza. Sin embargo, he comprobado la corrección de tantas observaciones del artículo de Mantegazza, que me siento inclinado a aceptar todo cuanto dice incluso en los casos que no he tenido oportunidad personal de confirmar.

El doctor Scherzer, miembro de la expedición de la fragata austríaca Novara, a su regreso a Viena en 1859 trajo unas hojas de coca y envió algunas al profesor Wöhler para que las examinara. Fue Niemann, un alumno de este

profesor, quien aisló el alcaloide cocaína a partir de las hojas. A su muerte, Lossen, también alumno de Wöhler, continuó la investigación de las sustancias contenidas en las hojas de coca.

La cocaína de Niemann cristaliza en prismas grandes incoloros de cuatro a seis lados, de tipo monoclinico. Tiene un sabor algo amargo y produce un efecto anestésico de las membranas mucosas. Se funde a 98° C, es difícil de disolver en agua, pero en cambio se disuelve fácilmente en alcohol, éter y ácidos diluidos. Combinada con el cloruro de platino y el cloruro de oro forma sales dobles. Al calentarla con ácido hidrociorídrico, su estructura se rompe y da lugar a ácido benzoico, alcohol metílico y una base poco estudiada llamada ecgonina. La fórmula de la cocaína establecida por Lossen es: C17 H24 N04. Debido a su alto grado de solubilidad en agua, las sales que forma con el ácido hidrociorídrico y el ácido acético son especialmente adecuadas para sus utilizaciones terapéuticas.

Además de la cocaína, las hojas de coca contienen: ácido cocotánico, una cera especial, y una base volátil de olor parecido al de la trimetilamina, y que Lossen aisló en forma de un aceite viscoso de color amarillo claro. Según las informaciones de los químicos, las hojas de coca contienen algunas otras sustancias que todavía no han sido descubiertas.

Desde que se tuvo conocimiento de la cocaína, numerosos observadores han estudiado los efectos que tiene la coca en animales y en hombres sanos y enfermos; a veces han utilizado un preparado llamado cocaína, y otras veces las mismas hojas de coca, en forma de infusión o a la manera de los indios. En Austria, Schroff padre llevó a cabo los primeros experimentos con animales en 1862; también han publicado informaciones sobre la coca Rankl (1860), Fronmüller (1863), y Neudórfer (1870). En cuanto a los trabajos realizados en Alemania, merecen mencionarse las recomendaciones terapéuticas de Clemens (1867), los experimentos con animales de von Anrep (1880) y los experimentos realizados por Aschenbrandt con soldados agotados (1883).

En Inglaterra, A. Bennett llevó a cabo los primeros experimentos con animales en 1874; en 1876 los informes del presidente de la Asociación Británica de Médicos, Sir Robert Christison, crearon un gran revuelo; y cuando un médico envió una carta al British Medical Journal diciendo que un tal señor Weston (que había asombrado a los círculos científicos de Londres por sus notables hazañas andariegas) masticaba hojas de coca, esta planta se convirtió durante

algún tiempo en tema de interés general. Ese mismo año (1876) Dowdeswell publicó los resultados de un experimento totalmente ineficaz llevado a cabo en el laboratorio del University College, y parece que después ya no ha habido en Inglaterra nadie que estuviera dispuesto a continuar investigando.

De los textos franceses sobre el tema hay que mencionar los siguientes: Rossier (1861), Demarle (1862), la monografía de Gosse sobre la Erythroxyton coca (1862), Reiss (1866), el Etude sur la coca du Pérou, de Lippinann (1868), Moreno y Maíz (1868), que dio algunos datos nuevos sobre la cocaína, Gazcau (1870), Collins (1877), y Marvaud, cuyo libro Les aliments d'épargne (1874) es el único que he tenido a mi disposición.

En Rusia Nikolsky, Danini (1873), y Tarjanov (1872) se centraron sobre todo en el estudio de los efectos que la cocaína produce en los animales. En los últimos años han aparecido en los Estados Unidos muchos informes, todos ellos publicados en la Detroit Therapeutic Gazette. En su mayoría hablan del éxito obtenido en la aplicación de preparados de cocaína para usos terapéuticos.

Las primeras investigaciones mencionadas aquí condujeron a una gran desilusión y a la creencia de que los efectos que tanto entusiasmo habían despertado en los informadores que hablaban desde Sudamérica no podían producirse en Europa. Las investigaciones realizadas por Schroff, Fronmüller y Dowdeswell tuvieron efectos negativos o insignificantes. Los fracasos se debieron a varios motivos. No cabe duda de que la calidad de los preparados fue en gran parte responsable de ello. En cierto número de casos los propios investigadores expresan sus dudas sobre la calidad de sus preparados; y cuando creen en las informaciones dadas por viajeros piensan que los efectos de la coca deben ser causados por algún elemento volátil contenido. Para ello se basan en las informaciones de Poeppig y otros, que afirman que en América misma se consideran inútiles las hojas almacenadas durante mucho tiempo. Los experimentos llevados a cabo recientemente con la cocaína preparada por Merk [sic] en DarinStadt justifican la afirmación según la cual la cocaína es el auténtico agente de los efectos de las hojas de coca. Y estos efectos pueden producirse tanto en Sudamérica como en Europa, y ser muy beneficiosos.

El efecto de la cocaína en los animales

Sabemos que los animales de las diversas especies -y hasta diferentes individuos dentro de una misma especie- varían notablemente en las características químicas que determinan la receptividad del organismo a las sustancias extrañas. Por esta razón no debemos presuponer que el efecto de la coca vaya a ser en los animales igual al que se dice que produce en el hombre. Nos bastará por el contrario llegar a comprender la forma de actuación de la cocaína en los hombres y los animales desde un punto de vista unificado.

Debemos a von Arirep los más exhaustivos experimentos en torno a los efectos producidos por la coca en los animales. Antes de él también realizaron experimentos de este tipo Schroff padre, Moreno y Maíz, Tarjanov, Nikolsky, Danini, A. Bennett, y Ott. La mayoría de estos investigadores administraron el alcaloide oral o subcutáneamente.

El resultado más general de todos estos experimentos es que, en pequeñas dosis, la coca tiene efectos estimulantes, mientras que en grandes dosis produce un efecto paralizante; esta acción se da en ambos casos sobre el sistema nervioso. En los animales de sangre fría es especialmente notable el efecto de parálisis; en cambio, en los animales de sangre caliente son más notables los efectos estimulantes.

Según Schroff, la cocaína produce en las ranas un estado soporífero acompañado por la parálisis de los músculos voluntarios. Moreno y Maíz, Danini, Nikolsy y Ott han llegado prácticamente al mismo descubrimiento. Moreno y Maíz dice que la parálisis general que producen las dosis moderadas es precedida por el tétanos; en las mismas condiciones Nikolsky describe una fase de excitación del sistema muscular, mientras que Danini afirma no haber observado nunca esos espasmos.

Del mismo modo, von Atirep informa del efecto paralizador de la cocaína en las ranas tras un corto período de excitación. Al principio quedan afectadas las terminaciones nerviosas sensoriales y después todo el nervio sensorial; la respiración empieza acelerándose y después se paraliza; y el funcionamiento

del corazón se va haciendo progresivamente más lento hasta que se produce un fallo de la diástole. Bastan dosis de dos miligramos para que se produzcan síntomas de envenenamiento.

Según las informaciones dadas por Schroff de sus experimentos con conejos (llenas de contradicciones de detalle), la coca produce en estos animales espasmos múltiples, aumento de los ritmos respiratorio y del pulso, dilatación de las pupilas, y muerte convulsiva. La eficacia del envenenamiento depende en cierto grado de la forma de aplicación. Según Danini, el envenenamiento de los animales de sangre caliente produce al principio agitación, manifestada en saltos y carreras constantes, y después una paralización de las funciones musculares. En la última fase aparecen unos calambres espasmódicos. Tarjanov descubrió un aumento de la secreción mucosa en perros a los que se había suministrado una dosis de coca, y también la aparición de azúcar en la orina.

En los experimentos de von Anrep los efectos de la cocaína en animales de sangre caliente, incluso administrando grandes dosis, se manifiestan primero en forma de una fuerte agitación psíquica y excitación de los centros cerebrales que controlan el movimiento voluntario. Después de administrar dosis de 0.01 gramos de cocaína por kilogramo de peso, los perros muestran evidentes signos de excitación alegre y una compulsión maníaca a moverse. A partir del carácter de estos movimientos, von Anrep encuentra pruebas de que todos los centros nerviosos quedan afectados por el estímulo, e interpreta los movimientos de vaivén de la cabeza que percibió como irritación procedente de los canales semicirculares. Las otras manifestaciones de la intoxicación por cocaína son la aceleración de la respiración, un gran aumento del ritmo del pulso debido a una parálisis previa del vago, dilatación de las pupilas, aceleración de los movimientos intestinales, aumento de la presión sanguínea y disminución de las secreciones. Incluso después de la administración de dosis suficientemente grandes como para producir convulsiones muy notables, síntomas de parálisis y muerte debida a la paralización del centro respiratorio, la sustancia del músculo estriado permanece intacta. Von Anrep no establece cuál es la dosis letal para los perros. Para los conejos es de 0.10 gramos, y para los gatos de 0.02 gramos por kilogramo de peso.

Cuando la médula espinal es separada de la oblongata, la cocaína no produce calambres ni aumentos de la presión sanguínea (Danini); cuando la parte dorsal de la médula espinal es cortada, los espasmos producidos por la cocaína

ocurren en las extremidades anteriores, pero no en las posteriores (von Anrep). Danini y von Anrep suponen, en consecuencia, que la cocaína afecta primordialmente la zona vital de la médula oblongata.

Debería añadir aquí que solamente Schroff padre habla de la cocaína como narcótico y la clasifica junto al opio y el cannabis. Casi todos los demás la colocan junto a la cafeína, etc.

El efecto de la cocaína en un cuerpo humano sano

He llevado a cabo experimentos y he estudiado, en mí mismo y en otros, los efectos de la coca en un cuerpo humano sano. Los resultados que he obtenido concuerdan básicamente con la descripción que hace Mantegazza de los efectos de las hojas de coca.

La primera vez tomé 0.05 gramos de cloruro de cocaína en una solución acuosa al 1 %. En esa ocasión, y debido a la fatiga, me encontraba algo abatido. La solución que he indicado es bastante viscosa, algo opalescente, y tiene un extraño olor aromático. Al principio su sabor es amargo, que luego se transforma en unos sabores agradables muy aromáticos. La sal de cocaína seca tiene el mismo sabor y olor, pero en un grado mayor de concentración.

Al cabo de pocos minutos de haber tomado cocaína se siente bruscamente una sensación de optimismo y ligereza. Se nota como si los labios y el paladar estuvieran recubiertos de pelos, y después se tiene sensación de calor en esas mismas zonas. Si se bebe agua fría en ese momento, se nota como si estuviera caliente en los labios y fría en la garganta. En otras ocasiones la sensación predominante es un frescor muy agradable en la boca y la garganta.

Durante esta primera prueba sentí durante un corto período efectos tóxicos, que no se repitieron en posteriores experimentos. La respiración se hizo más lenta y profunda, y me sentí cansado y soñoliento. Bostezaba frecuentemente y me sentía algo embotado. La acción propia de la cocaína empezó al cabo de unos minutos. La típica euforia se vio precedida por unos repetidos eructos refrescantes. Inmediatamente después de tomar cocaína noté una ligera desaceleración del pulso y después una moderada aceleración.

He observado estos mismos signos físicos de la cocaína en otras personas que, en su mayoría, eran de mi misma edad. El síntoma que aparece más comúnmente es el de los eructos repetidos. A menudo van acompañados por unos ruidos sordos que se originan en las partes superiores de los intestinos. Dos de las personas a las que observé, y que declararon ser capaces de reconocer los movimientos de su estómago, declararon sin asomo de duda que habían detectado claramente esos movimientos. A menudo, cuando empezaba el efecto de la cocaína, los sujetos decían experimentar una intensa sensación de calor en la cabeza. Yo lo noté personalmente en mí mismo en posteriores experimentos, pero en ocasiones el fenómeno no se presentaba. Solamente en dos casos produjo la cocaína sensación de mareo. En conjunto, los efectos tóxicos de la coca son de corta duración, y mucho menos intensos que los producidos por dosis eficaces de quinina o salicilato de soda. Estos efectos parecen debilitarse más aún con el uso repetido de la cocaína.

Mantegazza enumera los siguientes efectos ocasionales de la coca -critemas temporales, aumento de la cantidad de orina, sequedad de las membranas mucosas conjuntiva y nasal. El efecto de la sequedad de boca y garganta es corriente y dura varias horas. Algunos observadores (Marvaud y Collan) hablan de un ligero efecto catártico. La orina y las heces adquieren, según algunos informadores, el olor de la coca. Hay, según los casos, muy variadas informaciones respecto a la forma en que afecta el ritmo del pulso. Según Mantegazza, la coca produce rápidamente un considerable aumento del ritmo del pulso, que se acelera incluso más al aumentar la dosis; Collin también notó una aceleración del pulso después de tomar cocaína, mientras que Rossier Demarle y Marvaud experimentaron, tras la aceleración del principio, una desaceleración más prolongada del pulso después del primer efecto de aceleración. Christison notó en sí mismo, tras administrarse una dosis de coca, que el agotamiento físico producía un aumento del ritmo del pulso, menor que si no hacía movimientos fuertes. Reiss afirma que no aparece ningún efecto en el

P S I K O L I B R O

pulso. A mí no me parece difícil de explicar este desacuerdo; en parte se debe a la variedad de los preparados utilizados (infusión de las hojas en agua caliente, solución de cocaína en frío, etc.), y su forma de aplicación, y en parte a las variaciones de reacción según los individuos. Este último factor, como ya informó Mantegazza, es en general muy importante cuando se trata de la coca. Se dice que algunas personas no toleran la coca; por otro lado, he encontrado muchas personas a las que no afectaban dosis de 5 cg, cantidad que para mí y también para otros era una dosis eficaz.

El efecto psíquico del cloruro de cocaína en dosis de 0.05 a 0.10 gramos consiste en optimismo y una duradera euforia, que no muestra diferencia alguna con la euforia normal de una persona sana. No aparece la sensación de excitación que acompaña los estímulos producidos por el alcohol. También produce la característica necesidad de emprender inmediatamente alguna actividad, típica del alcohol. Se nota un aumento del control de uno mismo y también que uno tiene gran vigor y es capaz de trabajar; por otro lado, si uno se pone a trabajar echa de menos ese aumento de la fuerza mental que el alcohol, el té o el café producen. Uno se encuentra sencillamente normal, y pronto le resulta difícil creer que se encuentra bajo los efectos de una droga.

Esto hace pensar que el estado de humor inducido por la coca en tales dosificaciones no se debe tanto al estímulo directo como a la desaparición de los elementos que causan la depresión. Se podría suponer, quizás, que la euforia que resulta de la buena salud no es más que algo normal en una corteza cerebral bien alimentada que «no es consciente» de los órganos del cuerpo al que pertenece.

Durante esta fase de los efectos de la cocaína, que no se distingue por nada más, aparecen los síntomas que han sido generalmente descritos como el maravilloso poder estimulante de la coca. Es entonces cuando es posible realizar prolongados trabajos intensos, tanto mentales como físicos, sin sentir fatiga. Es como si la necesidad de comer y dormir, que sin la coca se hacen sentir de forma perentoria en determinados momentos del día, quedara completamente eliminada. Mientras duran los efectos de la cocaína, si uno lo desea puede comer copiosamente y sin asco; pero se tiene la clara sensación de que la comida es innecesaria. Del mismo modo, cuando el efecto de la coca empieza a decaer, nada le impide a uno dormirse, pero también resulta posible suprimir el sueño sin que se produzcan consecuencias desagradables. Durante

las primeras horas del efecto de la coca no se puede dormir, pero el hecho no resulta molesto en modo alguno.

He comprobado en mí mismo unas doce veces este efecto de la coca, que suprime el hambre, el sueño y la fatiga, y permite acentuar el esfuerzo intelectual; no he tenido oportunidad de realizar trabajos físicos.

Un colega muy ocupado me dio la oportunidad de observar un asombroso ejemplo de la forma en que la cocaína suprime la fatiga más extrema y también una sensación plenamente justificada de hambre; este colega, que no había comido desde primera hora de la mañana y que había trabajado en exceso, se tomó 0.05 gramos de cloruro de cocaína a las seis de la tarde. Al cabo de unos minutos declaró que se sentía como si hubiera tomado una comida abundante, que no deseaba cenar, y que se sentía lo suficientemente fuerte como para emprender una larga caminata.

Este efecto estimulante de la coca ha sido confirmado más allá de toda duda por una serie de informes dignos de crédito, de los que algunos son muy recientes.

Para realizar un experimento, Sir Robert Christison -que tiene setenta y ocho años- se cansó hasta llegar al agotamiento caminando veintidós kilómetros, sin comer. Al cabo de algunos días repitió el ejercicio con el mismo resultado. Durante el tercer experimento se administró 3.4 gramos de hojas de coca y pudo realizar el esfuerzo sin el agotamiento experimentado en anteriores ocasiones. Cuando llegó a casa, y a pesar de haber estado nueve horas sin beber ni comer, no sintió hambre ni sed, y al despertarse a la mañana siguiente no sintió cansancio. En otra ocasión ascendió una montaña de novecientos metros de altura y llegó completamente agotado a la cumbre. Después realizó el descenso bajo la influencia de la coca, que le permitió hacerlo lleno de vigor juvenil y sin sensación de fatiga.

Clemens y J. Collan han tenido experiencias similares, y este último lo hizo después de caminar durante varias horas por la nieve; Masson dice que la coca es excelente «para una larga caminata»; Ascheribrandt informó recientemente que unos soldados de Baviera, agotados a consecuencia del esfuerzo y enfermedades debilitadoras, tras ingerir coca fueron sin embargo capaces de participar en las maniobras y marchas del ejército. Moreno y Maíz fue capaz de permanecer despierto noches enteras gracias a la coca; Mantegazza pudo

permanecer cuarenta horas sin tomar alimentos. No nos equivocamos, por lo tanto, al afirmar que el efecto de la coca en los europeos es el mismo que el de las hojas de coca en los indios de Sudamérica.

El efecto de una dosis moderada de coca desaparece de forma tan gradual que, en circunstancias normales, es difícil definir su duración. Si después de tomar coca se trabaja con intensidad, al cabo de tres a cinco horas decae la sensación de bienestar y es necesario tomar otra dosis de coca para que no se produzca la fatiga. El efecto de la coca parece durar más tiempo si no se llevan a cabo grandes esfuerzos musculares. Todas las opiniones parecen unánimes al afirmar que la euforia inducida por la coca no va seguida por ninguna sensación de laxitud u otros estados depresivos. Creo que después de tomar dosis moderadas (de 0.05 a 0.10 gramos), parte del efecto de la coca dura más de veinticuatro horas. Puedo afirmar que, al menos en mi caso, incluso el día después de haber tomado coca mi estado es mejor de lo normal. Para explicar la posibilidad de un aumento duradero de la fuerza, que a menudo se ha dicho que es uno de los efectos de la coca, creo que basta con hacer referencia al conjunto de los efectos que produce.

A la luz de los informes que mencionaré posteriormente, parece probable que si la coca se usa durante largos períodos, pero en cantidades moderadas, no tiene efectos nocivos para el cuerpo. Ven Anrep trató a animales durante treinta días con dosis moderadas de cocaína y no detectó efectos negativos en sus funciones corporales. Me parece digno de destacar -y esto lo descubrí en mí mismo y en otros observadores capaces de juzgar tales aspectos- que ni una primera dosis ni una serie repetida de dosis de coca producen un deseo incontenible de volver a utilizar el estimulante; por el contrario, lo que se siente es cierta aversión inmotivada contra la sustancia. Esta circunstancia quizás sea en parte responsable del hecho de que la coca no sea utilizada ya desde hace tiempo en Europa como estimulante, a pesar de las efusivas recomendaciones que se han hecho en este sentido.

Mantegazza experimentó en sí mismo el efecto de dosis elevadas de coca, que le produjeron un estado de felicidad notablemente mayor que la que sentía antes de tomar coca, acompañado de un deseo de inmovilidad completa que, sin embargo, se veía interrumpido ocasionalmente por un violentísimo deseo de moverse. La analogía de estos resultados con los obtenidos por von Anrep en animales es inconfundible. Al aumentar aún más la dosis, Mantegazza se sumió en un sopore beato; el ritmo de sus pulsaciones se aceleró muchísimo y le

subió algo la temperatura del cuerpo; comprobó que no podía hablar y que su caligrafía era poco firme; mas adelante experimentó espléndidas y vivas alucinaciones que al principio, aunque por poco tiempo, le causaron miedo, pero que a partir de entonces fueron alegres. Tampoco esta intoxicación por la coca le produjo ningún tipo de depresión, ni dejó en él ninguna señal de haber pasado por un período de intoxicación. Moreno y Maíz también experimentó un deseo igualmente fuerte de moverse después de tomar dosis bastante elevadas de coca. Incluso después de administrarse treinta gramos de hojas de coca, Mantegazza no experimentó ninguna limitación de la conciencia. Un farmacéutico que trató de envenenarse tomando un gramo y medio de cocaína se sintió mareado y mostró síntomas de gastroenteritis, pero mantuvo incólume su conciencia.

Utilización terapéutica de la coca

Era inevitable que una planta que en su país de origen había alcanzado tal reputación por sus maravillosos efectos, fuera utilizada para el tratamiento de los más diversos desórdenes y enfermedades del cuerpo humano. Los primeros europeos que conocieron este tesoro de la población india recomendaron sin reservas la coca. Basándose en una amplia experiencia de médico, Mantegazza hizo posteriormente una lista de las propiedades terapéuticas de la coca, que fueron confirmadas una por una por otros doctores. En esta sección de mi ensayo he tratado de reunir en varios grupos las diversas recomendaciones que se han hecho sobre el uso de la coca y, al hacerlo, he intentado establecer una distinción entre las recomendaciones basadas en el tratamiento de enfermedades que han llegado a ser curadas y las que se basan en los efectos psicológicos producidos por el estimulante. En general, estos últimos son mas numerosos que los primeros. Actualmente parecen existir esperanzas de que la coca sea reconocida y ampliamente aceptada en los

Estados Unidos, mientras que en Europa los médicos apenas si la conocen de nombre. El fracaso que ha tenido la coca en Europa, algo que en mi opinión es inmerecido, puede atribuirse quizás a la aparición de informes que han hablado de las consecuencias desfavorables de su utilización y que se publicaron muy poco después de la introducción de la coca en Europa. También es posible que sea debido a la dudosa calidad de los preparados, su relativa escasez y el elevado precio que, debido a estos últimos, ha tenido. Algunas de las pruebas que hablan en favor de la utilización de la coca han sido confirmadas más allá de toda posible duda, y otras merecen como mínimo ser objeto de una investigación sin prejuicios. La cocaína de Merk [sic] y sus sales son preparados que tienen todos los efectos, o al menos los más esenciales, de las hojas de coca.

a) La coca como estimulante.

La principal utilización de la coca será seguramente la misma que ha tenido durante siglos entre los indios. En este sentido resulta valiosa en todos los casos en los que el objetivo primordial sea aumentar la capacidad física del cuerpo durante un periodo corto de tiempo o mantener grandes reservas de fuerzas para futuras exigencias, especialmente cuando las circunstancias exteriores excluyen la posibilidad de obtener el descanso y el alimento normalmente necesarios para realizar grandes esfuerzos. Este tipo de situaciones aparecen en tiempo de guerra, durante los viajes, en la escalada de montañas y en expediciones de otro tipo, etc. Se trata en muchos casos de ocasiones en las que se ha reconocido generalmente que los estimulantes alcohólicos resultan útiles. La coca es un estimulante mucho más fuerte y menos dañino que el alcohol, y su uso generalizado sólo se ve impedido actualmente por su elevado precio. Teniendo en cuenta el efecto producido por la coca en los indios de Sudamérica, un médico llamado Pedro Crespo (Lima, 1793) la recomendó ya en esa fecha tan temprana para que fuera utilizada en las naves europeas; Neudórfer (1870), Clemens (1867) y el médico militar mayor E. Charles recomendaron que además fuera utilizada por los ejércitos europeos. Las experiencias de Aschenbrandt deberían servir para que los dirigentes de los ejércitos tuvieran en cuenta la coca. Si se da la cocaína para producir efectos de estímulo, lo mejor es que se administre en dosis pequeñas pero eficaces (de 0.05 a 0.10 gramos) y que se repita la dosis tan a menudo que los efectos se superpongan. Aparentemente no es posible almacenar la

cocaína en el cuerpo. Ya he subrayado que cuando terminan los efectos de la coca no se producen efectos de tipo depresivo.

En este momento todavía no es posible estimar hasta que Punto la coca puede aumentar los poderes mentales del hombre. Tengo la impresión de que una utilización de la coca durante largo tiempo puede llevar a una mejoría duradera sí las inhibiciones que se manifiestan antes de tomarla se deben simplemente a causas físicas o al agotamiento. Sin duda alguna, el efecto instantáneo de una dosis de coca no puede compararse al producido por una inyección de morfina; pero, como contrapartida, la coca no supone el grave riesgo para el cuerpo que implica la utilización continuada de la morfina.

Muchos médicos han pensado que la coca puede llegar a ocupar un puesto importante entre la serie de fármacos que administran los psiquiatras. Es bien sabido que éstos tienen una amplia gama de productos que les permiten ayudar a sus pacientes a reducir la excitación de los centros nerviosos, pero que no tienen ninguno que sirva para aumentar un funcionamiento menguado de esos centros. La coca ha sido por esta razón recetada para los más variados tipos de debilidad psíquica: histeria, hipocondría, inhibición melancólica, estupor y enfermedades similares. Se han comunicado algunos éxitos: por ejemplo, el jesuita Antonio Julián (Lima, 1787) habla de un culto misionero que fue liberado por la coca de una grave hipocondría; Mantegazza dice en alabanza de la coca que resultaba casi universalmente eficaz para mejorar los desórdenes funcionales que actualmente agrupamos bajo el nombre de neurastenia; Fliessburg habla de los excelentes resultados obtenidos con el uso de la coca en casos de «postración nerviosa»; y según Caldwell es el mejor tónico para la histeria.

E. Morselli y G. Buccola llevaron a cabo experimentos en que durante varios meses administraron sistemáticamente a melancólicos. Les dieron un preparado de cocaína de acuerdo con la receta de Trommsdorf, en forma de inyecciones subcutáneas en las que la cantidad de cocaína variaba entre los 0.0025 y los 0.10 gramos por dosis. Después de uno o dos meses comprobaron que se había producido una ligera mejoría en el estado de sus pacientes: estaban más contentos, tomaban alimentos y disfrutaban de una digestión normal.

En general, la eficacia de la coca en casos de debilidad nerviosa y psíquica tiene que ser todavía investigada más a fondo. Cuando se haga, seguramente

se llegará a conclusiones parcialmente favorables. Según Mantegazza la coca no es útil, y a veces resulta incluso peligrosa, en casos de cambio orgánico e inflamación del sistema nervioso.

b) La administración de coca en los trastornos digestivos del estómago.

Esta es la utilización más antigua y con base más firme de esta sustancia, y al mismo tiempo la que mejor comprendemos. Según las afirmaciones unánimes de todas las autoridades, tanto las más antiguas como las más recientes (Julian, Martius, Unanué, Mantegazza, Binge¹, Scrivener, Frank¹ y otros) la coca resuelve todo tipo de problemas de dispepsia y los trastornos y debilidad que la acompañan, y logra una curación permanente cuando es utilizada durante un tiempo suficientemente prolongado. Yo mismo he realizado algunas observaciones en este campo.

Al igual que Mantegazza y Frankl, he experimentado personalmente cómo los dolorosos síntomas que siguen a las comidas exageradas -a saber, una sensación de presión y plenitud en el estómago, incomodidad y poca tendencia a trabajar- desaparecen con eructos después de tomar una pequeña dosis de cocaína (de 0.025 a 0.05 gramos).

En numerosas ocasiones ha logrado proporcionar este alivio a mis colegas, y pude observar dos veces que la sensación de náusea que seguía a un exceso gastronómico respondía positivamente al poco tiempo tras una administración de cocaína, dejando paso a unos deseos normales de comer y a una sensación de bienestar corporal. También he aprendido a prevenir en mí mismo los trastornos estomacales añadiendo una pequeña cantidad de cocaína al salicilato de soda.

Mi colega el doctor Josef Pollak me ha hecho el siguiente relato del asombroso efecto de la cocaína, que muestra que puede utilizarse no solamente para el tratamiento de molestias localizadas del estómago sino también para reacciones reflejas de carácter más grave; hay que deducir, en consecuencia, que la cocaína tienen un efecto muy fuerte en la membrana mucosa y el sistema muscular de este órgano:

Un hombre robusto de cuarenta y dos años de edad, a quien el doctor conocía muy bien, se vio forzado a seguir una dieta muy estricta y a horarios de comida

prefijados; ésta era la única forma de evitar los ataques que sufría y que se describen a continuación. Era especialmente susceptible a ellos cuando iba de viaje o cuando estaba sometido a la influencia de cualquier clase de tensión emotiva. Los ataques seguían una pauta regular. Empezaban por la noche con una sensación de incomodidad en el epigastrium, después se le enrojecía la cara, asomaban lágrimas a sus ojos, tenía fuertes latidos en las sienes y un dolor muy violento en la frente. Todo ello acompañado de una fuerte sensación de depresión y apatía. Durante la noche no podía dormir; por la mañana aparecían violentos espasmos de vómito que duraban varias horas. A mediodía experimentaba cierto alivio y sí tomaba unas cucharadas de sopa tenía la sensación de que "al fin el estómago soltará la bala que tenía dentro desde hacía mucho". A continuación soltaba un eructo de sabor rancio y por fin, al anochecer, volvía a la normalidad. El paciente no podía trabajar durante el día del ataque y tenía que guardar cama.

A las ocho de la mañana del diez de junio empezaron los síntomas habituales del ataque. A las diez de la noche, después de que se presentara el dolor de cabeza, el paciente tomó 0.075 gramos de cloruro de cocaína. Poco después experimentó una sensación de calor y ganas de eructar, pero dijo que «todavía no es suficiente». A las diez y media le fue administrada una segunda dosis de 0.075 gramos de cocaína. Los eructos aumentaron; el paciente notó cierto alivio y pudo escribir una larga carta. Dijo que sentía intensos movimientos en el estómago. A las doce de la noche, aparte un poco de dolor de cabeza, ya estaba normal, incluso alegre, y caminó una hora. No pudo dormir hasta las tres de la mañana, pero el hecho no le molestó. Despertó a la mañana siguiente, sano, dispuesto a trabajar y con buen apetito.

El efecto de la cocaína en el estómago -algo que también supone Mantegazza- es doble; por un lado estimula el movimiento, y por otro reduce la sensibilidad del órgano. Esto último era de esperar porque la cocaína produce un efecto análogo en las demás membranas mucosas. Mantegazza afirma haber conseguido unos éxitos rotundos en el tratamiento de la gastralgia y la enterialia, así como todas las afecciones dolorosas del estómago y los intestinos. Todo ello lo atribuye a las propiedades anestésicas de la coca. Sobre esta cuestión no puedo confirmar las experiencias de Mantegazza; sólo en una ocasión, en relación con un catarro gástrico, vi que la sensibilidad del estómago a la presión disminuía después de administrar coca. En otros casos observados por mí mismo, y que he oído mencionar a otros médicos, enfermos de los que se suponía que tenían úlceras o cicatrices en el estómago se quejaron de

PSIKOLIBRO

mucho dolor después de tomar coca; esto puede explicarse debido a que la coca aumenta el movimiento del estómago.

En consecuencia, la coca es muy indicada en casos de debilidad digestiva y para los llamados trastornos nerviosos del estómago. En estos casos se puede conseguir no solamente un alivio de los síntomas, sino también una mejoría duradera.

e) La coca en la caquexia.

La utilización a largo plazo de la coca debe ser también muy recomendada -y según los informes médicos ha demostrado su eficacia en la práctica- en todas las enfermedades en las que se presenta la degeneración de los tejidos, como ocurre en las anemias graves, tisis, enfermedades prolongadas que cursan con fiebres altas, etc.; y también en los períodos de recuperación tras esas enfermedades. Así, McBean notó una firme mejoría en casos de fiebres tifoideas tratados con coca. En el caso de la tisis se dice que la coca logra limitar la fiebre y el sudor. En relación con un caso de tisis de diagnóstico confirmado, Peckham señala que después de administrar durante varios meses un extracto fluido de coca se produjo una notable mejoría en el estado del paciente. Hölle habla de otro caso bastante grave en el que una falta crónica de apetito llevó al paciente a un estado de delgadez y agotamiento muy marcados; también aquí la coca devolvió la salud al paciente. R. Bartholow observa, en general, que la coca resulta útil para el tratamiento de la tisis y otros «procesos de desgaste». Mantegazza y varias autoridades más atribuyen a la coca la misma cualidad terapéutica valiosísima: la de limitar la degeneración del cuerpo y aumentar la fuerza en casos de caquexia.

Quizás se podría desear atribuir estos efectos de la coca al indudable efecto favorable que tiene en la digestión, pero sin desprestigiar este aspecto hay que tener en cuenta que muchos de los médicos que han escrito sobre la coca creen que esta sustancia permite el «ahorro», es decir, opinan que un sistema que ha absorbido cocaína, aunque sea en pequeñas cantidades, es capaz -debido a la reacción producida en el cuerpo por la coca- de acumular una cantidad mucho mayor de energía vital transformable en trabajo de lo que hubiera podido hacer el mismo cuerpo sin coca. Si la cantidad de trabajo es constante, el cuerpo que ha absorbido cocaína puede funcionar bien con un

metabolismo reducido, lo cual supone a su vez que necesita menos cantidad de comida.

Esta suposición fue utilizada naturalmente para tratar de explicar, según von Voit, el efecto de la coca en los indios. La idea no se contradice con el principio de la conservación de la energía. Porque un trabajo que se alimenta de la comida o de los elementos de los tejidos implica una cierta pérdida en la utilización de la comida asimilada, o en la conversión en trabajo de la energía; esta pérdida puede quizás ser reducida si se dan determinados casos. De todas formas, no se ha demostrado que este proceso ocurra. Los experimentos que trataban de determinar la cantidad de orina eliminada usando coca y sin usarla, no han sido siempre realizados en condiciones que permitieran obtener tales conclusiones. Además, parece que los investigadores presuponían que la eliminación de la orina -factor que sabemos no afectado por el trabajo- podría proporcionar una medida del metabolismo general. Christison notó una ligera reducción de los elementos sólidos de su orina en los paseos en los que tomó coca; Lippmann, Demarle, Marvaud, y más recientemente Mason, también dedujeron de sus experimentos que el consumo de coca reduce la cantidad de eliminación por la orina. Por otro lado, Gazeau estableció un aumento de eliminación por la orina de un 11 a un 24 por ciento bajo la influencia de la coca. En su opinión, el aumento de la capacidad de trabajo del cuerpo y la posibilidad de abstenerse de comer que aparecen bajo la influencia de la coca se deben a que ésta hace más accesibles los materiales que ya están almacenados en el cuerpo. No se han realizado experimentos que estudien la eliminación de dióxido de carbono.

Voit demostró que el café, que también ha sido clasificado entre las sustancias que permiten el «ahorro», no tiene influencia en la descomposición de la albúmina en el cuerpo. De todas formas podemos considerar demostrado que la coca no es una «fuente de ahorro», como prueban algunos experimentos en los que se hizo pasar hambre a un grupo de animales, con y sin cocaína. En estos experimentos realizados por C. Bernard, Moreno y Maíz, Demarle, Gazeau y von Anrep, se observó la reducción del peso y el tiempo que resistían la inanición, y el resultado fue que los animales a los que se había administrado cocaína sucumbían a la inanición al mismo tiempo -y quizás incluso antes- que los que no habían tomado cocaína. Sin embargo, el hambre que padeció la ciudad de La Paz -un experimento llevado a cabo por la propia historia, y del que da cuenta Unanué- parece refutar esta conclusión, pues se dice que los habitantes que tomaron coca consiguieron librarse de morir de hambre. Sobre

esta cuestión podríamos recordar que el sistema nervioso humano tiene una indudable, aunque oscura, influencia sobre la alimentación de los tejidos. Al fin y al cabo, un hombre sano puede perder peso debido a factores psicológicos.

Así, pues, las cualidades terapéuticas de la coca, de las que partimos al principio, no deben ser totalmente rechazadas. La excitación de los centros nerviosos, producida por la cocaína, puede tener una influencia favorable en la alimentación de un cuerpo víctima de un estado de acusado desgaste, aunque esa influencia podría muy bien no ser la de reducir el ritmo del metabolismo.

Quisiera añadir aquí que la coca ha sido calurosamente

alabada en relación con el tratamiento de la sífilis. R. W. Taylor dice que mediante la coca aumenta la tolerancia del paciente al mercurio y que la caquexia del mercurio puede ser controlada con la administración simultánea de coca. J. Collan la recomienda como el mejor remedio contra la stomatitis mercurialis y dice que Pagvalin siempre la receta al mismo tiempo que todos los preparados de mercurio.

d) La coca en el tratamiento de la morfinomanía y el alcoholismo.

En América se ha descubierto recientemente que los preparados de coca tienen el poder de suprimir el irresistible deseo de morfina que sienten los adictos, y reducir asimismo a proporciones inapreciables los graves síntomas que aparecen cuando el paciente es sometido a una cura de reducción de la morfina. Según mis informaciones (debidas en gran parte a la *Detroit Therapeutic Gazette*), W. H. Bentley anunció en mayo de 1878 que había sustituido el alcaloide que había creado ese deseo por la coca en el caso de una mujer adicta a la morfina. Al cabo de dos años, un artículo del doctor Palmer publicado en el *Louisville Medical News*, despertó gran interés por su tratamiento de los adictos a la morfina; durante los dos siguientes años aparecieron numerosos informes sobre la utilización de la coca para el tratamiento del hábito del opio en la revista médica de Detroit. A partir de entonces se hicieron menos frecuentes las informaciones que hablaban de curaciones, aunque no sé si fue debido a que el tratamiento quedó establecido como forma conocida de cura o porque dejó de practicarse. A juzgar por los anuncios de los fabricantes de productos farmacéuticos que aparecen en los

números más recientes de las revistas norteamericanas, creo que lo que ha ocurrido es lo primero.

Hay unos dieciséis informes de casos en los que el paciente fue curado de su adicción. Solo en un caso habla un informe del fracaso de la coca en el tratamiento de la morfinomanía, y el médico que suscribe el informe se asombra de que haya habido tan calurosas recomendaciones de la cura por medio de la coca. No todos los casos de curación son igualmente rotundos. En algunos de ellos los pacientes habían tomado habitualmente y durante largo tiempo grandes dosis de opio o morfina. No hay muchas informaciones sobre el tema de las recaídas, pues en la mayor parte de los casos se publicaba el informe casi inmediatamente después de producida la cura. Tampoco se dan suficientes detalles de los síntomas que aparecen durante la abstinencia. Son especialmente valiosos los informes en los que se dice que los pacientes pudieron dejar de tomar coca al cabo de pocas semanas sin experimentar de nuevo el deseo de tomar morfina. Se presta especial atención al hecho de que la caquexia de la morfina fue sustituida por una excelente salud, hasta tal punto que los pacientes apenas si podían ser reconocidos después de su curación. En cuanto al método utilizado para la reducción y supresión de la droga que había dado lugar al hábito, la fórmula utilizada en la gran mayoría de los casos consistió en una reducción gradual de la dosis de la droga acompañada por un aumento gradual de la dosis de coca. Sin embargo, también se experimentó la supresión brusca de la droga. En este último caso Palmer dice que es necesario administrar cierta dosis de coca cuantas veces al día aparezca el deseo de tomar morfina. La dosis diaria de coca es reducida gradualmente hasta llegar el momento en que resulta posible abandonar totalmente el antídoto. Desde el primer momento, los ataques experimentados a causa de la abstinencia resultaron leves o se redujeron en intensidad al cabo de, pocos días. En casi todos los casos el propio paciente pudo llevar a cabo el tratamiento por sí solo, lo cual es muy importante si se tiene en cuenta que en Europa la cura de la morfinomanía sin la ayuda de la coca exige que el paciente sea vigilado en un hospital.

Una vez tuve ocasión de observar el caso de un hombre

que fue sometido al tipo de cura en el que, con ayuda de la coca, se suprime repentinamente el suministro de morfina. Durante una cura anterior, este mismo paciente había padecido graves síntomas debido a la supresión de la morfina. Esta vez sus dificultades resultaron tolerables; mientras duraban los efectos de

la coca no se presentaban signos de depresión ni de náusea, mientras que permanecían los del frío y la diarrea. El paciente no se vio obligado a permanecer en cama y podía vivir normalmente. Durante los primeros días de la cura consumió 3 decigramos de cloruro de cocaína diariamente, y al cabo de diez días pudo abandonar totalmente las tomas de coca.

Así, pues, el tratamiento de la adicción a la morfina mediante la coca no supone simplemente cambiar un tipo de adicción por otro: el adicto a la morfina no se convierte en un coquero. El uso de la coca se interrumpe al cabo de un tiempo. Por otro lado, lo que al sistema debilitado por la morfina le permite resistir a costa de síntomas sólo ligeros, la supresión de la morfina, en mi opinión no es resultado del fortalecimiento general que produce la coca. Pienso más bien que la coca tiene un efecto directamente antagónico frente a la morfina. En apoyo de esa hipótesis citaré las siguientes observaciones del doctor Josef Pollak sobre un caso tratado por él:

Una mujer de treinta y tres años había padecido durante muchos años una grave jaqueca menstrual que sólo se aliviaba con inyecciones de morfina. Aunque la señora en cuestión no tomaba nunca morfina ni experimentaba deseos de hacerlo cuando no padecía jaqueca, durante los ataques se comportaba como una adicta. Unas horas después de la inyección sufría una depresión intensa acompañada de trastornos biliares y ataques de vómito que sólo desaparecían tras una segunda inyección de morfina. Después reaparecían los síntomas, de forma que el ataque de jaqueca, con todas sus consecuencias, forzaba a la paciente a permanecer en la cama durante tres días en muy mal estado. Se intentó combatir la jaqueca con cocaína, pero el tratamiento no tuvo éxito, y fue necesario recurrir a las inyecciones de morfina. Pero en cuanto aparecieron los síntomas de intolerancia de la morfina, éstos fueron rápidamente aliviados con 1 decigramo de cocaína. El resultado fue que la paciente se recuperó de su ataque en mucho menos tiempo y sin necesitar tanta morfina como antes.

También se ha probado en los Estados Unidos el tratamiento del alcoholismo crónico por medio de la coca, paralelamente a su utilización contra la morfinomanía, y la mayor parte de los informes hablan conjuntamente de estas dos aplicaciones. En el tratamiento del alcoholismo hubo casos de éxito indudable en los que se suprimió o alivió el deseo irresistible de beber, al paso que se aligeraban las molestias dispépticas de los bebedores. En general, sin embargo, la supresión del deseo de beber por medio de la coca resultó más

difícil que la supresión de la morfinomanía. En un caso, del que habla Bentley, el bebedor se convirtió en coquero. No hará falta ni sugerir la inmensa importancia económica que podría llegar a adquirir la coca como «fuente de ahorro», en otro sentido, si se confirmara su eficacia frente al alcoholismo.

e) La coca y el asma.

Tschudi y Markham afirman que masticando hojas de coca se libraron de los síntomas normales de la llamada enfermedad de las montañas cuando escalaron los Andes. Estos síntomas son, entre otros, el jadeo, los fuertes latidos del corazón, vértigo, etc. Poizatló informa que logró detener los ataques de asma de un paciente gracias a la coca. Menciono esta propiedad de la coca porque parece admitir una explicación fisiológica. Von Atirep comprobó en sus experimentos con animales que se producía una temprana parálisis de ciertas ramificaciones del vago; y, por otra parte, tanto el asma provocado por la altitud como los ataques característicos de la bronquitis crónica pueden ser explicados como una excitación refleja que tiene su origen en las ramificaciones pulmonares del vago. Debería, por tanto, estudiarse la aplicación de la coca para el tratamiento de otras neurosis del vago.

f) La coca como afrodisíaco.

Los nativos de Sudamérica, que representaban a su diosa del amor con hojas de coca en la mano, no dudaban del efecto estimulante de la coca para los genitales. Mantegazza confirma que los coqueros conservan un alto grado de potencia hasta edades avanzadas, Menciona también casos de recuperación de la potencia y de desaparición de debilidades funcionales después de utilizar coca, aunque no cree que estos efectos se produzcan en todos los individuos. Marvaud está de acuerdo con la opinión que habla de los efectos estimulantes de la coca; otros autores recomiendan vivamente la coca como remedio para casos de debilidad funcional ocasionales y agotamientos temporales; y Bentley informa de un caso de este tipo curado gracias a la coca.

Tres de las personas a las que he administrado coca dijeron que habían sentido una violenta excitación sexual que atribuían sin dudarlo a la coca. Un joven escritor, que gracias a un tratamiento de coca pudo reanudar su trabajo tras

P S I K O L I B R O

una prolongada enfermedad, abandonó esta droga debido a los indeseables efectos secundarios que le producía.

g) Aplicaciones locales de la coca.

La cocaína y sus sales tienen un notable efecto anestésico cuando se ponen en contacto con la piel y las membranas mucosas en solución concentrada; esta propiedad sugiere la posibilidad de utilizarla como anestésico local, sobre todo en relación con las afecciones de la membrana mucosa. Según Collín, Ch. Fauvel recomienda la cocaína para el tratamiento de las enfermedades de la faringe y dice que es «le tenseur par excellence des cordes vocales». Las propiedades anestésicas de la cocaína deberían hacerla muy adecuada para otras muchas aplicaciones.

«Coca»

Diciembre de 1884

Muchas revistas médicas norteamericanas publicaban periódicamente páginas de traducciones de textos extranjeros. El artículo que sigue fue la primera traducción de «Über Coca» de Sigmund Freud al inglés, pero debe tenerse en cuenta que no es una traducción en el sentido corriente del término. Es a la vez un resumen del artículo original y un compendio de varias fuentes. En especial debería notarse que la opinión sobre el uso de la cocaína para el tratamiento del morfinismo no es de Freud sino de Fleischl, y probablemente fue tomada del artículo de E. Merck.

La planta Erythroxylon coca es cultivada en extensas áreas de Sudamérica, sobre todo en Perú y Bolivia. Era una planta que conocieron y valoraron altamente los conquistadores españoles del Perú. La planta estaba estrechamente vinculada a ceremonias religiosas. Las hojas eran ofrecidas en sacrificio a los dioses, masticadas durante la adoración, y puestas en la boca de los muertos a fin de asegurarles una favorable acogida en el otro mundo. El gobierno local de Lima prohibió su uso tachándolo de pagano y pecaminoso.

Pero cuando los españoles vieron que los indios no podían realizar las pesadas tareas que les imponían en las minas si no tomaban esas hojas, suprimieron la prohibición. Se la daban a sus trabajadores tres o cuatro veces al día, y la costumbre ha continuado hasta nuestros días.

Los indios llevan consigo, cuando van errantes de un pueblo a otro, una bolsa con hojas de coca, y también un frasco con cenizas de un árbol. Hacen con las hojas una bola en la boca, la perforan con un clavo empapado de cenizas, y después mastican la bola envolviéndola con saliva. Suelen tomar generalmente entre cien y ciento veinte gramos al día. El hábito de masticar hojas de coca empieza entre ellos cuando llegan a la juventud, y ya nunca lo abandonan. Cuando tienen que emprender un viaje largo, o cuando cohabitan con sus esposas, o hacen cualquier cosa que exija un gran esfuerzo físico, aumentan la

cantidad de hojas de coca. Hay abundantes pruebas que hablan de que los indios son capaces de llevar a cabo los trabajos más pesados sin sentir necesidad de comer si pueden ir mascando coca.

El uso inmoderado de la coca provoca caquexia, indigestiones, adelgazamiento y pérdida de fuerzas, depravación mental de tipo antitético, apatía por todo. En general se trata de un estado que recuerda mucho al que producen la morfina y el alcoholismo. Esta caquexia de la coca siempre es resultado de su abuso. En cambio, no se produce nunca como resultado de una desproporción entre los trabajos realizados y la dosis tomada.

Una sustancia eficaz de las hojas de la coca es la cocaína. Este cristal tiene sabor amargo, causa anestesia en las mucosas, es difícil de disolver en el agua, y más fácil en alcohol y ácidos diluidos, sobre todo en el ácido clorhídrico.

Según los resultados producidos por los experimentos, la coca es, tomada en dosis pequeñas, un estimulante. En dosis grandes paraliza los nervios, sobre todo en animales pequeños. En las ranas produce un breve período de estímulo, pero en seguida resulta paralizadora. Primero se atrofian las extremidades de los nervios sensoriales, después los nervios sensoriales mismos. Al principio la respiración se acelera, y después se detiene. El corazón ve reducida su acción hasta llegar a un descanso diastólico. Una dosis de 2 mg causa síntomas tóxicos. La cocaína excita en los animales de sangre caliente los centros psíquicos y cerebrales. Los perros a los que se ha administrado 0.01 gramos de cocaína por kilogramo de peso muestran perturbaciones maníacas, y también movimientos pendulares de la cabeza.

La cocaína causa una aceleración de la respiración, un aumento de la frecuencia de las pulsaciones por la paralización de los nervios vago, midriasis, aumento del peristaltismo, elevación de la presión sanguínea y disminución de las secreciones.

El efecto que tiene la cocaína en el ser humano no es muy diferente al que producen las hojas de coca. El autor tomó 0.05 gramos de cocaína en una solución al 1 % cuando se encontraba cansado y con malestar. La solución tenía al principio sabor amargo, pero pronto cambió y se hizo bastante agradable. Al cabo de unos minutos se sintió muy alegre y a gusto. Los labios y la lengua parecían habersele arrugado y luego los sentía desacostumbradamente calientes. La respiración se hizo más lenta y profunda,

se sintió cansado y somnoliento y se puso a bostezar. Notaba la mente confusa. Después de unos minutos empezó la auténtica euforia de la cocaína, con frecuentes eructos fríos. El pulso era al principio más lento y después más acelerado, y con mucho calor en la cabeza.

En otras experimentaciones se encontraron eritemas, aumento de la micción, resecamiento de las conjuntivas y de la mucosa nasal, bucal y de la garganta.

El efecto físico del cloruro de cocaína en dosis comprendidas entre 0.05 y 0.10 gramos consiste en alegría y euforia constantes. No se produce un tipo de alegría semejante a la que da al alcohol. La persona que toma la cocaína se siente segura de sí misma, vigorosa y activa, pero no con la excitación mental que producen la cafeína, la teína y el alcohol, sino simplemente con una fuerza normal y una gran capacidad de trabajo. Estos son los efectos más maravillosos de la coca. Es posible, habiéndola ingerido, llevar a cabo los más prolongados, persistentes e intensos trabajos mentales o musculares sin sentir fatiga. El hambre y el sueño, tan imperativos generalmente, dejan de sentirse y tenerse en cuenta. Cuando se ha tomado cocaína se puede comer y beber, pero se tiene la convicción de que fácilmente se podría prescindir de ello. Se puede también dejar de dormir, aunque, si se desea, el sueño viene sin dificultades. En la primera fase de la ingestión de cocaína siempre se produce insomnio, pero no es un insomnio molesto ni doloroso.

El efecto de una dosis corriente de cocaína va disminuyendo poco a poco, de forma que resulta difícil determinar con exactitud su duración relativa. Si se realizan trabajos muy pesados e ininterrumpidos mientras se está bajo los efectos de la cocaína, durante períodos de cuatro o cinco horas, es necesario repetir la dosis para evitar la fatiga. El efecto será más duradero sin embargo si el trabajo es menos pesado. Después de que desaparece la euforia causada por la coca no aparece ningún tipo de lasitud. El efecto de una dosis de 0.05 gramos durará veinticuatro horas.

Terapéuticamente es utilizada como estimulante siempre que se necesite mantener un aumento de la capacidad de esfuerzo físico sin alimentos ni descanso; así, en las guerras, viajes largos, escaladas de montaña, etc., en las que tanto se suele valorar el alcohol, la coca es un estimulante que da muchas más fuerzas y resulta además absolutamente inofensiva aunque se tome durante períodos continuados. La única objeción es su alto costo.

También se recomienda la coca para personas con problemas digestivos; se trata del correctivo de la digestión más antiguo, mejor conocido y más recomendable. Las diversas presentaciones de la coca pueden recetarse para dispepsias en todas sus formas, sobre todo las producidas por casos de debilidad general. Con dosis pequeñas de cocaína (de 0.025 a 0.05 gramos) se logra hacer desaparecer la indigestión, la lasitud, y la incapacidad de trabajar.

También ha sido recetada y ha obtenido buenos resultados en casos de caquexia y sífilis, así como en casos de morfinismo y alcoholismo: esta considerada como un antídoto total contra la morfina. Y ha demostrado también ser muy beneficiosa en trastornos de tipo asmático.

Por encima de todo se han descubierto los efectos anestésicos locales del cloruro de cocaína en la oftalmología, y este hecho ha sido confirmado por oculistas tanto europeos como norteamericanos.

El profesor Fleischl. de Viena ha confirmado que el cloruro de cocaína es valiosísimo, utilizado mediante inyecciones subcutáneas, para tratar el morfinismo (de 0.05 a 0.15 gramos disueltos en agua). Se utiliza la técnica de reducir gradualmente las dosis de morfina e ir elevando paralelamente las de cocaína. Si se quiere producir una abstinencia brusca de morfina es necesario aumentar la dosis de cocaína hasta llegar a inyecciones de 0.1 gramos. Gracias a ella es posible prescindir totalmente de los asilos para alcohólicos; se puede conseguir una curación radical en diez días inyectando 0.1 gramos de cocaína tres veces al día.

Después de excesos en comida o bebida, la cocaína restablece la buena digestión mejor que ningún otro preparado. Una dosis entre 0.025 y 0.05 gramos bastara para ello.

Sinopsis de las neurosis de transferencia

Preparativos

Después de un examen detallado, intentaremos resumir los caracteres [de las neurosis de transferencia], las delimitaremos respecto de otras [neurosis], expondremos comparativamente sus distintos factores [Momento].

Los factores son: la represión, la conrainvestidura, la formación substitutiva y la formación de síntoma; sus relaciones con la función sexual, la regresión, la predisposición [a la neurosis].

Nos limitaremos a los tres tipos [de neurosis de transferencia]: histeria de angustia, histeria de conversión y neurosis obsesiva.

a) La represión

Tiene lugar en las tres [neurosis de transferencia] en la frontera de los sistemas preconscious e inconsciente; consiste en una retirada u objeción de la investidura preconscious y es asegurada por un tipo de conrainvestidura. En la neurosis obsesiva ésta se desplaza, en estadios más tardíos, al límite entre preconscious y consciente.

Nos daremos cuenta de que en el grupo siguiente [las neurosis narcisistas] la represión tiene otra tónica; se amplía entonces al concepto de escisión [Spaltung].

El punto de vista tópico no debe sobreestimarse en el sentido de suponer que todo comercio entre ambos sistemas [preconsciente e inconsciente] quedaría interrumpido. Será, por tanto, más esencial todavía [determinar] en qué elementos se introduce esta barrera.

El éxito y la completud mantienen una dependencia mutua en la medida en que el fracaso [de la represión] obliga a ulteriores esfuerzos. El éxito varía en las tres neurosis y en estadios singulares de las mismas.

El éxito es mínimo en la histeria de angustia, donde se limita a que no se constituya ninguna agencia representante preconsciente (y consciente). Más tarde, [se limita] a que en lugar [de la agencia representante] escandalosa, se haga preconsciente y consciente una [representación] substitutiva. Por último, en la formación de fobia, el éxito alcanza su finalidad con la inhibición del afecto de displacer por medio de una gran renuncia, de un exhaustivo intento de huida. El propósito de la represión es siempre la evitación de un displacer. El destino [Schicksal] de la agencia representante es solamente un signo del proceso. El aparente desdoblamiento, descriptivo en vez de sistemático, del proceso a rechazar en representación y afecto (agencia representante y factor cuantitativo) resulta precisamente del hecho de que la represión consiste en una objeción a la representación-palabra; es decir: resulta del carácter tópico de la represión.

En la neurosis obsesiva, el éxito [de la represión] es de entrada completo, pero no duradero. El proceso está aún menos concluido [que en la histeria de angustia]. A una primera fase exitosa le suceden dos ulteriores, de las cuales la primera (la represión secundaria: formación de la representación obsesiva, lucha contra la representación obsesiva) se conforma, como en la histeria de angustia, con una substitución de la agencia representante; mientras que la [fase] ulterior (la [represión] terciaria) produce renunciaciones y limitaciones como las que corresponderían a la fobia, pero que, a diferencia de lo que sucede en esta, trabaja con medios lógicos.

En cambio, el éxito de la histeria de conversión es completo desde el principio, aunque se logra al precio de una fuerte formación substitutiva. Este proceso del desarrollo particular de la represión es más completo.

b) Contrainvestigadura

En la histeria de angustia, que es un mero intento de huida, [la contrainvestigadura] falta al principio; se precipita luego, sobre la representación substitutiva, especialmente en la tercera fase sobre el entorno de la misma, para desde allí estar segura de domeñar el desprendimiento de displacer, como alerta y atención. Representa la componente de la investidura preconsciente, es decir, el esfuerzo que cuesta la neurosis.

En la neurosis obsesiva, donde desde el principio se trata de la defensa de una pulsión ambivalente, la contrainvestigadura se encarga de la primera represión exitosa; efectúa luego una formación reactiva gracias a la ambivalencia; da lugar por fin, en una fase terciaria, a la atención. que distingue a la representación obsesiva y se encarga del trabajo lógico. Por lo tanto, las fases segunda y tercera son casi iguales [en la neurosis obsesiva] y en la histeria de angustia. La diferencia [está] en la primera fase, donde la contrainvestigadura en la histeria de angustia no logra nada, mientras que en la neurosis obsesiva lo logra todo.

La contrainvestigadura simple asegura para la represión la componente correspondiente del preconsciente.

En la histeria [de conversión], el carácter logrado lo hace posible el hecho de que desde el comienzo la contrainvestigadura busca una coincidencia con la investidura pulsional y llega a un compromiso con ella; la determinación electiva recae en la agencia representante.

c) Formación substitutiva y formación de síntoma

Corresponden al retorno de lo reprimido, al fracaso de la represión. Por un tiempo hemos de tomarlas por separado; más tarde confluirá [la formación substitutiva] con [la formación de síntoma].

Esta confluencia se da, en su forma más completa, en la histeria de conversión, donde la substitución es igual al síntoma; no hay nada más que separar.

Igualmente, en la histeria de angustia, la formación substitutiva posibilita a lo reprimido el primer retorno.

En la neurosis obsesiva [la formación substitutiva y la formación de síntoma] se separan nítidamente, pues la primera formación substitutiva de lo reprimido es suministrada mediante la coninvertidura; no se cuenta entre los síntomas. En cambio los posteriores síntomas de la neurosis obsesiva suelen ser de manera preponderante un retorno de lo reprimido, a la vez que la participación en ellos de lo reprimido es menor.

La formación de síntomas, de la cual parte nuestro estudio, coincide siempre con el retorno de lo reprimido y acontece con ayuda de la regresión y de las fijaciones predisponentes. Una ley general dice que la regresión retrocede hasta la fijación y que desde allí se impone en retorno de lo reprimido.

d) La relación con la función sexual

Para ella sigue siendo válido que la moción pulsional reprimida es siempre una moción libidinal y perteneciente a la vida sexual, mientras que la represión parte

del yo por distintos motivos, que se pueden resumir en un «no poder» (por fuerza excesiva) o en un «no querer». Esto último remite a una incompatibilidad con los ideales del yo o al temor a otro tipo de daño del yo. El «no poder» también equivale a un daño.

Este hecho fundamental se vuelve opaco por dos factores. En primer lugar, a menudo se da la apariencia de que la represión estaría incitada por el conflicto entre dos estímulos, ambos libidinales. Esto se resuelve por la consideración de que uno de ellos es adecuado al yo; en el conflicto puede reclamar la ayuda de la represión que se origina en el yo. En segundo lugar, se vuelve opaco por ser no sólo tendencias libidinales sino también tendencias yoicas las que se encuentran entre las reprimidas, como es especialmente claro y frecuente cuando la neurosis ha tenido una presencia más duradera y un desarrollo más avanzado. Esto último sucede de tal manera que la moción libidinal reprimida intenta imponerse mediante el rodeo por una tendencia yoica [Ichstrebung], de la que ha extraído una componente a la cual transfiere energía; luego arrastra consigo a esa [tendencia yoica] a la represión. Esto puede ocurrir en gran escala. Esto no cambia nada de la validez general de aquel enunciado [que la moción reprimida es siempre libidinal]. Es lógica la exigencia de que hayamos de extraer nuestra comprensión [Einsichten] a partir de los estados iniciales de las neurosis.

En la histeria y en la neurosis obsesiva es evidente que la represión se dirige contra la función sexual en su forma definitiva, en la cual representa la aspiración a la procreación. Una vez más, esto resulta más claro que en ningún otro lugar en la histeria de conversión, porque no tiene complicación alguna; en la neurosis obsesiva, en cambio, hay primero regresión. Sin embargo, no hay que exagerar esta relación y no hay que admitir, llegado el caso, que la represión sólo se haga eficaz en este estadio de la libido. Al contrario, precisamente la neurosis obsesiva demuestra que la represión es un proceso general no libidinalmente dependiente, porque en su caso va dirigida contra el nivel previo. Lo mismo se muestra en el desarrollo: que la represión también es exigida en contra de las mociones perversas. Hemos de preguntarnos por qué aquí la represión tiene éxito, mientras que en otros casos no. Por su naturaleza misma, las tendencias libidinales son muy susceptibles de substitución, [vertretungsfähig] de modo que, en caso de represión de las tendencias normales, se refuerzan las perversas y viceversa. Con la función sexual, la represión no tiene otra relación que la de ser exigida como defensa contra ella, tal como sucede con la regresión y otros destinos de pulsión.

En la histeria de angustia, la relación con la pulsión sexual es menos precisa, por razones que hemos mostrado al tratar de la angustia. Parece que la histeria de angustia incluye aquellos casos en los cuales la exigencia de la pulsión sexual es rechazada como un peligro por ser demasiado grande. No se trata de ninguna condición especial derivada de la organización de la libido.

e) Regresión

[Es] el factor y el destino pulsional más interesante. Si partiésemos sólo de la histeria de angustia, no tendríamos ningún motivo para adivinarla. Se podría decir que aquí no entra en consideración, tal vez porque toda posterior histeria de angustia regresa tan claramente a una histeria de angustia infantil (la ejemplar disposición a la neurosis) y porque esta última aparece tan tempranamente en la vida. En cambio, las otras dos [neurosis de transferencia] son ejemplos perfectos de regresión, aunque ésta desempeña en cada una de ellas un papel distinto en la estructura de la neurosis.

En la histeria de conversión se trata de una fuerte regresión del yo, de un retorno a la fase en la que no hay división entre preconsciente e inconsciente, es decir, no hay lenguaje ni censura. La regresión sirve, sin embargo, para la formación de síntomas y para el retorno de lo reprimido. La moción pulsional, no aceptada por el yo actual, recurre a otro anterior, desde el cual encuentra una descarga, pero ciertamente de otro modo.

Ya hemos hecho mención de que en ello se da virtualmente una especie de regresión de la libido.

En la neurosis obsesiva sucede algo distinto. La regresión es una regresión de libido, no sirve al retorno [de lo reprimido] sino a la represión. Se hace posible por una fuerte fijación constitucional o una formación [Ausbildung] incompleta. En efecto, aquí el primer paso de la defensa le corresponde a la regresión; se

trata más de regresión que de inhibición del desarrollo; sólo entonces la organización regresiva y libidinal sufre una típica represión, que, no obstante, permanece sin éxito. Una parte de la regresión del yo se impone al yo desde la libido, o se da en el desarrollo incompleto del yo que aquí está en conexión con la fase libidinal (Separación de las ambivalencias.)

f) [Predisposición a la neurosis]

Detrás de la regresión se ocultan los problemas de la fijación y de la predisposición. Se puede decir, en general, que la regresión remite al pasado hasta un lugar de fijación bien en el desarrollo del yo, bien en el desarrollo de la libido; ese lugar representa la predisposición. Es éste, por tanto, el factor [Moment] más determinante, aquel que proporciona la decisión en la elección de la neurosis. Merece, pues, la pena que nos detengamos en él.

La fijación se produce por el hecho de que una fase del desarrollo estaba demasiado marcada, o que tal vez duró demasiado tiempo como para hacer la transición sin resto a la siguiente. Es mejor no exigir una idea más clara acerca de cuáles sean las modificaciones en las que se conserva la fijación; aunque sí podemos decir algo acerca de su origen. Existen las mismas posibilidades de que esta fijación sea meramente congénita como de que se haya producido por impresiones tempranas, como de que, finalmente, ambos factores cooperen. Tanto más cuanto que se puede sostener que ambos factores son en el fondo ubicuos, ya que, por un lado, todas las disposiciones están constitucionalmente presentes en el niño y, por otro lado, las impresiones eficaces se dan para muchos niños de la misma manera. Se trata, pues, del más o del menos, y de una coincidencia eficaz. Puesto que nadie está inclinado a negar los factores constitucionales, es tarea del psicoanálisis sostener energicamente también la parte legítima de las adquisiciones de la temprana infancia.

Por cierto, que se reconoce más claramente en la neurosis obsesiva el momento constitucional que en la histeria de conversión el accidental, esto hay que admitirlo. La distribución en detalle es aún dudosa.

Allí donde el factor constitucional de la fijación entra en consideración, no por ello queda descartada la adquisición; ésta solamente retrocede a una prehistoria aún más temprana, ya que con todo derecho se puede decir que las disposiciones heredadas son restos de la adquisición de los antepasados. Con ello tocamos el problema de la disposición filogenética detrás de la individual o la ontogenética; no podemos ver contradicción alguna en que el individuo añade a su disposición heredada sobre la base de vivencias anteriores [a él], nuevas disposiciones a partir de sus propias vivencias. ¿Por qué el proceso que crea una disposición sobre la base de vivencias debería extinguirse precisamente en el individuo cuya neurosis estamos investigando? O bien, ¿crearía este individuo una disposición para sus descendientes sin poderla adquirir para sí? Más bien parece tratarse de una complementación necesaria.

Aún no podemos valorar hasta qué punto la disposición filogenética puede contribuir a la comprensión de la neurosis. Para ello se requeriría también que la consideración fuese más allá del estrecho ámbito de las neurosis de transferencia. En todo caso, el más importante de los caracteres distintivos de las neurosis de transferencia no ha podido ser tomado en consideración en esta sinopsis porque, al ser común a todas ellas, no llama la atención y sólo lo haría por contraste al considerar también las neurosis narcisísticas. En esta ampliación del horizonte la relación entre el yo y el objeto se pondría en primer plano, y el distintivo común resultaría ser el aferrarse al objeto. Aquí están permitidos algunos preparativos.

Espero que el lector, que hasta aquí ha notado en lo aburrido de muchos párrafos hasta qué punto todo se construye sobre una cuidada y trabajosa observación, será paciente si también alguna vez la crítica retrocede ante la fantasía, y si exponemos cosas no confirmadas sólo porque son estimulantes y abren puntos de vista más amplios [Blick in die Ferne].

Es legítimo suponer, además, que también las neurosis deben dar fe de la historia evolutiva anímica del ser humano. Ahora bien, en el ensayo [“Formulaciones] sobre los dos principios [del acaecer psíquico» (1911b)] creo haber demostrado que a las tendencias sexuales del ser humano les podemos atribuir otro desarrollo que a las tendencias yoicas. La razón es esencialmente

que las primeras pueden, durante un cierto tiempo, satisfacerse autoeróticamente, mientras que las tendencias yoicas, desde el principio necesitan un objeto y por tanto la realidad.

Cuál sea el desarrollo de la vida sexual humana, es algo que a grandes rasgos creemos haber aprendido (Tres ensayos de teoría sexual [1905d]). El del yo humano, esto es, el de las funciones autoconservadoras y de las formaciones derivadas de ellas, es más difícil de hacer transparente. Sólo conozco el único intento de Ferenczi, quien aprovecha las experiencias psicoanalíticas con este fin. Nuestra tarea sería evidentemente mucho más fácil si, a la hora de comprender las neurosis, la historia evolutiva del yo nos fuese dada desde alguna otra fuente, en lugar de tener que proceder ahora en dirección inversa. En este punto llegamos a tener la impresión de que la historia evolutiva de la libido repite un fragmento mucho más antiguo del desarrollo [filogenético] que el desarrollo del yo; acaso la primera repite las condiciones de la clase de los vertebrados, mientras que el segundo dependería de la historia de la especie humana. Ahora bien, existe una serie [Reihe] con la que se pueden relacionar diversas ideas que van muy lejos. Esta serie se produce cuando ordenamos las neurosis psíquicas (no solamente las neurosis de transferencia) según el momento en que suelen aparecer en la vida individual. Entonces, la histeria de angustia, que casi no tiene condiciones previas, es la más temprana; a ella le sigue la histeria de conversión (desde aproximadamente el cuarto año); aun algo más tarde, en la prepubertad (9-10 años), se presenta en los niños la neurosis obsesiva. Las neurosis narcisistas están ausentes en la infancia. Entre ellas, la demencia precoz en su forma clásica es una enfermedad de los años de pubertad, la paranoia es más cercana a los años de madurez, y la melancolía-manía también al mismo lapso, aunque aparte de esto es indeterminable.

La serie es por tanto: histeria de angustia - histeria de conversión -neurosis obsesiva - demencia precoz - paranoia - melancolía-manía.

Las disposiciones de fijación de estas afecciones también parecen constituir una serie, pero de sentido inverso, especialmente cuando consideramos las disposiciones libidinales. Resultaría, por tanto, que cuanto más tarde se presenta la neurosis, tanto más temprana es la fase libidinal a la que debe regresar. Esto vale sin embargo, sólo a grandes rasgos.

P S I K O L I B R O

Indudablemente la histeria de conversión se dirige contra el primado de los genitales, la neurosis obsesiva contra la fase previa sádica, el conjunto de las tres neurosis de transferencia contra el desarrollo libidinal realizado. Las neurosis narcisistas en cambio se remontan a fases anteriores al encuentro de objetos; la demencia precoz regresa hasta el autoerotismo, la paranoia hasta la elección narcisista y homosexual de objeto y en la melancolía subyace la identificación narcisista con el objeto. Las diferencias se hallan en el hecho de que la demencia indudablemente se presenta más tempranamente que la paranoia, aunque su disposición libidinal se remonte más atrás, y en el hecho de que la melancolía-manía no permite una localización segura en la sucesión temporal. Así, no se puede sostener que la serie temporal de las psiconeurosis, de cuya existencia no cabe dudar, sólo esté determinada por el desarrollo de la libido. En la medida en que esto sea cierto, se subrayaría más bien la relación inversa entre ellos. También es un hecho conocido que con el avance de la edad, la histeria o la neurosis obsesiva pueden convertirse en demencia, pero que nunca sucede lo contrario.

Ahora bien, podemos construir otra, serie, filogenética, que realmente es paralela a la sucesión temporal de las neurosis. Sólo que para ello es preciso empezar desde muy lejos y tolerar algún que otro elemento hipotético intermedio.

El doctor Wittels fue el primero en formular la idea de que la existencia del animal humano primitivo habría transcurrido en un medio inmensamente rico, satisfactorio para todas las necesidades [Bedürfnisse] y cuya resonancia hemos conservado en el mito del paraíso original. En ese medio podría haber superado la periodicidad de la libido que aún es propia de los mamíferos. Ferenczi, en el trabajo que ya hemos citado, muy rico en reflexiones, expresó luego la idea de que el posterior desarrollo de ese ser humano primitivo se produjo bajo la influencia de los destinos geológicos de la tierra y que de manera especial las necesidades vitales [Not] de las épocas glaciales le trajo el estímulo para su desarrollo cultural. Pues generalmente se admite que en la época glacial la especie humana ya existía y que sufrió su influencia.

Si tomamos la idea de Ferenczi, se nos ofrece la tentación de reconocer en las distintas predisposiciones -a la histeria de angustia, a la histeria de conversión y a la neurosis obsesiva- regresiones a fases que antiguamente hubo de sufrir toda la especie humana, desde el principio hasta el final de la época glacial; de este modo, los seres humanos eran entonces tal como hoy lo es, por sus

disposiciones congénitas y por una adquisición nueva, solamente una parte de la humanidad. Naturalmente, las imágenes no pueden coincidir del todo, porque la neurosis contiene más de lo que comporta la regresión. La neurosis es también una expresión de la resistencia contra esta regresión; es un compromiso entre lo arcaico antiguo y la exigencia de lo culturalmente nuevo. Esta diferencia tendrá que ser especialmente marcada en la neurosis obsesiva, que está, como ninguna otra, bajo el signo de la contradicción interna. Pero la neurosis debe, en la medida en que lo reprimido ha vencido en ella, volver a traer la imagen arcaica.

1) Lo primero que podríamos dar por sentado sería que la humanidad, bajo la influencia de las privaciones que la irrupción de la época glacial le impuso, se volvió en general angustiada [ängstlich]. El mundo exterior, que hasta entonces había sido predominantemente amable y que habría ofrecido todas las satisfacciones, se convirtió en una acumulación de peligros amenazantes. Se daban así todos los motivos para la angustia real [Realangst] ante todo lo nuevo. La libido sexual no perdió ciertamente sus objetos en un principio, puesto que son humanos, pero se puede pensar que, amenazado en su existencia, el yo se distanció hasta cierto punto de la investidura objetual, conservó la libido en el yo, y transformó así en angustia real lo que anteriormente había sido libido objetual. Ahora bien, en la angustia infantil vemos todavía que el niño, en caso de insatisfacción, transforma la libido objetual en angustia real ante lo extraño, pero también que generalmente tiende a sentir angustia ante todo lo nuevo. Hemos tenido una larga discusión acerca de si la angustia real o la angustia de añoranza [Sehnsuchtangst] es lo más primario, si el niño transforma su libido en angustia real porque la considera demasiado grande y peligrosa, para llegar así en general a la representación del peligro, o si no es que cede más bien a una capacidad general de angustia [allgemeinen Ängstlichkeit] con la cual aprende también a temer a su libido insatisfecha. Nos inclinaremos más a suponer lo primero, a anteponer la angustia de añoranza; pero para ello echamos en falta una predisposición especial. Teníamos que explicarlo como una tendencia infantil. general. La consideración filogenética parece mediar ahora en la disputa en favor de la angustia real y nos hace suponer que una parte de los niños traen consigo la capacidad de angustia del comienzo de las eras glaciales, y que merced a ellas son inducidos ahora a tratar la libido insatisfecha, como un peligro externo. El relativo exceso de libido tendría su origen, sin embargo, en la misma disposición y haría posible una nueva adquisición de la capacidad de angustia ya existente. De cualquier modo, la discusión acerca de la histeria de angustia daría un resultado favorable a la

P S I K O L I B R O

preponderancia de la predisposición filogenética sobre todos los demás factores.

2) Con el avance de los tiempos duros y por la amenaza contra su existencia, para los hombres primitivos tenía que producirse un conflicto entre la autoconservación y el deseo [Lust] de procreación, tal y como se suele expresar en la mayoría de los casos típicos de histeria. No habría suficiente alimento para permitir una proliferación de las hordas humanas, y las fuerzas individuales no bastaban para mantener con vida a tantos desamparados. La matanza de los recién nacidos halló seguramente una resistencia en el amor, especialmente el de las madres narcisistas. La restricción de la procreación llegó a ser, por tanto, un deber social. Las satisfacciones perversas, que no llevan al engendramiento de hijos, escaparon a esta prohibición, con lo que se promovió una cierta regresión a la fase libidinal anterior a la primacía de los genitales. Las limitaciones, la abstinencia, tenían que afectar más duramente a la mujer que al hombre, más despreocupado por las consecuencias de la práctica sexual. Toda esta situación corresponde manifiestamente a las condiciones de la histeria de conversión. De la sintomatología de la misma concluimos que el ser humano aún carecía de lenguaje cuando, por la necesidad vital [Not] no dominada, se impuso la prohibición de la procreación, esto es, cuando aún no se había tampoco construido el sistema preconsciente sobre su inconsciente. A la histeria de conversión regresa, por tanto, aquel que, teniendo predisposición a ella, especialmente la mujer, se halla bajo la influencia de prohibiciones que pretenden excluir la función genital, a la vez que impresiones tempranas fuertemente excitantes impulsan [drängen] hacia la actividad genital.

3) La evolución ulterior es fácil de construir. Concernía especialmente al hombre. Después de aprender a economizar la libido y después de rebajar la actividad sexual por regresión a una fase anterior, el uso de la inteligencia ganaba para él un papel principal. Aprendió a investigar, a comprender algo el mundo hostil y a asegurarse por medio de inventos un primer dominio sobre el mundo. Se desarrolló bajo el signo de la energía, desarrolló los comienzos del lenguaje y hubo de dar a las nuevas adquisiciones una gran importancia. El lenguaje era magia para él, sus pensamientos le parecían omnipotentes, comprendía el mundo de acuerdo con su yo. Ésta es la época de la visión del mundo animista con su técnica mágica. Como compensación a su capacidad para procurar a otros tantos desamparados la seguridad de la vida, se arrogó una ilimitada dominación sobre ellos; representó en su persona los dos

primeros postulados: que él mismo era invulnerable y que no se le podía disputar la libre disposición sobre las mujeres. Hacia el final de este período, el género humano estaba escindido en distintas hordas que un hombre fuerte, sabio y brutal dominaba como padre. Es posible que la naturaleza egoísta, celosa e irrespetuosa que, de acuerdo con consideraciones etnopsicológicas, atribuimos al padre primitivo de la horda humana, no hubiese existido desde el principio, sino que se hubiese formado en el transcurso de las graves épocas glaciales como resultado de la adaptación a la necesidad.

Pues bien, los caracteres de esta fase de la humanidad los repite ahora la neurosis obsesiva; una parte de ellos de una manera negativa, ya que las formaciones reactivas [de la] neurosis corresponden también en parte a la resistencia contra este retorno. La sobrevaloración del pensamiento, la enorme energía que retorna en la obsesión [Zwang], la omnipotencia de los pensamientos, la tendencia a leyes inquebrantables son rasgos inalterados. Pero en contra de los impulsos brutales que quieren sustituir la vida amorosa, se alza la resistencia de posteriores desarrollos, la cual, desde el conflicto libidinal, finalmente paraliza la energía vital del individuo y sólo deja subsistir, como obsesión [Zwang], los impulsos desplazados a asuntos irrelevantes. Así, este tipo humano, el más valioso para el desarrollo cultural, se extingue por las exigencias de la vida amorosa en su retorno, como el grandioso tipo del padre primitivo mismo que, aunque posteriormente retornó como divinidad, en la realidad se ha extinguido por las condiciones familiares que él mismo se creó.

4) Hasta aquí llegaríamos en el cumplimiento de un programa previsto por Ferenczi, consistente en «poner en consecuencia los tipos regresivos neuróticos con las etapas de la historia de la especie humana», tal vez sin desencaminarnos por especulaciones demasiado atrevidas. Para las manifestaciones de las neurosis narcisísticas, ulteriores y más tardías, nos faltaría, sin embargo, toda conexión si no viniera en nuestra ayuda la suposición de que la disposición a ellas sería adquirida por una segunda generación, cuyo desarrollo conduce a una nueva fase de la cultura humana.

Esta segunda generación se inicia con los hijos a los cuales el padre primitivo no deja libertad. Hemos establecido en otro lugar (Tótem y tabú [1912-1913]) que éste los expulsa cuando han alcanzado la etapa de la pubertad. Las experiencias psicoanalíticas nos advierten, no obstante, que hay que poner una solución distinta y más cruel en su lugar, concretamente que los priva de su virilidad, de modo que luego pueden permanecer en la horda como peones

inofensivos. El efecto de la castración en aquel tiempo arcaico lo podemos imaginar, sin duda, como una extinción de la libido y una detención del desarrollo individual. La demencia precoz, especialmente como hebefrenia, parece repetir un estado así, ella que conduce al abandono de todo objeto de amor, a la involución de todas las sublimaciones y a la regresión al autoerotismo. El joven individuo se comporta como si hubiese sufrido la castración; incluso auto castraciones reales no son raras en esta afección. Por lo demás, las características más notables de la enfermedad, como las alteraciones del lenguaje y las crisis alucinatorias, no se pueden incluir en este cuadro filogenético, porque corresponden a los intentos de curación, a los múltiples esfuerzos para recuperar el objeto; estas características, en el cuadro de la enfermedad, son casi más llamativas temporalmente que los fenómenos de involución.

Con la suposición de que los hijos han sufrido un trato así se relaciona una cuestión a la que de paso hay que responder: ¿De dónde les viene a los padres primitivos la sucesión y su sustitución, si se deshacen de esta manera de sus hijos? Atkinson [1903] ya señaló el camino al subrayar que sólo los hijos mayores tenían que temer la plena persecución del padre, y que en cambio el menor -pensándolo esquemáticamente- gracias a los ruegos de la madre, pero sobre todo a consecuencia del envejecimiento del padre y de su necesidad de asistencia, tenía la perspectiva de escapar a ese destino y convertirse en sucesor del padre. Esta preferencia por el más joven fue eliminada radicalmente en la siguiente formación social y substituida por el privilegio del hijo mayor. Sin embargo, en el mito y en la leyenda, esa preferencia se ha conservado de manera muy reconocible.

5) La siguiente transformación sólo podía consistir en que los hijos amenazados se sustrajeran a la castración mediante la huida y que aprendieran, aliándose entre ellos, a asumir la lucha por la vida. Esta convivencia tenía que producir los sentimientos sociales y podía estar basada en la insatisfacción sexual homosexual. Es muy posible que en la transmisión hereditaria del estado de esta fase se pueda ver la disposición hereditaria a la homosexualidad tan largamente buscada. Surgidos aquí de la homosexualidad, por sublimación, los sentimientos sociales se tornaron empero una adquisición duradera de la humanidad y la base de toda sociedad posterior. Visiblemente, la paranoia reproduce el estado de esta fase; más correctamente, la paranoia se defiende contra el retorno de esta misma fase, en la cual no faltan las alianzas secretas y donde el perseguidor desempeña un papel imponente. La paranoia trata de

rechazar la homosexualidad que había estado en la base de la organización fraterna y debe por esto expulsar al afectado de la comunidad y destruir sus sublimaciones sociales.

6) La integración de la melancolía-manía en este contexto parece topar con la dificultad de que no se puede indicar con seguridad un tiempo normal para la aparición individual de esta dolencia neurótica. Sin embargo, es seguro que pertenece antes a la edad de la madurez que a la infancia. Si nos fijamos en la característica alternancia entre depresión y euforia, es difícil no recordar la tan parecida sucesión de triunfo y duelo que constituye una componente regular de las festividades religiosas: duelo por la muerte del dios, triunfal alegría por su resurrección. Esta ceremonia religiosa, sin embargo -tal como lo hemos colegido de las indicaciones de la etnopsicología-, sólo en dirección inversa repite el comportamiento del clan fraterno después de haber vencido y matado al padre primitivo: triunfo por su muerte y luego duelo por ella, porque, no obstante, todos lo habían venerado como modelo. Así, este gran acontecimiento de la historia de la humanidad, que puso fin a la horda primitiva y que la substituyó por la organización triunfante de los hermanos, daría la predisposición para la peculiar sucesión de estados de ánimo que reconocemos como especial afección narcisística, junto con las parafrenias. El duelo por el padre primitivo surge de la identificación con él, y ya hemos demostrado que esta identificación es la condición del mecanismo melancólico.

Resumiendo, podemos decir: las predisposiciones para las tres neurosis de transferencia fueron adquiridas en la lucha por remediar la necesidad vital de las eras glaciales; después de eso, las fijaciones que subyacen a las neurosis narcisistas se derivan de la presión ejercida por el padre, quien tras el final de la era glacial asume y sigue desempeñando por así decirlo el papel de aquella necesidad frente a la segunda generación. Tal como la primera lucha lleva al nivel cultural patriarcal, la segunda lleva al social, pero de ambas luchas resultan las fijaciones que en su retorno tras de milenios se convierten en la predisposición de los dos grupos de neurosis. También, en este sentido, la neurosis es pues una adquisición cultural.

La cuestión de si el paralelismo aquí esbozado es algo más que una comparación lúdica, o en qué medida puede iluminar los enigmas aún no resueltos de la neurosis, es algo que puede dejarse como tarea oportuna para ulteriores análisis y para la clarificación mediante nuevas experiencias.

Ahora ha llegado el momento de pensar [en una] serie de objeciones que nos advierten que no debemos sobreestimar las deducciones que hemos alcanzado a elaborar.

De entrada, a cualquiera se le impondrá que la segunda serie de predisposiciones, la de la segunda generación, sólo la pudieron adquirir los hombres (en cuanto hijos), mientras que la demencia precoz, la paranoia y la melancolía las producen igualmente las mujeres. Las mujeres en los tiempos arcaicos vivían bajo condiciones aún más distintas que hoy. Además, estas disposiciones comportan una dificultad de la cual las de [la] primera serie están libres: parecen haber sido adquiridas bajo unas condiciones que excluyen la herencia. Es evidente que los hijos castrados e intimidados no llegan a la reproducción, o sea, que no pueden dar continuidad a su disposición (demencia precoz). Pero el estado psíquico de los hijos expulsados y unidos en la homosexualidad tampoco puede influir en la generación siguiente, puesto que se extinguen como ramas laterales infértiles de la familia mientras aún no han triunfado sobre el padre. Mas si lo logran, ese triunfo es entonces la vivencia de una sola generación, por lo cual debe desestimarse la necesaria reproducción ilimitada de esta vivencia.

Como puede pensarse, no hay que ser tímido, en áreas tan oscuras, a la hora de hallar respuestas. Pues esta dificultad coincide en el fondo con otra planteada anteriormente: ¿cómo se reprodujo el padre brutal de la era glacial, puesto que no era inmortal como su copia divina? De nuevo se ofrece como solución el hijo menor que más tarde se vuelve padre y que, si bien él mismo no está castrado, conoce, sin embargo, el destino de sus hermanos mayores y lo teme para sí; ese hijo menor habrá tenido probablemente la tentación, como los más afortunados entre ellos, de huir y de renunciar a la mujer. Así quedaría siempre, junto a los hombres excluidos como infértiles, una cadena de otros hombres que experimentan en su persona los destinos del género masculino y que como disposiciones los pueden transmitir por herencia. El punto de vista esencial se mantiene: para el hijo menor la necesidad vital de los tiempos la reemplaza la presión del padre. El triunfo sobre el padre tiene que haber sido planeado y fantaseado a través de incontables generaciones antes de lograr realizarlo.

La extensión a la mujer de las disposiciones producidas por la presión del padre parece presentar dificultades todavía mayores. Los destinos de la mujer en esos tiempos arcaicos se nos ocultan en una especial oscuridad. Así podrían

entrar en consideración condiciones de vida que no hemos reconocido. La más grave dificultad nos la resuelve, sin embargo, la observación de que no debemos olvidar la bisexualidad del ser humano. Así puede la mujer adoptar las disposiciones adquiridas por el hombre y hacerlas aparecer ella en sí misma.

Tengamos claro, no obstante, que con estas soluciones, en el fondo, no hemos logrado otra cosa que sustraer nuestras fantasías científicas al reproche de que sean absurdas. En conjunto conservan su valor como sanas desilusiones, si es que tal vez hemos estado en vías de situar las disposiciones filogenéticas por encima de todo lo demás. Si las constituciones arcaicas retornan en los individuos nuevos y los empujan a la neurosis por medio del conflicto con las exigencias del presente, ello no sucede en una proporción que pueda fijarse como ley.

Queda espacio para adquisiciones nuevas y para influencias que no conocemos. En conjunto no estamos al final, sino al principio de una comprensión del factor filogenético.